GRECIA EN EL SIGLO IV A. C.

Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia

José Pascual González



GRECIA EN EL SIGLO IV A.C.
Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia

José Pascual González
Profesor Titular de Historia Antigua
de la Universidad Autónoma de Madrid



Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono (91) 593 20 98
http://www.sintesis.com

ISBN: 84-7738-533-5
Depósito Legal: M. 32.506-1997

Impreso en España- Printed in Spain.

A Alejandro y Helena

Índice

1. Introducción

Sangre y espada, luchas incesantes, guerras civiles, empobrecimiento general, debilidad y decadencia: tales son los adjetivos con los que muchos autores acostumbran a definir el siglo IV griego; una época que se caracterizaría por una grave crisis de la Hélade en todos los órdenes de la vida: en lo político, lucha estéril por la hegemonía, que consume las energías humanas y financieras de las principales potencias, generalización del mercenariado, inoperancia de las instituciones internacionales, como la *koine eirene* (paz general) o las *symmachiai* (alianzas militares), y *stasis* (enfrentamiento interno) o en lo social y económico, ruina del pequeño campesinado, aumento de la miseria y del proletariado urbano, separación radical entre ricos y pobres y frecuencia de los movimientos populares que exigen la anulación de deudas y el reparto de la tierra. Crisis que se refleja también en la religión, el pensamiento y el arte y que promueve una quiebra de ideales comunitarios con la separación de los dominios civil y militar, el progreso del individualismo, la resistencia a acudir como soldado o a sufragar los gastos de guerra, etc. Crisis que significa, en su sentido último, la decadencia de la polis como ámbito esencial en que se desarrolla la vida griega y su substitución por nuevos marcos.

Marcado por esta imagen de debilidad desfalleciente, la investigación moderna ha conferido al siglo IV un carácter casi mítico, esto es, absoluto y preconcebido en vez de histórico y documentado. A veces, el siglo IV se nos

presenta como un intento fútil de repetir la gloriosa época del siglo v. Una era de autodestrucción griega con el más o menos inevitable sometimiento a Macedonia en el horizonte. En otras ocasiones, se nos muestra como un período de transición cuya importancia radica en que apunta y modela muchos elementos del Helenismo.

Sin embargo, esta interpretación debe ser, y de hecho esta siendo, vigorosamente modificada (Carlier; 1995). No sólo es difícil aceptar la idea de una crisis que se prolonga durante un siglo sino que su misma esencia, la crisis de la polis en su totalidad, es en buena medida falsa: la ciudad griega, aunque transformada y sin soberanía política, pervivió como unidad profunda de civilización y contribuye a explicar el mundo helenístico.

Aún más grave; la insistencia casi exclusiva en la crisis conduce a una trivialización del siglo IV, a una simplificación, que encubre sus dos características esenciales: la autonomía del siglo IV, esto es, su constitución como una época propia y netamente diferente y, sobre todo, antes, siempre y en todas partes, la asombrosa riqueza de los desarrollos y de las innovaciones.

Desde un punto de vista cronológico, lo que denominamos "siglo IV", una convención como todas sólo en cierta medida arbitraria, cubre un período de unos setenta u ochenta años y puede ser dividido en dos o tres etapas principales. Sin obsesionarnos tampoco por las fechas, una primera fase comprendería desde el final de la Guerra del Peloponeso y la restauración democrática en Atenas (405-403) hasta el ascenso de Filipo al trono de Macedonia, la Guerra social y el estallido de la III Guerra sagrada (360-356). Este período se caracteriza por la lucha entre las grandes potencias (Atenas, Esparta, Beocia). A partir de aquí, se abre una etapa marcada por el progreso de Macedonia y el debilitamiento de los poderes griegos, que finaliza con la batalla de Queronea, el establecimiento de la Liga de Corinto y la muerte de Filipo (338-336). Después del 336 tiene lugar una rápida transición al mundo helenístico hasta la Guerra lamiaca (322), con la conquista del imperio persa por Alejandro y el fracaso del último intento griego de librarse de la tutela de Macedonia. Esta obra, incluida en una colección donde se ha tratado ya el reinado de Alejandro (*cf.* Lozano Velilla; 1992), abarca sólo desde la restauración democrática en Atenas a la muerte de Filipo.

Conocemos con bastante precisión –siempre relativa–, la historia de los acontecimientos del siglo IV y es posible también reconstruir determinados aspectos de la evolución de la política pero estamos mucho más limitados, por la escasez de fuentes, a la hora de trazar la estructura y la evolución económica y social. Este estado de nuestras fuentes, que no puede ser completamente superado por la investigación moderna, se refleja, irremediablemente, en la obra.

Además, la mayor parte de nuestra información procede de Atenas y nuestro conocimiento sobre el resto del mundo griego es infinitamente menor,

mucho más insuficiente y fragmentario, y ello se plasma, a cada paso, inevitablemente, en el trabajo que presentamos.

El mundo griego se extendía por amplias zonas a orillas del Mediterráneo, desde Ampurias a la Cólquide, desde Cirene a Macedonia. Si el espacio geográfico es amplio, el espacio político, con más de mil *poleis*, es sobreabundante. Supondría un error generalizar, especialmente a partir de la documentación ateniense, y es esta prudencia y cuidado a la hora de extraer conclusiones generales y aplicarlas a otros estados griegos una de las primeras y fundamentales enseñanzas del siglo IV. En todas partes lo que realmente predomina es la diversidad de situaciones, de modelos de organización y de evoluciones políticas, sociales y económicas; una variedad que poco a poco vamos conociendo mejor y no sólo en las *poleis* coloniales sino también en la Grecia propia, en aquellas zonas que forman parte de lo que se ha dado en llamar el "tercer mundo griego" (Acarnania, Etolia, Épiro, Lócride, etc.), que tendemos a ignorar en las síntesis y en donde la investigación ha avanzado de manera prodigiosa en los últimos años.

Incluso en aquellos estados que, como Beocia, desempeñan en esta centuria un papel de primera importancia, la periodización y los esquemas concebidos para Atenas resultan inaplicables. Para Beocia y para Tebas en particular, la Guerra del Peloponeso no supuso otra cosa que fortalecimiento y, en el siglo IV, la región ofrece un desarrollo marcadamente propio, no lineal, que conoce, alternativamente, períodos de esplendor y de debilidad. En el caso beocio nuestro esfuerzo debe ser doble, se trata no sólo de reconstruir su propio *tempus* histórico, sino de despojarnos y apartar el humo de la calumnia, una efectiva leyenda negra, que con tanto éxito levantaron atenienses y espartanos y que contribuye a devolvernos una imagen borrosa, deformada y casi caricaturizante de los antiguos beocios.

Naturalmente sería imposible, en el espacio que ocupa esta obra, hacer un estudio región por región; contentándonos únicamente con apuntar los progresos que se ha producido en el estudio de otras zonas, nos centraremos en la evolución de los cinco poderes fundamentales: Esparta, Atenas, Beocia, Siracusa y Macedonia, sin los cuales la historia del siglo IV griego sería incomprensible.



Figura 1.1. El mundo griego en el siglo IV a.C. Grecia propia y del Este.

2.

Imperialismo y crisis en Esparta

2.1. Las fases del imperialismo espartano

Cuando a principios de la primavera del 404 los atenienses se rindieron y los lacedemonios y sus aliados, encabezados por Lisandro, nominalmente secretario de la flota pero en realidad el principal comandante espartano, entraron finalmente en Atenas y comenzaron a derribar los Muros largos y las murallas del Pireo, símbolos del imperio ateniense, un jubiloso alivio recorrió los corazones de una gran parte de los griegos. Tras más de veintisiete largos años de lucha, finalizaba la Guerra del Peloponeso, llegaba la paz, y el poder de Atenas había sido abatido. Al entusiasmo por el término de la dominación ateniense se unía también el ferviente deseo de que Esparta hiciera honor al programa de liberación, que había proclamado tantas veces durante la guerra, y diera comienzo en ese día una época de libertad y paz para la Hélade.

En palabras de Jenofonte (*Helénicas*.2.2.23):

> "Después de esto (la rendición de Atenas), Lisandro desembarcó en el Pireo, los exiliados regresaron y derribaron los muros al son de las flautas y con mucho entusiasmo, pensando que aquel día comenzaba la libertad para Grecia," (trad. J. Pascual).

Efectivamente, ya desde antes del estallido de la Guerra del Peloponeso, Esparta había anunciado un programa de guerra de liberación de Grecia y lo difundió y se sirvió de él a lo largo de todo el conflicto. La liberación de la Hélade no consistía solamente en derribar la dominación ateniense sino que comprometía a Esparta a no imitar los vicios del imperialismo ático. Según su propia propaganda, los lacedemonios no aspiraban a construir un imperio y defendían la libertad y autonomía de todos los griegos lo que equivalía, en el terreno de la práctica, a no obligar a ningún estado griego a unirse a la alianza lacedemonia, a respetar su constitución y su autonomía interna sin imponer regímenes filolaconios y sin apoyar a ninguna facción.

Sin embargo, los hechos demostraron muy pronto que la propaganda espartana y los anhelos de los griegos eran prematuros. La derrota de Atenas abrió el camino para la imposición de un nuevo imperialismo espartano que, a pesar de las muchas contradicciones, interrupciones y cambios bruscos en la acción exterior espartana, se prolongaría durante más de tres décadas hasta los años 371 y 370.

A lo largo de este período (405-371) cabe distinguir varias fases en la evolución de la política imperialista espartana:

1. Entre el 405 y el 395, ya antes del final de la Guerra del Peloponeso, Esparta construyó un imperio terrestre y naval que comprendía Grecia continental, el Egeo y la costa griega de Asia Menor.
2. La Guerra de Corinto (395-386) supuso el primer intento por parte de algunos estados griegos de acabar con el imperialismo espartano. La guerra terminó ciertamente con la victoria espartana, más diplomática que militar, pero introdujo algunas limitaciones en la política imperialista. Cesa la política espartana de enfrentamiento con Persia y a partir de ahora las relaciones entre ambas potencias se ven presididas por la cordialidad. Esparta renuncia también a los tributos y la importancia de la flota se reduce drásticamente. Por último, Esparta abandona a las ciudades griegas de Asia Menor que caen bajo el dominio persa.
3. Durante los años 386 a 379 el dominio espartano en Grecia continental con alguna extensión, al menos, a las islas del Egeo, alcanza su apogeo.
4. A partir del 378 comienza el declive del imperialismo espartano con la emergencia de Tebas y la nueva Confederación beocia y de Atenas y la Segunda Liga ateniense. Estos años están dominados por el conflicto entre estos tres poderes hasta que la derrota lacedemonia en Leuctra en el verano del 371 y la subsiguiente pérdida de Mesenia (370) marcan el final de la hegemonía espartana.

Entre el 371 y el 356 se extiende un período dominado por la nueva Confederación beocia y la Segunda Liga ateniense y, finalmente, desde el 356 al 338 se producen tres hechos decisivos: los debilitamientos de Atenas y de la Confederación beocia y el ascenso de Macedonia con Filipo II.

2.2. El sistema imperial espartano hasta la Guerra de Corinto

En el 405, la victoria espartana en Egospótamos acabó con el dualismo entre Atenas y Esparta y la política de bloques enfrentados que había caracterizado al siglo v, convirtió a los lacedemonios, como pocas veces en la historia política griega, en los dueños de Grecia y les dio la fuerza suficiente para poder llevar a la práctica los ideales tantas veces exaltados a lo largo de la Guerra del Peloponeso.

Contra todo pronóstico, Esparta se decidió por una política duramente imperialista. En los meses decisivos que van de la batalla de Egospótamos a la rendición de Atenas todos los griegos volvieron su mirada hacia Lisandro, el artífice principal de la victoria espartana y el líder espartano más influyente. Por toda Grecia, Lisandro fue aclamado y recibió honores nunca vistos hasta entonces; ciudades y particulares le erigieron monumentos y estatuas, le otorgaron regalos y alabanzas y el mismo Lisandro se encargó de glorificar públicamente sus hazañas. Lisandro intervino decisivamente en la capitulación de Atenas y en la instauración de la oligarquía de los Treinta y, sobre todo, fue el arquitecto del imperio espartano pero no es cierto, como algunos pretenden, que el imperio fuera únicamente una construcción personal de Lisandro. La causa fundamental del imperio fue que una gran parte de la sociedad espartana lo deseaba y se beneficiaba o pensaba beneficiarse de él, los espartiatas podían obtener cargos, prestigio y riquezas, los *hypomeiones* (antiguos espartiatas que habían perdido su *status*) la posibilidad de volver a formar parte de los espartiatas y los neodamodes (ex-hilotas liberados), empleo exterior como soldados, incluso aparecen en este período sectores enriquecidos entre el estrato artesanal y comerciante de los periecos (Jen.*Hel.*5.3.9). Como prueba de que la política imperial era sustentada por amplios sectores sociales, los espartanos, a pesar de las variaciones, transformaciones y matices, mantuvieron la política imperialista largo tiempo después de la muerte de Lisandro.

El imperialismo espartano que sigue, sin solución de continuidad, al final de la Guerra del Peloponeso se asentó sobre cinco pilares esenciales: el incremento de aliados propios a través de tratados bilaterales, el establecimiento de regímenes políticos filolaconios (decarquías u oligarquías), la introducción de harmostas (comandantes militares espartanos) y guarniciones, la movilización, bajo cualquier pretexto, de contingentes militares y las exigencias financieras que tenían como finalidad sostener el esfuerzo imperial y, especialmente, la flota.

El tratado de rendición de Atenas puede ser muy bien el modelo y no la excepción de los tratados bilaterales que Esparta suscribe con los estados del antiguo imperio ateniense. Jenofonte (*Helénicas*.2.2.20), en lo que es muy probablemente un resumen del propio acuerdo de capitulación, afirma que los atenienses tuvieron que derribar los Muros Largos y los del Pireo, entregar sus naves excepto doce, admitir a los desterrados (esto es, a los filolaconios) y firmar "que tendrían los mismos amigos y enemigos que los lacedemonios y, en consecuencia, seguirían a los espartanos por tierra y por mar adonde éstos les llevasen" (traducción J. Pascual).

Estas cláusulas, que implican un tratado desigual y de sumisión a Esparta, suponían un reconocimiento más o menos explícito de la hegemonía espartana, el retorno de los exiliados filolaconios, que abría las puertas a la imposición de oligarquías proespartanas, y conllevaba la obligación de acompañar a Esparta en todas las expediciones militares que ella emprendiera.

Tasos, Samos o la propia Atenas pueden ejemplificar otro de los métodos de este primer imperialismo espartano cual es la introducción de decarquías, estrechos regímenes oligárquicos en los que todo el poder residía en un consejo de diez oligarcas.

En Tasos, Lisandro reunió a los ciudadanos en el templo de Heracles y les dijo que el régimen político iba a cambiar pero que, al mismo tiempo, se debía tener comprensión hacia los demócratas filoatenieses, lo que equivalía a respetar sus vidas y bienes. Sin embargo, a los pocos días, una vez que los demócratas habían tomado confianza, Lisandro los mandó degollar y, acto seguido, derribó la democracia tasia e introdujo una decarquía.

En el caso de Samos no hizo falta recurrir al engaño. Una vez que Atenas se rindió, Lisandro navegó hacia Samos y tomó la ciudad. Expulsó a sus habitantes, se la dio a los oligarcas desterrados e instauró una decarquía.

Mucho mejor informados estamos sobre la imposición de una oligarquía en Atenas, hacia junio-julio del 404, cuyo núcleo estaba formado por un consejo de treinta oligarcas. Sin lugar a dudas fue Lisandro el que promovió directamente la introducción de este tipo de régimen y, durante los ocho meses que se prolongó, la ciudad atravesó por una época de ilegalidades, delaciones, ejecuciones, algunas de ellas en masa, y exilios.

Mención hecha de estos ejemplos, las decarquías parecen ser un recurso ampliamente extendido en las ciudades de Asia y el Egeo. Todos estos regímenes decárquicos presentan aproximadamente las mismas características: instauración violenta en el poder, escaso número de miembros, vinculados estrechamente al propio Lisandro, comportamiento tiránico y sanguinario plagado de actos violentos e ilegales, ejecuciones y exilios y filolaconismo. Como prueba de ello, a pesar de ser un tipo de régimen de muy corta duración, probablemente unos dos años, dejó un hondo recuerdo en la opinión pública griega y contribuyó en grado sumo a crear un sentimiento de animadversión hacia

Esparta al que fueron también sensibles algunos sectores de la propia sociedad espartana. Su corto número y su modo tiránico de gobierno llevaban a los decarcas, indefectiblemente, a apoyarse en los harmostas y las guarniciones espartanas para mantenerse en el poder.

Es cierto que hay abundante evidencia de la existencia de harmostas antes de Lisandro. Es muy posible que originariamente fueran comandantes de guarnición en puntos clave del territorio perieco nombrados por los éforos. Durante la Guerra del Peloponeso, los harmostas fueron empleados en el exterior y en la última fase de la guerra (413-404) aumenta la frecuencia con que Esparta recurre a ellos. Estos harmostas eran introducidos de una manera inconexa, con la intención de hacer frente a los problemas que se planteaban en un momento concreto y un determinado teatro de operaciones, para mantener el control espartano mientras durara el conflicto y como protección contra las posibles represalias atenienses.

Pero, a partir del 405, Lisandro extendió y desarrolló el sistema de harmostas e introdujo notables variaciones. Se trata ahora de un recurso aplicado de manera sistemática que contrastaba violentamente con el hecho de que, tras la caída de Atenas, los harmostas no podían justificarse como defensa ante una amenaza exterior. De esta forma, la función de los harmostas, que había sido en principio puramente militar, dirigida hacia el exterior con la finalidad principal de garantizar la seguridad de los anteriores aliados de Atenas frente al poder naval ateniense, aunque, en ocasiones, se viera obligado a intervenir en política interior, se transforma ahora en una institución permanente y generalizada en tiempo de paz enfocada directamente contra la autonomía interna de las *poleis*, con el fin de asegurar la fidelidad a Esparta de una ciudad o grupo de ciudades y el mantenimiento en el poder de las decarquías filolaconias con las que estos gobernadores impuestos por Esparta colaboraban estrechamente.

Poseemos bastantes ejemplos de la extensión de este sistema de harmostas. Conocemos un mínimo de treinta y ocho espartanos que ejercieron de harmostas hasta el final del sistema imperial espartano tras Leuctra, sirvan como ejemplos Estenelao en Bizancio y Calcedonia, Tórax en Samos o Milón en Egina. Este último vigilaba también Atenas.

Muchos de estos harmostas fueron confirmados en su puesto durante años sucesivos, aunque cambiaban a veces de destino. Estos harmostas tenían a su cargo una guarnición posiblemente heterogénea compuesta por neodamodes, *hypomeiones*, periecos y mercenarios. Los harmostas eran básicamente de dos tipos, aquellos que estaban establecidos en una única ciudad y los que tenían a su mando regiones enteras como Tibrón y Dercílidas en Asia Menor (400-396).

Los harmostas eran nombrados, trasladados o cesados por los éforos a cuyo control estaban sometidos, pero, en la práctica era difícil supervisar su

actuación lejana y casi siempre muy prepotente. Acostumbrados a la dura y austera vida de la patria sucumbían fácilmente a la atracción exterior. Los harmostas quedaron como modelo de lujo, venalidad, corrupción y comportamiento tiránico; sirvan de ejemplos los procesos incoados contra Tibrón, juzgado y desterrado por consentir que sus tropas saquearan los bienes de los aliados de Asia Menor, o Tórax, por enriquecimiento privado, o Gilipo, por haber robado parte del botín de la Guerra del Peloponeso. La actuación de Clearco en Bizancio puede ser tomada como el modelo, si bien llevado hasta el extremo, de la conducta tiránica de los harmostas espartanos. Clearco dio muerte a los principales magistrados de la ciudad y se convirtió abiertamente en un tirano lo que obligó a los éforos a enviar un ejército contra él para derrocarlo.

En bastantes ocasiones, Esparta recurrió a la movilización de contingentes militares para dominar a algunos estados, que resultaban especialmente molestos, bajo pretextos débiles. Las campañas espartanas contra la Élide entre los años 402 y 400 pueden constituir un caso paradigmático.

La antigua Élide ocupaba gran parte del noroeste del Peloponeso y su extensión, que englobaba unos 2.660 km^2, era similar a Atenas o a la Confederación beocia. Élide gozaba de un régimen democrático y poseía un fértil territorio; disponía también de algunos pequeños puertos lo que le permitió un cierto desarrollo comercial especialmente con el Golfo de Corinto, el mar Jónico y Sicilia y Magna Grecia y administraba además el santuario de Olimpia. Como una prueba de su riqueza, Élide pudo mantener una pequeña flota y contribuyó económicamente a las campañas de la Liga del Peloponeso. Además del territorio que pudiéramos llamar propiamente eleo, el estado eleata incluía también un cierto número de comunidades sometidas o periecas que se concentraban especialmente en el sur, con la Trifilia y la localidad de Lepreo, que debían acudir al ejército eleo y pagar tributo al estado eleata.

Poniendo como pretexto la Guerra del Peloponeso, Lepreo dejó de pagar el tributo y Élide trató de imponerse por la fuerza. Lepreo reaccionó entonces acogiéndose al arbitraje espartano, una mediación que es rechazada por los eleos. A pesar de ello, Esparta falló a favor de Lepreo y destacó aquí una guarnición. La intervención espartana animaba también a las demás comunidades trifilias a reclamar su independencia. Como consecuencia de ello, las relaciones entre Élide y Esparta se enfriaron y los eleos se negaron a firmar la Paz de Nicias en el 421 y suscribieron un pacto bilateral con Corinto, sumándose más tarde a la alianza con Argos. Después, Élide permaneció neutral durante la última fase de la guerra. Élide ocupó Lepreo con posterioridad al 420 y antes del 404 aprovechando, probablemente, que Esparta estaba ocupada en la guerra contra Atenas y se vio obligada a retirar el contingente que protegía Lepreo. Esparta tenía, así, en la frontera de Mesenia, la más sensible, un estado rico, democrático y hostil.

Una vez que hubo acabado la Guerra del Peloponeso y la crisis ateniense subsiguiente, Esparta podía ahora solucionar el contencioso con Élide. En el 402, los lacedemonios exigieron a Élide la independencia de sus comunidades periecas. La negativa de los eleos condujo a la guerra.

Durante los años 402 y 401, los espartanos, al mando del rey Agis, invadieron Élide. A comienzos de la primavera siguiente (400), ante el temor a una nueva invasión espartana, los eleos pidieron la paz. Las condiciones espartanas fueron duras. Los lacedemonios les obligaron a derribar las murallas de Feax y Cilene lo que suponía la indefensión de Élide, y a dejar independientes las ciudades trifilias con Frixa y Epitalio, los letrinos, anfídolos y marganeos y además los acroreos, Lasión, Herea, Macisto y Epeo, lo que reducía drásticamente el poder y la riqueza elea. Finalmente los eleos fueron obligados a subscribir una alianza con los lacedemonios. Detrás quedaba una Élide disminuida e indefensa.

Durante la Guerra del Peloponeso, Esparta debió exigir algún tipo de contribuciones económicas a sus aliados pero, sin duda alguna, la mayor parte de los gastos de guerra, al menos en la última parte del conflicto, fueron pagados por Persia. Después de la guerra, cesó la ayuda financiera persa pero el imperio lacedemonio tenía una orientación naval y egea y precisaba de un flota muy costosa de mantener y de financiar. Para hacer frente a estas necesidades económicas, Esparta parece haber recurrido a varios métodos. Con toda seguridad hizo pagar a las ciudades su intervención, en mi opinión, cada ciudad debía mantener al harmosta espartano y su guarnición, y, sobre todo, impuso un tributo anual que estaba destinado esencialmente a sostener la armada. Diodoro (14.10.2) recalca que los lacedemonios recogían cada año como tributo más de mil talentos. Isócrates (4.132) subraya que habían impuesto tributos a los isleños y Aristóteles (frg.544 Rose) señala que los lacedemonios cambiaron el nombre de tributo *(phoros)* por el de contribución *(synteleia)*. A pesar de su cortedad, la evidencia en favor del establecimiento de un tributo es suficiente. Es posible que la cifra de mil talentos sea exagerada pero parece claro que Esparta recurrió a un tributo, una pesada carga habida cuenta de que, presumiblemente, amplias zonas de Asia Menor escapaban a su control y además los miembros de la Liga del Peloponeso no pagaban. El tributo provocaría un amargo descontento y chocaba frontalmente con la propaganda libertadora de la Guerra del Peloponeso.

2.3. División política y *stasis* interna

Durante el período de su hegemonía, la situación interior de Esparta estuvo muy lejos de la ordenada y tranquila concordia y el equilibrio entre los iguales que propugnaba la constitución de Licurgo y se vio marcada por una

aguda *stasis* que se desarrolló en dos planos diferentes: la lucha de facciones en la política interna y la crisis social.

A lo largo del período de la hegemonía los espartanos consideraban que disponían de una de las mejores constituciones del mundo griego y no vieron la necesidad de introducir ningún cambio. Esta *politeia* espartana comprendía cuatro instituciones básicas: la diarquía, la presencia de dos casas reales, los Agíadas y los Euripóntidas; la gerusía o el consejo de ancianos compuesto por veintiocho gerontes y los dos reyes; el poderoso colegio de los cinco éforos y la asamblea.

Sin embargo, uno de los más graves problemas, que contribuyó decisivamente a agudizar la lucha de facciones, provenía de la propia incapacidad de la constitución espartana para dar cabida y colmar las ambiciones de los poderosos líderes espartanos distintos de los dos reyes. Así, mientras que una de las características de la política interna espartana durante la Guerra del Peloponeso había sido la aparición de poderosas figuras no reales como Brasidas o Lisandro, al final del cargo, estos líderes debían volver a la condición de ciudadano corriente, ya que, en Esparta, no había magistraturas del tipo de los estrategos atenienses o de los beotarcos beocios que aseguraran una prolongada influencia política a través de la reelección continuada. Sin duda alguna la navarquía, que confiaba el mando de la flota a una sola persona, era el cargo más importante después de los propios reyes, pero la limitación a un solo mandato una sola vez en la vida impedía que se convirtiera en una base de poder personal. Su segundo era el secretario, cargo que Lisandro había desempeñado entre el 405 y el 404, y que probablemente era elegido por la asamblea popular; en el caso de la secretaría de la armada es posible que pudiera caber la reelección pero su influencia dependía de que se pudiera controlar siempre la elección para la navarquía, de tal manera que ésta recayera siempre sobre un navarco amigo de Lisandro y tan tolerante que se conformara con un papel de testaferro. Los éforos eran elegidos directamente por la asamblea y gozaban de poderes decisivos pero el eforado estaba restringido a una sola vez en la vida y Lisandro tampoco tenía la edad requerida, sesenta años, para formar parte de los gerontes. La única posibilidad que quedaba abierta a Lisandro para desempeñar un mando importante era hacerse nombrar harmosta y, en efecto, como tal fue enviado a Atenas en el año 403, pero este cargo le obligaba a ausentarse de Esparta lo que podía ser, y de hecho fue, como en el caso de Atenas, aprovechado por sus enemigos. Esta notoria incapacidad de la constitución espartana empujaría a Lisandro a adoptar soluciones cada vez más radicales.

Después de la Guerra del Peloponeso, la división fundamental en la política interna espartana parece haberse establecido entre aquellos que deseaban un imperialismo de línea dura próximo a Lisandro y los que, sin abandonar completamente las políticas imperialistas, deseaban suavizarlas.

La política de Lisandro, apoyada por una fuerte facción, se correspondía bastante bien con lo que podríamos denominar un imperialismo de orientación naval y egea; contemplaba la introducción sistemática de guarniciones, el establecimiento generalizado de decarquías y la imposición de tributo. En política interior, Lisandro defendía la idea de que los beneficios del imperio revertieran no sólo en el Estado espartano y en el tesoro público, sino también en los cofres particulares de los ciudadanos espartanos, aunque ello llevara al abandono de muchos aspectos de la constitución de Licurgo y quebrara la tradicional igualdad entre los espartiatas.

La posición tan elevada de Lisandro y una concepción tan abiertamente imperialista de la acción exterior espartana no tardaron en suscitar la oposición contra él de "los más prudentes de los espartanos" (Plutarco. *Lisandro*.17.1) que se agrupaban en torno al rey Pausanias (408-395). Aparentemente, Pausanias se oponía a las peores prácticas del imperio, al sistema de decarquías y de harmostas y deseaba volver a la política tradicional de Esparta, esto es, la hegemonía en el Peloponeso y el respeto a la constitución de Licurgo. Era consciente de que el imperialismo de Esparta estaba transformando la sociedad espartana y estaba enemistando a los lacedemonios con una gran parte del mundo griego. Es muy posible que la facción de Pausanias defendiera, dentro del reconocimiento de la hegemonía espartana, la salvaguardia de la autonomía interna de cada polis en el sentido de preservar las constituciones tradicionales de cada estado lo que significaba, no sólo el derrocamiento de las decarquías, sino también la posibilidad de conservar los regímenes democráticos allí donde existieran o contaran con una larga tradición.

Es muy posible que la política del rey Agis (427-400) se diferenciara de ambas facciones. Agis era también partidario de una fuerte política exterior, aunque más prudente que Lisandro de cuyo poder personal recelaba. Para Agis era claro que Esparta debía ejercer un fuerte control sobre el Peloponeso y estaba también dispuesto a extender la influencia espartana a Grecia central y el Golfo de Corinto pero se debía oponer a la creación de un imperio naval y egeo y estaba de acuerdo en derribar las decarquías y sustituirlas por oligarquías más o menos amplias que serían suficiente garantía para Esparta.

2.4. La crisis social

A los problemas políticos que planteaba el imperialismo y la lucha de facciones se le une una crisis socioeconómica, que se va agravando conforme avanza el siglo, de modo que la derrota de Leuctra y la pérdida de Mesenia no son la causa de la decadencia sino la consecuencia directa del debilitamiento espartano que arranca al menos desde la Guerra del Peloponeso. No hacen

más que abatirse sobre un cuerpo aparentemente sano pero que en su interior está gravemente enfermo.

Desde la época arcaica la sociedad espartana se había dividido en tres estamentos esenciales: espartiatas, periecos e hilotas. Los espartiatas formaban el estamento social privilegiado: eran los únicos que poseían plenos derechos políticos. Para ser espartiata eran necesarias tres cualificaciones esenciales: el origen espartiata, ser miembro de un *syssition* (mesa de comida en común), para el que había que aportar una cuota, y el sometimiento a la *agogé*, una durísima educación que tenía como finalidad conseguir un guerrero valioso para el estado. El espartiata poseía un lote de tierra, un *kleros* (*klaros* en dialecto laconio), explotado por un hilota que le entregaba una cantidad fija de la cosecha que servía para mantener al espartiata y a su familia. Uno de los objetivos del sistema era liberar totalmente al espartiata de toda obligación productiva para que se dedicara a la defensa de la comunidad, al ejercicio de las armas. Se trataba, en definitiva, de convertirlos en un estamento guerrero. La ley les prohibía todas las actividades económicas, artesanales y comerciales y hasta el uso y la posesión de moneda de oro y plata.

A los ojos de la ley eran todos iguales *(homoioi)* en derechos y riquezas aunque siempre hubo desigualdades económicas entre ellos. Varios testimonios, empezando por Platón (*Leyes*.684d-685a), sugieren que, en una fecha temprana, la tierra de Esparta fue repartida en lotes iguales entre los ciudadanos. Se crearon así unos nueve mil lotes espartiatas y treinta mil periecos, sin embargo, no hay duda de que, en el siglo v, algunos espartiatas habían llegado a ser más ricos que otros (Heródoto 7.134.2). Esto se puede explicar sugiriendo que el reparto original comprendió sólo parte del territorio espartano, por ejemplo, sólo Laconia, de modo que algunos espartiatas pudieran adquirir tierra adicional que no formaba parte de los lotes iguales originales posiblemente en Mesenia. Sin embargo, lo realmente decisivo para la estabilidad social no era que algunos dispusieran de tierra adicional sino que todos los espartiatas poseyeran al menos un *kleros* que asegurara un cierto nivel económico y su condición jurídica; esto dependía también de que quedara un cierto número de lotes vacíos, que se pudieran adscribir a los espartiatas que no los tuvieran o hubieran perdido el suyo y sobre todo, he aquí la verdadera clave del sistema, que el estado (los reyes y los éforos) pudiera intervenir en la asignación de *klaroi*. Así, el estado se ocupaba, en caso de que un espartiata tuviera más de un hijo, de que los hijos segundones pudieran ser adoptados por un espartiata sin descendencia, hacía posible que los espartiatas desposeídos pudieran acceder a un *kleros* que hubiera quedado vacío y se encargaba de casar a las hijas herederas de un *kleros* con espartiatas que pudieran quedar sin lote.

La estabilidad de los espartiatas y los *klaroi* había permitido a Esparta soslayar la enorme contradicción existente, posiblemente la mayor de todo

el mundo griego, entre una minoría de privilegiados –los espartiatas– y una masa de población dependiente –los hilotas–.

Los periecos formaban el segundo gran sector social del estado espartano. Son libres y en algún grado imperfectamente definido se autogobernaban sin disfrutar del mismo *status* que los espartiatas. Vivían en lugares periféricos, poseían sus propias comunidades, las ciudades periecas, se autogobernaban en el ámbito local, esto es, disfrutaban de autonomía interna y gozaban también de derechos locales de ciudadanía pero no tomaban parte en el gobierno del estado: en relación con el estado espartano eran libres sin derechos políticos, no podían ser electores ni elegibles ni participar, por ejemplo, en la asamblea, formar parte de la gerusía o del colegio eforal ni podían desarrollar una política exterior independiente. Servían en el ejército lacedemonio, de tal modo que se designaba con el nombre de lacedemonios a la suma de los espartiatas y de los periecos, y pagaban impuestos al estado espartano. Debido a que la ley impedía a los espartiatas realizar cualquier actividad productiva, los periecos gozaban de un monopolio cuando menos *de facto* en la artesanía y el comercio.

Los hilotas constituían la tercera clase del estado. Sometidos y dependientes, estaban adscritos a la tierra, al *kleros*, y obligados a entregar al espartiata dueño del *kleros* una parte de la cosecha. Los hilotas carecían de derechos políticos y de libertad de movimientos y eran propiedad del estado y no de los espartiatas individuales. En el ejército acompañaban a los espartiatas como criados y también servían en la infantería ligera y como remeros de la flota.

Al menos desde la Guerra del Peloponeso, el problema fundamental de Esparta era la oligantropía, entendida como escasez de ciudadanos de pleno derecho, la progresiva disminución de los iguales y el consiguiente aumento de los desprivilegiados. Con todas las reservas que nos merecen las cifras transmitidas por los autores antiguos, mientras los espartiatas sumaban ocho mil en el 480, se habían reducido a 3.500 en el 418 y a unos 2.500-3.000 en el 394. Eran sólo 1.500 en el 371, no más de mil quizás en los años sesenta del siglo IV y no más de 700 hacia el 250.

Es cierto que el *kleros*, el lote inalienable cedido por el estado espartano, pudo hacerse insuficiente, con el encarecimiento inevitable de la vida, para pagar la cuota del *syssition*, pero la disminución parece especialmente dramática desde finales del siglo V y principios del IV lo que debe ponerse en relación con la presión del imperialismo y los intentos de reforma de la propiedad de la tierra, esencialmente la llamada ley *(rhetra)* de Epitadeo que debió ser introducida en los años que van del final de la Guerra del Peloponeso a los comienzos de la Guerra de Corinto.

Partiendo de la imposibilidad de adquirir por compra-venta los lotes originarios, la ley de Epitadeo permitía donar en vida o legar por vía testamen-

taria la casa y la tierra a quien se deseara. La ley era aplicada a los lotes originarios, que podían acumularse, ignoraba la igualdad y la familia y daba a los espartiatas, arrebatándoselo al estado, la plena disposición de sus propiedades. Así, un padre podía otorgar su lote a su hija o darle como dote en matrimonio, emparentándola con alguien que fuera ya rico; incluso con herederos legítimos, el propietario de un lote podía donarlo en vida o legarlo tras su muerte a otro espartiata como pago de una deuda contraída. Sencillamente la ley hacía imposible que un espartiata empobrecido y que había decaído en un status inferior pudiera volver a formar parte de los iguales. La ley de Epitadeo provocó un proceso de concentración de la tierra ya que, al establecer la libertad de donación y testamento, y al impedirse las transacciones comerciales y la compra-venta, aquellos que se habían enriquecido el imperio utilizaron los testamentos y las donaciones ficticias para aumentar sus propiedades (Marasco 1980, 145), llevó al empobrecimiento de muchos espartiatas y a la consiguiente pérdida de status.

Vinculado al imperialismo se encuentra la acumulación de oro y plata por parte de espartiatas individuales que contribuyó sobremanera a romper el antiguo igualitarismo y ahondó el abismo social entre los espartiatas. Este acopio de metales preciosos se produce inmediatamente después de la Guerra del Peloponeso. Fue precisamente el botín de la Guerra del Peloponeso el pretexto que sirvió para abrir un debate relativo a la posesión de dinero público y privado. Por un lado, parte de los espartanos, los conservadores, se oponían a que se introdujera la moneda de oro y plata en Esparta y defendían que siguiera usándose sólo la tradicional moneda de hierro. A sus ojos, el imperio era la causa principal del enriquecimiento de un pequeño grupo que amenazaba el tradicional *kosmos* espartano. Frente a ellos, los imperialistas, partidarios de Lisandro, deseaban que el dinero circulara libremente. Aunque el resultado de la lucha fue una solución de compromiso según la cual la moneda de oro y la plata sería posesión pública pero a aquella persona que se le encontrase dinero privado sería condenado a muerte, pronto los espartiatas comenzaron a poseer oro y plata de manera privada.

El problema de las deudas está también estrechamente conectado con el influjo del dinero y la acumulación de capital en pocas manos. Muchos espartiatas recurrieron a los préstamos de los ciudadanos más ricos ante las nuevas situaciones creadas por el imperio, la reforma de la propiedad de la tierra y el nuevo nivel de vida con el incremento de los precios. Si se negaba al espartiata aumentar el trabajo sobre sus hilotas o dedicarse a otras actividades, sólo podía pagar la deuda con su lote.

Poco a poco los espartiatas tendieron a convertirse en una casta cerrada y se hizo imposible la movilidad social, la recuperación de los *hypomeiones* o el ascenso de los hijos bastardos. Por último, para mantener sus propiedades y nivel

de vida, los espartiatas redujeron su tasa de natalidad a pesar de que la legislación del siglo IV intentó incentivar los nacimientos: el padre de tres hijos quedaba libre de salir en campaña, y el de cuatro estaba exento de contribuciones.

Concentración de la tierra y acumulación de capital, cierre del estamento superior, oligantropía, enriquecimiento de los pocos, empobrecimiento de los muchos; en definitiva, el imperio estaba contribuyendo a destruir los fundamentos de la sociedad espartana, la desigualdad económica se agudizaba, el número de los espartiatas se reducía y se acrecentaban los grupos desprivilegiados, especialmente los *hypomeiones*, antiguos espartiatas que habían perdido sus derechos políticos y neodamodes, hilotas liberados pero que no llegaban a ser considerados como espartiatas de pleno derecho sino que permanecían en un *status* inferior, a los que Esparta recurría en busca de soldados que demandaba la posesión de un imperio y que aumentaba el riesgo de una revuelta social.

En directa relación con esta situación de degradación social e incremento de las desigualdades no es de extrañar que menos de un año después de que Agesilao accediera al trono, probablemente en el otoño del 399, el nuevo rey tuviera que enfrentarse a una conspiración liderada por Cinadón. Un denunciante reveló la conjura a los éforos. Éstos, mediante una estratagema, enviaron a Cinadón a Aulón y consiguieron arrestarle. Llevado a Esparta, confesó la conspiración y denunció al adivino Tisameno y a otros cómplices que fueron igualmente arrestados y ejecutados. Las ideas últimas de los conspiradores nos son desconocidas, sólo sabemos que el delator de la conspiración decía a los éforos que los conspiradores se comprometían con todos, hilotas, neodamodes, *hypomeiones* y periecos (Jen.*Hel.*3.3.6) y el propio Cinadón al ser preguntado durante el interrogatorio por sus intenciones respondió que "no quería ser menos que nadie en Lacedemonia" (Jen.*Hel.*3.3.11).

Podemos suponer que Cinadón y los conspiradores querían formar una alianza con *hypomeiones*, periecos, neodamodes e hilotas para acabar con los iguales pero nada sabemos acerca del tipo de régimen u organización social que sucedería a la muerte de los espartiatas. La debilidad espartana tras Leuctra dio la oportunidad para el surgimiento de nuevas conspiraciones en el invierno del 370/69, si bien en estas ocasiones participaron sobre todo ciudadanos que pretendían un cambio constitucional (Plutarco.*Ages.*22.6-11).

2.5. La política exterior espartana hasta la Guerra de Corinto

2.5.1. Del final de la Guerra del Peloponeso a la muerte del rey Agis II

La creación del imperio lacedemonio y, en general, la evolución de la política exterior laconia está íntimamente ligada al curso cambiante de la políti-

ca interior en Esparta. Los enfrentamientos entre las facciones provocaron a menudo si no contradictorias sí diferentes políticas exteriores de tal manera que Esparta osciló, según predominara una u otra facción, entre la inacción casi total y el más violento intervencionismo.

Tras la batalla de Egospótamos y hasta unos meses después del final de la Guerra del Peloponeso, Lisandro y los imperialistas predominaron en Esparta. En esta época, Lisandro construyó el imperio espartano y fue el responsable de que los vencedores, reunidos en el Congreso de los aliados que tuvo lugar en Esparta *ca.*404, respetaran Atenas y no arrasaran la ciudad en contra del parecer de beocios, corintios y otros griegos. Algunos autores antiguos dan una explicación propagandística: para no destruir una ciudad que había salvado a la Hélade durante las Guerras Médicas, pero, en realidad, Esparta estaba interesada en convertir a Atenas en un estado satélite que frenara las ambiciones beocias. Esta medida provocó la ira de beocios y corintios. La indignación se agudizó cuando Esparta se negó a repartir el botín de la Guerra del Peloponeso con los aliados que ascendía a unos 1500-2000 talentos. Un acto tan descarado de imperialismo que los aliados, especialmente corintios y beocios, protestaron, no sin razón, afirmando que si ellos habían compartido los gastos, esfuerzos y peligros de la guerra, era justo participar en los beneficios de la victoria que ahora Esparta les negaba.

Sin embargo, a muchos espartanos les pareció que Lisandro había ido demasiado lejos de modo que, entre el invierno del 404 y la primavera del 403, comenzó a manifestarse en Esparta una fuerte oposición a Lisandro. Así, a Tórax, un amigo de Lisandro, se le encontró en posesión de dinero privado y los éforos le sentenciaron a muerte. A principios del verano del 403, en el momento en que los oligarcas atenienses vienen a pedir ayuda a Esparta contra los demócratas del Pireo, Lisandro consiguió que se le nombrara harmosta de Atenas, mas salió con un ejército compuesto fundamentalmente por mercenarios, y no por la leva peloponesia, para apoyar a los oligarcas atenienses, mientras que el navarco Libis, su hermano, bloqueaba el Pireo con la flota.

Pero, una vez que Lisandro hubo partido, Pausanias convenció a tres de los cinco éforos para que le enviaran a Atenas con el ejército peloponesio. En Atenas, Pausanias, en llamativo contraste con las intenciones de Lisandro, reconcilió a ambos bandos y aceptó la restauración de la democracia (octubre del 403). La decisión de enviar a Pausanias y la actuación de éste en Atenas eran claramente contrarias a Lisandro.

Debido a su proceder en Atenas, Pausanias fue llevado a juicio pero resultó absuelto. Después del juicio (otoño del 403) y hasta el otoño del 400, la figura política de Lisandro parece haber sufrido un obscurecimiento y Pausanias, reforzado por la absolución, dirigió, en gran medida, la política exterior lacedemonia que se caracterizó, a lo largo de este período, por una prudencia rayana casi en la inacción y por los cambios introducidos en el sistema

imperial espartano. Por su parte, Agis parece salir también beneficiado de la pérdida de influencia de Lisandro y ve respaldada su política en Élide, Grecia central y el Golfo de Corinto.

Las decarquías fueron abolidas y se restauraron lo que las fuentes llaman las constituciones tradicionales, que deben identificarse en su mayor parte con oligarquías filolaconias. Los comportamientos más duros fueron mitigados, así, los éforos restablecieron en Sesto a sus antiguos pobladores que habían sido expulsados por Lisandro y enviaron a Pantedas para derrocar a Clearco que se había convertido en un tirano de Bizancio. Sin embargo, los harmostas y las guarniciones fueron mantenidos.

Durante los años 402 y 400, Esparta sometió a Élide e inmediatamente después del final de la Guerra de Élide, en el 400, los lacedemonios llevaron a cabo una campaña contra los mesenios que poseían Naupacto y un lugar fortificado en Cefalenia. Los espartanos expulsaron a los mesenios y dieron la fortaleza de Cefalenia a los cefalenios y Naupacto a los locros. La interferencia en el Golfo, una zona muy sensible para Corinto, representó una específica advertencia para esta última ciudad.

Al comienzo de la Guerra de Élide, probablemente en el 402, Esparta apoyó de una manera velada el intento de Ciro de hacerse con el trono persa. Si Ciro triunfaba, el precio a pagar por la ayuda espartana era, sin lugar a dudas, la libertad de las ciudades griegas de Asia; sin embargo, una intervención espartana de carácter ofensivo en Asia, con el desplazamiento de un ejército oficial de la Liga del Peloponeso, en plena vigencia de un estado de paz entre Esparta y Persia, significaba lisa y llanamente una declaración de guerra y, si Ciro fracasaba, Esparta quedaría directamente enfrentada al poder persa, un riesgo que Esparta no estaba todavía dispuesta a asumir.

El ejército de Ciro logró llegar hasta Cunaxa en las proximidades de Babilonia donde se enfrentó con el ejército del rey. En el transcurso de la batalla, la parte griega del ejército venció en su ala pero Ciro resultó muerto y los mercenarios griegos tuvieron que iniciar una penosa retirada a través del imperio persa. Los supervivientes, unos ocho mil, alcanzaron la costa del Ponto en el 400. Aunque se había salvado el estado de paz entre Persia y Esparta, el fracaso de la expedición de Ciro obligaría pronto a Esparta a afrontar directamente el problema del Asia griega.

Posiblemente en el 401, mientras se producía la expedición de Ciro, los atenienses se anexionaron Eleusis, que había surgido como comunidad separada tras los acuerdos de reconciliación en octubre del 403. La inclusión de Eleusis significaba la primera violación formal del acuerdo firmado con Esparta y, detrás de ella, se pueden atisbar los primeros intentos atenienses de recuperarse y de realizar una política exterior independiente.

Más grave aún fue la intervención tebana en Oropo en este mismo año (402/401). Aprovechándose de las disensiones internas, Tebas intervino en

Oropo estableciendo aquí un régimen oligárquico filotebano y movió la población de la costa al interior. Tras la interferencia tebana, y aunque formalmente autónoma, Oropo pasó a depender estrechamente de Beocia. Esparta veía crecer la amenaza beocia pero, en ambos casos, Eleusis y Oropo, no hizo ni un gesto para oponerse.

2.5.2. La sucesión al trono de Esparta y la renovación de la política imperialista

Después del final de la Guerra de la Élide, la muerte de Agis, avanzado el verano del 400, abrió en Esparta una polémica sobre la sucesión al trono Euripóntida. Optaban a la corona Leotíquidas, el hijo de Agis, y Agesilao, hermano de Agis. Agesilao, apoyado por Lisandro, aseguraba que Leotíquidas era hijo bastardo de Agis; sin embargo, Pausanias (3.8.8-10) anota que, aunque Agis había afirmado anteriormente que Leotíquidas no era hijo suyo, lo reconoció como legítimo en su lecho de muerte.

Como quiera que sea, el debate sobre la paternidad de Leotíquidas encubre, en realidad una maniobra de Lisandro que quería situar en el trono a Agesilao, su amigo y partidario, frente a Leotíquidas que debía ser más proclive a Pausanias. Así, Lisandro pudo ver en la sucesión a la casa Euripóntida una ocasión para controlar la realeza e influir decisivamente en la política espartana. Gracias al apoyo interesado de Lisandro, Agesilao fue elegido como rey por la asamblea espartana, probablemente, hacia el otoño del 400.

La sucesión al trono es una prueba más del nuevo ascenso de Lisandro en Esparta. La política de los años anteriores había debilitado algunas posiciones espartanas. Beocia se había hecho con el control de Oropo y despertaba los temores espartanos. Esparta había visto también impasible cómo Atenas ocupaba Eleusis, en contra de los acuerdos firmados y donde se habían refugiado precisamente los oligarcas atenienses que más habían confiado en los lacedemonios.

Por otro lado, las políticas imperialistas habían mostrado su efectividad. La intervención espartana en Élide había terminado con un molesto, preocupante y cercano problema. Además, con la asistencia tan limitada a la expedición de Ciro, éste había estado a punto de arrebatar el trono a su hermano. Los lacedemonios podían pensar, con cierta razón, que, si Esparta hubiera apoyado con mayor decisión la aventura de Ciro, el resultado quizás hubiera podido ser otro.

Con Lisandro y Agesilao la política imperialista tomó nuevos bríos. Ambos apoyaron con determinación la guerra contra Persia en Asia. En el 400, Tibrón es enviado a Asia. A lo largo de estos años, la política de intervención en Asia, lejos de decaer, se fue reforzando progresivamente. Tibrón fue reemplaza-

do en el 399 por el mucho más enérgico Dercílidas y, finalmente, en el 396 fueron Lisandro y Agesilao los que navegaron hacia Asia.

En el 399, Esparta intervino también en Grecia continental. Herípidas, que parece estar vinculado a Agesilao, aseguró Heraclea donde dejó una guarnición lacedemonia, expulsó a los eteos y penetró en Tesalia donde estableció, asimismo, una guarnición en Farsalo. Esta intervención laconia en Grecia central consolidó la posición de la Fócide, aliada de Esparta, entregó a los lacedemonios el dominio de las Termópilas, reforzó la situación de Licofrón, el tirano de Feras y aliado también de Esparta, e inspiró el temor suficiente a los beocios para prepararse a asumir el riesgo de una guerra.

2.5.3. La Guerra contra Persia

En el 401/400, después del fracaso de la expedición de Ciro, Tisafernes volvió de nuevo a la Jonia con el firme propósito de hacer cumplir los tratados firmados al final de la Guerra del Peloponeso y, por lo tanto, conseguir que todas las ciudades griegas de Asia obedecieran y pagaran tributo al Gran rey. Posiblemente hacia la primavera-verano del 400, atacó Cime e intentó apoderarse de Mileto. Fue entonces cuando las ciudades griegas de Asia acudieron a Esparta.

El primer intento espartano de lograr la independencia de las ciudades griegas de Asia había sido el apoyo a la expedición de Ciro pero su fracaso obligaba ahora a Esparta a hacer frente a sus compromisos y a su papel de hegemón y libertador de los griegos. Esparta envió una embajada a Tisafernes para tratar de detenerle pero, ante el fracaso de sus enviados, en el otoño del 400, los lacedemonios despacharon a Tibrón como harmosta para toda Asia con mil neodamodes, cuatro mil peloponesios y trescientos jinetes atenienses lo que significaba, lisa y llanamente, una declaración de guerra contra Persia.

Una vez en Asia, Tibrón reclutó dos mil griegos y, con siete mil hombres, realizó una primera expedición en el otoño del 400, cuya intención debía ser ganar la orilla derecha del Meandro al sur de Éfeso. Tibrón tomó primero Magnesia pero fracasó ante Trales.

A comienzos de la primavera del 399, Tibrón llevó a cabo una campaña en el valle del Caico y el sur de la Tróade. Después de ganar el valle del Caico con Pérgamo y otras ciudades, penetró en el sur de la Tróade pero fracasó en el asedio de Larisa egipcia. Después fue enviado por los éforos a luchar contra Caria. Pero los fracasos ante Trales (otoño del 400) y Larisa egipcia (primavera-principio del verano del 399), una acción poco concluyente en Caria y las quejas de los aliados por haber saqueado sus territorios, probablemente para pagar a sus soldados, le costaron el puesto. En el otoño del

399, fue substituido por Dercílidas y, a su vuelta a Esparta, fue juzgado y condenado al destierro.

Dercílidas, que poseía ya una amplia experiencia de mando en Asia, conocía el enfrentamiento entre los dos principales sátrapas de la costa de Asia Menor, Farnabazo, sátrapa de la Frigia helespontina, y Tisafernes y era enemigo declarado de Farnabazo desde que fue harmosta de Abido en el 408/407; pactó una tregua con Tisafernes y se dirigió contra Farnabazo. Dercílidas pretendía unir la zona costera que dominaba Esparta en el sur de la Tróade, en torno a Aso y Antandro, con las ciudades de la costa de la Propóntide, Abido, Lámpsaco y Cícico, que se habían pasado también a los espartanos. Desde Antandro y Aso, Dercílidas ascendió por la costa de la Tróade y, tan sólo en ocho días, en el curso de un campaña fulgurante, conquistó toda la Tróade, un área de unos 50 km este-oeste y obligó a Farnabazo a firmar una tregua.

Al empezar la primavera del 398, Dercílidas renovó la tregua con Farnabazo cruzó a Europa para ayudar a las ciudades griegas del Quersoneso tracio y aseguró el control espartano del Quersoneso; después pasó a Asia y sitió durante ocho meses Atarneo, una plaza fuerte que tenían los desterrados quiotas y desde la que se dedicaban a asolar la Jonia. Tras ocuparla, volvió nuevamente a Éfeso.

A pesar de las acciones de Dercílidas, a finales del invierno del 398 la situación era insatisfactoria. Después de tres años de campañas espartanas en Asia, los éxitos lacedemonios se habían circunscrito a zonas alejadas de las grandes ciudades griegas de Asia y sus problemas de seguridad, que se referían sobre todo a la amenaza de Tisafernes desde Caria, estaban lejos de solucionarse; Persia seguía sin firmar la paz y estaba construyendo una fuerte flota en Fenicia, Cilicia y Chipre. Entonces Esparta decidió emprender una acción más contundente en Asia con la finalidad, muy probablemente, de obligar a Persia a firmar la paz antes de que su flota pudiera hacerse a la mar. Por otra parte, Agesilao veía en Asia una buena oportunidad para ganar fama y Lisandro aspiraba a restablecer su influencia en esta zona.

De este modo, en la primavera del 396, los espartanos enviaron a Asia a Agesilao con unos dos mil neodamodes y seis mil aliados. Le acompañaban también treinta espartiatas entre los que iba Lisandro. Una vez que llegó a Éfeso y tras fracasar la firma de un armisticio, Agesilao reunió un ejército de diez mil hoplitas y cuatrocientos jinetes y, haciendo creer a Tisafernes que iba a ir contra Caria, se dirigió a Frigia, atravesó la llanura del Caico, saqueando el territorio persa y llegó casi hasta Dascilio aunque no parece haber tomado esta ciudad. Durante algún tiempo acampó cerca de Lámpsaco y, luego, regresó nuevamente a Éfeso.

Durante este año se produjo también la ruptura entre Agesilao y Lisandro y, como resultado de su enfrentamiento con Agesilao, Lisandro es apartado y enviado al Helesponto.



Figura 2.1. Asia Menor.

La tradición ha conservado la memoria de la trama de una conspiración que sólo se descubrió tras su muerte, en el verano del 395, pero que Lisandro empezó a concebir en el 396 después de su enfrentamiento con Agesilao y de su envío al Ponto. Su intento de controlar la monarquía desde el 400 a través de Agesilao había fracasado y Lisandro pensó entonces en una posibilidad más radical. Teniendo en cuenta muy probablemente los precedentes de otros reyes espartanos como Demarato (491/490) y Leónidas II que fueron depuestos por procedimientos muy similares –la intervención religiosa de Delfos u Olimpia–, Lisandro trató de sobornar al oráculo de Apolo en Delfos y su agente Ferecles intentó hacer lo mismo en el oráculo de Zeus en Dodona. Utilizó también una serie de prodigios y de vaticinios religiosos y su amigo Cleón de Halicarnaso le compuso un discurso para exponerlo ante la asamblea espartana. La intención de esta conjura tenía un objetivo muy concreto: derribar la diarquía de los Agíadas y Euripóntidas, establecer una monarquía electiva y posteriormente hacerse elegir él mismo para el trono de Esparta. La negativa de estos santuarios hizo fracasar sus planes.

En la primavera del 395, Agesilao decidió dar un golpe de mano: atacar la propia Sardes, la capital de la satrapía. Tras engañar a Tisafernes haciéndole creer que se dirigía a Caria, Agesilao avanzó contra Sardes y cerca de la capital derrotó a un ejército persa de proporciones considerables pero no pudo tomar Sardes. La victoria de Sardes precipitó la caída de Tisafernes que fue ejecutado y substituido por Titraustes. Sin embargo, Agesilao no pudo obligar a Persia a firmar una paz que reconociera la autonomía de las ciudades griegas de Asia Menor bajo la hegemonía espartana.

Al llegar la primavera del 394, Agesilao se dirigió contra la Frigia de Farnabazo. Saqueó Misia y se ganó a los paflagonios pero éstos volvieron a desertar en este mismo invierno. La expedición de Frigia había hecho concebir a Agesilao la idea de reunir un gran ejército, cuya intención era internarse en el territorio del rey para separar de los persas la mayor parte posible de pueblos y crear una zona de estados tapón que protegiera a las ciudades griegas de Asia menor. Sin embargo, una guerra contra Esparta había estallado en Grecia en el verano del 395 y los éforos se vieron obligados a hacer regresar a Agesilao. Agesilao dejó en Asia a Euxeno como harmosta con cuatro mil hombres para que conservara las ciudades y volvió a Europa.

A pesar de todas las deficiencias de la intervención espartana en Asia, a finales del 395, después de la última campaña de Agesilao, con harmostas y guarniciones, contribuciones en dinero, tratados y aportación de contingentes militares, Esparta había logrado constituir un imperio en Asia. Esparta firmó tratados de alianzas con las ciudades griegas de la zona por las que les obligaba no sólo a facilitar contingentes al ejército espartano en Asia sino también a acompañar a Esparta en sus expediciones de tal manera que Agesi-

lao, cuando regresa a Europa en el 394, lleva consigo tropas procedentes de las ciudades griegas de Asia. Esparta interfirió, además, en la política interna de estas ciudades, derrocó las decarquías e impuso oligarquías filolaconias y, por último, con certeza, les exigió contribuciones para hacer frente al esfuerzo bélico. De esta manera, a finales del verano del 395, Esparta controlaba un extenso territorio en la costa de Asia menor que se extendía desde Calcedonia en el norte hasta al menos Cnido en el sur. Unido al control del Egeo, este extenso imperio espartano podía inclinar decisivamente en favor de Esparta la balanza de poder en Grecia continental y levantaba los recelos de los principales estados griegos continentales, especialmente de Atenas.

3.

Atenas hasta la Guerra de Corinto

3.1. Recuperación y concordia

Como la potencia derrotada, Atenas fue, obviamente, el estado griego que salió peor parado de la Guerra del Peloponeso. Atenas perdió gran parte de su población, su territorio fue sistemáticamente saqueado, la producción y la vida económica se vieron seriamente dañadas, tuvo que renunciar al imperio, la flota y los tributos y el acuerdo de capitulación, sellado en la primavera del 404, la colocaba bajo el dominio espartano.

Quizá la consecuencia más grave de la Guerra del Peloponeso se produjo en el terreno demográfico. A los numerosos muertos por la peste en los primeros años de la guerra hay que sumar los caídos en combate, especialmente en Delión, Anfípolis y las Arginusas y en Sicilia y los tres mil atenienses que fueron ejecutados por Lisandro tras Egospótamos. Luego de esta última batalla, la población de Atenas aumentó por el regreso de los clerucos (colonos atenienses en el exterior) pero, nuevamente, el asedio de Atenas provocó numerosos fallecimientos por hambruna. Después de la guerra, la tradición ateniense conservó la memoria de los mil quinientos ciudadanos que fueron asesinados por la brutalidad de la llamada oligarquía de los Treinta (404-403). Otros ciudadanos murieron aún durante la guerra civil (febrero-octubre del 403).

De esta forma, tras casi treinta años de enfrentamientos, de los cincuenta mil ciudadanos adultos masculinos con los que contaba Atenas al princi-

pio de la Guerra del Peloponeso probablemente se habían reducido a unos 25.000, con el regreso de los clerucos, en torno al 400; de tener, en el 431, una población mayor que ningún otro estado griego de la época, Atenas había pasado a contar ahora con un número de ciudadanos similar a Beocia y, con seguridad, por debajo del estado conjunto que se creó durante la Guerra de Corinto por la unión de Corinto y Argos.

No menos dramático fue también el coste económico de la guerra y de la derrota. A pesar de que el grado de devastación del territorio no está enteramente claro ya que la estrategia de devastación continuada era novedosa y se pudieron exagerar sus efectos, sí es cierto que amplias zonas del Ática fueron sistemáticamente arrasadas, sobre todo después de que se estableciera una guarnición permanente en Decelía a partir del 413 precisamente con la finalidad principal de saquear el Ática e impedir el cultivo. Los olivos, incluso los sagrados, fueron cortados y quemados, los viñedos, las higueras y toda suerte de cultivos arbóreos y arbustivos sufrieron el mismo destino, las casas del campo fueron desmanteladas y todo aquel que era apresado en el Ática por los lacedemonios y sus aliados era vendido como esclavo. A esta devastación se aplicaron de manera especial los tebanos que se llevaron hasta la madera y las tejas de las casas, de tal forma que hay una estrecha correlación entre el crecimiento de la prosperidad de Tebas durante la Guerra de Decelía y el saqueo del Ática. Al principio de la guerra, los atenienses habían trasladado a Eubea el ganado y una gran parte de lo que pudieron llevarse del Ática pero, con la defección de la isla en el 411, todo esto se perdió también.

La guerra interrumpió también la producción de las minas de plata del Laurión. Muchos de los veinte mil esclavos que huyeron de Atenas en el transcurso de la Guerra de Decelía, debían ser precisamente trabajadores de las minas. La guerra afectó gravemente al comercio y la artesanía, tradicionales exportaciones atenienses como aceite y plata cayeron vertiginosamente, consumió también todas las reservas del tesoro ateniense, los tributos anuales y obligó a multiplicar las ruinosas *eisforás* (impuesto directo extraordinario) para financiar el esfuerzo bélico que se abatían sobre una población empobrecida. La derrota significó el abandono del imperio con los consiguientes beneficios que éste proporcionaba: el mantenimiento de la flota, el tributo, las cleruquías, la prosperidad artesanal y comercial, la privilegiada relación con los dinastas del Ponto y llevó al desastre a todos aquellos atenienses que dependían directa o indirectamente del imperio, aquellos que estaban empleados en la flota, en los astilleros, en las obras públicas o recibían una indemnización por participar en la vida política. Por último, durante la guerra civil, los oligarcas contrajeron una deuda con los lacedemonios de unos cien talentos, que se acordó pagar en común por todos los ciudadanos y para la que hubo que recaudar aún otra *eisforá*.

En lo político, el tratado de rendición obligó a Atenas a renunciar a sus pretensiones imperiales y a reconocer la hegemonía espartana. Abrió el camino para que los lacedemonios impusieran un régimen oligárquico y una guarnición. Esta segunda oligarquía, introducida por instigación de Lisandro y que estaba formada por un Consejo de Treinta oligarcas, fue uno de los más grandes fiascos y uno de los períodos más negros en la historia de la ciudad. Las matanzas, exilios y destrucciones de los oligarcas dejaron un recuerdo indeleble en la conciencia de los atenienses, que perdurará hasta el final de la existencia de Atenas como estado independiente. La crueldad de los oligarcas llevó a la guerra civil y dio la oportunidad para una nueva y doble intervención espartana protagonizada, respectivamente, por Lisandro y por el rey Pausanias. Finalmente, gracias a la mediación de Pausanias, ambos bandos, oligarcas y demócratas, firmaron un acuerdo de reconciliación que, a la vez que renovaba su amistad con Esparta, restauraba la democracia. A partir de octubre del 403, la restauración económica y la reconciliación fueron los dos grandes desafíos a los que se enfrentaba la ciudad.

Los atenienses renunciaron explícitamente a recuperar la cifra de ciudadanos anterior a la guerra. Inmediatamente después del 403, se repuso la antigua ley de Pericles (451/450) que reservaba la ciudadanía sólo a los nacidos de padre y madre atenienses, las naturalizaciones fueron insignificantes a lo largo del siglo y las condiciones para el acceso a la ciudadanía fueron endureciéndose paulatinamente; era lógico si se querían conservar los privilegios de los ciudadanos, más escasos después de la pérdida del imperio. Con la tasa de crecimiento vegetativo entre el 0,5 y el 0,25% anual y las frecuentes guerras, la población ateniense se elevó muy lentamente a lo largo del siglo IV, a finales de la década de los veinte y principios de los años diez, Atenas debía contar con poco más de 30.000 ciudadanos adultos masculinos, con un crecimiento de poco más de seis mil en más de ochenta años (403-322/317).

Los atenienses trataron de preservar lo que había sobrevivido a la destrucción de la guerra, se preocuparon por los olivos destrozados y medio secos a los que se rodeó de pequeñas empalizadas y se penó con el destierro y la confiscación a aquellos que los arrancaran. Árboles como el olivo o la higuera son muy resistentes al fuego y siempre es mejor aprovechar el quemado que sembrar otro, pero los olivos quemados sólo a partir de los tres años dan su primera cosecha y sólo de los diez en adelante se los puede considerar en plena producción. Es posible que bastantes agricultores atenienses, los más pobres, se vieran obligados a abandonar sus tierras y a emigrar a la ciudad, a prestar su fuerza de trabajo a los más ricos, o a alquilarse como mercenarios para subsistir. Con todo, parece también no menos cierto que el Ática conservó como sistema de explotación agrícola fundamental la pequeña y mediana propiedad (de 3 a 5 Ha.) y que la inmensa mayoría de los labriegos pudieron recuperar sus campos. Aún así la mayor parte de los campesi-

nos debieron afrontar numerosos problemas, especialmente financieros, para hacer revivir sus explotaciones y sólo lentamente la mayoría de las casas y campos del Ática se restauraron.

Las minas tardaron también largo tiempo en recobrarse. La explotación se reinició después de la guerra y ello sirvió para restaurar el sistema monetario. Los atenienses reanudaron la acuñación de moneda de plata, reabsorbieron la moneda de bronce que se había emitido los últimos años de la guerra y la moneda recuperó su peso y buena ley Pero la producción minera se mantuvo durante años en un nivel muy bajo de manera que en el 367/366 fecha de la lista más temprana de concesiones mineras que poseemos (aunque presupone otra única lista, muy posiblemente del año anterior), las concesiones eran poco numerosas y no parecen haber sido una gran fuente de ingresos y alcanzar niveles parecidos al 431 hasta pasada la mitad del siglo IV. Durante esta primera parte del siglo IV la moneda ateniense conservó su valor de patrón en buena parte del Mediterráneo oriental pero las acuñaciones atenienses fueron insuficientes y proliferaron las imitaciones. Como prueba fehaciente, por un decreto del 375/374, los atenienses aceptaron las buenas imitaciones como si se tratara de moneda propia.

Las actividades artesanales y comerciales se recuperaron probablemente con mayor celeridad que otros aspectos de la vida económica; el Pireo conservó su posición como el mayor puerto comercial del Mediterráneo oriental y el mayor mercado monetario del Egeo y la flota mercante fue respetada por el tratado de paz. Pero, con los Muros Largos derruidos, el Pireo sin amurallar y la flota ateniense reducida a doce naves, el comercio estaba a merced de la armada espartana.

En definitiva, a pesar de todos los esfuerzos realizados tras la guerra, la recuperación económica fue muy incompleta y distó mucho de ser satisfactoria. El Ática revivía con suma parsimonia, la producción minera era escasa, el puerto era vulnerable a un ataque terrestre y el comercio marítimo y el abastecimiento de la ciudad estaban sometidos al albedrío de la flota lacedemonia. En realidad, buena parte de las pérdidas de la Guerra del Peloponeso habían sido irreparables y Atenas jamás alcanzó el nivel de prosperidad económica del siglo V.

Sin duda alguna existe también una conexión entre esta lenta e insuficiente recuperación económica y el deseo ateniense de entrar en guerra con Esparta. Lógicamente aspiraban a reconstruir su imperio y renovar de una forma más rápida su antigua riqueza pero no les faltaba razón al pensar que, mientras las fortificaciones de los Muros Largos y del Pireo estuvieran derruidas y la flota espartana señoreara los mares, Atenas estaba amenazada.

La memoria del régimen de los Treinta impidió que la oligarquía fuera una alternativa viable como régimen político y la democracia se mantuvo hasta el 322, cuando fue derribada por la intervención macedonia y no por

una revuelta interna. Según el acuerdo de reconciliación del 403, aquellos atenienses de la ciudad (los que participaron del bando oligarca) que quisieran emigrar tendrían diez días de plazo para ir a Eleusis, que se convertía de hecho en una comunidad autónoma, refugio de los Treinta y de sus más acérrimos partidarios, sólo vinculada a Atenas por un tributo y el uso común del santuario eleusino. La parte menos usual del acuerdo incluía una amnistía que garantizaba que no se presentarían acusaciones contra nadie de los de la ciudad excepto contra los Treinta, los Once –encargados de las ejecuciones– y los Diez arcontes del Pireo (en realidad, una decarquía establecida por los Treinta en el puerto) y contra aquellos que habían cometido asesinatos con sus propias manos. Las tierras y casas confiscadas por los Treinta volvían a sus antiguos propietarios pero no así los bienes muebles (esclavos, dinero etc.) con lo que ambas partes perdían. A pesar de que los recelos y las sospechas entre ambos bandos perduraron durante años, constituye un hecho verdaderamente notable en la historia de las luchas internas de la Grecia clásica el respeto a los acuerdos del que hicieron gala, mayoritariamente, los demócratas y en ello las fuentes, que en su inmensa mayoría distan mucho de ser consideradas favorables a la democracia, son virtualmente coincidentes.

Arquino, uno de los líderes principales de los que habían luchado contra los Treinta, suprimió los últimos días de plazo para emigrar a Eleusis con la intención de que permanecieran en Atenas el mayor número posible de ciudadanos y mostrarles que nada tenían que temer de la nueva democracia. Arquino convenció también al Consejo para que condenara a muerte sin juicio a uno que intentaba violar la amnistía y llegó a identificar la salvación de la democracia con el escrupuloso cumplimiento de los juramentos, lo que era en parte cierto ya que, en el pasado, la dura represión de la democracia restaurada del 410 contra los oligarcas del régimen de los Cuatrocientos, había alentado las conspiraciones y la violencia oligárquica posterior. Líderes como Anito y Trasibulo dieron ejemplo y renunciaron a recobrar las posesiones de las que habían sido privados y a las que tenían legalmente derecho. A despecho de los numerosos procesos que se incoaron contra los oligarcas después del 403, sólo conocemos uno, el de Menéstrato, un delator, que tuviera éxito y resultara una sentencia condenatoria.

Los Tres mil, los únicos que habían disfrutado de la plena ciudadanía durante los Treinta, gozaron de la impunidad prometida, conservaron sus derechos políticos y tuvieron una destacada participación en las magistraturas y en la vida política ateniense. Antiguos líderes oligarcas ocuparon, incluso, altos cargos como Rinón la estrategia o Cefisofonte la tesorería de Atenea. A pesar de que en los acuerdos de reconciliación se acordó que cada bando pagara por separado los préstamos contraídos durante la guerra civil, los demócratas moderados consiguieron que estas deudas se pagaran conjun-

tamente. Era ésta indudablemente una medida que beneficiaba a los antiguos oligarcas que habían pedido cien talentos a Esparta mientras que en el caso de los demócratas sólo tenemos evidencia de menos de veinte talentos.

Esta moderación no sólo fue efectiva en el cumplimiento de los acuerdos de reconciliación sino que se extendió prácticamente a todos los ámbitos del quehacer político. Inmediatamente después del restablecimiento de la democracia, se rechazaron dos propuestas extremistas, la de Formisio que propugnaba la concesión de la plena ciudadanía sólo a aquellos que poseían bienes raíces, lo que hubiera convertido a unos cinco mil atenienses en desprivilegiados, una proposición que agradaba a los antiguos oligarcas, y la de Trasibulo que proponía otorgar la ciudadanía a todos los que habían ayudado a los demócratas, medida que habría beneficiado a unas mil doscientas o dos mil personas entre metecos y esclavos. Tampoco se atacó la propiedad de la tierra ni se promovió la cancelación de deudas. Ciertamente se reintrodujo el *misthos*, indemnización por asistir a la asamblea pero, aunque se aumentó hasta el triobolo, era pequeño. Se prosiguió con la codificación legal emprendida en el 410/409 al que se le daba el nombre genérico de la restauración de las leyes de Dracón y Solón que no se referían evidentemente al restablecimiento de la constitución anterior al siglo V sino al resultado de la revisión general que servía para designar al *Corpus Iuris Attici*. Se estableció el nuevo procedimiento de la *nomotesia* y se distinguió claramente entre nomos y psefisma. El *nomos*, entendido como una ley permanente y de carácter general, debía presentarse ante los nomotetas mientras que el *psefisma* era un decreto de valor individual, limitado o temporal aprobado por la asamblea, lo que suponía, en la práctica, una restricción de los poderes de la propia asamblea democrática: a partir de ahora, las leyes serían revisadas por los nomotetas y su aprobación formal se confiaba al Consejo y a los nomotetas por lo que la asamblea no tomaba parte.

Posiblemente entre el 403 y el 399, entraron en vigor cinco nuevas medidas moderadas: los magistrados no debían servirse en ningún delito de leyes no escritas, se subordinaban los decretos del Consejo y de la asamblea a los *nomoi*, no era lícito promulgar una ley para un solo ciudadano en particular a no ser que se emitiera por el voto secreto de al menos seis mil ciudadanos y, por último, se recurriría sólo a las leyes promulgadas a partir del arcontado de Euclides –403– (Andócides.1.85-88).

3.2. La evolución de la política exterior

Tras la restauración democrática en.otoño del 403, hubo, ciertamente, algún intento ateniense por desarrollar, si bien tímidamente, una política exterior independiente. Así, Cefisofonte hizo aprobar un decreto en el 403/402, con Agirrio

como secretario, por el cual se renovaba la concesión de ciudadanía a los samios que ya los atenienses habían decretado en el 405/404 y cuya estela había sido destruida por los Treinta. Los atenienses elogiaron expresamente a Notio y Éfeso por la buena acogida dada a los exiliados samios, renovaron la proxenía tasia destruida por los Treinta y concedieron la *ateleia* (exención de impuestos) a los exiliados tasios. Por último, en el 401, violando en buena medida los acuerdos de reconciliación, se anexionaron Eleusis.

Sin embargo, a pesar de estas incipientes iniciativas, durante los ocho años siguientes al final de la Guerra del Peloponeso, Atenas observó, en su conjunto, fielmente el tratado con Esparta, mucho más que Corinto y Tebas. Envió contingentes a las expediciones espartanas contra la Élide y despachó trescientos jinetes a la expedición de Tibrón en Asia (400).

El primer acto claramente antiespartano se produjo, probablemente a finales del 397, con el envío de Hagnias, Telesegoro y algunos otros en una embajada al Gran Rey cuando Esparta se encontraba en guerra con Persia. Los embajadores atenienses fueron capturados en ruta por el navarco espartano Fárax y remitidos a Esparta donde fueron ejecutados. Los atenienses no protestaron porque posiblemente no querían dar la impresión de que era una embajada oficial. Es fácil conectar este enfriamiento de las relaciones entre Atenas y Esparta con la renovación del imperialismo espartano tras el ascenso de Agesilao al trono. De manera especial, la creación de un imperio espartano en Asia cerraba las puertas a la intención ateniense de revivir su propio imperio pero sobre todo debía ser vista como una amenaza para la propia ciudad: con la flota lacedemonia dueña del Egeo, las rutas de abastecimiento al albur de los espartanos, los atenienses, como pocos griegos, sabían cómo el imperio en Asia reforzaba el poder espartano.

Los demócratas radicales, partidarios de la guerra contra Esparta, intentaron al año siguiente, una acción aún más arriesgada. En el 396, después de una reunión secreta del Consejo, Deméneto dejó el Pireo con una trirreme del estado ateniense para unirse a Conón (cf. páginas siguientes: la Guerra de Rodas). Este hecho provocó la alarma de los ricos atenienses y de los moderados de Trasibulo y Anito, que no estaban dispuestos en el 396 a llevar a cabo una iniciativa contra Esparta, hablaron del riesgo de una guerra y obligaron al Estado a lavarse las manos. Los atenienses avisaron al harmosta espartano de Egina, Milón, y le informaron que Deméneto había actuado sin el consentimiento oficial de Atenas. Esparta aceptó las excusas atenienses.

3.3. La Guerra de Rodas

Hasta el 395 la política interna ateniense se había basado en una alianza entre dos facciones moderadas, la de Arquino y la de Trasibulo, que habían

respetado la paz y los compromisos contraídos con Esparta frente los demócratas radicales de Epícrates y Céfalo que buscaban la guerra contra Esparta. Sin embargo, en el verano del 395, la facción de Trasibulo dio su acuerdo a una alianza defensiva con Beocia que significaba de hecho la guerra contra Esparta. ¿Qué motivó este cambio de opinión? Una de estas razones, el desarrollo del imperialismo espartano en Asia, la hemos ya apuntado. Cabe señalar, además, la llamada Guerra de Rodas, nombre con el que las fuentes conocen el desarrollo de la guerra naval entre Esparta y Persia antes del estallido de la Guerra de Corinto.

Tras la derrota de Egospótamos en el 405, Conón, que era uno de los estrategos al mando de la flota ateniense, logró huir con ocho naves y refugiarse en Salamina de Chipre, en la corte del rey Evágoras. Aquí permaneció hasta que estalló la guerra entre Esparta y Persia en la que Conón vio una oportunidad de intervenir. En vista de que la guerra por tierra se alargaba y que los ejércitos persas no conseguían ponerle fin, Farnabazo, sátrapa de la Frigia helespontina, viajó hasta Susa para proponer al Rey un cambio de estrategia. El plan de Farnabazo era doble, consistía en llevar la guerra al mar, construyendo una escuadra que fuera capaz de vencer a la flota espartana, y, además, tratar de promover una guerra en Grecia. La derrota de la armada espartana provocaría el aislamiento del cuerpo expedicionario lacedemonio en Asia y, posiblemente, un rosario de revueltas en toda la costa asiática y el Egeo. Si a ello se le unía el estallido de la guerra en Grecia, Esparta, obligada a sostener operaciones militares en tres frentes (Grecia, Asia y el mar), lo que excedía evidentemente sus posibilidades, adoptaría una posición defensiva o se retiraría de Asia. Según Farnabazo, el rey debía nombrar almirante de la flota persa a Conón, un experimentado marino, que había luchado durante muchos años contra las flotas lacedemonias y que contaba además con el apoyo de Evágoras de Chipre, cuya contribución a la flota persa debía ser esencial. El Rey aprobó el proyecto de Farnabazo y le concedió quinientos talentos para que emprendiera la construcción de una flota de cien naves.

Hacia finales del 398 o a principios del 397, antes de que estuvieran alistadas la totalidad de las naves, Conón navegó con cuarenta barcos hacia Cauno en Caria. El navarco Fárax vio en ello una buena oportunidad para enfrentarse a la flota persa y, desde Rodas, navegó con ciento veinte trirremes hacia Cauno. Conón no se arriesgó a presentar batalla pero quedó bloqueado en Cauno por la armada espartana. Mientras Conón estaba en Cauno, comenzaron a escasear los fondos y los mercenarios chipriotas de su flota se amotinaron. Conón tuvo que pedir más dinero y logró sofocar la revuelta. Después de cuatro o cinco meses de bloqueo, Artafernes y Farnabazo llegaron en su rescate con grandes fuerzas, presumiblemente por tierra, los espartanos abandonaron el bloqueo y se retiraron a Rodas. Proba-

blemente poco después Conón consiguió aumentar la flota con 47 o 49 naves fenicias y con 10 cilicias. La flota persa contaba ya con más de cien naves y podía pasar a la ofensiva.

Tras estos titubeantes comienzos, fue en la campaña del año siguiente, el 396, cuando Conón, obtuvo su primer gran éxito, la defección del bando espartano de la importante isla de Rodas, base naval espartana desde el 400. La flota espartana se mantuvo en Rodas hasta el 396, cuando el final del bloqueo de Cauno hizo que la base rodia se tornara vulnerable, además de contar con la oposición de muchos rodios y, en consecuencia, la armada abandonó Rodas y se retiró a Éfeso.

Instigados por la presencia de Conón en el Quersoneso de Cnido, que deseaba también utilizar Rodas como puerto para su flota, y por la retirada de la flota espartana, posiblemente en el 396, los rodios se revolvieron contra Esparta y admitieron en su ciudad a la flota persa. Poco después, hacia la primavera del 395, se introdujo la democracia en la isla. Sin duda alguna, la pérdida de Rodas supuso un duro golpe para los espartanos: por su potencia militar y naval y su valor estratégico, su colaboración era esencial.

Posiblemente podamos situar sobre estas fechas, primavera-verano del 396, la misión de Timócrates de Rodas. Tras la revuelta rodia, Timócrates llegó a Grecia con dinero persa y la intención de mover una guerra contra Esparta en la propia Grecia. Obviamente recurrió al soborno de los principales líderes griegos pero mucho más importante que esto, prometió la ayuda financiera y naval persa lo que haría que la guerra fuera menos costosa.

Indudablemente la alianza con la Confederación beocia fue uno de los factores decisivos a la hora de mover a los atenienses a la guerra. Beocia era un estado tenido por lo suficientemente fuerte como para, en unión de los atenienses, tratar de resistir a los lacedemonios. Sobre todo, Beocia hacía imposible un ataque contra el Ática y mucho menos el establecimiento de una guarnición espartana dentro del territorio ateniense al estilo de Decelía durante la Guerra del Peloponeso. Por el contrario, si Esparta lograba someter a Beocia, el Ática podía ser invadida si Atenas se enfrentaba con los espartanos.

En Atenas, tras la derrota en la Guerra del Peloponeso y la subsiguiente guerra civil, recuperación y concordia constituyeron las dos palabras claves de su evolución a lo largo de la década del 404 al 395. Durante este período, los moderados de Trasibulo parecen haber retenido el control y refrenaron en varias ocasiones las impulsivas acciones de los radicales. Finalmente, en el verano del 395, Atenas se decidió a entrar en guerra con Esparta por varias razones: los atenienses deseaban restablecer su antiguo imperio; las acciones de Farnabazo y Conón y la misión de Timócrates probaban que Persia estaba dispuesta a comprometerse ampliamente en la guerra y su flota y su dinero, junto a la alianza beocia, aumentaban las posibilidades de batir a Esparta; la creación de un imperio espartano en Asia y el Egeo no dejaba de

ser motivo de preocupación para los atenienses. Atenas mejor que nadie sabía lo que podían significar los ingentes recursos financieros, militares y navales que podían extraerse de Asia y el Egeo y lo que podían suponer para el fortalecimiento de Esparta, sobre todo, si los lacedemonios dirigían todo el poder de su imperio para asegurar con mayor dureza su hegemonía en Grecia continental; Atenas era consciente de la dificultad y lo incompleto de su recuperación política y económica pero muchos pensaban que, sin una guerra, era imposible ir más allá, con un férreo control espartano en el Egeo y la flota lacedemonia dueña del mar, las rutas de abastecimiento ateniense estaban a merced de los espartanos y la ciudad seguía directamente amenazada.

4.

Tebas y la Confederación beocia hasta la Guerra de Corinto

4.1. La Confederación beocia a principios del siglo IV

4.1.1. Las bases de la organización federal

Beocia ocupaba en la Antigüedad, y ocupa hoy en día, aunque más extensa actualmente, la parte central de Grecia central. En su conjunto, posee una extensión aproximada de 2800 km^2 y una forma aproximadamente oval, con 40 km norte-sur y unos 100 km oeste-este y con unos límites bien definidos por mar: en el norte el Golfo de Eubea y el Canal del Euripo, en el sur el Golfo de Corinto; y por cadenas montañosas que la separan al oeste de la Fócide y la Lócride y al sur del Ática y la Megáride.

Con una extensión similar al Ática, Beocia fue incapaz de crear un estado unitario al modo de Atenas, –estaba dividida en poco más de una decena de *poleis;* sin embargo, sí consiguió constituir un estado federal que nació a comienzos del último cuarto del siglo VI y que, con amplias transformaciones y a través de muy variadas circunstancias, subsistirá posiblemente sin solución de continuidad hasta la Paz del Rey de la primavera del 386. La creación de la Confederación respondió a la necesidad de algunas ciuda-

des del sur del lago Copais (Haliarto, Coronea...), del Noreste (Copas, Acraifia) y del Este (Tespias, Tebas...) (fig. 4.1) de hacer frente al poder de determinadas ciudades del Oeste como Orcómeno o Hieto, cuya expansión parece haber sido uno de los rasgos característicos de principios y mediados del siglo VI, pero sobre todo correspondía al deseo tebano de dotarse de un instrumento que le permitiera asentar su hegemonía en toda Beocia a la manera, pero aún más firmemente, de Esparta en el seno de la Liga del Peloponeso.

Tras una serie de fracasos desde finales del siglo VI que culminaron con una década de sometimiento a Atenas (457-446), la batalla de Coronea, en el 446, que supuso la liberación del dominio ateniense, marcó un verdadero punto de inflexión en la historia de Beocia y de la propia Confederación, de tal modo que es posible decir que la reorganización del 446 configuró la base de la constitución federal como la conocemos en el 395.

La Guerra del Peloponeso supuso el crecimiento del poder político y de la riqueza económica de la Confederación pero, a la vez, desarrolló espectacularmente la hegemonía de Tebas. Beneficiada por el saqueo del Ática, con su territorio ampliado por la inclusión de Platea y aumentada su representación política en el seno de la Confederación, Tebas modificó el sistema de distritos en su propio provecho o con el fin de debilitar a sus rivales. Arrancó Queronea a Orcómeno, arrasó las murallas de Tespias y se permitió intervenir en la política interna de esta última, acabando con una revuelta democrática e instalando en el poder un régimen oligárquico protebano.

Tras la guerra, emergía así una organización federal extraordinariamente sofisticada y evolucionada. La organización federal y local de Beocia nos es conocida tal y como ésta se encontraba en el verano del 395, en el momento que comienza la Guerra de Corinto, gracias a la narración de un historiador cuya obra se conserva en un estado muy fragmentario, del que desconocemos hasta su propio nombre, y a la que llamamos las *Helénicas de Oxirrinco* por el lugar donde se hallaron los restos de su obra histórica (texto n.° 1, en Apéndice).

En el 395 las bases de la Confederación se asentaban sobre:

1. La existencia de una comunidad étnica beocia.
2. La hegemonía tebana al mismo tiempo que se introducía un sistema que trataba de equilibrar las relaciones, las cargas y los derechos entre todas las ciudades beocias.
3. El establecimiento de un régimen oligárquico moderado de tipo hoplítico, una oligarquía isonómica, idéntico para toda Beocia, tanto en la Confederación como en las ciudades, que se cimentaba sobre el consenso entre el mediano campesinado y la aristocracia.

4. La elaboración de un sistema de distritos que, superpuesto a las *poleis*, servía de unidad electoral, política, militar y fiscal.
5. La estructura cuatripartita de la institución principal, el Consejo federal, dividido en cuatro consejos que introducía un verdadero régimen representativo.
6. Junto a los cuatro consejos federales, la creación de un sistema de magistraturas, un tribunal y un tesoro, unas instituciones federales independientes de las organizaciones locales y particulares de cada ciudad.

Los beocios formaban en primer lugar un *ethnos*, una comunidad étnica. Eran una comunidad dialectal: todos hablaban un mismo dialecto, el beocio, un dialecto relativamente homogéneo, y una comunidad de cultos: todos compartían una serie de cultos propios y específicos de los beocios, especialmente los santuarios de Posidón en Onquesto y de Atenea Itonia en Coronea en torno a los cuales se crearon anfictionías. El *ethnos* de los beocios compartía las mismas tradiciones y costumbres comunes como, por ejemplo, el origen tesalio de la propia etnia y la migración beocia que habría llevado a los beocios en una fecha posterior al final de la Edad del Bronce de Tesalia al lugar que ocuparían en época histórica; fueran o no ciertas, estas tradiciones eran asumidas por todos los beocios lo que constituía un indudable factor de cohesión. Por último, también la semejanza de las estructuras sociales y económicas, con el predominio de la aristocracia y políticas, con la persistencia de regímenes no democráticos, favorecían la unión.

Sin embargo, junto a todos estos factores de cohesión, existían también, en algunas zonas de Beocia, una serie de elementos que favorecían la división y la disgregación; por ejemplo, del *ethnos* de los beocios se separaban los minias de Orcómeno. Orcómeno y el Oeste de Beocia tuvieron siempre la conciencia de poseer una historia y un fondo de tradiciones míticas y legendarias diferentes y en gran medida enfrentadas a las del resto de Beocia.

La oligarquía isonómica significaba, en primer lugar, la implantación de un sistema censitario en el que la posesión de un determinado nivel de renta era la condición *sine qua non* para disfrutar de los derechos plenos de ciudadanía y participar en la política. Con bastante grado de certeza, el nivel de renta exigido era bajo y coincidía con el nivel mínimo requerido para un hoplita. El nivel censal era tan menudo porque se introducían otra serie de cualificaciones morales y económicas que restringían la participación política y que se pueden adscribir a esta época: en Tebas, una ley prohibía participar en las magistraturas durante un período de diez años a aquellos que producían y vendían en el ágora: artesanos, comerciantes y pequeños campesinos, una vez que hubieran abandonado estas actividades (Aristóteles. *Pol.*1278 a 25, 1321 a 26) y, en Tespias, existió otra ley que excluía de la vida política al que desempeñara una profesión mecánica (Heraclides.*frg.*43). En definitiva, la

legislación impedía a los artesanos, comerciantes y pequeños campesinos el acceso a las magistraturas.

La Confederación beocia estaba organizada, en el momento en que estalla la Guerra de Corinto, en el verano del 395, en once distritos. El distrito era una unidad ideal de reparto de cargas y derechos, una unidad militar, política y fiscal. Así, cada distrito debía aportar mil hoplitas y cien jinetes al ejército federal, sesenta consejeros a los cuatro consejos federales, un beotarco, un cierto número de dicastas o jueces para el tribunal federal y una de cada once contribuciones económicas. Estos once distritos se repartían asimétricamente entre las once *poleis* beocias en relación a su poder e importancia; así, cuatro correspondían a Tebas; Tespias sumaba otros dos distritos; Tanagra contaba con uno; dos formaban conjuntamente Orcómeno (1 2/3) e Hisias (1/3); uno Haliarto, Lebadea y Coronea (1/3 cada polis) y otro más Acraifia y Copas y Queronea (de igual modo 1/3 cada polis). De esta manera, por ejemplo, Tebas, con cuatro distritos, aportaba cuatro mil hoplitas y cuatrocientos jinetes, doscientos cuarenta consejeros y cuatro beotarcos y cuatro de cada once contribuciones económicas. Haliarto, que formaba un distrito conjunto con Lebadea y Coronea y que poseía, por lo tanto, un tercio de distrito, contribuía con unos trescientos hoplitas y trescientos jinetes, veinte consejeros, un beotarco cada tres años y la tercera parte de una contribución económica. La organización federal puede ser ejemplificada en el siguiente cuadro:

Cuadro 4.1. La organización de la Confederación beocia anterior a la Paz del Rey.

Poleis	*Distritos*	*Soldados*	*Consejeros*	*Beotarcos*	*Porcentaje (en %)*
Tebas	4	4.000 + 400	240	4	36,7
Tespias	2	2.000 + 200	120	2	18,2
Orcómeno	1 2/3	1.600 + 600	100	2 en dos años de cada tres o 1 en un año de cada tres	15,15
Hisias	1/3	300 + 30	20	1 cada tres años	3
Tanagra	1	1.000 + 100	60	1	9
Queronea	1/3	300 + 30	20	A cada polis 1 cada tres años	3
Copas	1/3	300 + 30	20		3
Acraifia	1/3	300 + 30	20		3
Lebadea	1/3	300 + 30	20	A cada polis 1 cada tres años	3
Coronea	1/3	300 + 30	20		3
Haliarto	1/3	300 + 30	20		3
Total	11	11.000 + 100	660	11	100

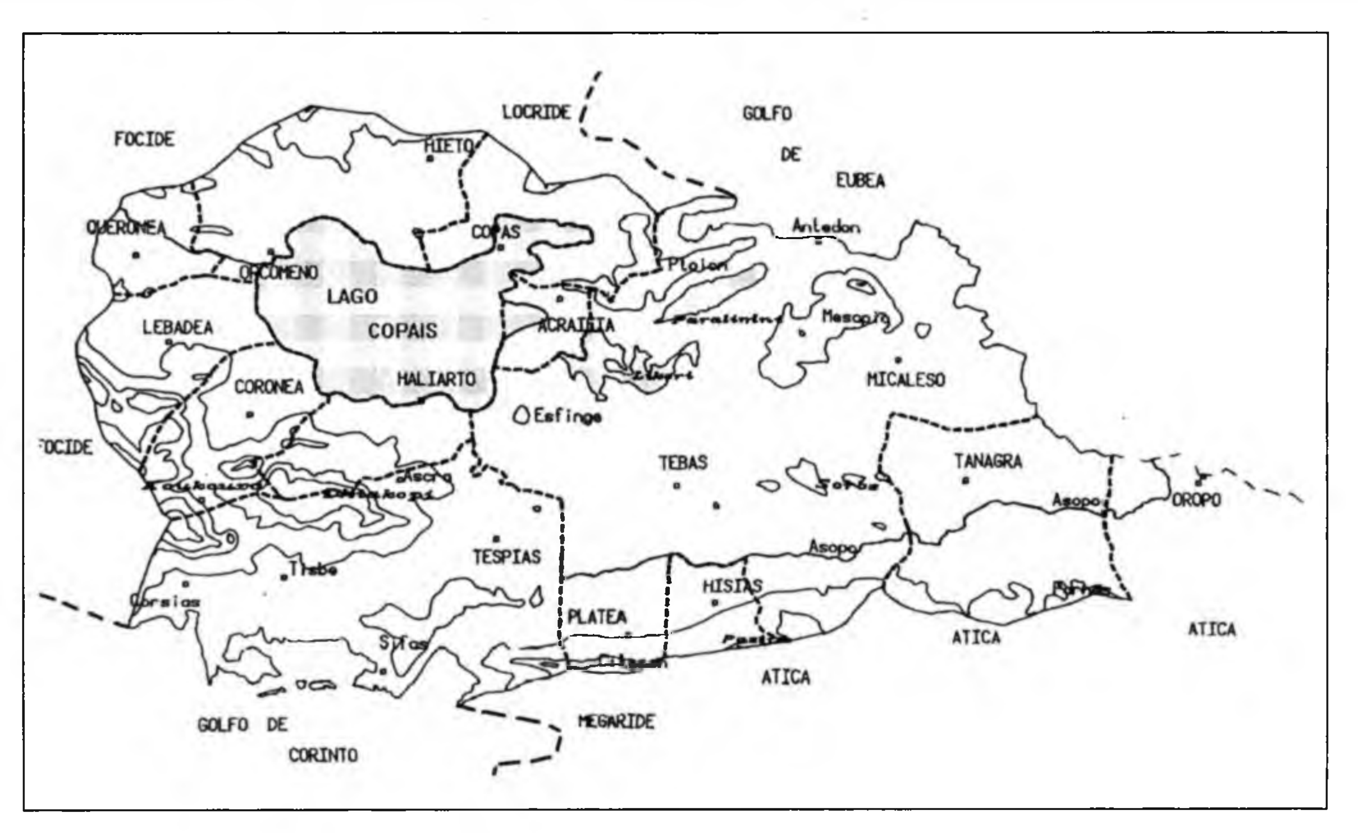


Figura 4.1. La Confederación beocia anterior a la Paz del Rey.

En definitiva a los ojos de la Confederación sólo existen dos categorías de *poleis:* aquellas que pueden aportar mil hoplitas o más y disponían de uno o más distritos, las cuatro grandes: Tebas, Tespias, Tanagra y Orcómeno y las que no podían aportar esta cifra y disponían de un tercio de distrito: Hisias, Acraifia, Copas, Queronea, Lebadea, Haliarto y Coronea.

4.1.2. Los cuatro consejos federales

Cada distrito elegía sesenta consejeros para un consejo federal compuesto por seiscientos sesenta miembros. En realidad se trataba de cuatro consejos: los seiscientos sesenta consejeros se distribuían en cuatro consejos de ciento sesenta y cinco miembros (*synedria* de los beocios). Cada consejo de ciento sesenta y cinco miembros estaría compuesto por sesenta consejeros tebanos, treinta tespieos, quince tanagreos, veinticinco orcomenios y cinco de cada una de las siete ciudades pequeñas (Hisias, Queronea, Copas, Acraifia, Lebadea, Coronea y Haliarto). De esta forma, cada consejo menor reproducía exactamente el porcentaje de representación de las ciudades y distritos.

Cada uno de los cuatro consejos ejercía la presidencia y la función probuléutica de forma rotativa durante una parte del año pero sólo tenía fuerza de ley lo que acordaban las cuatro *boulai* juntas, es decir, cada consejo menor, por turno, preparaba las propuestas de resolución que habrían de someterse a la consideración de la sesión conjunta de los cuatro consejos. La verdadera clave de esta estructura cuatripartita residía, sencillamente, en que eliminaba la necesidad de una asamblea, ya fuera la asamblea democrática a la que podían acudir todos los ciudadanos, ya fuera una asamblea restringida a aquellos que dispusieran del censo mínimo exigido y, sobre todo, instauraba un sistema representativo en el que un cuerpo de seiscientos sesenta consejeros (*ca.*5% de cuerpo cívico), elegido por y en representación de más de doce mil ciudadanos de plenos derechos, tomaba las decisiones.

Los cuatro consejos federales conjuntamente eran soberanos y tomaban la decisión final, que era vinculante para toda la Confederación, sin consulta previa y sin someter posteriormente sus acuerdos a las ciudades miembros. Emitían leyes válidas para toda la Confederación sobre cualquier asunto, tenían la decisión última sobre la política exterior: recibían y enviaban embajadas, votaban la paz y la guerra, firmaban los tratados y probablemente establecían algunas de las condiciones de las operaciones militares como, por ejemplo, el lugar objeto de la expedición y quizás también el número de efectivos, que luego los beotarcos se encargaban de reunir; se ocupaban también del control general y la supervisión de la administración, el tesoro federal, las reparaciones y las

construcciones, etc., y elegían, casi con certeza absoluta, algunas magistraturas federales tales como el hiparco federal, un cargo de una importancia decisiva, el navarco y, quizás, el tesorero o tesoreros.

4.1.3. El tribunal y el tesoro federales

Los distritos enviaban jueces (dicastas), aunque no sabemos su número, para formar parte del tribunal federal que entendía de los delitos cometidos por los beotarcos y, en general, por cualquier magistrado federal. El tribunal federal extendía también su competencia sobre los procesos criminales, es decir, los crímenes contra la constitución y el régimen político federal y contra los magistrados federales y sobre los litigios entre ciudades, los pleitos entre ciudadanos de distinta ciudad y la acusación de sacrilegio cometido en los santuarios federales.

Las contribuciones *(eisforás)* de los distritos se depositaban en un tesoro federal que tenía su sede en la Cadmea, la acrópolis de Tebas. El tesoro federal, controlado posiblemente por un colegio de tesoreros, tenía encomendadas varias funciones. Por un lado, se debía encargar de recaudar las contribuciones de los distritos y, obviamente, las administraba; por otro, era la única ceca de toda Beocia que acuñaba moneda.

Ignoramos casi totalmente como se recaudaban los impuestos federales ya fueran regulares o extraordinarios. Las Helénicas de Oxirrinco llaman *eisforás* a las contribuciones de los distritos, nombre que en Atenas sirve para designar una contribución extraordinaria, pero que en el caso de la Confederación beocia parece indicar un impuesto regular. El montante de la *eisforá* se dividía en once partes iguales, una por cada distrito, que sería luego repartido proporcionalmente entre las *poleis.*

4.1.4. Los magistrados federales

Parece seguro que los principales magistrados federales se elegían por voto. La elección a través de votación era un elemento básico de la ideología oligárquica y los poderes de los consejeros o de lós beotarcos eran lo suficientemente importantes para que no se dejaran al azar de un sorteo. Posiblemente, eran elegidos por todos los ciudadanos de la polis que tuvieran el censo exigido. Los magistrados entraban en funciones con el comienzo del año beocio, en los primeros días de enero, y desempeñaban el cargo durante un año. Con bastante certeza se contemplaba la reelección sin límite. Las magistraturas no debían ser retribuidas sino que aquellos que las desempeñaban debían hacer frente ellos mismos a los gastos ocasionados.

El colegio de beotarcos constituía la principal magistratura, y probablemente una de las más antiguas, de la Confederación beocia. Cada distrito elegía un beotarco. Así, en el 395, los beotarcos eran once. En los distritos conjuntos formados por tres ciudades (Lebadea-Coronea-Haliarto y Queronea-Copas-Acraifia) cada una de las *poleis* que componía el distrito, elegía un beotarco cada tres años que representaba, además, a las otras dos ciudades que formaban el distrito. Así, por ejemplo, el beotarco que a Coronea le correspondía cada tres años era elegido únicamente por y entre los coroneos y representaba, ese año, a las otras dos *poleis* del distrito. Eran elegidos por un año, reelegibles sin límite y la ley no obligaba a que mediara un tiempo entre cada elección.

Los beotarcos ejercían la comandancia militar suprema del ejército federal, podían presentar propuestas a los Consejos federales, tenían el derecho de hablar ante los consejos federales, quizás, al igual que los estrategos atenienses, manejaran fondos públicos como una parte de sus funciones militares y además poseían amplios poderes policiales como la investigación de posibles conjuraciones y el derecho a arrestar a los presuntos conspiradores contra la constitución federal.

Los beotarcos eran controlados por los Consejos ante los cuales debían rendir cuentas, se hallaban también sometidos a la jurisdicción de los tribunales federales y podían ser depuestos, juzgados, multados, acusados de traición y ejecutados.

El hiparco federal fue probablemente establecido en el mismo momento del nacimiento de la propia Confederación beocia a finales del siglo VI. El hiparco era elegido por los cuatro consejos federales y era anual y reelegible.

Aristócrata entre los aristócratas, el hiparco era el jefe supremo de la aristocrática caballería beocia, una de las más famosas de Grecia. Se encontraba subordinado a los beotarcos pero, a diferencia de Atenas, la caballería, por su número, por su efectividad en el combate, por su tradición y composición aristocrática, tenía un importante peso específico en la vida política y el cargo de hiparco era muy apetecible, no sólo porque conllevaba mando militar sino también y, sobre todo, porque comportaba una decisiva influencia política.

Durante la Guerra del Peloponeso la flota beocia estaba al mando de un navarco, cargo que probablemente perduró anualmente a lo largo del siglo IV. El navarco sería elegido también por las cuatro *boulai* federales en las mismas condiciones que otras magistraturas federales (anual, censo mínimo de hoplita, etc.). Todo parece indicar que tanto la navarquía cuanto que la hiparquía recaían siempre en un tebano.

Posiblemente existía un arconte federal con funciones ceremoniales y representativas de la Confederación: eponimato, representación y ofrendas

en los santuarios, presidencia de las fiestas etc., y posiblemente existían también, aunque no están documentados en este período, un buen número de magistrados federales como, por ejemplo, los agonotetas que son designados por la Confederación para organizar las fiestas federales, etc.

4.2. El ejército federal

Cada distrito debía enviar mil hoplitas y cien jinetes al ejército federal. Además de estos contingentes, en mi opinión, cada distrito contribuía también con mil infantes ligeros *(psiloi)* y cien soldados de infantería montada *(hamippoi pezoi)*. De este modo, el contingente total que podía reunir la Confederación beocia ascendía a 24.200 soldados repartidos en cuatro cuerpos fundamentales: 11.000 hoplitas, 1.100 jinetes, 11.000 psilos y 1.100 hamipos. Estos dos últimos eran infantes ligeros que pertenecían a las clases políticamente desprivilegiadas. Nunca se movilizaba el total federal y normalmente acudían 6 u 8 mil hoplitas y 600 u 800 jinetes.

El ejército federal beocio se hallaba bajo el mando supremo del colegio de los beotarcos. Jamás se desplazaba un solo beotarco para cada expedición sino que, como mínimo, se enviaban dos. En campaña, los beotarcos formaban el consejo de guerra en el seno del cual se discutían la estrategia y las tácticas a adoptar, la conducción general de las operaciones militares y se tomaban, por voto mayoritario, las decisiones importantes. Uno de los beotarcos, siempre un tebano, tenía el mando supremo (hegemonía), por lo que podemos asegurar que la comandancia en jefe del ejército era atribuida a Tebas, como potencia hegemónica de la Confederación, del mismo modo que Atenas en su Liga de Delos o Esparta en el seno de la Liga del Peloponeso. Esta comandancia suprema del ejército recaía siempre sobre un único beotarco tebano y, con seguridad, no se turnaban en el mando ni siquiera los propios beotarcos tebanos. Probablemente, eran los cuatro consejos federales los que decidían en cada expedición qué beotarco tebano desempeñaría la jefatura suprema del ejército.

Como vimos, cada distrito de la Confederación beocia aportaba un máximo de mil hoplitas. La única división interna que conocemos de la infantería beocia es el *lochos* al mando de un *lochagos*. Posiblemente cada *lochos* estaba compuesto por unos 300 hoplitas, 325 o 350 en una formación tebana de un frente de 13 o 14 filas en veinticinco escudos en fondo.

Cada distrito debía enviar, por lo tanto, tres *lochoi* de hoplitas completos. Esta suposición es especialmente adecuada para los distritos que incluían tres *poleis* ya que cada una de ellas aportaría un *lochos* completo al ejército federal. Así, por ejemplo, en el distrito conjunto de Queronea, Copas y Acraifia, cada polis reuniría un batallón, un *lochos*, de poco más de 300 hombres.

Junto a los hoplitas, existía también una infantería ligera formada por unos 11.000 psilos enviados del mismo modo que los hoplitas a razón de mil por distrito. Esta infantería ocupaba normalmente los flancos del ejército, estaba formada probablemente por los hombres libres beocios por debajo del censo de hoplita y, por lo tanto, sin derechos políticos. La posesión de sus propias tropas ligeras era una característica peculiar del ejército beocio y parece que Beocia tenía tendencia a armar a las clases inferiores más que a reclutar tropas mercenarias.

El hiparco federal beocio, al que debemos distinguir de los hiparcos locales, era el jefe supremo de la caballería beocia y quizás mandara también a los hamipos (la infantería montada). La caballería beocia conocía, como mínimo, una división en unidades que parecen llamarse oficialmente *hilas* (escuadrones) de 30 a 40 jinetes y que estarían mandadas por un hilarca. Así, cada distrito debía aportar tres escuadrones de caballería lo que resulta, como en el caso de los *lochoi*, muy adecuada a la división en distritos en la que cada tercio (Copas, Acraifia y Queronea) aportaba una hila completa de caballería. A diferencia de lo que era la norma en una gran parte del mundo griego, la caballería beocia sí desempeñaba un papel importantísimo en las operaciones militares y era tenida en alta estima en toda Grecia.

La caballería beocia disponía, además, de una infantería montada *(hamippoi pezoi)*, una especie de auxiliares que combatían, en determinados momentos de la batalla, pie a tierra, al lado del jinete y cubriendo su flanco. Al tratarse de tropas ligeras lo lógico es pensar que estuvieran formadas, al igual que los psilos, por ciudadanos que se encontraban por debajo del censo hoplita y que, por lo tanto, carecían de derechos políticos.

4.3. La organización local

Todas las *poleis* beocias se constituían en el nivel local de una manera exactamente igual a la Confederación. Se regían por un régimen político oligárquico y la primera y más importante institución de la que disponían era el Consejo local que tenía una estructura cuatripartita similar a los consejos federales. Aunque no sabemos exactamente el número de consejeros locales que formaban parte de los cuatro consejos locales, quizás variara en cada ciudad, sólo las once *poleis* disponían de consejos locales que desempeñaban las mismas funciones, en el nivel local, que los consejos federales. Podemos suponer que los consejeros locales reunían las mismas condiciones que sus homólogos federales (censo, duración en el cargo, reelegibilidad, etc.), si bien no sabemos si era posible acumular varios cargos, por ejemplo, ser consejero local y federal al mismo tiempo.

En cuanto a los magistrados locales existía un arconte local anual cuyas funciones parecen reducidas al ámbito religioso y al eponimato y nunca les vemos

intervenir en asuntos económicos o políticos. El colegio de polemarcos era la magistratura local más importante; parece ser un cargo muy antiguo y su nombre induciría a creer que su origen estuvo en la comandancia militar del ejército de la ciudad. En el 382, en Tebas, formaban un colegio, quizás de tres miembros, con sede en un polemarqueo en el ágora y, asistidos por un secretario, desempeñaban el poder durante un año y eran reelegibles. La polemarquía era una institución paralela, en el ámbito local, a la beotarquía federal. Así, además de las competencias militares, que no sabemos cómo se articulaban con las de los beotarcos, los polemarcos tenían poderes en lo local muy similares a los beotarcos federales, por ejemplo, el derecho de hablar y de presentar propuestas ante los consejos locales, poderes judiciales y de policía como el derecho de arresto, de instruir los procesos por delitos criminales, etc.

Otras magistraturas locales de segura existencia son el hiparco local, los hilarcas y los *lochagoi*. El hiparco local estaría al mando de la caballería local. Los hilarcas eran los comandantes de escuadrones de caballería (hilas) y los *lochagoi* mandaban los batallones de hoplitas. Nada sabemos de la existencia de otras magistraturas durante este período. Es posible suponer al menos, sobre la base de la organización federal, la presencia de dicastas y de magistraturas financieras locales.

En definitiva, la organización local aunaba dos características esenciales: era uniforme en todas las *poleis* y simétrica a la Confederación.

4.4. De una guerra a la otra (404-395)

La Confederación beocia fue, junto con Corinto, uno de los primeros estados en manifestar claramente su oposición a la política imperialista espartana. A lo largo de la década que se extiende entre el 404 y el 395, la tensión entre ambas potencias aumentó progresivamente hasta desembocar en un enfrentamiento abierto.

Hacia abril del 404, en una reunión del consejo de los aliados lacedemonios, los espartanos consiguieron, en contra del parecer de beocios y corintios que propugnaban su destrucción, que Atenas fuera conservada. Lisandro sabía que la destrucción de Atenas entregaría a Tebas, una ciudad que había salido claramente fortalecida de la guerra, el predominio en Grecia central. Para hacer frente a la amenaza tebana en el centro de Grecia, era mejor preservar Atenas convertida ahora, gracias a las condiciones impuestas por la paz, en un satélite espartano.

Sin duda alguna la decisión del Consejo de los aliados, alentada por Esparta, de respetar Atenas suscitó ya el descontento beocio. Este malestar se agudizó cuando, poco después, Esparta se negó a compartir con sus aliados el

botín de la guerra, fuera el acumulado por el pillaje del Ática o fruto de la guerra naval en la Jonia. Era éste un hecho sin precedentes y la prueba de que el imperialismo espartano iba a afectar no sólo a los vencidos sino a los propios aliados. Los aliados habían participado de manera destacada en todas las batallas fuera por tierra o por mar, habían perdido barcos y hombres y ahora Esparta se negaba a compartir los beneficios de la victoria y a resarcirles de todos sus trabajos y peligros.

Entre la última parte del 404 y los primeros meses del 403, los beocios acogieron a los exiliados atenienses que huían del régimen oligárquico y filolaconio de los Treinta y rechazaron la pretensión espartana de extraditarlos a Atenas. El Estado beocio llegó a promulgar un decreto en apoyo de los desterrados que preveía la elevada multa de un talento para quien no ayudara a los exiliados y les daba libertad para armarse contra los Treinta. Los tebanos proporcionaron también a los exiliados armas, hombres y dinero, si bien de forma privada, para que pudieran regresar hacia febrero del 403 y derrocar a los Treinta. En este mismo año, los beocios rehusaron marchar con Pausanias contra los demócratas atenienses, en los años 400 y 399 se negaron a acudir a las campañas espartanas contra Élide y en el 396 no tomaron parte en la expedición de Agesilao a Asia. Es posible pensar que Beocia no participó tampoco en ninguna expedición espartana en Asia antes del 396 (con Tibrón y Dercílidas).

Además del imperialismo espartano, otra de las causas de esta tensión entre Esparta y Beocia hay que buscarla en la *stasis* interna que caracterizaba la situación en Tebas y que enfrentaba a dos facciones entre sí: por un lado, la facción de Ismenias, Androclidas y Antiteo y, por otro, la de Leontíades, Arquias y Cerátadas.

Ambas facciones estaban formadas por destacados aristócratas y no representaban los intereses de distintos sectores sociales. Las Helénicas de Oxirrinco dicen explícitamente que las dos facciones estaban compuestas por "los mejores y más distinguidos de los ciudadanos". Ambas facciones eran también oligárquicas. La facción de Leontíades estuvo largo tiempo en el poder, al menos durante la Guerra de Decelía y algo después del final de la Guerra del Peloponeso. Durante estos años, Beocia es una oligarquía. Por su parte, la facción de Ismenias accedió al poder poco antes del 395, sin embargo, la constitución de la Confederación beocia que conocemos para este último año, es igualmente oligárquica por lo que es diáfano que la llegada al poder de Ismenias no estuvo acompañada de un cambio constitucional. Las dos facciones no eran tampoco filoatenienses. La divergencia fundamental se centraba en las relaciones con Esparta: los de Leontíades eran filolaconios y los de Ismenias antilaconios que propugnaban la guerra como el único medio de frenar el expansionismo lacedemonio. Esta división entre facciones oligárquicas filolaconias y antilaconias se extendió también al resto de la Confederación.

En mi opinión, Leontíades y sus partidarios fueron capaces de mantenerse en el poder en los años inmediatamente posteriores al final de la Guerra del Peloponeso, amenazados por la creciente influencia de Ismenias. La facción de Ismenias debió acceder al poder a partir del 398 como resultado de la intervención espartana en Grecia central. Hacia el otoño del 399, los lacedemonios enviaron a Herípidas a Heraclea Traquinia para poner fin a una situación de *stasis*. Una vez en Heraclea, Herípidas ejecutó a 500 ciudadanos, exilió a bastantes traquinios y estableció aquí una guarnición y un harmosta. Después, Herípidas marchó contra los habitantes del Monte Eta, que habían atacado Heraclea en el invierno del 409/408, y obligó a la mayor parte de los eteos (los antiespartanos) a exiliarse en Tesalia. Herípidas penetró también en Tesalia y estableció una guarnición en Farsalo con la intención evidente de apoyar a Licofrón de Feras que era aliado de Esparta.

La campaña de Herípidas fortaleció al principal aliado de Esparta en esta zona que no era otro que la Fócide. Los focidios eran miembros de la Liga del Peloponeso y en el Consejo de la Liga que trata del destino de Atenas en el 404 votaron en contra del arrasamiento de Atenas y, por lo tanto, en contra del parecer tebano y a favor de Esparta. Fócide era la llave del control de Grecia central: por ella pasaban todas las rutas que comunicaban Beocia con el Norte y Oeste de Grecia y, desde la Fócide, convertida en base espartana, Beocia podía ser alcanzada con facilidad. Heraclea quedaba también firmemente en manos espartanas y, a través de ella, Esparta dominaba la ruta de las Termópilas y aseguraba la alianza de los pueblos del Esperqueo, entre ellos los aqueos del Ftiótide, melieos, enianos, atamanios y posiblemente también los dorios. Los eteos habían sido expulsados, una guarnición espartana se había establecido en Farsalo, en la ruta más importante de Tesalia a Grecia central, y la alianza de Licofrón de Feras permitía a Esparta inmiscuirse en la situación de Tesalia y mediatizar la exportación de grano. A ello hay que sumar la intervención lacedemonia en Naupacto y Cefalenia en el 400 que reafirmaba el interés espartano por el Golfo de Corinto y por mantener una cierta influencia en la Lócride del Oeste que guardaba las espaldas de la Fócide. Así, salvo Eubea, en aquel otoño del 399, tras la intervención de Herípidas en Grecia central, Esparta cortaba las comunicaciones de Beocia con el Norte y el Oeste y encerraba al Estado beocio en un círculo de estados enemigos desde los cuales se podía alcanzar con relativa facilidad, por el norte, por el sur y por mar, el territorio beocio. La consolidación de la influencia espartana en Grecia central alentaba también las tendencias secesionistas de Orcómeno que deseaba salirse de la Confederación.

Después de la Guerra del Peloponeso, de la que Tebas había salido considerablemente fortalecida y enriquecida, es lícito pensar que Tebas acariciara también la idea de extender su influencia por Grecia central y del Noroeste. Era ésta, tras la guerra, la única vía de expansión que quedaba abierta y

el único lugar por el que se podía romper el aislamiento al que Esparta la estaba sometiendo.

Como una prueba de la verdadera dirección de intereses beocios, tras el estallido de la Guerra de Corinto, la primera campaña del ejército federal fuera de los límites de Beocia se dirigió precisamente contra Grecia central. Así, la intervención espartana en Grecia central, en una zona donde confluían y chocaban el imperialismo espartano y los intereses beocios, llevó definitivamente a Ismenias al poder e inspiró el temor suficiente a los beocios para prepararse a asumir el riesgo de una guerra (398). Los de Ismenias tardarían todavía dos o tres años en preparar un conflicto en el que, naturalmente, Beocia no podía entrar sola, pero, desde esta fecha, la decisión de provocar una guerra contra Esparta ha sido tomada y la facción capaz de llevarla a cabo se encontraba en el poder.

5.

El período de la Guerra de Corinto (395-386)

5.1. Las causas y el estallido de las hostilidades

A comienzos de la primavera del 395, sólo nueve años después del final de la Guerra del Peloponeso, el imperialismo espartano había creado en Grecia las condiciones para el estallido de una nueva guerra generalizada.

Ciertamente, el imperialismo espartano había suscitado el temor y la indignación, en general, de gran parte de la opinión pública griega pero las causas principales del conflicto debemos buscarlas en la manera en que la política imperialista espartana afectó a los intereses particulares de cada uno de los principales estados griegos y agudizó la lucha política interna, dividió a los oligarcas en filolaconios y antilaconios y, entre los demócratas, alentó a los partidarios de la guerra.

En el caso de Beocia, el imperialismo espartano provocó la fragmentación de los oligarcas en una facción proespartana, liderada por Leontíades, y otra antilaconia, encabezada por Ismenias, y partidaria de la guerra como único medio de frenar las ambiciones espartanas. A pesar de la creciente influencia de los oligarcas antilaconios de Ismenias, los filolaconios de Leontíades pudieron sostenerse, en medio de tremendas dificul-

tades, hasta c.400. Pero la intervención espartana en Grecia central (399), una zona considerada esencial para los intereses y la seguridad de Beocia, llevó al poder a Ismenias e inspiró el temor suficiente a los beocios para asumir el riesgo de una guerra.

Para Corinto, la Guerra del Peloponeso había supuesto un fuerte declive económico y, como consecuencia de ello, un descenso en el potencial militar de la ciudad. Tras los sufrimientos padecidos durante la guerra, el imperialismo espartano frustró todas las esperanzas corintias de recuperación y la intervención lacedemonia en la Élide –Esparta no toleraría ninguna oposición en el Peloponeso– y en el Golfo de Corinto y la relación privilegiada que se estableció entre Esparta y Siracusa, de la que dependían el abastecimiento y la economía corintia, fueron vistas como una seria amenaza para la ciudad. El imperialismo espartano provocó también la división de los oligarcas, hizo emerger una facción oligárquica antilaconia, que estaba ya en el poder al menos en el 395, e inspiró quizás el surgimiento de una novedosa facción democrática.

Ciertamente, Atenas deseaba renovar sus ambiciones imperiales y esta esperanza debía ser la razón última de su entrada en la guerra pero no es menos cierto que, en el verano del 395, existían problemas mucho más acuciantes. La creación de un imperio espartano en el Egeo y Asia y el poder de la flota espartana frenaban las posibilidades de una rápida recuperación ateniense pero, sobre todo, suponían una grave amenaza para la propia ciudad. En el interior, el imperialismo espartano aumentó la influencia de los demócratas más radicales y acabó por decidir a los moderados de Trasibulo a entrar en guerra.

En el caso de Argos no hay indicios de que el imperialismo espartano afectara a su política interna y tanto la facción democrática de Cilón y Sodamas como el propio régimen democrático parecen gozar de una gran estabilidad. El odio ancestral a Esparta y las responsabilidades espartanas en la introducción de una corta y sangrienta oligarquía en el 418/417 eran motivos muy importantes pero debió pesar aún más la idea de que Argos no tenía en el Peloponeso, a causa de Esparta, el lugar que le correspondía; la guerra era, pues, una buena oportunidad de mejorar la posición argiva en el Peloponeso. El control del Istmo y la Península de Acté (Epidauro, Trecén, etc.), objetivos básicos de la política argiva, permitirían a la ciudad salir de su aislamiento, gozar de una situación en el Peloponeso que la pusiera a resguardo de Esparta y la facultase, quizás, para reivindicar la hegemonía. Por último, la guerra fue inspirada y contó con el apoyo persa que deseaba recuperar su dominio sobre las ciudades griegas de Asia.

Es bajo este doble prisma, bajo esta combinación de temor común y motivos particulares de cada estado beligerante, como debemos entender no sólo las causas sino el propio desarrollo de la Guerra de Corinto. Así, los más

poderosos estados griegos se unieron en una gran coalición con la intención de obligar a Esparta, como antes a Atenas, a renunciar por completo a su imperialismo pero, una vez que se vio que Esparta no iba a ser fácilmente batida y no iba a firmar rápidamente la paz, cada uno de los estados coligados comenzó a volcarse en sus intereses particulares lo que resultaría, a la postre, fatal para todos ellos.

En la primavera del 395 estalló una disputa fronteriza entre los focidios y los locros, posiblemente los opuntios, que proporcionó el motivo para una guerra generalizada. Como consecuencia de este conflicto de límites, los focidios invadieron el territorio locro. La Lócride, aliada tradicional de la Confederación beocia, recurrió a los beocios. Lócride era el último estado aliado de los beocios en Grecia central y, si consentían que Fócide se impusiera y la Lócride abandonara la alianza, los beocios renunciaban completamente a Grecia central y la frontera oeste y norte de Beocia quedaba aún en mayor medida a merced de Esparta y sus aliados. Ahora bien, Fócide era aliada de Esparta y los beocios no ignoraban, y quizás deseaban, que su intervención podía provocar una guerra contra los espartanos. De este modo, un ejército beocio y locro invadió la Fócide, hacia junio del 395, hecho que les llevó a una guerra abierta contra Esparta.

5.2. Las grandes batallas (395-394)

5.2.1. La invasión lacedemonia de Beocia y la batalla de Haliarto

Al mismo tiempo que se producía el estallido de la guerra, los beocios se aseguraron la alianza ateniense ofreciendo a los atenienses la posibilidad de recuperar su antiguo imperio (Jen.*Hel.*3.5.10) y la hegemonía en la alianza (Jen.*Hel.*3.5.14). Como fruto de este acuerdo, un cuerpo expedicionario ateniense acudió a defender Beocia.

Avanzado el verano del 395, los lacedemonios planearon una doble invasión de Beocia por el oeste y el sur (fig. 5.1). Lisandro, con un pequeño contingente peloponesio, desembarcaría en Fócide y, tras reunir a los aliados espartanos de Grecia central, penetraría en Beocia desde el noroeste. Mientras tanto, el rey Pausanias, con el grueso del ejército peloponesio, entraría en Beocia por el sur a través del Citerón. Ambos ejércitos convergerían en Haliarto en una fecha fijada de antemano y juntos presentarían batalla a los beocios y atenienses.

La invasión espartana pretendía esencialmente obtener una victoria rápida y decisiva en una batalla campal clásica. Si los beocios y atenienses rechazaban entablar combate, los lacedemonios saquearían Beocia, que era suma-



Figura 5.1. La batalla de Haliarto.

mente sensible a la devastación y, sobre todo, intentarían promover la defección de las ciudades beocias y, con ella, la disolución virtual de la Confederación.

La estrategia espartana tenía la virtud de asegurar la invasión de Beocia. En efecto, si los beocios trataban de impedir la penetración de Lisandro apostándose en el paso de Queronea, dejaban la propia ciudad de Tebas y todo el sur de Beocia abiertos al rey Pausanias, que venía desde el Peloponeso, y podían ser atacados por la espalda por el propio rey. Si, por el contrario, se situaban en el Citerón, para imposibilitar la entrada de Pausanias, todo el Oeste de Beocia quedaba a merced de Lisandro que podía acometer por la retaguardia al ejército beocio. Si dividían sus tropas, los beocios eran numéricamente inferiores a cualquiera de los dos ejércitos enemigos. Debido a la estrategia espartana de doble invasión, los beocios no podían estacionarse ni en Queronea (en el oeste) ni el Citerón (en el sur). Como desconocían también el lugar y la fecha en que se produciría la unión de los dos ejércitos enemigos, no podían tampoco apostarse previamente en ese lugar ni enfrentarse tampoco a ambos ejércitos por separado. Ante esto, el ejército beocio y el cuerpo expedicionario ateniense se concentraron en Tebas, al objeto de impedir que los lacedemonios asediaran u ocuparan la capital federal.

A la vez que Pausanias se dirigía desde el Peloponeso con un ejército de seis mil hombres por vía terrestre contra el sur de Beocia, Lisandro desembarcaba en Fócide y penetraba en Beocia. Lisandro consiguió la defección de Orcómeno de la Confederación beocia y, desde Lebadea, envió una carta a Pausanias, que se encontraba ya en Platea, apremiándole a reunirse con él en Haliarto. Sin embargo, la carta fue interceptada y descifrada por los beocios que conocieron entonces la fecha y el lugar de la reunión. Dejando a los atenienses a cargo de la defensa de Tebas por si Pausanias venía contra ella, los beocios se encaminaron al encuentro de Lisandro y, por sorpresa, lo derrotaron en Haliarto –Lisandro cayó en el propio campo de batalla–, justo antes de que éste lograra reunirse con Pausanias. En efecto, sólo un día después de la derrota de Lisandro, Pausanias llegó a Haliarto. Una vez en Haliarto, posiblemente, Pausanias tuvo la primera intención de enfrentarse a los beocios pero al día siguiente se presentaron los atenienses y Pausanias comprendió que, si forzaba una batalla, la derrota era segura. Por consiguiente, solicitó una tregua y pactó su retirada de Beocia.

5.2.2. El predominio político de Agesilao en Esparta

La batalla de Haliarto, la derrota y la ignominiosa retirada de los lacedemonios, se reflejaron inmediatamente sobre el desarrollo de las hostilidades, pero sobre todo tuvo consecuencias de muy largo alcance sobre la política interna espartana.

Pausanias fue llevado a juicio por alta traición y, ante la amenaza de una más que probable sentencia condenatoria, se exilió en Tegea de Arcadia. La muerte de Agis en el 400, la de Lisandro en Haliarto y el exilio de Pausanias abrió la puerta a una de las claves para comprender la evolución de Esparta hasta mediados del siglo IV: el predominio político de Agesilao, que fue la figura central de la política espartana hasta su muerte en el 359 y, de entre todos los reyes espartanos, quizás el más poderoso. La principal preocupación de Agesilao fue imponer la hegemonía espartana en el Peloponeso férreamente y sin tener en consideración la opinión pública griega. Era también partidario de extender la dominación espartana al resto de Grecia continental y, sólo si las condiciones eran especialmente favorables, deseaba ampliar la influencia espartana a Asia y al Egeo, revestida bajo un manto de propaganda panhelénica de liberación. Si bien no renunciaba al sistema de harmostas, se oponía, en contra del parecer de Lisandro, a las decarquías y apoyaba, por el contrario, el establecimiento de oligarquías filolaconias más amplias. Más que por una política contraria a Atenas, Agesilao se caracterizó por el enfrentamiento con Tebas. En efecto, una de las constantes de Agesilao fue el odio virulento a Tebas que mantuvo, sin cambios, fisuras ni con-

templaciones, durante toda su carrera. Desde el 396, bajo el liderazgo de Agesilao, Esparta estuvo casi en continua hostilidad con Tebas.

Agesilao tuvo una oposición a su política dentro de la propia Esparta. Dicha oposición se mostró claramente con motivo de la ocupación de la Cadmea en el 382, de la restauración de los oligarcas en Fliunte en el mismo año y en el juicio de Esfodrias en el 378. Después del exilio de Pausanias, la facción contraria a Agesilao fue liderada por el nuevo rey, Agesípolis, y luego por su hermano y sucesor, Cleómbroto. Uno de los miembros destacados de esta facción podía ser Antálcidas que habría de negociar el tratado de paz que pusiera fin a la Guerra de Corinto. Agesípolis, Cleómbroto y sus partidarios heredaron la política de Pausanias: defendían, en el interior, el mantenimiento del viejo orden de Licurgo y, en el exterior, la prosecución de la tradicional hegemonía en la Liga del Peloponeso, la salvaguardia de las constituciones ancestrales de cada ciudad, fueran oligárquicas o democráticas; en términos generales, se hallaban menos obsesionados por Tebas y recelaban más de Atenas.

5.2.3. La ampliación de la coalición antiespartana y la expedición en Grecia central y Tesalia

Tras Haliarto, los beocios podían tomar la iniciativa y se amplió la coalición antiespartana. A los beocios y atenienses se les unieron, en primer lugar, los corintios y los argivos. Los cuatro miembros de la coalición (Argos, Corinto, Beocia y Atenas) establecieron entonces un Consejo de aliados, un *synedrion* cuya sede estaba en Corinto. El consejo de los aliados dirigía en común la marcha de la guerra, decidía las operaciones que se iban a emprender y fijaba los contingentes que debía aportar cada estado en los diferentes frentes de combate. Una vez que se instituyó el Consejo, los coligados procedieron a enviar embajadores a varios estados griegos con la intención de atraerlos a la coalición antiespartana. Varias de estas embajadas tuvieron éxito; tras ellas, se incorporaron a la alianza toda Eubea, Léucade, Acarnania, Ambracia y los calcidios de Tracia. Se creaba así una Liga de guerra, una alianza multilateral igualitaria, una *symmachía* ofensiva y defensiva, que disponía de instituciones permanentes (el sinedrio de los aliados), dirigida contra Esparta. Sin embargo, esta Liga antiespartana poseía una particularidad que sería fatal en el transcurso de guerra: carecía de un hegemón reconocido lo que complicaba las operaciones bélicas por la falta de una potencia que pudiera imponer su estrategia, dispersaba las fuerzas, hasta llegar en ocasiones a paralizar las acciones militares, y provocaba enfrentamientos entre los aliados.

En la primavera un ejército compuesto por dos mil beocios y argivos, bajo el mando de Ismenias, emprendió una expedición a Tesalia y Grecia central

en apoyo de Medio de Larisa y las ciudades tesalias antiespartanas. Los coligados tomaron Farsalo, que tenía una guarnición espartana, y ocuparon Heraclea. Después, hicieron aliados a los enianos y atamanios, probablemente también a los melieos y a los locros ozolos y restauraron a los eteos en su tierra (habían sido expulsados por Heripidas en el 399 y se habían refugiado en Tesalia). En Narix de Lócride reunió Ismenias unos seis mil hombres; aquí los focidios, al mando del espartano Alcístenes, probablemente el harmosta de Fócide, vinieron contra él pero fueron derrotados y perdieron unos mil hombres mientras caían unos quinientos de los de Ismenias. Después de la victoria de Narix, Ismenias regresó a Beocia. La campaña de Ismenias supuso un éxito que reforzaba la presencia aliada y sobre todo beocia en Grecia central y en Tesalia.

5.2.4. Nemea, Cnido y Coronea

En el verano del 394, después de la expedición de beocios y argivos en Grecia central, los ejércitos de todos los estados miembros de la alianza antiespartana se concentraron en Corinto. Una vez congregados en el Istmo, los aliados comenzaron a discutir, en el seno del sinedrio, la estrategia que se debía adoptar. A propuesta del corintio Timolao decidieron dar la batalla en Lacedemonia o lo más cerca posible de ella. Habiendo adoptado este plan, los aliados debatieron, larga y tensamente, sobre la cuestión de quién desempeñaría el mando supremo y acerca de la formación y el número de filas del ejército. Sin embargo, las discusiones previas les habían hecho perder un tiempo precioso de tal forma que, cuando los aliados llegaron a Nemea, los lacedemonios estaban ya en Sición. Ante el peligro de verse copados y de que los lacedemonios atacaran Corinto, los aliados volvieron sobre sus pasos y regresaron nuevamente a Corinto (fig. 5.2).

En el río Nemea, al oeste del territorio de Corinto, en junio del 394, un ejército de unos veintitrés mil hombres formado por los lacedemonios y sus aliados se enfrentó a la coalición antiespartana que contaba aproximadamente con un contingente similar, unos veinticuatro mil soldados. Los lacedemonios obtuvieron una brillante victoria y, frente a sus mil cien bajas, murieron dos mil ochocientos adversarios.

Poco tiempo después de la batalla de Nemea, hacia principios de agosto del 394, la flota persa al mando de Conón derrotaba a la armada lacedemonia en Cnido. La batalla naval de Cnido fue vista ya por los autores antiguos como un esencial punto de inflexión puesto que supuso el final de la hegemonía naval espartana después de diez años. Tras Cnido, Conón y Farnabazo pusieron proa hacia el norte con el objetivo de expulsar a las guarniciones lacedemonias de las ciudades griegas de Asia Menor y de las islas

cercanas a la costa: Cos, Nisiros, posiblemente Telos, Quíos, Eritras, Mitilene, Éfeso y quizás Samos se pasaron a los persas que ganaron la práctica totalidad de la costa griega de Asia Menor y las islas vecinas, sólo Sesto y Abido permanecieron fieles a Esparta.

Bajo la bandera de una atractiva propaganda centrada en la expulsión de los harmostas lacedemonios, sin introducir nuevas guarniciones y dejando libres unas ciudades hastiadas del opresivo dominio lacedemonio, en el curso de una sola campaña, Conón y Farnabazo habían hecho desaparecer el imperio en Asia tan trabajosamente ganado por Esparta desde el 400.

Mientras tanto, en Grecia continental, las armas espartanas volvían a triunfar. A comienzos de la primavera del 394, Agesilao había recibido por parte de los éforos la orden de regresar a Lacedemonia ante el estallido de la guerra en Grecia y la derrota espartana en Haliarto. Como la flota espartana se hallaba ocupada en el sur, en torno a Éfeso y Cnido, para hacer frente a la armada persa, Agesilao no tuvo más remedio que regresar por tierra.

Así, Agesilao cruzó el Helesponto, atravesó Macedonia, derrotó a los tesalios que le hicieron frente y alcanzó la Acaya del Ftiótide y la Fócide que eran aliadas de los lacedemonios. Desde Fócide penetró en Beocia en donde, el 16 o el 17 de agosto del 394, se enfrentó a los aliados en Coronea. Viniendo de Orcómeno, Agesilao formó la falange en el lado del Cefiso mientras que los beocios y sus aliados se disponían del lado del Helicón (Jen.*Hel.*4.3.16; Jen.*Ages.*2.9) (fig. 5.1). Agesilao contaba con un contingente lacedemonio compuesto por una mora (regimiento lacedemonio) que vino por mar desde el Peloponeso, media mora de Orcómeno y los neodamodes que había llevado a Asia. Además, los griegos de Asia, los supervivientes de los mercenarios de Ciro y los demás contingentes de las ciudades de Europa que atravesó. Se le habían sumado también los hoplitas orcomenios y focidios. En total, debía contar con unos veinte mil hombres. Los lacedemonios, con Agesilao, tomaron en el ala derecha, los contingentes de Asia, jonios, eolios y helespontinos, y los antiguos mercenarios de Ciro, al mando de Herípidas, tenían el centro mientras los orcomenios se situaron en el ala izquierda.

Frente a ellos formaron los beocios, atenienses, argivos, corintios, enianos, eubeos y ambos locros. Podemos suponer que el ejército aliado era aproximadamente igual en número a los proespartanos. Los beocios se colocaron en el ala derecha, con los tebanos en la extremidad del ala, y los argivos se situaron en el ala izquierda. Los demás aliados, en un orden que desconocemos, ocuparon el centro.

Cuando ambos ejércitos trabaron combate, todos los antiespartanos, excepto los beocios, resistieron brevemente, volvieron la espalda y huyeron al Helicón. Por su parte, los beocios partieron en dos la línea de los orcomenios y penetraron en el campamento de Agesilao (Diodoro.14.84.1). Fue entonces cuando se dieron cuenta de que sus aliados habían huido y que los lace-

demonios venían contra ellos por su espalda. En este momento crítico, en vez de darse a una fuga desordenada, los beocios giraron, se concentraron y trataron de ganar el Helicón abriéndose paso a través de las líneas lacedemonias. Beocios y lacedemonios se empeñaron en durísimo combate –el propio Agesilao resultó herido– y, aunque sufrieron fuertes pérdidas, los beocios lograron pasar. Los proespartanos habían perdido trescientos cincuenta hombres y los beocios y sus aliados habían dejado sobre el campo seiscientos.

Después de su victoria, Agesilao se retiró hacia Delfos al objeto de asistir a los Juegos Píticos (septiembre del 394) y de ofrecer al dios el diezmo del botín de Asia que no fue inferior a cien talentos. Mientras Agesilao estaba en Delfos, el polemarco Gilis se retiró a Fócide con el ejército y desde allí invadió Lócride del Este, claramente en una expedición punitiva como castigo por la responsabilidad locria en el estallido de la guerra que, en cambio, terminó en un fracaso.

5.3. La Corintia y la guerra naval (393-391)

Coronea fue la última gran batalla campal en la que participaron los ejércitos de ciudadanos-soldados de los estados beligerantes. Fue, por tanto, la última de las batallas "al estilo clásico" de la Guerra de Corinto. Tanto uno como otro bando habían creído que una o varias derrotas en estas grandes batallas obligaría rápidamente a los enemigos a pedir la paz, sin embargo, ninguno de estos grandes enfrentamientos había sido lo suficientemente contundente para conseguir resultados definitivos y la capacidad de resistencia de ambas alianzas se había mostrado superior a lo pensado en un principio.

A pesar de que había perdido Asia, Esparta había resistido y su poder no estaba seriamente dañado. Desde el punto de vista de la marcha de las operaciones militares el primer resultado de Nemea y Coronea fue que los aliados no hicieron ningún otro intento de ir contra Esparta y el territorio de Corinto se convirtió en el principal teatro de la guerra. Si Esparta lograba el control de la Corintia, prevenía los posibles ataques contra Laconia, como habían intentado los aliados a principios del 394, y consolidaría su hegemonía en el Peloponeso, ya que evitaba que desde Corinto y Argos se promovieran ataques contra sus aliados o se alentara la rebelión de éstos y Argos quedaría aislada de sus aliados beocios y atenienses. Desde la Corintia, los lacedemonios podían también atacar Beocia, muy sensible a la devastación, o alcanzar el Ática y resucitar los viejos fantasmas atenienses. Corinto era también el estado más débil por las tensiones internas que se desarrollaban en el interior de la ciudad con el aumento de la influencia de una fuerte facción filolaconia, partidaria de firmar la paz y retornar a la alianza espartana. Para quebrar la resistencia de Corinto, Agesilao diseñó una estrategia de pre-

sión económica que consistía en obstaculizar el abastecimiento corintio a través del Golfo de Corinto, atacar la Corintia desde guarniciones mercenarias estacionadas en Sición y Epidauro, con la colaboración también de Fliunte, y ocupar varias plazas en el territorio corintio, especialmente el Lequeo, el puerto de Corinto, y además Sidunte y Cromio, desde donde agravar el pillaje del territorio. Cada año, una expedición del ejército de la Liga del Peloponeso reforzaría esta estrategia de desgaste.



Figura 5.2. El itsmo de Corinto.

En definitiva, a principios del 393, cambió de forma radical el modo de hacer la guerra. A las grandes batallas campales protagonizadas por los ejércitos de ciudadanos-soldados de cada uno de los estados beligerantes, le

sucede ahora una guerra de desgaste y de agotamiento que se desarrollaba a lo largo de todo el año y en la que los mercenarios contratados por cada bando llevaban el peso principal de la lucha.

La estrategia espartana dio frutos prácticamente de inmediato: provocó una *stasis* violenta en el interior de Corinto, de modo que, en marzo del 392, los corintios antilaconios, con el apoyo poco velado de argivos, beocios y atenienses, atacaron a los aristócratas y, en el curso de una sangrienta revuelta, mataron a la mayoría. Sólo unos pocos, unos cincuenta, pudieron salvarse exiliándose en Sición.

Mientras el frente terrestre degeneraba en una guerra de posiciones, en la primavera del 393, una gran flota persa partió de Asia bajo el mando de Farnabazo y Conón y arrebató a Esparta el dominio del Egeo, la otra mitad que le quedaba de su imperio marítimo. Después, Conón y Farnabazo costearon el Peloponeso, tomaron Citera, la isla situada en el sur del litoral laconio, devastaron parte de Mesenia y arribaron a Corinto donde animaron a los aliados a proseguir la lucha. Desde Corinto, Farnabazo regresó a Asia y Conón puso rumbo a Atenas. Así, tras doce años de ausencia, Conón entró en el Pireo, con ochenta barcos de la armada persa, donde fue recibido como un héroe nacional, dio dinero para la reconstrucción de las murallas de Atenas y para que los atenienses alistaran una nueva flota. Es el momento del predominio de Conón en la política interna ateniense. Atenas vio ahora la oportunidad de renovar sus aspiraciones imperiales en el Egeo y, a partir del 393, se volcó en el mar y la guerra terrestre, sin ser abandonada, pasó a un segundo plano.

A principios de la primavera del 392, la flota persa de Conón, apoyada por una nueva escuadra ateniense (después de catorce años), surcó los mares del Egeo. Desgraciadamente, conocemos muy mal esta expedición naval. Uno de los resultados de esta campaña pudo ser la recuperación de Lemnos, Imbros y Esciros que Atenas posee en el momento de la Conferencia de Sardes hacia el otoño del 392; Conón debió tocar estas islas, algunas otras del Egeo y algunas ciudades marítimas del continente: no podía ir más allá sino quería provocar los recelos persas. La expedición tuvo, al menos, el objetivo de asegurar la ruta del Helesponto, vital para el abastecimiento ateniense.

Por lo que se refiere a la guerra terrestre, en el 392, los lacedemonios, partiendo de Sición, ocuparon el Lequeo y los Muros largos corintios, derrotando en este último lugar a los corintios, atenienses y argivos y aniquilaron a la guarnición beocia del Lequeo lo que provocó unas mil bajas en el lado aliado. Después tomaron Sidunte y Cromio en el territorio corintio.

Como una muestra del agotamiento de los contendientes, un poco más tarde se llevó a cabo un intento de paz, la llamada Conferencia de Sardes, entre el otoño del 392 y la primavera del 391, con la mediación y el impulso

persa. Sin embargo, las negociaciones fracasaron y la lucha volvió a reanudarse. Hacia el verano del 391 se debió consumar la unión entre Argos y Corinto que crearon un nuevo estado común. Ante las derrotas del año anterior y la amenaza que suponía el control espartano de la Corintia, los aliados trataron de recuperar la iniciativa en el Istmo por medio del ateniense Ifícrates y sus mercenarios. Ifícrates penetró en el territorio de Fliunte y destrozó a los fliasios, que perdieron trescientos hombres, atacó Sición y derrotó a los sicionios, llevó a cabo incursiones en la Arcadia y acometió a Epidauro, venciendo a los epidaurios y a la guarnición lacedemonia. Liberó también los Muros largos corintios y el puerto del Lequeo.

La respuesta espartana llegó en forma de una expedición al mando de Agesilao contra Argos y Corinto. Agesilao devastó la Argólide y la Corintia y volvió a tomar el Lequeo mediante una operación anfibia, él atacó por el lado de tierra mientras que su medio hermano Teleutias con doce trirremes forzaba el puerto por el lado del mar. En este mismo año, los lacedemonios enviaron un pequeño contingente a Asia que logró mantener al menos una zona en torno a Éfeso y despacharon una flotilla de ocho trirremes a apoyar a los exiliados filolaconios de Rodas en su intento de hacerse con la ciudad.

5.4. La última fase de la guerra (390-387)

Al año siguiente (390), Agesilao llevó a cabo un golpe demoledor contra Corinto. Ocupó el Pireo corintio, la península montañosa al norte del Istmo, donde muchos corintios se habían refugiado y habían llevado el ganado y buena parte de sus pertenencias, y saqueó prácticamente todo lo que había quedado indemne en la Corintia. Sin embargo, los hoplitas atenienses bajo el mando del estratego Calias y los peltastas de Ifícrates destrozaron una mora lacedemonia entre Sición y Corinto. Sólo unos pocos consiguieron salvarse en el Lequeo y murieron unos doscientos cincuenta. Aprovechando el éxito de la destrucción de la mora lacedemonia, Ifícrates recuperó Sidunte, Cromio y Enoe (en el Pireo corintio). Con todo, los lacedemonios y los exiliados corintios conservaron el Lequeo.

Durante los años 389 y 388, los lacedemonios sometieron Acarnania. El control de Acarnania, que tenía como finalidad esencial apoyar a los aqueos, fuertemente comprometidos en el área en donde poseían Calidón y Naupacto, reforzó también la posición espartana en el Golfo de Corinto y el Noroeste. En el 388 tuvo lugar también una expedición del rey espartano Agesípolis contra Argos.

Aunque Esparta había recuperado desde el 390 la iniciativa militar en el Istmo y la mantuvo durante los años siguientes, el convencimiento de que la guerra no se decidiría en la Corintia y la vigorosa renovación del imperialis-

mo marítimo ateniense, hizo que la guerra naval se convirtiera en el teatro principal de las operaciones bélicas. Pero, para poder enfrentarse a Atenas en el mar, Esparta necesitaba de Persia, de su dinero y de la ayuda de su flota y ello la obligaba sencillamente a olvidarse de su política panhelénica y de su imperio en Asia y a reconocer la soberanía persa sobre las ciudades griegas de la costa de Asia Menor.

Posiblemente a comienzos de la primavera del 390, los atenienses enviaron a Trasibulo a Rodas con cuarenta naves. Sin embargo, Trasibulo ignoró las órdenes atenienses y, en vez de dirigirse a Rodas, navegó hacia Tracia. Probablemente pensaba que los rodios podrían resistir a Esparta y a los exiliados filolaconios y concibió la primera parte de su expedición, sin preocuparse excesivamente por Persia, como el firme comienzo de un nuevo imperio ateniense que le sacaría también del obscurecimiento político en el que le sumió Conón. Trasibulo ganó Tasos y Samotracia, ancló en Tracia donde reconcilió e hizo aliados de Atenas a Amédoco, rey de los odrisos, y a Seutes, dinasta de los tracios de la costa. Después entró en Bizancio y exigió el diezmo del tráfico póntico (Jen.*Hel.*4.8.27; Dem.20.60). Luego ganó Calcedonia (Jen.*Hel.*4.8.28) y otras ciudades del Helesponto de tal manera que Esparta sólo parece haber conservado en esta zona Abido. Desde el Helesponto, Trasibulo navegó hacia Rodas. Ganó toda la isla de Lesbos, Quíos, Halicarnaso, Esmirna, Clazómenas y probablemente Focea. Finalmente llegó a Aspendo y fondeó en la desembocadura del río Eurimedonte. Una vez que hubo recogido dinero de los aspendios, sin embargo, sus soldados saquearon algunos campos y los aspendios, indignados, atacaron de noche su campamento y le dieron muerte. El final de Trasibulo no significó un cambio en la política de Atenas, los atenienses enviaron a Agirrio para substituirle que mantuvo la misma política imperialista de su predecesor.

Desde el 390, Atenas despachó posiblemente tres escuadrones navales a Chipre en ayuda de Evágoras que había entrado en guerra contra Persia en el 391/390, el primero, bajo el mando de Filócrates y compuesto por diez trirremes, fue capturado por los espartanos. En los años siguientes, Atenas pudo remitir hasta dos escuadrones uno bajo el mando de Cabrias y otro comandado por Aristófanes; ambos parecen haber llegado a destino.

Como respuesta a las operaciones navales atenienses, Esparta envió varios contingentes navales al este del Egeo y comenzó a utilizar, al menos en el 389, Egina como base naval para incursiones piráticas en el curso de las cuales llegaron a penetrar en el Pireo. Desde el 388 buena parte de la lucha se concentra en el Helesponto donde Ifícrates con ocho naves, mil doscientos peltastas y los aliados de los atenienses en la zona consigue derrotar a los espartanos y asegurar el control del Helesponto.

En definitiva, a principios del 387, Atenas tenía destacadas en Helesponto cuarenta naves que eran claramente superiores a las veinticinco que podía ali-

near Esparta. A esta flota había que sumar las trirremes que guarnecían el Pireo y las que se habían despachado a Chipre, con lo que Atenas debía poseer unos setenta barcos que le proporcionaban la hegemonía naval.

Esparta reaccionó solicitando ayuda de Dionisio de Siracusa y buscando el apoyo de Persia. El navarco espartano del 388/387, Antálcidas, viajó a Susa y obtuvo la ayuda del rey persa. Dionisio envió a Políxeno con veinte naves. La flota siracusana llega en el otoño del 387 a Abido y a partir de entonces, con cincuenta y dos barcos, el equilibrio de fuerzas en el Helesponto comienza a volverse favorable a los espartanos. Poco después, arriban treinta naves persas procedentes de las satrapías de Asia Menor (Jen.*Hel.*5.1.28). Frente a las ochenta naves lacedemonias, la flota ateniense está condenada en la Propóntide y, ante el temor de que los espartanos bloqueen el Helesponto, corten el abastecimiento ateniense, asedien luego Atenas y se reproduzca la situación de los años 405 y 404, los atenienses, los últimos que eran reticentes, se ven obligados a pedir la paz.

5.5. La Paz del Rey o de Antálcidas (primavera del 386)

En definitiva, a finales del 387, todos los contendientes deseaban firmar la paz. En la última parte de la guerra, la política de Atenas en el Egeo y Asia menor había comenzado a asumir algunas de las características del imperio del siglo v. Los atenienses habían establecido el diezmo sobre el tráfico póntico y habían negociado nuevas alianzas con los estados del Egeo. Atenas había empezado a inmiscuirse en los asuntos internos de las ciudades como prueba, por ejemplo, la introducción de la democracia en Bizancio o la de un arconte ateniense en Tasos. La flota había experimentado un notable desarrollo. Así, de los doce barcos con que contaba Atenas en el 395 –en virtud del tratado de paz del 404, renovado en octubre del 403–, en el 387 la armada debía poseer unas setenta trirremes. Finalmente, los logros de Trasibulo en el Egeo, proseguidos después por sus sucesores, habían mejorado sin duda alguna la situación económica ateniense y las posibilidades de financiar el esfuerzo bélico.

La renovación del imperialismo naval, la intervención ateniense en Clazómenas en el 387 y la alianza entre Atenas, Evágoras y Acoris de Egipto convencieron a Artajerjes de la necesidad de frenar las ambiciones atenienses. En consecuencia, Persia se acercó a Esparta, financió su flota y le proporcionó, incluso, barcos persas. Cuando la flota espartana, con ayuda persa y de Dionisio, obtuvo la supremacía en el mar, cortó la vital ruta del Helesponto. La interrupción de los envíos de grano del Ponto y el hostigamiento al que eran sometidos desde Egina, forzaron a los atenienses a solicitar la paz.

Beocia deseaba desde hacía largo tiempo la paz, estuvo a punto de firmarla en el 392 y en el 390 intentó incluso negociarla por separado. En primer lugar, las pérdidas humanas habían sido abrumadoras. En total, el ejército federal beocio, referido sólo a los hoplitas, sufrió no menos de tres mil bajas en el transcurso de la guerra, que eran imposibles de recuperar por el crecimiento demográfico. A éstos habría que sumar los jinetes e infantes ligeros que hubieran también perecido. La defección de Orcómeno había supuesto también un duro golpe para el ejército de la Confederación. Con Orcómeno dejarían de acudir al ejército federal unos mil quinientos hoplitas y unos 150 jinetes. En definitiva, entre bajas y defecciones, el ejército beocio pudo perder entre cuatro mil quinientos y cinco mil hoplitas de un total de once mil. Esto significaba que, si Beocia debía mantener una guarnición permanente en la Corintia y además acudir cada año con parte del ejército a defender el Istmo de las invasiones anuales del ejército regular de la Liga del Peloponeso y además proteger Beocia de los focidios, orcomenios y de la mora lacedemonia estacionada en Orcómeno, no quedaban fuerzas disponibles para intervenir de manera contundente en Grecia central.

Si bien la Confederación se había mostrado, en conjunto, firme, Orcómeno se había separado de la Confederación y había aceptado una guarnición lacedemonia lo que dejaba todo el oeste de Beocia abierto a los ejércitos enemigos.

Los aliados mostraron un comportamiento muy decepcionante a la hora de defender Beocia e intervenir en Grecia central después del 394. Paradójicamente, la ampliación de la alianza que había fortalecido la posición beocia fue también causa de su ruina. Centrados en el Istmo y en el mar, se desentendieron de Grecia central, la zona principal del interés beocio, y poco a poco la evolución en esta área se tornó desfavorable. Posiblemente muy poco tiempo antes del 390, los aqueos se habían hecho con Naupacto y controlaban también Calidón. Acarnania se había perdido entre los años 389 y 388 y Esparta había ganado al menos parte de Etolia y también Farsalo. Beocia y sus aliados en Grecia central, ambas Lócrides, los lariseos y los demás tesalios, quedaban frente a un bloque continuo proespartano: Feras, Farsalo, la Acaya del Ftiótide, Fócide, Orcómeno, Etolia, Acarnania y las plazas aqueas de Calidón y Naupacto.

A pesar de la ayuda financiera persa, que posiblemente se había acabado ya en el 392, los años de guerra consumieron los magros recursos financieros de un estado agrario como era el beocio. Durante estos años, el Estado federal se vio obligado a exigir numerosas contribuciones para financiar el esfuerzo bélico y provocó una importante crisis económica y financiera en toda Beocia, en las ciudades y en los particulares y no sólo en el tesoro federal, lo que aumentó el descontento.

Sin duda alguna, el calamitoso desarrollo de la guerra aumentaba la influencia de los filolaconios de Leontíades, partidarios de firmar la paz y de volver a la antigua alianza lacedemonia que había sido tan fructífera en el pasado. En definitiva, tanto la situación exterior como la interior empujaban a los beocios a desear cada vez con mayor ardor la paz.

Corinto, por su parte, estaba exhausta. La guerra continuaba en la Corintia que era sometida a un saqueo constante. Con la intervención lacedemonia en Acarnania, los coligados habían perdido el control naval del Golfo de Corinto y quizás las colonias corintias podían verse amenazadas. La ciudad seguía sometida a una fuerte *stasis* interna. Los exiliados presionaban desde el exterior, los aristócratas que aún quedaban en el interior suponían también un peligro evidente y, muy posiblemente, la unión con Argos y el establecimiento de la democracia, no debía haber sido aceptada por todos los ciudadanos, especialmente los oligarcas antilaconios.

Sin embargo, desde el 391, el destino de Corinto no pertenecía sólo a sus ciudadanos sino que los corintios firmarían la paz sólo si Argos lo quería, y esta vez, después de dos invasiones y la posibilidad de que éstas se repitieran todos los años, los argivos comenzaron a pensar también en firmar la paz.

Para los lacedemonios el peso de la guerra era también abrumador, hacía tiempo que el dinero traído por Agesilao de Asia se había gastado, Persia financiaba probablemente la guerra en Asia pero era improbable que hiciera lo mismo en Grecia. Los lacedemonios tenían una mora estacionada en Orcómeno y otra en el Lequeo, algunos de sus aliados, como los arcadios o los fliasios, se mostraban poco entusiastas; en la Corintia la guerra no acababa de decidirse y las victorias espartanas eran contrarrestadas por derrotas periódicas. Para enfrentarse a Atenas y poder forzar la paz, Esparta se había visto obligada a acercarse a Persia, entregando así el Asia griega al rey

Las negociaciones que tienen por objeto dar término a la Guerra de Corinto comprenden tres etapas principales: la embajada de Antálcidas a la corte del Rey en el otoño/invierno del 388/387, la Conferencia de Sardes en el otoño del 387 y el Congreso de Esparta en la primavera del 386.

Antálcidas llegó a la corte del rey en Susa hacia enero/febrero del 387. Aquí, Antálcidas y el rey, asistido por Farnabazo, pusieron fin al estado de guerra que existía entre ambas potencias desde el otoño del 400. Luego se sentaron las bases y la estrategia para una colaboración conjunta: el objetivo fundamental residía en tratar de derrotar a la flota ateniense en el Helesponto y bloquear el paso a los convoyes de grano lo que obligaría a Atenas a solicitar la paz. Para ello, Persia prestaría a Esparta todo el apoyo posible, probablemente se comprometía a financiar la flota espartana y, además, los barcos persas se unirían a la armada lacedemonia. Finalmente, se diseñaron las condiciones para un posterior tratado de paz entre todos los griegos cuya base debía ser el acuerdo de Sardes que ya Tiribazo y el mismo Antálcidas habían negociado en el otoño del 392.

A comienzos del verano del 387, Tiribazo y Antálcidas regresaron a la costa de Asia (Jen.*Hel.*5.1.25). La mayor parte de este verano y del otoño estuvo ocupada en tratar de obtener la supremacía naval. Una vez que lo lograron, los estados griegos enviaron embajadores a Sardes para hablar de la paz. En Sardes, en el otoño del 387, Tiribazo leyó ante una asamblea de los representantes de los estados griegos los términos del edicto de Artajerjes II, resultado de las conversaciones que se habían desarrollado en Susa, y fue en el Congreso panhelénico de Esparta, ya en la primavera del 386, cuando se prepararon los instrumentos diplomáticos y se firmó la paz llamada de Antálcidas o del Rey (Jen.*Hel.*5.1.31, Diodoro.14.110.3).

El tratado establecía el final de la Guerra de Corinto e instauraba el estado de paz. Afirmaba que las ciudades de Asia además de las islas de Clazómenas y Chipre pertenecían al rey. Instituía el principio de autonomía de las ciudades griegas, bajo la fórmula "las ciudades grandes y pequeñas serían libres". Sin embargo, los atenienses tendrían derecho, como en el pasado, a poseer Lemnos, Imbros y Esciros. Introducía también una cláusula específica de desmovilización y, por último, recogía una cláusula compulsiva en virtud de la cual el Rey haría la guerra a los que no aceptaran la paz, en unión de aquellos que la firmaran, por tierra y por mar, con naves y con dinero.

La Paz del Rey es el primer tratado de paz general *(koine eirene)* que nos es conocido de la historia de Grecia y que constituye una de las instituciones capitales del siglo IV. No se trataba de una paz firmada entre los lacedemonios y sus aliados con los contrarios sino de un tratado multilateral y sin tiempo límite y que, en teoría, debía comprender todos los estados griegos que quisieran entrar y cuando lo desearan sin distinción de alianzas.

Sin duda alguna la gran vencedora de la Paz del Rey fue precisamente Persia que conseguía todo aquello que deseaba. Obtenía el reconocimiento de su derecho a dominar las ciudades griegas de Asia, derecho que se extendía también a Clazómenas y Chipre y además la garantía, con la aplicación del principio de autonomía, de que ninguna ciudad dominaría el Egeo y podría amenazar Asia. La paz establecía las condiciones para renovar con más energía la guerra contra Evágoras de Chipre –impedía que Atenas ayudara al propio Evágoras–. El sometimiento de Evágoras permitiría al Rey asegurar Chipre, Cilicia y Fenicia y asentar así los cimientos sobre los que emprender el gran objetivo de la política persa en el Oeste: la recuperación de Egipto.

Otra de las grandes vencedoras de la Paz fue Esparta. Los espartanos se convirtieron, *de facto*, en los protectores de la paz. La puesta en vigor del principio de autonomía era, con mucho, la medida más favorable a Esparta. En su interpretación más estricta, la aplicación de la política de defensa de la autonomía de los pequeños estados frente a los grandes, debilitaba a los enemi-

gos de Esparta, en la práctica se reducía a un *diuide et impera*, y sentó las bases jurídicas y propagandísticas de quince años de hegemonía espartana (386-371). En virtud de la cláusula de la autonomía, Corinto debió separarse de Argos y recibió a los exiliados filolaconios que instauraron una oligarquía favorable a Esparta. Argos quedaba nuevamente aislada. Atenas renunció a su expansión egea y Beocia tuvo que disolver la confederación, lo que limitó drásticamente el poder de Tebas, que veía además reconstruida Platea.

6.

Apogeo y declive del dominio espartano (386-371)

6.1. El apogeo del dominio espartano (386-379)

La Paz del Rey suponía una restricción de los métodos imperialistas. Esparta renunciaba al tributo y la importancia de la flota disminuía drásticamente y le imponia una limitación territorial: el imperialismo espartano se veía reducido ahora a Grecia continental y las islas del Egeo –las ciudades griegas de Asia Menor se entregaban al Rey– pero en modo alguno lo atenuó o acabó con él.

Esparta, situada por la paz como árbitro prioritario de los asuntos griegos, ejerció su papel con gran dureza. Debilitados sus principales rivales, Argos, Corinto, Tebas y Atenas, los lacedemonios procedieron a ajustar las cuentas a aquellos de sus aliados que habían mostrado una postura tibia durante la guerra. En palabras de Jenofonte (*Hel.*5.2.1):

"Habiendo sucedido estos hechos como deseaban, decidieron castigar a cuantos aliados habían sido hostiles a los lacedemonios en la guerra y fueron más bien

favorables a los enemigos que a Lacedemonia y disponerlos de manera que no fueran capaces de desobedecer" (trad. J. Pascual).

Mégara quedó obligada a contribuir militarmente a las expediciones espartanas. Mantinea, que ocupaba una posición estratégica, por negarse a derribar sus murallas, fue asediada en el 385. Rendidos los mantineos, los lacedemonios arrasaron la ciudad y promovieron el diecismo, esto es, la población fue diseminada en cinco aldeas sin fortificar a cuya cabeza se impuso un oficial espartano. En Fliunte, los espartanos obligaron a readmitir a los exiliados filolaconios; poco después, como surgieran desavenencias entre los filolaconios que habían regresado y los de la ciudad, los lacedemonios asediaron la ciudad que capituló después de un año y ocho meses (379). En Fliunte se estableció una oligarquía filolaconia y se introdujo una guarnición lacedemonia.

En el norte, la Confederación calcídica se había desarrollado en torno a Olinto y se había expandido en Macedonia y Tracia. En el 382, la Confederación calcídica estaba a punto de firmar una alianza con Atenas y Tebas por lo que había llegado a representar una considerable amenaza contra Esparta. Los lacedemonios atendieron a la llamada hecha por las ciudades de Acanto y Apolonia y por el rey Amintas III de Macedonia que les acusaban de atentar contra su autonomía. Así, en alianza con los macedonios y otras ciudades de la Calcídica, los espartanos atacaron Olinto. Tras dos años de duras campañas, la ciudad tuvo que rendirse en el 379 y debió firmar una paz que les obligaba a "considerar enemigo y amigo a los mismos que los lacedemonios y acompañarlos a donde les llevasen y ser sus aliados" (Jen.*Hel.*5.3.26). La Confederación calcídica fue disuelta y Amintas recuperó sus territorios en Macedonia.

El imperialismo espartano posterior a la Paz del Rey tiene uno de sus hitos esenciales en la ocupación de la Cadmea, la acrópolis de Tebas. En el verano del 382 un ejército lacedemonio, al mando de Fébidas, que se encontraba de paso en Tebas camino de la Calcídica, en connivencia con los filolaconios tebanos de Leontíades, ocupa en plena paz la Cadmea, donde queda estacionada una guarnición lacedemonia, y consolida a los filolaconios en el poder.

De este modo, al finalizar el verano del 379 el poder lacedemonio parece firmemente establecido en toda Grecia desde la Calcídica al Peloponeso y parecía extenderse también a las islas del Egeo:

"Habiendo obtenido el éxito los lacedemonios en todo, pues los tebanos y los demás beocios estaban completamente a su merced, los corintios se habían vuelto los más fieles, los argivos estaban humillados..., los atenienses se encontraban solos, y los aliados hostiles habían sido castigados, les pareció que el imperio era muy sólido y seguro" (Jen.*Hel.*5.3.27. Trad. J. Pascual).

6.2. Atenas: de la Guerra de Corinto a la fundación de la Segunda Liga

Durante los años que prosiguen a la Paz del Rey, Atenas basó su política en el respeto a los términos acordados en la paz y en el deseo de evitar un conflicto con Persia –en el 380 Atenas llama a Cabrias que estaba en Egipto y envía a Ifícrates para preparar la invasión persa de Egipto– y un enfrentamiento directo con Esparta; sin embargo, su política estaba lejos, como algunos piensan, de una resignada pasividad a la dominación espartana de Grecia. Aunque no estaban en condiciones de entrar en guerra abierta con Esparta, la política ateniense se podría definir como de hostilidad latente, activa y poco disimulada. Procuró establecer el mayor número posible de alianzas con ciudades autónomas y acogió a todos los demócratas expulsados de las ciudades en las que se habían establecido las oligarquías proespartanas; no podía hacer otra cosa para no ser acusada de violar la Paz del Rey. Así, concedieron la inmunidad de tasación a los tasios y bizantinos, que habían sido exiliados después de la Paz del Rey por sus simpatías atenienses y se habían refugiado en Atenas; dieron similar inmunidad a los refugiados después del diecismo de Mantinea (IG II^2 33, Dem.20.59-60), acogieron a los exiliados tebanos y rechazaron la petición espartana de extraditarlos (IG II^2 37, Din.1.39, Plut.*Pel.*6.2-3). Tras la paz, Atenas mantuvo cordiales relaciones con algunos estados del Egeo con los que establece progresivamente una relación de alianza. Son los casos de Quíos, Mitilene, Bizancio, Metimna y finalmente Tebas.

En el año 386/385 Atenas votó honores al rey de los odrisios Hebrizelmis. En el verano del 384 (julio/agosto), Atenas firmó una alianza con Quíos, en términos de gran precaución procurando no inquietar a Persia, una alianza defensiva en la que se reafirmaba explícitamente la observancia de la Paz del Rey Mitilene y Metimna, las dos ciudades más importantes de Lesbos, firmaron alianzas con Atenas entre el 384 y el 378 (IG II^2 42) y también Bizancio (IG II^2 41) y Rodas. Por último, a principios del 378 (IG II^2 40), Atenas concluyó un tratado de alianza con Tebas. Estas alianzas tenían la finalidad esencial de protegerse de Esparta cuya actuación provocaba indignación y temor.

6.3. La debilidad beocia

Por las razones que hemos visto (pérdidas humanas y territoriales, crisis financiera, emergencia de los filolaconios, etc.), Beocia, que no había sido derrotada claramente en el campo de batalla, se vio así abocada a firmar en la primavera del 386 una paz que significó sencillamente el desastre. La Paz del Rey reconocía no sólo el derecho de Orcómeno a ser independiente sino

que disolvía la vieja y sofisticada Confederación. La Paz del Rey supuso el final de la hegemonía tebana y la propia Tebas vio su prestigio y territorio recortados. Al amparo de la Paz del Rey, Platea fue reconstruida nuevamente, por lo que el propio territorio tebano se reducía y Tebas veía renacer a su odiada vecina; pero la disolución de la Confederación, a la vez que acababa con la hegemonía tebana, provocaba la atomización política de Beocia que sería aprovechada por Esparta.

Ismenias y su facción no pudieron escapar al catastrófico resultado de la aventura a la que habían contribuido a meter a Beocia. La indignación que suscitó el tratado de paz les eliminó del poder y, ya en el 385, después de las elecciones del otoño-invierno del 386, la facción de Leontíades accede nuevamente al control político en Tebas y lleva la ciudad al seno de la Liga del Peloponeso y a la colaboración con Esparta: en el 385, Tebas envió un contingente para ayudar a Esparta en el asedio de Mantinea.

Sin embargo, la dureza del imperialismo espartano posterior a la Guerra de Corinto hizo posible que Ismenias recuperara posiciones. En el 382, en una situación parecida al estallido de la Guerra de Corinto, la *stasis* se había recrudecido en Tebas, Leontíades era polemarco y controlaba la política tebana pero estaba siendo duramente acosado por Ismenias que era también, en este mismo año, polemarco. El golpe filolaconio del 382 marcó un verdadero punto sin retorno en la historia de Tebas. Los filolaconios se establecen firmemente en el poder, la Cadmea quedó ocupada por una fuerte guarnición lacedemonia (mil quinientos hombres y tres harmostas), Ismenias fue capturado, juzgado por un tribunal de la Liga del Peloponeso y condenado a muerte y trescientos de sus partidarios tuvieron que exiliarse en Atenas. Durante tres años (382-379), Tebas fue una de las más fieles aliadas de Esparta y contribuyó a las campañas lacedemonias en Olinto.

La disolución de la Confederación, el predominio de los filolaconios en Beocia y la cooperación con Esparta probaron con rotundidad que no eran la solución a los perennes problemas de Beocia, relativos a la seguridad y las relaciones entre las diferentes ciudades, a las tendencias centrífugas de algunas de ellas y al papel que debía tener Tebas en el conjunto de Beocia.

El problema clave consistía en encontrar la fórmula que pudiera dar cabida al poder de Tebas sin atentar demasiado contra la autonomía de las demás ciudades y sin que dicha autonomía llegara a poner en peligro la seguridad de Beocia. De esta manera, si Tebas crecía demasiado, esta ciudad podía utilizar su fuerza para recortar la autonomía de las ciudades beocias pero, si Tebas se debilitaba, toda Beocia y no sólo Tebas quedaba a merced de poderes exteriores. Desde esta perspectiva, la Confederación beocia anterior a la Paz del Rey puede ser vista bajo el aspecto de la descarnada hegemonía de Tebas pero servía también de protección a las demás ciudades beocias, espe-

cialmente a las pequeñas, frente a otros poderes exteriores o frente, incluso, a otras ciudades beocias.

Esto es especialmente cierto en los años que siguen al final de la Guerra de Corinto: las ambiciones de Tebas habían sido recortadas pero la atomización política propició la interferencia espartana en la política interna de las ciudades con el establecimiento de guarniciones y de regímenes políticos filolaconios y, posteriormente, la conversión de Beocia en campo de batalla invadido anualmente por los ejércitos lacedemonios.

Sólo a partir del 378 la organización de una nueva Confederación trató de buscar nuevas soluciones. Aquellos que construyeron la nueva Confederación del siglo IV (378-335), muchos de los cuales, como Pelópidas, eran antiguos partidarios de Ismenias, aprovecharon lo que de bueno y malo había tenido la Vieja Confederación oligárquica, la estrategia de Ismenias y la experiencia de la Guerra de Corinto. Aunque la nueva Confederación era de base democrática, como una muestra del avance de la democracia, uno de los hechos más significativos del siglo IV, los que diseñaron la nueva organización federal utilizaron muchas instituciones y tradiciones de la anterior Confederación, así, el antiguo sistema de distritos (modificado), el colegio de los beotarcos, el tribunal y el tesoro federales, el monopolio monetario, etc., y siguieron la vieja línea política de Ismenias basada en una Confederación beocia bajo la hegemonía, ahora reforzada, de Tebas, en el control de Grecia central y en el enfrentamiento con Esparta. Después de esta época obscura, los antiguos seguidores de Ismenias demostraron que su estrategia no estaba del todo equivocada.

6.4. El golpe democrático en Tebas (diciembre del 379)

La hegemonía tebana que se extiende en la década prodigiosa que va de la batalla de Leuctra al 362, e incluso más allá, hasta el estallido de la Guerra sagrada en el 356, fue el resultado de un progresivo fortalecimiento de la posición tebana, cuyos orígenes inmediatos se remontan, al menos, a los años comprendidos entre el 379 y el 371.

La política tebana tal y como se nos presenta en diciembre del 379 fue el resultado último de una humillación. La intervención espartana en el golpe del 382 significó una ruptura total en el desarrollo de la tradicional lucha interna tebana, la *stasis* entre dos facciones: la política tebana no era ya una cuestión de filolaconios y antilaconios sino de traidores que habían esclavizado a la ciudad y de patriotas que deseaban una ciudad libre. No se trataba de una lucha entre dos facciones por el control del poder, sino de combatir por la libertad de la ciudad y esto comprometía a sectores más amplios de la ciudadanía, a muchos que no habían formado parte de la facción de Ismenias

pero que sí lucharían para liberar su ciudad. Filolaconismo, traición y esclavitud se confundían y salpicaban al propio régimen oligárquico.

En diciembre del 379, los exiliados, antiguos partidarios de Ismenias, con ayuda de varios conspiradores dentro la ciudad, consiguieron derribar a la facción de Leontíades y expulsar a la guarnición lacedemonia. En una noche nevosa y fría de finales de diciembre, los exiliados se dividieron en dos partes, el grueso de ellos, unos trescientos, al mando de Ferénico, con ayuda de algunos voluntarios atenienses y la connivencia de dos estrategos, se estacionó en Trias, en el Ática. Doce jóvenes, de los que formaban parte Melón, Teopompo, Damoclidas y Pelópidas, se adelantaron a Tebas para reunirse con un grupo de conjurados del interior de la ciudad entre los cuales se encontraban al menos Carón, Fílidas y Meneclidas.

Una vez reunidos, dieron muerte a los principales líderes filolaconios (Leontíades, Arquias, Hipates y Filipo), liberaron a ciento cincuenta presos que estaban retenidos en la cárcel del ágora y enviaron mensajeros a los restantes exiliados que esperaban en el Ática y que llegaron en el transcurso de la noche. Al mismo tiempo, intentaron sublevar al pueblo. En ese momento entraron en escena Górgidas y Epaminondas, que no parecen haber participado en la primera parte de la conspiración, esto es, en la matanza de los polemarcos, y que estaban reuniendo un grupo para atacar la Cadmea y fomentando la revuelta del demo tebano. Al alba se reunió una asamblea en la que Górgidas y Epaminondas introdujeron a los conspiradores presentándoles como libertadores y eligieron beotarcos entre los principales líderes de los conspiradores: Melón, antes que Pelópidas, era el principal líder de los exiliados, Carón, que representaba a los conjurados del interior de la ciudad y Górgidas, que era el cabecilla principal del grupo del que formaba parte Epaminondas. La reunión de la asamblea significaba, lisa y llanamente, la instauración de una democracia en Tebas y la elección de beotarcos era toda una declaración de la intención tebana de reconstruir la Confederación beocia. Después de la asamblea, se multiplicaron, con renovado esfuerzo, los ataques contra la Cadmea, poniendo cerco a la guarnición lacedemonia junto a la que habían corrido a refugiarse muchos filolaconios. La guarnición finalmente capituló y pactó su retirada.

En mi opinión, el curso de la acción nos permite distinguir, dentro del conjunto de los conspiradores, al menos tres grupos diferentes: los exiliados, los conjurados del interior de la ciudad y el grupo que reúnen Górgidas y Epaminondas.

Los exiliados, numéricamente el núcleo más importante de la conspiración, eran unos trescientos que constituían los restos de la antigua facción oligárquica de Ismenias y Androclidas, precisamente a causa de ello debieron exiliarse en Atenas. Todos parecen pertenecer a ricas familias aristocráticas de Tebas; de entre ellos destacaremos a Melón, que parece ser el

líder principal; Ferénico, cuyo padre, Cefisodoto, había ayudado a Trasibulo y a los exiliados atenienses durante la oligarquía de los Treinta; Ismenias, el hijo del Ismenias condenado a muerte y ejecutado en el 382 y, además, Pelópidas, Damoclidas y Teopompo. Aunque habían pertenecido a una facción oligárquica, la experiencia del exilio en Atenas parece haberles marcado profundamente de modo que evolucionaron hacia la democracia. En Atenas, los exiliados observaron el funcionamiento de la democracia restaurada posterior al 403, de la que podían extraer elementos aplicables a Tebas y al resto de Beocia y estrecharon lazos de amistad política con varios líderes atenienses. Si bien no podemos descartar una progresión ideológica y filosófica, los exiliados tebanos adoptaron la democracia fundamentalmente por necesidad y utilidad. Era difícil que Atenas apoyara a una facción oligárquica y el apoyo ateniense era vital. La democracia aseguraba la colaboración de todo el pueblo tebano y le comprometía en la lucha contra Esparta: su ayuda era condición necesaria para resistir. En relación con Beocia, la democracia permitía también desarrollar el poder de Tebas en el seno de una nueva confederación y granjearse el apoyo de los demócratas de toda Beocia frente a las oligarquías filolaconias y los harmostas impuestos por Esparta.

Los exiliados fueron ayudados por un grupo de conjurados, unos treinta y seis en total, en el interior de la propia ciudad. De ellos formaban parte Fílidas, el secretario de los polemarcos filolaconios, con un nivel suficiente de riqueza como para acceder a un alto cargo en la constitución oligárquica; el ilustre y rico Carón y Meneclidas, que más tarde sería un famoso orador y oponente acérrimo de Epaminondas y Pelópidas.

¿Cómo y por qué se había constituido este grupo? Parece lógico pensar que sus miembros habían tenido poca o más bien nula participación en la antigua facción de Ismenias. Algunos de ellos desempeñaron altos cargos en el período de predominio filolaconio, como es el caso de Fílidas, y otros, como Carón, parecen haber gozado de cierta confianza entre los filolaconios. El gobierno tiránico y opresor de los Leontíades y la humillante ocupación lacedemonia de la Cadmea pudo dividir a los mismos partidarios y simpatizantes de Leontíades. Se trataría, entonces, de antiguos oligarcas filolaconios descontentos con la política que los de Leontíades siguieron a partir del 382.

Hay un tercer grupo cuya participación en los sucesos del 379 es algo diferente. Górgidas y Epaminondas promueven la sublevación del pueblo y reúnen un grupo para asaltar la Cadmea pero no toman parte en la eliminación de los filolaconios. Lo más probable es que ninguno de los miembros de este tercer grupo se hubiera comprometido con ninguna de las dos facciones antes del 382 y sólo la ocupación lacedemonia les impulsó a participar en la lucha política.

6.5. Las campañas lacedemonias contra Tebas (378-377)

Después de la muerte de los filolaconios y del asedio a la guarnición lacedemonia de la Cadmea, la reacción espartana no se hizo esperar. A principios de enero del 378, en pleno invierno, Esparta envió una expedición al mando del rey Cleómbroto contra Tebas para castigar a los demócratas, y restaurar a los filolaconios. Cleómbroto alcanzó Mégara y recogió allí la guarnición lacedemonia superviviente y lo que quedaba de la facción filolaconia. Después, pasó el Citerón y llegó a Tespias. Desde aquí marchó a Cinoscéfalas, ya en territorio tebano, y acampó. Permaneció dieciséis días y luego regresó nuevamente a Tespias donde dejó como harmosta a Esfodrias y se volvió a Esparta. A los ojos de muchos griegos Cleómbroto no parecía haberse empeñado a fondo. No había saqueado el territorio tebano, ni se había acercado a la ciudad, ni se había batido con los tebanos; su comportamiento era sospechoso y los resultados parecían decepcionantes.

A finales de marzo o principios de abril, el harmosta espartano de Tespias, Esfodrias, atacó Atenas. En su intento de ocupar el Pireo, que se encontraba sin puertas, el día le sorprendió en Trías de Eleusis y, al retirarse, saqueó el territorio. Es posible que el ataque de Esfodrias estuviera inspirado por Cleómbroto. A pesar de la flagrante violación de su territorio en tiempo de paz, los atenienses deciden esperar a que Esparta juzgue y condene a Esfodrias pero Esfodrias es absuelto y ello provoca la declaración de guerra ateniense.

Hacia mayo o junio un ejército peloponesio, esta vez al mando de Agesilao, invade Beocia. Desde el Citerón, Agesilao llega a Tespias y desde aquí avanza contra territorio tebano. En su marcha, Agesilao encontró gran parte del territorio tebano rodeado de un foso y una empalizada. Agesilao consiguió atravesar las fortificaciones tebanas y devastó toda la zona hasta la ciudad. Después regresó a Tespias, la amuralló y dejó a Fébidas como harmosta.

Esta vez la campaña espartana había sido enérgica. Agesilao había pillado una gran parte del territorio, probablemente toda la zona oeste, y dejaba a Fébidas para que continuara esta labor de presión económica y psicológica. No en vano el nombre de Fébidas, el que había ocupado la Cadmea en el 382, debía infundir temor a los tebanos. Agobiados por las repetidas incursiones de Fébidas desde Tespias, los tebanos, al mando de Górgidas, realizaron una expedición contra Tespias. Después del saqueo del territorio tespieo, Fébidas hostigó la retirada tebana, pero en el desfiladero de *Kanavari*, fronterizo entre Tebas y Tespias, la caballería tebana, que cubría la retaguardia, atacó a Fébidas y le dio muerte. Después de esta victoria tebana las facciones democráticas beocias se refugian en Tebas y los filolaconios pidieron guarniciones a Esparta que se estacionaron en Tespias, Platea, Tanagra y Orcómeno.

En el verano siguiente (377), Agesilao condujo de nuevo una expedición contra Tebas. Pasó la empalizada y arrasó todo el territorio oriental de Tebas hasta la frontera de Tanagra. Luego, de regreso a Tespias, a pesar de la oposición conjunta de tebanos y atenienses al mando de Górgidas y Cabrias respectivamente, atravesó todo el territorio sur de Tebas. En ese otoño del 377 el plan de Agesilao estaba a punto de tener éxito: no llevó a cabo un asedio en regla de Tebas, sino que diseñó una estrategia de presión económica con expediciones anuales cada verano y guarniciones en diferentes ciudades que hostigaran a Tebas. De esta forma, después de dos años sin recoger la cosecha, los tebanos comenzaban a estar en una situación muy apurada. Pero los tebanos lograron ocupar Oreo e Histiea en Eubea, paso obligado de la ruta del grano tesalio, y pudieron abastecerse.

6.6. La fundación de la Segunda Liga ateniense

6.6.1. El período previo al decreto de Aristóteles (enero del 378-febrero/marzo del 377)

En los años en que se producen las campañas espartanas contra Tebas, Atenas organiza en torno suyo una alianza multilateral permanente que recibe el nombre de Segunda Liga. Los pasos en la fundación de la Liga pueden reconstruirse del modo siguiente. Como vimos, después de la Paz del Rey, Atenas subscribió alianzas bilaterales con ciudades autónomas en el marco de la paz. Si bien no sabemos qué estados figuraban entre los aliados de Atenas antes del 378, la alianza con Quíos, del 384, fue la primera que se firmó y sirvió de base para las demás. En enero o febrero del 378, al mismo tiempo que tiene lugar la expedición de Cleómbroto contra Tebas, los atenienses despacharon embajadas a varias ciudades "urgiéndoles a unirse en la causa común de la libertad" (Diodoro.15.28.2). A principios de marzo, Esfodrias, en plena paz, intenta tomar el Pireo y saquea algunas partes del Ática. Juzgado en Esparta, Esfodrias es absuelto lo que provoca la indignación ateniense y la declaración de guerra contra Esparta. A la invitación ateniense de firmar alianzas habían respondido ya varios estados como los rodios y metimneos y posiblemente también algunas ciudades de Eubea como Cálcide. Inmediatamente después del ataque de Esfodrias, Atenas transformó varias de estas alianzas bilaterales en multilaterales, quizás en este orden: Quíos, Mitilene, Tebas, Bizancio, Metimna y Rodas, que son los seis miembros fundacionales de la liga. Al mismo tiempo, Atenas establece también alianzas bilaterales con Cálcide y quizás con otras ciudades de Eubea. Posteriormente, hacia abril del 378, se organiza jurídicamente la liga y se crea el consejo común de todos los aliados. En el verano del 378 el rey espartano Agesilao

emprende una campaña contra Tebas y Atenas responde enviando un cuerpo expedicionario bajo el mando de Cabrias. En febrero-marzo del 377 se promulga el decreto de Aristóteles que constituyó la carta fundacional de la Segunda Liga ateniense. Finalmente, en el verano del 377, tiene lugar la segunda expedición de Agesilao contra Tebas y los atenienses enviaron nuevamente un contingente con Cabrias.

Junto a toda esta actividad diplomática y militar, el programa teórico de la fundación de la liga se haya formulado en un discurso de Isócrates, el *Panegírico*, publicado entre julio y septiembre del 380. El orador ático comienza con una crítica a los lacedemonios por sus atentados contra la libertad y la autonomía de los griegos, su dureza y la entrega de las ciudades griegas de Asia Menor a Persia. Isócrates justificaba, idealizaba y defendía punto por punto la hegemonía ateniense del siglo v: el imperio se obtuvo con el consentimiento de los griegos debido a que los atenienses eran los más expertos y los más poderosos en los asuntos marítimos; las ciudades que estuvieron incluidas en la liga délico-ática del siglo v fueron tratadas como libres e iguales y aquellas que fueron castigadas, como Melos o Escíone, no pertenecían a la liga; la dominación ateniense supuso un período de prosperidad para las ciudades y los particulares; las cleruquías se fundaron en ciudades despobladas para la defensa de su territorio y no para sacar provecho y la intervención interna fue muy limitada y se redujo a apoyar a la mayoría, esto es, a los demócratas ya que era un principio moral que los muchos gobiernen a los pocos. Según Isócrates, Atenas, por su capacidad, su poder y su hegemonía de antaño, había contraído una obligación moral con los griegos. Finalmente, Isócrates recomienda fundar una alianza en torno a Atenas, que debía estar orientada no al provecho de Atenas sino contra Esparta en defensa de libertad y autonomía de los griegos y plantea la necesidad de alcanzar una situación de equilibrio: la división de la hegemonía entre Esparta (hegemonía terrestre) y Atenas (dominio de los mares).

Como parece obvio, una de las principales dificultades para la creación de esta alianza residía en persuadir a los futuros miembros de que la nueva Liga no suponía una renovación del imperialismo ateniense ni habría de repetir los actos odiosos de la Liga délica del siglo v. Atenas ganó la batalla de la propaganda y sus promesas parecieron suficientes de modo que ya en el año 378 se unieron a la nueva Liga importantes estados.

6.6.2. El decreto de Aristóteles (IG II^2 43)

Toda esta actividad teórica, propagandística y diplomática que los atenienses desarrollan desde el 384 y, especialmente, durante el año 378, cristaliza en el decreto o la estela de Aristóteles, por el nombre de quien propuso el

decreto en febrero-marzo del 377, que supone el verdadero fundamento jurídico de la liga. En el decreto de Aristóteles se proclama oficialmente la creación de una alianza en torno a Atenas y expone sus principios. Es el instrumento por el que Atenas da cuerpo legal a los compromisos contraídos con los aliados que figuran en el propio documento (cf. texto n.° 2 en Apéndice).

En primer lugar, la alianza ha sido organizada contra Esparta. La actuación espartana posterior a la Paz del Rey con Mantinea, Fliunte, Olinto y la toma de la Cadmea tuvo el efecto de reducir el prestigio espartano a un nivel muy bajo y estimular el temor sobre sus próximas víctimas. La resistencia a Esparta encontró su centro en Atenas y culminó en el decreto. Así, en el decreto de Aristóteles se reprocha a Esparta que no haya dejado vivir en paz a los griegos, disfrutar libremente de la autonomía y de la propiedad plena de sus respectivos territorios.

La alianza estaba abierta a todos los griegos y bárbaros del continente y a todos los insulares. Extendía la posibilidad de unirse también a áreas de Tracia y el Helesponto descontentas con el reciente imperialismo espartano pero se excluía expresamente a aquellos que estaban sometidos a la soberanía persa. Con esta declaración Atenas confirmaba públicamente su respeto a la paz general y aseguraba a Persia que la alianza no iba destinada a arrebatarle las posesiones que se le otorgaban por la Paz del Rey, en definitiva, que la liga no atacaría el control persa sobre los griegos de Asia (posiblemente las líneas 12-14 del decreto, que fueron borradas intencionalmente, recogían alguna referencia al Rey).

La liga se organizaba como una alianza multilateral permanente defensiva: los aliados estaban obligados a venir en ayuda de Atenas y de cualquier otro estado miembro que se viera atacado por una potencia hostil.

El decreto contrastaba llamativamente con las prácticas espartanas y el imperio ateniense del siglo V y enfatizaba los propósitos propagandísticos; en su mayor parte el decreto recoge el compromiso solemne de los atenienses de comportarse con los aliados de manera justa y objetiva; Atenas renunciaba a las prácticas odiosas del siglo V y establecía todo un sistema de garantías que tenían como finalidad asegurar la libertad y autonomía de los aliados.

La garantía básica del decreto era la promesa de libertad y autonomía. En general, significaba esencialmente que los aliados no serían dominados y tratados como súbditos como bajo el imperio ateniense del siglo V y que gozarían de ciertas seguridades y protecciones. En un terreno más práctico, la libertad y la autonomía implicaba que los aliados se gobernarían por el régimen político que prefirieran, no recibirían guarniciones ni magistrados atenienses y no pagarían tributo.

Los aliados eran equiparados a los quiotas y tebanos lo que significaba que no habría aliados privilegiados y que todos serían iguales. La alusión a

Quíos y Tebas, que recoge el decreto, tenía también una clara finalidad propagandística. Ambos estados eran aliados de los atenienses desde antes de la fundación de la segunda liga y podrían, por tanto, acreditar que ahora Atenas respetaba la autonomía de sus socios, extremo que había ignorado durante el imperio del siglo v.

Los atenienses no tomarían tierra de los aliados, ni de manera individual ni por una cleruquía. Todas las propiedades inmuebles que se encontraban en manos del estado ateniense o de sus ciudadanos situadas en territorio de los aliados serían restituidas antes de junio/julio del 377; es el aspecto sobre el que el decreto hace más hincapié y el que debió provocar mayor resentimiento en el imperio del siglo v. Para el futuro, Atenas prohíbe a todos sus ciudadanos la adquisición de tierras o casas en suelo aliado, sea cual fuere el modo de adquirirlas, y prevé duras sanciones contra quienes actuaran contra esta cláusula.

El Consejo ateniense quedaba autorizado a destruir todas las inscripciones que se conservaran en Atenas y que contuvieran medidas contrarias tomadas en otro tiempo contra cualquier aliado que se adhiriera a la nueva Liga.

Si alguien, en su ciudad o en Atenas, proponía alguna medida opuesta a las cláusulas que figuran en el decreto podía ser llevado a juicio y castigado con duras penas como la pérdida de derechos políticos *(atimía)*, la confiscación de sus bienes o, incluso, el exilio o la muerte. Finalmente, el decreto de Aristóteles implicaba la aceptación de la hegemonía ateniense.

6.6.3. La estructura de la Liga

Junto al Consejo y la asamblea atenienses el órgano central de la liga era el *synedrion*, el consejo permanente de los delegados de los aliados.

El *synedrion* se reunía en Atenas, aunque el lugar exacto de reunión es desconocido, y cada miembro, fuera grande o pequeño, tenía derecho a un voto. Como mínimo contaba con unos sesenta miembros, tantos como aliados. Atenas no estaba representado en él y ningún ateniense sin voto presidía las deliberaciones del *synedrion*. Existía un presidente del *synedrion*, aunque no sabemos cómo se elegía, quizás por sorteo (en el 372 el presidente era un tebano). Las decisiones se tomaban por mayoría de votos y la resolución de los aliados recibía el nombre de *dogma*.

Siempre en colaboración con el Consejo y la Asamblea atenienses, las competencias del *synedrion* eran bastante amplias. El único poder exclusivo del *synedrion* que nos es conocido fue la confiscación de las posesiones de los atenienses en los territorios de los aliados. Debía pronunciarse, además, sobre todas las cuestiones políticas pertinentes a la liga, comenzando por la

admisión de cualquier nuevo miembro; tomaba también los juramentos a los nuevos miembros, arbitraba también los conflictos que pudieran surgir entre los propios miembros de la alianza y, como órgano de justicia, juzgaba las infracciones cometidas contra los acuerdos de la alianza. Era competencia del sinedrio indicar en qué casos convenía, a pesar de la declaración relativa a la autonomía, situar una guarnición o tropas en algún emplazamiento propiedad de uno de los aliados. Por último, el *synedrion* fijaba oficialmente el montante de la *syntaxis* (contribución económica) de un estado y aunque pensemos que podía ser "aconsejado" por los atenienses, lo cual no está atestiguado, el procedimiento era completamente diferente al del siglo v. La *syntaxis* era recogida por los generales atenienses.

El *synedrion* era convocado por los pritanos atenienses. En mi opinión, la relación del *synedrion* con la Asamblea era similar a la del Consejo ateniense. De este modo, el *dogma* del *synedrion*, normalmente acompañado de un *probouleuma* del Consejo, se presentaba a la asamblea ateniense que tenía la decisión última y podía enmendar un decreto de los aliados. Aunque el sistema podía haber levantado constantes conflictos, la realidad es que, por las noticias que conservamos, la mayoría de las decisiones parece que se adoptaron sin demasiadas divergencias.

El decreto de Aristóteles menciona un tesoro de la Liga, al que va a parar la mitad del producto de la venta de las propiedades que los atenienses posean ilegalmente en el territorio de los aliados, pero no sabemos si se nutría con otros fondos e ignoramos también completamente su organización.

Los aliados participaban en las negociaciones de paz como es el caso de la Paz Filócrates, en el 346, en el que diez embajadores atenienses son acompañados a la corte de Filipo por Aglacreonte de Ténedos que representaba a los aliados (Esquines.2.97).

En relación a la estructura militar, la jefatura del ejército (hegemonía) era atribuida a Atenas que aportaba el grueso de los contingentes. Los estados principales de la alianza enviaban barcos, como hizo Tebas en el 373, o soldados. Para los estados pequeños, que no podían contribuir con naves y tropas de manera continuada, se introdujo, hacia el 373, la *syntaxis*, una aportación monetaria "en concepto de disfrute de los beneficios de la liga sin participar directamente en las tareas de defensa" (Fernández Nieto; 1989a, 27). A fin de evitar tanto el recuerdo del viejo tributo *(phoros)* del siglo v como nuevas suspicacias, no sólo se cambió el nombre sino que se modificó la forma de evaluación. Si en el siglo v Atenas fijaba unilateralmente el tributo, era ahora el sinedrio el que valoraba las posibilidades contributivas de un estado y hacía propuesta del montante de su *syntaxis*.

La hegemonía conllevaba para Atenas la jefatura del ejército, la decisión última sobre las cuestiones de la Liga y la recogida y el gasto de fondos en los fines militares de la liga.

6.7. La primera fase de la Liga: lucha contra Esparta y la ampliación de la alianza (378-375)

Sólo seis nombres, Quíos, Mitilene, Metimna, Rodas, Bizancio y Tebas son de la mano del lapicida que grabó el texto de la alianza. Esto implica que son los únicos que se inscriben al mismo tiempo que el decreto y que en febrero-marzo del 377 son los únicos aliados con los que cuenta Atenas. En la primavera o el verano del 377 se unieron a la alianza todas la ciudades de Eubea, salvo Histiea, y la cercana y pequeña isla de Ico.

A finales del verano-principios del otoño del 377, después de que Cabrias realizara una expedición contra Histiea, aunque no logró la adhesión de esta ciudad (sería ocupada por los tebanos en este mismo otoño), se incorporaron a la Liga Pepareto, Escíato y posiblemente Dión en Eubea. Maronea se asoció voluntariamente.

En el 376, los lacedemonios equiparon una flota de sesenta trirremes al mando del navarco Polis con la finalidad de cortar el abastecimiento de trigo ateniense. De este modo, los barcos de trigo llegaban a Gerasto pero no podían pasar porque la flota lacedemonia costeaba en torno a Egina, Ceos y Andros. Para hacer frente a la amenaza lacedemonia, los atenienses botaron una flota de ochenta y tres trirremes bajo el mando de Cabrias. Cabrias se dirigió a sitiar Naxos y Polis fue contra él con sesenta y tres naves. En la batalla que siguió entre Paros y Naxos, en septiembre del 376, los atenienses vencieron, perdieron dieciocho trirremes, los lacedemonios veinticuatro y otras ocho fueron capturadas con su tripulación. La victoria de Naxos dio a algunas islas la posibilidad de adherirse a la liga. Finalmente, entre finales del 376 y el verano del 375, pudieron unirse a la liga Ceos y Poyesa y otras ciudades cuyo nombre hemos perdido en el decreto de Aristóteles.

A principios del verano del 375, Cabrias salió del Pireo al mando de una flota. Se dirigió primero a Abdera donde ayudó a los abderitas a rechazar a los tríbalos, un pueblo bárbaro de Tracia. Después puso proa hacia el Quersoneso donde tocó en Eanteo y Abido y bajó hasta Lesbos donde dejó una guarnición en Mitilene. Luego, regresó a Atenas. En el viaje de ida o en el de regreso, Cabrias atravesó las Cícladas lo que brindaba una buena ocasión para la unión del grupo cicládico a la Liga, en aquellas islas que no se habían unido ya inmediatamente después de Naxos. Su defensa en Abdera y el viaje hasta Lesbos da la oportunidad para la adhesión de las ciudades de Tracia y el Helesponto: Abdera, Tasos, los calcidios de Tracia, Eno, Samotracia, Diceópolis, Dión de Tracia y Neápolis.

En el mismo verano, Timoteo con una flota de sesenta trirremes y sólo trece talentos navegó hacia el mar Jónico. El objetivo era presionar a los espartanos para que no pudieran invadir Beocia. Timoteo ganó primero Corcira, después Cefalenia y luego estableció una alianza con Alcetas, el rey de los molosos.

Para hacer frente a Timoteo, Esparta envió una flota bajo el mando de Nicóloco pero Timoteo le derrotó en Alicea, cerca de Léucade, a finales de junio del 375. La campaña de Timoteo es una excelente ocasión para la unión de otros aliados a la Liga: los acarnanios, Prono de Cefalenia, Alcetas y su hijo Neoptólemo.

En conclusión, en el otoño del 375, los miembros de la Liga alcanzaban la cifra de unos sesenta. Después de esta fecha (375), Atenas no incluyó ningún estado en la Liga. No sabemos las razones pero quizás deban conectarse con la firma de la Paz del 375. Todos los miembros fueron listados y sólo los estados listados en la estela de Aristóteles fueron miembros de la Liga. La hipótesis de que hubo nombres no inscritos para no obligar a los atenienses a cumplir las condiciones del decreto es posiblemente una fabricación de la investigación moderna. Se unieron estados de topo tipo: jonios, dorios, eolios, democracias, oligarquías, *poleis*, reinos y confederaciones, etc. Posiblemente dos aliados atenienses sobre los que hay mucha controversia, Corcira y Jasón de Feras, nunca fueron miembros de la Liga. Quedan así definidos, a partir del 375, tres tipos de aliados: los miembros de la Liga (Atenas y sus aliados), los aliados de Atenas y de sus aliados y los aliados bilaterales de Atenas.

6.8. De la Paz del 375 a la batalla de Leuctra. La segunda fase de la Liga

Tras tres años de dura lucha en varios frentes en la que Atenas había sufragado por sí sola no sólo los propios gastos sino también los de sus aliados, Atenas estaba agotada y satisfecha con lo ganado, por ello deseaba llegar a un acuerdo con los lacedemonios. Esparta había sido derrotada claramente en el mar y deseaba también firmar la paz. De este modo, la Paz del 375 supone la culminación de la actividad desplegada por Atenas en estos años, a través de dicha paz, Esparta reconocía la existencia de la Liga ateniense, siempre que la Liga ateniense no comprometiera el dominio persa de la costa asiática. A cambio, Atenas obtenía, además del reconocimiento persa a la Liga, garantías para los envíos de grano. Por la paz del 375 se hace realidad también la doble hegemonía, espartana en tierra y ateniense en el mar.

Después de la paz del 375 los acontecimientos y la cronología son conjeturales pero parece claro que, hasta Leuctra, Atenas sigue luchando contra el poder espartano. La paz es efímera y poco más de un año después, Esparta y Atenas reanudan las hostilidades. La lucha se concentra ahora en el mar Jónico. Presionada por los exiliados que Timoteo había desembarcado en la isla, Zacinto apeló a Esparta que envió veinticinco barcos en la primavera del 374 bajo el mando de Aristócrates. Por su parte, en este mismo año, los filolaconios exiliados de Corcira acudieron también a Esparta que despachó

otros veintidós barcos bajo Alcidas que puso sitio a Corcira. Los atenienses reaccionaron remitiendo a Ctesicles con unos seiscientos peltastas en el invierno del 374/373 mientras equipaban un escuadrón naval. Con ayuda de Alcetas, Ctesicles logró burlar el sitio de Corcira y entrar en la ciudad. Por estos años, Oropo se incluyó nuevamente en el estado ateniense, quizás porque se sentía amenazada por el expansionismo tebano.

En el 373, los espartanos pusieron a Mnasipo al mando del asedio de Corcira. Mnasipo contaba ya con sesenta y cinco trirremes. Entonces, los atenienses decretaron el envío a Timoteo con sesenta naves pero Timoteo puso rumbo primero hacia las Cícladas en busca de remeros y llegó incluso hasta Tracia. Aunque hizo aliados en la zona, cuando en el otoño ancló en Calauria, era demasiado tarde para navegar al mar Jónico. Por ello fue privado del mando y juzgado. A pesar de que resultó absuelto, no recobró el mando que se confió a Ifícrates.

Mientras tanto, en Corcira, Ctesicles atacó el campo espartano y murió Mnasipo y el *epistoleus* (secretario de la flota), Hipermenes, levantó el asedio y se refugió en Léucade. Después de la retirada de la flota lacedemonia, Ifícrates llegó al Jónico, en la primavera del 372. Sometió primero las ciudades de Cefalonia, luego navegó hacia Corcira e interceptó un escuadrón de diez naves que venían de Sicilia bajo el mando de Crinipo y Cisides, capturó nueve y sólo una logró escapar. Más tarde, con noventa naves, pasó a Acarnania y ayudó a los acarnanios aliados de Atenas.

Asegurado su dominio en el Jónico y acuciada de nuevo por graves problemas financieros, Atenas deseaba firmar la paz y a tal efecto se reunió un congreso en Esparta en el verano del 371. Atenas, Esparta y los aliados de ambos firmaron la paz salvo los tebanos.

6.9. La expansión del poder tebano (376-371)

Durante los años en que Atenas amplía la Segunda Liga y en los que combate contra Esparta en el mar Jónico, Tebas somete a su control a casi toda Beocia y llega, incluso, a atacar la Fócide.

Tras dos años de campañas contra Tebas (378-377), al llegar la primavera siguiente del 376, los éforos decretan nuevamente la movilización; como Agesilao estaba enfermo, se concedió el mando a Cleómbroto. Cuando Cleómbroto alcanzó el Citerón, se encontró el paso ocupado por tebanos y atenienses y, en vez de tratar de forzar el desfiladero, licencia al ejército. En menos de un año los tebanos arruinaron la mayor parte de la obra de Agesilao. Tomaron Histiea y Oreo, consiguieron aprovisionarse por vía marítima y cerraron el paso a las invasiones anuales de los lacedemonios, que sólo podían cruzar ahora por mar.

A partir de la primavera del 376 los tebanos llevan la iniciativa y se abre una fase distinta de la lucha marcada por los ataques tebanos contra las guarniciones lacedemonias y la introducción en la nueva Confederación de las pequeñas ciudades beocias que no tenían guarnición espartana. Así, en la campaña del 376 se produjeron incursiones contra Tespias; contra Platea, en una batalla de caballería en la que Carón dio muerte al harmosta Geradas; y contra Tanagra, al mando de Pelópidas, donde cayó el harmosta espartano Pantedas. Con total seguridad, Copas y Acraifia entraron a formar parte de la Confederación beocia y probablemente también Haliarto, Coronea y Queronea.

Al año siguiente (375) Tebas convence a los atenienses para que costeen el Peloponeso y eviten la invasión espartana. En primavera, un cuerpo tebano escogido compuesto por los trescientos hoplitas del batallón sagrado y doscientos jinetes, al mando de Pelópidas, derrotó a dos moras lacedemonias en Tegira, cerca de Orcómeno. Poco después, los tebanos realizaron una incursión en Fócide que se estaba convirtiendo en la base espartana para las campañas contra Tebas.

A finales del verano o principios del otoño del 375 todos los contendientes, Tebas incluida, firmaron la paz del 375. En este momento quedaban fuera de la Confederación Tanagra, Platea, Tespias y Orcómeno pero la retirada de los harmostas y las guarniciones espartanas recogida en el tratado de paz las deja inermes ante Tebas. Entre el 375 y el 373 se produce la adhesión voluntaria de Tanagra y en el otoño del 373, en plena paz, los tebanos ocuparon y arrasaron Platea. Aprovechando la nueva guerra entre Atenas y Esparta, en el 372, Tebas debió conquistar Tespias y llevó a cabo una fallida campaña contra Fócide.

En definitiva, a principios del verano del 371, cuando delegados de toda Grecia se reúnen en Esparta para tratar una nueva paz, sólo la odiada Orcómeno quedaba fuera de la nueva Confederación. Epaminondas y los demás embajadores tebanos intentaron subscribir la paz en nombre de todos los beocios pero Agesilao se lo impide y quiere forzar que firmen sólo en nombre de los tebanos. Esto comportaba, tal como había sucedido en la Paz del Rey, la disolución de la Confederación pero, con la experiencia de los duros años inmediatamente posteriores a la Paz del Rey, Tebas sabía muy bien lo que significaba la disolución de la Confederación, por tanto, se negó a firmar la paz. Atenas, resentida con Tebas por el asunto de Platea y por la escasa participación tebana en la Segunda Liga, no deseaba que Tebas se engrandeciera aún más a su costa y firma la paz. Tebas se quedaba sola y el ejército espartano estacionado en Fócide al mando de Cleómbroto entró en Beocia y alcanzó Leuctra. Pero, sobre los campos de Leuctra, en aquel estío del 371, la apuesta no era sólo Beocia sino Grecia.

7. La época de la hegemonía tebana (371-356)

7.1. La batalla de Leuctra

Los embajadores tebanos se negaron, pues, a firmar la paz del 371 y ello significaba que la guerra entre Esparta y Beocia continuaba, con una particularidad: ahora Beocia carecía de la ayuda ateniense y se encontraba sola frente a los lacedemonios. Los espartanos ordenaron a Cleómbroto atacar Tebas. Desde Fócide, a través del sur de Beocia, Cleómbroto llegó a Creusis, el puerto de Tespias, en la costa del Golfo de Corinto, ocupó la ciudad, apresó doce trirremes, después avanzó hacia Tebas y acampó en la llanura de Leuctra. Allí fueron a hacerle frente los beocios que contaban con unos siete mil hombres; Cleómbroto al menos con el dóble de efectivos. La batalla de Leuctra tuvo lugar en julio del 371 y fue un modelo de táctica militar. Epaminondas colocó la caballería delante de la falange, reforzó el ala izquierda con cincuenta escudos en fondo oponiéndola a la derecha enemiga, donde se concentraban los lacedemonios y que tenía sólo doce filas de profundidad. En la vanguardia del ala izquierda situó, como punta de lanza, al batallón sagrado que mandaba Pelópidas. Los jinetes tebanos derrotaron prontamente a la caballería enemiga, que, en su retirada, se introdujo entre sus propias

filas sembrando la confusión. Mientras, el ala izquierda tebana atacó a la carrera y destrozó a los espartanos antes de que el ala izquierda peloponesia hubiera podido intervenir. Sobre el campo quedaron muertos cerca de mil lacedemonios, entre ellos cuatrocientos de los setecientos espartiatas que iban en el ejército, el propio rey Cleómbroto pereció.

Un segundo ejército, encabezado por Arquídamo, hijo de Agesilao, fue enviado a Beocia pero sólo pudo firmar una tregua para retirar los cadáveres y regresar al Peloponeso. Sobre los llanos de Leuctra, una vieja construcción hegemónica y una anticuada táctica militar tocaban a su fin y se abría un nuevo período de la historia griega.

A partir de Leuctra, Esparta quedó reducida a una potencia peloponesia que se ve acuciada por los graves problemas financieros: Agesilao combatió en Asia Menor en el 365 a sueldo y fue recompensado después por los sátrapas rebeldes. Posteriormente, la batalla de Mantinea (362) no hace sino confirmar a Esparta como potencia de segunda fila que languidece, aislada y dominada por un vano orgullo en su decadencia.

7.2. La nueva Confederación beocia

Tras el golpe de estado de diciembre del 379, la reunión de la Asamblea tebana comportaba la introducción de la democracia y la elección de los beotarcos expresaba la voluntad tebana de reconstruir la Confederación. A partir de entonces, democracia y federalismo irían parejas de modo que, a medida que se extiende el poder tebano, se instaura en Beocia una novedosa Confederación democrática de la que, desgraciadamente, conocemos muy someramente sus instituciones y funcionamiento.

Al frente del *koinon* de los beocios, nombre oficial de la Confederación, se situaba un arconte federal; similar a su homónimo ateniense, se trataba de un cargo con escaso poder, reducido al eponimato y a labores ceremoniales y representativas.

Carecemos prácticamente de toda información sobre el reparto de cargas y derechos y la integración de las *poleis* beocias en la nueva estructura federal. La única evidencia de la existencia de distritos deviene del colegio de los siete beotarcos. Así, de los once distritos con que contaba la anterior Confederación oligárquica, posiblemente los dos distritos de Tespias y los otros dos que correspondían a Orcómeno fueron suprimidos, como castigo a su resistencia, por lo que el número de beotarcos se redujo a siete. Por el contrario, cuando Tebas se anexionó el territorio de Platea pudo aumentar su representación. De este modo, Tebas, posiblemente con cuatro beotarcos, obtuvo la mayoría en el colegio de beotarcos. Tanagra, que debió adherirse

voluntariamente a la Confederación, retendría su beotarquía y las pequeñas ciudades de Beocia se repartirían las dos restantes.

Los beotarcos tenían funciones idénticas a sus antecesores de la antigua Confederación disuelta por la Paz del Rey. Elegidos hacia octubre/noviembre, entraban en funciones después del solsticio de invierno, a principios de enero. Estaban al mando del ejército federal y a ellos estaban subordinados el hiparco federal y el navarco. En campaña, formaban un consejo de guerra en cuyo seno discutían la estrategia y las tácticas y se tomaban las decisiones más importantes por mayoría. Un beotarco tebano tenía siempre la comandancia suprema (hegemonía). Los beotarcos disfrutaban también de un buen número de prerrogativas no militares como los poderes probuléuticos: podían presentar proyectos y hablar ante a la Asamblea, recibían a los embajadores y los introducían ante la Asamblea; gozaban del derecho de iniciar acciones judiciales y de arrestar a los sospechosos de subversión y llevarlos ante la Asamblea o el tribunal y manejaban además fondos públicos. Por último, estaban sujetos a la *apocheirotonia* (deposición del cargo), a una rendición de cuentas (*euthyna*) y eran responsables ante el tribunal federal.

La más significativa institución de la nueva confederación beocia es, sin duda alguna, el *damos* de los beocios, es decir, la asamblea federal, que no existía anteriormente y que, con seguridad, fue modelada sobre la ateniense. Tenía un carácter primario y democrático y no representativo y oligárquico, esto es, estaba abierta a todos los ciudadanos beocios sin restricción censitaria alguna. Las reuniones de la Asamblea debían tener lugar normalmente en Tebas y, habida cuenta de que la población tebana era la más numerosa de Beocia y la facilidad de los tebanos para asistir a las convocatorias, el voto por cabeza hacía de la Asamblea, en realidad, un instrumento del poder tebano. La Asamblea era la autoridad suprema en las materias legislativa y de política exterior. Al menos en una ocasión juzgó también a los culpables de una conspiración oligárquica.

No tenemos noticias de la existencia de un Consejo federal pero su presencia se puede inferir con cierto grado de certidumbre:

1. En la antigua Confederación oligárquica uno de los cuatro consejos, por turno, ejercía funciones probuléuticas: preparaba las decisiones que se tomaban posteriormente en la sesión conjunta de los cuatro consejos. Del mismo modo, en la Confederación democrática de época helenística existía un consejo federal, *synedrion*, que preparaba las sesiones de la asamblea.
2. A una asamblea popular le resulta muy difícil funcionar sin una institución que, entre otras funciones, prepare las mociones a aprobar. En Atenas estas atribuciones las desempeña la *boule*, en Beocia, al menos algunas parecen estar en manos de los beotarcos pero si pensamos

en el número de los beotarcos, siete, después de Leuctra entre dos o tres se encuentran casi todos los años al mando de expediciones militares exteriores, resulta difícil creer que fueran capaces de realizar este trabajo como una competencia exclusiva de la beotarquía. Por último, es muy claro que la democracia beocia está fuertemente influida por la ateniense donde el consejo democrático, probuléutico de la asamblea, contaba con una larga tradición.

3. En la década de los sesenta, un consejo juzga a los culpables de haber asesinado al tirano Eufrón de Sición en la propia ciudad de Tebas. Es posible que se trate de un consejo local que juzga a extranjeros, normal en Atenas, o del consejo federal puesto que el problema de Eufrón y Sición es un asunto de política exterior y, por tanto, competencia de los órganos federales. Sea como fuere, debemos tener en cuenta que la estructura local era idéntica a la federal, por lo que un consejo local supone, con bastante certeza, la existencia de un consejo federal.

La nueva Confederación contaba con un tribunal federal democrático que se nutría de varios cientos de ciudadanos beocios extraídos probablemente por sorteo, ante el que son responsables los magistrados de la Confederación y que juzga, además, las infracciones contra las leyes federales.

Aunque no está explícitamente atestiguado, existía también un tesoro federal que se encargaba, entre otras funciones, de acuñar la moneda beocia de este período en la única ceca que existía en toda Beocia: la que estaba situada en Tebas.

Finalmente, existía una uniformidad entre las constituciones locales y la federal, todas las *poleis* beocias gozaban de un régimen democrático, disponían de un arconte local, un colegio de polemarcos, un consejo y una asamblea locales.

7.3. Los instrumentos de la hegemonía

7.3.1. El control de Beocia

Después de la experiencia de la Guerra de Corinto, la disolución de la Confederación y la subsiguiente ocupación militar, los tebanos estaban convencidos de que sólo una Beocia completamente fiel haría posible que Tebas pudiera desempeñar un papel de primera importancia en Grecia. Se establecieron, pues, dos modelos de tratamiento según había sido la actitud del resto de las ciudades ante el poder tebano. Las ciudades que se sometieron voluntariamente conservaron su representación política y sus murallas. Muy diferente fue el trato que se dio a aquellas ciudades que opusieron resisten-

cia. Platea fue ocupada en el otoño del 373, la población fue expulsada de Beocia, la ciudad arrasada y su territorio unido a Tebas. Tespias fue incorporada a la confederación entre la Paz del 375 y la batalla de Leuctra, pero la ciudad perdió su representación política y sus murallas fueron desmanteladas. Luego, inmediatamente después de Leuctra, los tespieos fueron también expulsados de Beocia, como castigo a su actitud en la batalla (se retiraron antes del combate), y su territorio unido al tebano. Orcómeno fue incluida en la nueva confederación en el 370 y perdió también su representación en los órganos federales. En el 364, Tebas se sirvió como pretexto de una conspiración oligáquica en la que participaron los caballeros orcomenios, para ejecutar a parte de la población, esclavizar a muchos y expulsar a los restantes. Posiblemente su territorio fue repartido entre las *poleis* vecinas.

Finalmente, es muy posible que Beocia se anexionara varias ciudades locrias como son Bumelita, Halas y Larimna y quizá también todo el territorio de la Lócride opuntia.

El territorio tebano comprendía, así, más de la mitad de Beocia y el territorio federal se vio también ampliado; desde el 366 Oropo dependerá también de Beocia, pero la potencia demográfica de la confederación, con las expulsiones, había disminuido gravemente.

7.3.2. El ejército

Como vimos, la más alta jefatura del ejército beocio era ejercida por un colegio de siete beotarcos. La comandancia en jefe del ejército era atribuida siempre a un beotarco tebano y a las expediciones exteriores se enviaban dos o tres beotarcos y nunca uno solo.

La infantería beocia se dividía en *lochoi* (batallones) cada uno al mando de un *lochagos*. El número de hoplitas que comprendía cada *lochos* debía ser de unos trescientos. Aunque no sepamos exactamente cómo se llevaba a cabo, el distrito constituía la base de reclutamiento.

En el siglo V existía un cuerpo tebano selecto, fuerte de trescientos hoplitas (los aurigas y guerreros), que es, sin duda, el precedente de la mejor aportación tebana a la estructura de la infantería griega en el siglo IV, esto es, la creación del batallón sagrado *(hieros lochos)*, compuesto por trescientos jóvenes escogidos que combatían por parejas. Este cuerpo elegido fue organizado por Górgidas en el 378 o en el 377 y estuvo, en todo caso, listo para entrar en acción en la primavera del 376. Varios autores antiguos coinciden en destacar los vínculos homosexuales que unían entre sí a los miembros del batallón sagrado, una homosexualidad que les impediría cometer en el campo de batalla, delante de su amado, un acto tachado de vergonzoso. Sin que afirmemos taxativamente su homosexualidad, señalemos

tan sólo su alta probabilidad. La propia legislación tebana legitimaba, protegía y potenciaba este tipo de vínculos que debían estar muy extendidos en la ciudad.

Tebas exigía de los soldados de este batallón una consagración total. Se trataba de un cuerpo profesionalizado mantenido a sueldo por la ciudad, que en tiempo de paz guarnecía la Cadmea y en época de guerra ocupaba la vanguardia del ejército. El batallón sagrado unía las ventajas de un cuerpo mercenario, profesionalización y adiestramiento, a las del ejército de ciudadanos-soldados, patriotismo y fidelidad, y obviaba las desventajas de ambos. En la primavera del 375 el batallón sagrado se cubre de gloria en Tegira destrozando dos moras lacedemonias y es aquí donde, actuando como un grupo compacto, mostró su capacidad de penetración en la falange contraria. Después, se convirtió en pieza básica del orden oblicuo de Epaminondas transformándose en su principal brazo ejecutor.

Junto al batallón sagrado el número total de hoplitas beocios que formaba parte de una expedición militar rondaba los siete mil. Epaminondas y los principales líderes tebanos se preocuparon de manera especial del entrenamiento de la falange beocia que era considerada, durante este período, la mejor de Grecia.

Todos los autores antiguos coinciden en destacar el valor y el número de la caballería tebana y beocia reputada, en unión de la tesalia, como la mejor de Grecia y que estaba compuesta por la rica aristocracia terrateniente de Beocia. Bajo el mando de un hiparco federal, la caballería se dividía en escuadrones, hilas, que comprendían entre treinta y cuarenta jinetes, al mando de un hilarca. En Leuctra y Mantinea, la caballería adoptó una posición novedosa en el campo de batalla: justo delante de la falange y no en los flancos como era costumbre. En las expediciones militares el número de jinetes beocios oscilaba entre seiscientos y ochocientos.

Es una característica sumamente peculiar de Beocia la asociación a los jinetes de una especie de infantería montada *(hamippoi pezoi)*. En la batalla cada hamipo combatía pie a tierra al lado de su jinete, hostigaban y podían desmontar la caballería enemiga. De esta manera, los jinetes y hamipos formaban un grupo compacto, muy superior a sus enemigos, y de los que cabe destacar el elevado adiestramiento, su eficaz armamento, su rapidez y contundencia.

En la antigua confederación oligárquica del siglo V, Beocia disponía de un cuerpo especial de infantería ligera, los psilos, reclutada por distritos y compuesta por ciudadanos, no por mercenarios. Resulta difícil pensar que Beocia, con tal tradición, no mantuviera un cuerpo de infantería ligera precisamente en un siglo que se caracteriza por el desarrollo de este tipo de tropa.

A las tropas beocias se le unían los aliados, especialmente tesalios, locros, focidios, eubeos, melieos y enianos.

La flota beocia estaba al mando de un navarco, subordinado al beotarco, que debía ser una magistratura ordinaria, anual y elegida por la asamblea federal. Bajo el mando del navarco se encontraban los trierarcos. A pesar del efímero momento de gloria entre el 364 y 363, el número de naves de la armada beocia debía ser escaso y aún menor su importancia. En Beocia faltaron la tradición, las condiciones y el tiempo necesario para convertirse en una verdadera potencia naval y, por lo tanto, la base de la hegemonía siguió siendo casi exclusivamente terrestre.

Los grandes generales tebanos del período introdujeron una importante serie de innovaciones tácticas. La ocupación espartana de Decelía en el Ática en el 413 había cambiado el carácter de la guerra entre las ciudades griegas: se pasó de la batalla campal a la destrucción del poder de una ciudad mediante la coerción económica y la devastación continuada y sistemática del territorio; estrategia que se puso también en práctica, con grandes resultados, durante la Guerra de Corinto. Los tebanos extrajeron las enseñanzas que se derivaban de este modo de lucha. En los años de las expediciones lacedemonias (378-377), rechazaron la posibilidad de refugiarse tras los muros de la ciudad, tal actitud conducía solamente al asedio de Tebas y a la derrota, y adoptaron un sistema de defensa territorial: rodearon con un foso y una empalizada la mejor parte de su territorio, con lo que evitaban su devastación y se defendían, detrás de las fortificaciones, siguiendo al ejército enemigo para evitar que éste penetrara. Cuando los lacedemonios sobrepasaron esta línea, los tebanos se defendieron en el territorio apoyándose en su conocimiento del terreno y no se resguardaron en la ciudad.

Entre los años 376 y 371 desarrollaron una auténtica guerra de guerrillas contra las demás ciudades beocias. Llevaron a cabo incursiones y golpes de mano, que tenían como finalidad hostigar a los filolaconios y a las guarniciones lacedemonias y, si era posible, ocupar algunas ciudades. Esta estrategia suponía un adiestramiento continuo y de ella extrajeron enseñanzas que habrían de servir en el futuro como la batalla de Tegira, a principios de la primavera del 375, una especie de ensayo de la batalla de Leuctra, en la que la caballería tebana y el batallón sagrado mostraron su tremenda efectividad.

Las batallas de Leuctra y Mantinea suponen la culminación de innovaciones tácticas y estructurales introducidas en el ejército; de ambas batallas conviene destacar: la utilización revolucionaria de la caballería, la concentración de tropas en el ala izquierda y el ataque en orden oblicuo. En las batallas hoplíticas del pasado la caballería operaba en los flancos de la falange y su protagonismo era escaso. En Leuctra y Mantinea la numerosa y entrenada caballería beocia se sitúa, junto a los hamipos, en el centro, delante de la falange. La finalidad de ello era derrotar prontamente a la caballería contraria para que ella misma cayera sobre su propio ejército introduciendo la confusión y también proteger el debilitado flanco derecho del ejército propio. La con-

centración de las filas del ejército en sí misma no era nueva, así, por ejemplo, en Nemea, en el 394, mientras todo el ejército se dispone en dieciséis filas de profundidad, los beocios lo hacen en veinticinco, pero lo que sí era novedoso fue el extraordinario aumento de la profundidad no de toda sino de una parte de la falange, hasta cincuenta escudos en fondo, y su concentración en el ala izquierda del ejército –hasta entonces era el ala derecha la parte más importante de la falange–.

El ataque en oblicuo consistía en hacer avanzar rápidamente el ala izquierda del ejército en sentido oblicuo, dejando atrás el flanco derecho, y romper la línea adversaria antes de que el ala derecha propia entrara en contacto con la falange enemiga.

En mi opinión, las innovaciones tácticas introducidas, multiplicadas en su efectividad por la propia estructura del ejército beocio, suponen la culminación en el desarrollo del ejército hoplítico de ciudadanos soldados de la polis griega.

7.3.3. Alianzas y guarniciones

Los beocios renunciaron a la imposición de un tributo y a pesar de que preferían los regímenes democráticos y de que algunos eran proclives a imponerlos, no parece que trataran de cambiar, fuera de Beocia, las constituciones de los estados aliados.

Además del sometimiento de Beocia y de la capacidad del ejército beocio, la hegemonía beocia se basaba en la creación de un sistema de alianzas y el establecimiento de pocas guarniciones que controlasen rutas estratégicas y mantuviesen fieles a Tebas unos pocos centros claves.

El tratado de alianza incluía siempre la prohibición de hacer la paz por separado (Jen.*Hel.*7.4.40) y la obligatoriedad de aportar contingentes en toda expedición beocia o, si el tratado era ventajoso para el aliado, sólo en caso de ataque contra Beocia como en el caso de la alianza con los focidios (Jen.*Hel.*7.5.4). Como el tratado era la base fundamental del dominio beocio, éstos exigían su puntual cumplimiento; la acusación más grave que se podía hacer a un aliado era que estaba destruyendo la alianza (Jen.*Hel.*7.1.39), el incumplimiento de los pactos era tachado sin vacilación como traición y provocaba una inmediata expedición de castigo (Jen.*Hel.*7.5.40).

Epaminondas y Pelópidas fueron muy moderados en la introducción de guarniciones al mando de harmostas, en la terminología laconizante de Jenofonte, para asegurarse la fidelidad de los aliados. En Tegea se situó una guarnición compuesta por trescientos hoplitas beocios al mando de un harmosta tebano. Se trata probablemente de la guarnición-tipo beocia (un *lochos*). Otro harmosta, con un contingente cuyo número ignoramos, ocupaba la acrópo-

lis de Sición (Jen.*Hel.*7.2.11; 3.4). Otra guarnición estaba estacionada en Mesene (Diodoro.15.67.1). No muchos días debieron conservar sus puestos los harmostas establecidos en las diferentes ciudades aqueas tras la primavera/mediados del verano del 366 (Jen.*Hel.*7.1.43). Fuera del Peloponeso, dos guarniciones se hallaban destacadas en Equino (Acaya Ftiótide) y Nicea, cerca de las Termópilas (Westlake; 1969, 134) y, finalmente, una guarnición defendía Oropo desde mediados del verano de 366 (Diodoro.15.79.6). Fuera de éstas, no tenemos noticias de ninguna otra guarnición. Por último, debemos destacar las fundaciones de Mesene y de Megalópolis que cumplieron un importante papel en la hegemonía como freno a Esparta.

7.4. La práctica de la hegemonía

7.4.1. Beocia y Grecia central. Las dos primeras expediciones de Epaminondas al Peloponeso

Entre el verano del 371 y el otoño del 370, los beocios, al mando de Epaminondas, completaron el dominio sobre Beocia y aseguraron el control tebano de Grecia central. Redujeron en primer lugar a los tespieos que se habían mostrado desafectos en Leuctra –probablemente fueron expulsados de Beocia– y emprendieron una expedición contra Orcómeno y Grecia central. Orcómeno se rindió y Epaminondas, desoyendo algunas voces tebanas en contra, respetó la ciudad. Sin embargo, los orcomenios hubieron de aceptar condiciones muy duras: demolición de sus murallas, pérdida de sus beotarquías y de su representación política en la organización federal y obligación de contribuir a las expediciones militares. Desde Orcómeno, el ejército beocio penetró en Grecia central. Tebas buscaba en Grecia central el control de las rutas hacia el Norte y la seguridad de sus fronteras norte y oeste. El éxito de la expedición fue completo y duradero: los beocios obtuvieron la alianza de Fócide, ambas Lócrides, Etolia, Acarnania, Heraclea, los enianos, los malieos y de todas las ciudades de Eubea. Todas estas alianzas, salvo Fócide, se mantenían firmes en la época de Mantinea.

La política peloponesia de la Confederación está indisolublemente vinculada a la figura de Epaminondas. El objetivo de Epaminondas era doble: por una parte, impedir la recuperación de Esparta, y por otra, construir un sistema de alianzas y guarniciones que posibilitara el predominio beocio en medio del avispero peloponesio. Tras Leuctra, Beocia contaba en el Peloponeso con la alianza de eleos, argivos y arcadios.

Epaminondas emprendió la primera expedición al Peloponeso, dado lo avanzado de la estación (llegó a Arcadia en diciembre del 370), con la idea de realizar un mero acto de presencia. Su mandato de beotarco finalizaba en

pocos días, pero, una vez en Arcadia, se dejó convencer para penetrar directamente en territorio laconio: arrasó toda la margen izquierda del Eurotas, quemó cuantas ciudades encontró sin amurallar y destruyó el único arsenal naval conocido de los lacedemonios, Giteo. A su vuelta, independizó la mayor parte de Mesenia y fundó Mesene. La fundación de Mesene, en los primeros meses del año 369, tiene un significado crucial para la historia de Grecia: no sólo marcaba la liberación, después de cuatrocientos años, de Mesenia y de la triste condición de los hilotas sino que imposibilitaba para siempre la recuperación de Esparta. Fruto también de esta campaña fue la organización de la confederación arcadia y la fundación de Megalópolis.

Sin embargo, cuando en abril del 369, Epaminondas, cargado de gloria, regresaba a su ciudad natal, había retenido durante cuatro meses el cargo de beotarco después de que expirara legalmente su mandato, y esta violación constitucional iba a provocar su procesamiento.

Absuelto, dirigió una nueva expedición al Peloponeso en verano/principios del otoño del 369 contra los pocos aliados de Esparta centrados esencialmente en el Istmo y en la Península de Acté: fliasios, corintios, peleneos, epidaurios, sicionios, trecenios, hermioneos y halieos. Epaminondas atrajo al lado tebano a Sición y Pelene y saqueó el territorio de Epidauro y Trecén; pero, en la segunda parte de la campaña, sufrió dos derrotas, una ante las puertas de Corinto y la otra contra los celtas e íberos enviados por Dionisio en ayuda de los lacedemonios. A su regreso a Tebas en el otoño del 369, Epaminondas era tan vulnerable por estos fracasos que sus enemigos le llevaron a juicio. Aunque fue nuevamente absuelto, no fue elegido para la beotarquía del año siguiente (368).

7.4.2. La intervención en Tesalia y Macedonia

La política tebana en el Norte de Grecia se halla ligada a Pelópidas. En la primera expedición (verano/otoño del 369), al mando de siete mil hombres (Diodoro.15.80.2), Pelópidas se presentó en el Norte como el libertador contra la tiranía de Alejandro de Feras y como el árbitro capaz de acabar con los conflictos. Organizó la Confederación tesalia, pactó con Alejandro de Feras y arbitró el conflicto que había surgido en Macedonia entre Alejandro II y Ptolomeo de Aloro, favoreciendo probablemente la causa del primero con quien concluyó un tratado de alianza. A su regreso, a finales del otoño de 369, introdujo guarniciones beocias en Equino (Acaya Ftiótide) y Nicea, cerca de las Termópilas.

En la primavera del 368, encabezó con Ismenias una embajada tebana para hacer frente a la intervención ateniense en Macedonia, el asesinato de Alejandro II y la actividad de Alejandro de Feras. Pelópidas e Ismenias obtu-

vieron la alianza de Ptolomeo pero, a su vuelta, fueron apresados por Alejandro de Feras. Indignados, los beocios envían una expedición en el otoño del 368 con la intención de liberarlos pero los beotarcos que la dirigían, Cleómenes e Hipato, fracasaron y sólo la pericia de Epaminondas, que iba en el ejército como simple soldado, salvó a los beocios de un serio descalabro. Pelópidas e Ismenias sólo pudieron ser liberados por una corta campaña de Epaminondas en la primavera del 367 que obligó al tirano a devolver los embajadores y pactar una tregua de treinta días.

7.4.3. La amistad con Persia (367)

Tres años después de Leuctra, en el 368, llegó a Grecia Filisco de Abido, emisario de Persia, con el objeto de reconciliar a los griegos. Bajo los auspicios de Filisco, los estados griegos enviaron delegados a Delfos para negociar una paz general. La aplicación de una paz general a la situación del 368 conllevaba dos medidas esenciales: el reconocimiento de que Mesenia debía pertenecer a Esparta y la disolución de la nueva Confederación beocia. Es posible que los espartanos, dada su situación, estuvieran dispuestos a reconocer la existencia de la Confederación beocia pero no querían renunciar a Mesenia; en realidad, sólo el control espartano sobre Mesenia podía restablecer en cierta medida el equilibrio que Leuctra había truncado. Los atenienses, por su parte, eran también favorables a la firma de la paz; sin embargo, los beocios se opusieron a la idea de que Mesenia perteneciera a Esparta e hicieron fracasar las negociaciones. Tras el fracaso de las negociaciones, Filisco reclutó dos mil mercenarios para que combatieran con los lacedemonios contra los beocios y los pagó por adelantado y probablemente trató de sobornar a los principales líderes tebanos para que fueran más favorables a la firma de la paz. En consecuencia, pudo entregar dinero a Diomedonte para que, desde Delfos, se trasladara a Tebas. Se suele afirmar que Diomedonte fracasó en su intento –no consiguió, es cierto, sobornar a Epaminondas ni a otros líderes– pero muy posiblemente la embajada de Filisco y la tentativa de Diomedonte convencieron a los beocios de la necesidad de negociar con el Rey y, así, en el otoño del 367, Pelópidas fue enviado como embajador a Susa.

La embajada beocia respondía también a otra que habían enviado los espartanos en la primavera del 367. Si la misión lacedemonia tenía éxito, una cuádruple alianza compuesta por Esparta, Atenas, Dionisio de Siracusa y Persia, podía amenazar directamente a Beocia. Pero en Susa, fue Pelópidas quien firmó un tratado de amistad y de alianza con Persia. Según este acuerdo, Mesenia debía ser independiente, los atenienses debían desmantelar la flota y renunciar a la hegemonía marítima, las ciudades griegas serían autónomas

y el Rey veía confirmado, sin disimulo, su dominio sobre las ciudades griegas de Asia. Pelópidas había obtenido un gran éxito y Tebas sucedía ahora a Esparta en la amistad del Rey. A su vuelta de Susa, Pelópidas fracasó en su intento de que las ciudades griegas juraran la nueva paz del Rey en el Congreso de Tebas, en la primavera del 366 y en cuantas tentativas hizo después, pero, a pesar de todo, Beocia siguió gozando de la amistad de Persia que se mantenía todavía después de Mantinea.

7.4.4. Atenas intimidada. La tercera fase de la Liga

La Segunda Liga ateniense se había formado para hacer respetar a Esparta la libertad de los griegos. Después de Leuctra, la razón de ser había desaparecido, pero, sin embargo, la Liga continuó. Atenas se sentía ahora amenazada, no por una Esparta incapaz de recuperarse de la derrota de Leuctra y de la pérdida de Mesenia, sino por la poderosa Tebas que, a la cabeza de la Confederación beocia, emergía como la potencia hegemónica en Grecia. De este modo, hasta la Guerra social (356), la actividad de Atenas y de la Liga está dirigida principalmente a frenar el expansionismo tebano en dos ámbitos principales: el Peloponeso y Tesalia y Macedonia. Al mismo tiempo, Atenas trata de reforzar su control en la costa de Macedonia, Tracia y el Quersoneso.

La evolución del enfrentamiento entre Atenas y la Confederación beocia puede seguirse con relativa precisión. La destrucción de Platea, en el otoño del 373, había ya enfriado notablemente las relaciones entre Beocia y Atenas; en el 371 los beocios se niegan a firman la paz lo que supone la salida de Tebas de la Segunda Liga ateniense y, después de Leuctra, Atenas rehusa acompañar a Epaminondas en una expedición al Peloponeso. En el 370, en el curso de la expedición en Grecia central, los beocios establecieron alianzas con Acarnania y Eubea, que eran miembros de la Segunda Liga ateniense, alianzas que significan la deserción de la Liga. Desde el 370/69, Atenas es aliada de Esparta y despacha contingentes al Peloponeso para ayudar a Esparta contra las expediciones beocias. Desde el 364, con la división de la Confederación arcadia, las posiciones de Atenas y Esparta mejoran en el Peloponeso y, tras la paz que se firma después de la batalla de Mantinea en el 362, se consigue una situación de equilibrio, que si bien no aparta a los beocios del Peloponeso, su expansión en la zona se ve frenada. En el 366, los beocios ocupan Oropo y los atenienses no se atrevieron a enfrentarse en campo abierto con el ejército beocio.

Durante la década de los sesenta, el esfuerzo principal de Atenas se centró en el Egeo. Amintas, el rey de Macedonia, había muerto en el otoño del 370, años antes había firmado una alianza con Atenas e incluso en el 372/371, en el momento del apogeo de la alianza, había reconocido los derechos ate-

nienses sobre Anfípolis (Esquines.2.30-32). En el verano del 368, Ifícrates defendió los derechos de la casa de Amintas en contra de Pausanias, un usurpador instrumento de los calcidios, llegó hasta Pela y concluyó una nueva alianza con Alejandro, el hijo de Amintas (Esquines.2.26-27; Nep.*Ificrates*.3.2). Sin embargo, inmediatamente después, debido a la intervención beocia, Atenas perdió Macedonia y con ella los materiales para la construcción naval. Se formó entonces una alianza entre Ptolomeo, los beocios, los calcidios y Anfípolis contra Ifícrates que a partir del otoño del 368 opera en las costas tracias. Los ataques de Ifícrates contra Anfípolis resultan infructuosos por lo que, en el 366/365, es reemplazado por Timoteo.

En el 366, Ariobarzanes, sátrapa de Frigia que se había rebelado contra el rey, apeló a Atenas y Esparta, y ambas respondieron: Esparta envió a Agesilao y Atenas a Timoteo pero con instrucciones precisas de no provocar al rey persa y de respetar la cláusula de la Paz del Rey según la cual Asia pertenecía a Persia (Dem.15.9). Timoteo sitió Samos que fue tomada tras diez meses de resistencia y los atenienses enviaron una cleruquía a la isla. En este momento, la flota ateniense es la dueña del Egeo y el rey persa reconoce los derechos atenienses sobre Anfípolis. Durante la primera mitad del 365/364, Timoteo cooperó con Ariobarzanes y obtuvo para Atenas, Sesto y Critote.

Epaminondas sabía que Esparta era incapaz de recuperarse y que en Grecia sólo una ciudad podía discutir la supremacía tebana: Atenas. Pero abatir el poderío de Atenas, basado en la flota, constituía una empresa casi inaccesible para Beocia. A pesar de todos los inconvenientes, Epaminondas decidió atacar a Atenas en el mar. Construyó una flota de cien trirremes y, en la primavera del 364, en una corta campaña naval, consiguió la defección de Bizancio y quizá también de Rodas y Quíos. Fue tan sólo un éxito momentáneo, a finales del verano o en el otoño, Timoteo logró recuperar todas estas ciudades salvo Bizancio.

La política antiateniense de Epaminondas se saldaba con éxitos y fracasos. Había recuperado Oropo pero su política naval no dio resultados: faltó sobre todo continuidad puesto que asuntos urgentes en el Peloponeso requerían toda la atención de Epaminondas y de su nueva campaña en esta zona (362) ya no regresó. Nadie le sucedió en esta política, no hubo ninguna nueva expedición naval beocia, y, tras de la muerte del gran líder, Fócide consumió la práctica totalidad de los recursos y las energías de Beocia.

Después de recuperar parte del terreno perdido por la expedición naval de Epaminondas, Timoteo intervino también en Heraclea póntica, Ceos, Bizancio, Cícico y Proconeso y ganó Torone y Potidea.

Tras la efímera campaña del 364, la flota beocia no vuelve a surcar las aguas del Egeo, pero ello no significaba que el peligro para Atenas hubiera pasado. Alejandro de Feras, aliado de los beocios, llevó a cabo incursiones piráticas contra las Cícladas, Pepareto, Tenos y el Pireo y derrotó a la flota ate-

niense en el 362. La situación comienza a mejorar para Atenas a partir del 361. En el 361/360 la confederación tesalia opuesta a Alejandro hizo una alianza con Atenas y los asesinatos de los sucesivos tiranos paralizan la actividad de Feras. En la primavera del 357, en Eubea, una facción solicitó la ayuda ateniense y otra la beocia. Atenas intervino de manera decisiva y los beocios evacuan la isla que vuelve a la Segunda Liga ateniense. No sin pérdidas en el Peloponeso, en Oropo y el Egeo (Bizancio), Atenas había frenado, sin derrotarla y con menos brillantez que en el caso de Esparta, el expansionismo beocio. Finalmente, en el 357, los atenienses obligan a los odrisios a reconocer sus pretensiones sobre el Quersoneso.

En definitiva, en el 357, todo parecía ir bien para Atenas: Beocia había sido contenida y, si bien Anfípolis continuaba resistiendo, los atenienses podían exhibir un buen número de éxitos en el Egeo, Macedonia, Tracia y el Quersoneso. Pero Atenas había agotado peligrosamente sus recursos. Es entonces cuando estalla la guerra de los aliados o guerra social que debilitó dramáticamente el poder de Atenas.

7.4.5. Las últimas campañas en Tesalia (364)

Desde la tregua que pactaran Epaminondas y Alejandro de Feras, el tirano continuó aumentando su poder a expensas de la Confederación tesalia que acudió de nuevo a Beocia. Pelópidas partió, de nuevo, camino del Norte a finales de julio o principios de agosto del 364. Se enfrentó con Alejandro en Cinoscéfalas y, aunque venció, Pelópidas resultó muerto y los tebanos sintieron esto como una derrota. Los frutos de la victoria fueron recogidos por Malecidas y Diogitón, que en el otoño del 364 invadieron Tesalia con siete mil infantes y ochocientos jinetes, derrotando severamente a Alejandro, le obligaron a firmar un humillante tratado por el cual abandonaba la alianza de Atenas, debía aportar contingentes en las expediciones beocias, devolvía las ciudades tesalias que había ocupado y su territorio quedaba reducido a Feras, Págasas y alguna parte del sur de Magnesia. Acaya Ftiótide, el resto de la Magnesia y la confederación tesalia seguían en alianza con Beocia.

7.4.6. Las dos últimas expediciones de Epaminondas en el Peloponeso

En su tercera expedición (primavera/principios del verano del 366) Epaminondas pretendió obtener la alianza de Acaya para reforzar la posición de Sición y sembrar la inquietud en la retaguardia arcadia, puesto que los arcadios daban muestras crecientes de descontento hacia los beocios. Obtuvo dicha alianza y liberó Calidón, Dime y Naupacto de guarniciones aqueas, pero cuan-

do, en contra de Epaminondas, los harmostas tebanos enviados a la Acaya intentaron implantar la democracia y expulsaron a los oligarcas, los exiliados regresaron, recuperaron las ciudades y los frutos de la expedición se perdieron.

Las disensiones en el seno de la confederación arcadia se agravaron de tal forma en los años 365 y 364 que la federación se rompió dividiéndose en dos bandos. Por un lado, Mantinea y los oligarcas y, por otro, Tegea, Megalópolis, Asine, Palantia y los demócratas. El grupo de Tegea y Megalópolis apeló a Beocia y los de Mantinea recurrieron a Élide, Acaya, Atenas y Esparta.

Toda la obra de Epaminondas parecía derrumbarse y el general se puso en marcha hacia el Peloponeso, a finales de la primavera del 362, con todos sus aliados de Grecia central y del Norte, salvo los focidios. Probablemente en Nemea se le unieron los sicionios, argivos y sus partidarios en Arcadia y formó un ejército fuerte de 30.000 infantes y 3.000 jinetes. Frente a él se alinearon los lacedemonios, eleos, atenienses y parte de los arcadios con 20.000 hoplitas y 2.000 jinetes. Epaminondas intentó un movimiento contra la propia ciudad de Esparta pero no pudo tomarla. En su retirada hacia Tegea, se topó con el grueso del ejército enemigo en la llanura de Mantinea. La batalla de Mantinea tuvo lugar a finales de junio/principios de julio del 362 y Epaminondas empleó la misma táctica del orden oblicuo que utilizara en Leuctra. Cuando los beocios estaban derrotando al enemigo y parecía que, con un impulso más, Tebas quedaría dueña de Grecia, Epaminondas cayó muerto y los beocios no pudieron aprovecharse de su victoria. Después de la batalla, todos los griegos, salvo Esparta, que no quería renunciar a Mesenia, firmaron una paz general sobre el *statu quo* anterior a la batalla. Era la primera paz, desde el 386, que se hacía sin la participación del rey persa.

En el Peloponeso, Epaminondas había conseguido uno de sus principales objetivos: la destrucción del poderío lacedemonio pero en cuanto a la construcción de un estable sistema de alianzas, el éxito distaba mucho de ser completo. Poco se había avanzado desde la primavera del 369. A cambio de la alianza de Sición y la paz, ni siquiera una alianza con Corinto, Epidauro, Trecén y alguna otra ciudad del Noreste del Peloponeso, se había perdido Élide, Acaya, Pelene y una parte de Arcadia. Luces y sombras, éxitos y fracasos. A la muerte de Epaminondas, la consolidación de la influencia beocia en el Peloponeso hubiera necesitado durante bastantes años un esfuerzo militar sostenido.

7.5. La evolución de la política interna tebana en la época de la hegemonía

La prodigiosa y efímera ascensión de Beocia hasta convertirse en la primera potencia de Grecia continental, estuvo marcada, sin embargo, en la vida interior por duros enfrentamientos entre diferentes facciones políticas.

7.5.1. La facción de Epaminondas y Pelópidas

La principal facción tebana se vertebró en torno a Epaminondas y Pelópidas, dos de los más grandes líderes con que Tebas contó jamás. Como vimos, el origen de este grupo es bastante heterogéneo: los trescientos desterrados tras el golpe filolaconio del 382; Górgidas, Epaminondas y sus amigos y, al menos, parte del grupo que lideraba Carón (cf. páginas 85-87). Se trataba de una facción democrática que impulsó el establecimiento de una constitución democrática en las ciudades beocias y en la Confederación. Con todo, eran demócratas moderados y se opusieron repetidamente a la destrucción de Orcómeno y a la imposición de regímenes democráticos en los estados aliados.

Epaminondas y Pelópidas eran profundamente patriotas. Después de la experiencia de la disolución de la confederación beocia (386) y la ocupación lacedemonia, ambos líderes sabían que sólo un esfuerzo militar constante podía evitar la repetición de estos hechos. Identificaban la política pacifista con la esclavitud, pues a ello habían conducido en el pasado paces desventajosas. En primer lugar, se necesitaba lograr una victoria militar completa que permitiera luego obtener una paz totalmente favorable y después se debía estar presto para defender esta paz con la fuerza de las armas.

De esta facción formaron parte, por ejemplo, Pamenes que, aunque no llegó a la altura de Epaminondas, fue el líder tebano más importante de Tebas a la muerte del vencedor de Leuctra; Ismenias, el hijo de Ismenias el Viejo, íntimo amigo de Pelópidas con el que fue embajador en Tesalia; Teopompo, uno de los jóvenes que participó en la matanza de los polemarcos filolaconios, embajador en Atenas en el 378 (IG.II^2.40.lin.7) y portatrofeos en Leuctra (IG.VII.2462.lin 2); Melón, que participa destacadamente en el golpe de diciembre del 379, elegido beotarco en el 378, lo sería también en algún momento de los sesenta o los cincuenta de aceptar la reconstrucción [M]e[l/o]n en IG.VII. 2407 (líneas 14 y 15) y Carón, otro de los conspiradores del 379, que estaba vivo hacia el 367/366.

7.5.2. La facción de Meneclidas

La política de Epaminondas y Pelópidas y el constante esfuerzo militar y financiero al que obligaba, no podía menos que levantar la oposición de algún sector de la población beocia. La resistencia a la política de Epaminondas fue el resultado del trabajo de una facción cuyo destacado líder era Meneclidas, un buen orador y también un mal general.

En la primavera del 369, tras la primera campaña beocia al Peloponeso, Meneclidas procesó a Epaminondas, Pelópidas y al otro beotarco que los acompañó en la expedición. Fracasado en su intento, llevó a juicio en el mismo oto-

ño/invierno a Epaminondas después de la segunda expedición de éste al Peloponeso y consiguió que no se le eligiera beotarco para el año siguiente. En el 367, trató de enfrentar a Pelópidas con Carón, pero sufrió la *graphé para nómon* (acusación por inconstitucionalidad) de Pelópidas y fue condenado a una multa que no pudo pagar y quizás perdiera sus derechos políticos. El fracaso le llevó a ensayar un golpe contra la constitución democrática tebana. Sabemos por Plutarco que intentó un cambio constitucional y, como no conocemos en todo este período otra revuelta que la conspiración de los caballeros orcomenios del 364, debemos pensar que Meneclidas se mezcló en este movimiento oligárquico (tenemos noticias también de algunos tebanos que apoyaron esta conspiración). El descalabro de la conjura selló definitivamente el destino político de Meneclidas y después del 364 nada sabemos de él.

Frente a Epaminondas y Pelópidas, Meneclidas defendía una política pacifista que se alejase de las aventuras militares exteriores (Nep.*Epam.*5.3-4) y se oponía sistemáticamente a cualquier expedición militar que traspasase los límites de Beocia: propugnaba una política exterior fundada en la diplomacia, las embajadas y los arbitrajes.

No conocemos con certeza el nombre de ninguno de los partidarios de Meneclidas. Quizá Cleómenes e Hipato, los beotarcos del 368, y que se beneficiaron de la caída en desgracia de Epaminondas, estuvieran vinculados a Meneclidas. Tras el fracaso de la expedición a Tesalia, ambos fueron procesados en el verano del 368, condenados y multados con mil dracmas cada uno. Este castigo debió acabar con sus carreras políticas.

Conocemos varias medidas que tomaron los beocios a las que Epaminondas y Pelópidas se opusieron expresamente: el intento de arrasar Orcómeno (371-370) y su destrucción efectiva en el 364; la instauración de regímenes democráticos en Acaya en el verano del 366 y la decisión de ejecutar a todos los exiliados beocios que cayeran prisioneros en curso de la segunda invasión de Epaminondas al Peloponeso (369).

Si suponemos que Meneclidas participó en la conspiración oligárquica del 364, que finalizó trágicamente con la destrucción de Orcómeno, podemos pensar que él no fue responsable al menos de algunas de estas medidas. Dos aspectos destacan por encima de todo en estos sucesos: el imperialismo y la imposición de la democracia; dos elementos que sólo podríamos encontrar en una facción democrática radical. Estos hechos dejan, pues, abierta la puerta a la existencia de una facción radical.

7.5.3. Los oligarcas filolaconios

La última facción beocia estaba formada por aquellos que, descontentos con la democracia y política tebana, habían buscado el camino del exi-

lio: los antiguos miembros de la facción de Leontíades, que escaparon de la masacre de filolaconios tras la rendición de la Cadmea, a la que se unieron los oligarcas de otras ciudades que huían a medida que Tebas iba sometiendo Beocia e instaurando la democracia. Se formó así, ya en el invierno del 370, una facción de unos doscientos hombres útiles para combatir y que se integraron en el ejército peloponesio contra los beocios; sirvieron bajo las ordenes de Polítropo de Corinto que, con 1.500 soldados, debía cooperar con Agesilao en el ataque a Arcadia hacia finales del otoño de 370. Polítropo sufrió un gran descalabro en Orcómeno frente a los mantineos y perdió doscientos hombres. En el invierno del 370/369, los exiliados beocios guarnecen el paso de la Tegeátide frente al intento de Epaminondas y los aliados de alcanzar el territorio laconio. No pudieron impedir que los argivos atravesasen el paso. Después, combatieron con los espartanos en defensa de Laconia. En el verano/principios del otoño del 369 los exiliados ocupan Febía de Sición frente a la segunda expedición de Epaminondas. La última noticia que tenemos de los exiliados data del verano del 364, cuando algunos de ellos organizan una conspiración contra la democracia tebana en colaboración con trescientos caballeros orcomenios y algunos tebanos, entre ellos Meneclidas.

La intención de los exiliados filolaconios se resumía básicamente en una vuelta al pasado. Pretendían reinstaurar el tradicional gobierno oligárquico en cada una de las ciudades de Beocia, acabar con la supremacía de Tebas y, bajo el principio de la autonomía y la libertad de todas las ciudades griegas, disolver la Confederación.

7.6. De Mantinea a la III Guerra sagrada (362-356)

Después de la batalla de Mantinea, los estados de Grecia continental, salvo Esparta, firmaron una paz general. Un año después de la paz, algunos arcadios, que habían sido incluidos en Megalópolis, quisieron dejar Megalópolis y volver a sus lugares de origen y apelaron a Mantinea y sus aliados. Un ejército beocio bajo el mando de Pamenes fue enviado en ayuda de Megalópolis. Después de su intervención, Tegea, Megalópolis y un fragmento de la Confederación arcadia siguieron manteniendo su alianza con Tebas (Dem.16.19.27-9).

Se sitúa convencionalmente en el 362, con la muerte de Epaminondas y el indeciso resultado de la batalla de Mantinea, el final de la llamada hegemonía beocia. Ciertamente, el período de grandeza había pasado, pero conviene desprendernos de la imagen de los autores antiguos que hacían de la hegemonía la obra personal de los líderes tebanos. Sin oscurecer los méritos de los estadistas tebanos, la hegemonía es fruto, también, de unas cir-

cunstancias internacionales favorables, la debilidad espartana, por ejemplo, y, sobre todo, de la historia y las fuerzas de Beocia.

A partir del 362 no se puede hablar de final sino de decadencia del poder tebano. Pero este declive es anterior a la muerte de Epaminondas y puede rastrearse desde finales del 364; luego de esta fecha, los beocios no vuelven a intervenir en Tesalia y la situación aquí no es en modo alguno pacífica: ante la falta de ayuda beocia los oponentes tesalios de Alejandro de Feras en 361/0 se volvieron hacia Atenas (Tod *GHI* nº 147, Harding nº 59); tampoco ninguna flota beocia ataca el dominio ateniense en el Egeo y, sobre todo, la Confederación arcadia se divide. La razón de esta decadencia debemos buscarla, no el muerte de los líderes tebanos, sino en la propia política de la hegemonía: las expulsiones de orcomenios y, tespieos mermaron gravemente la población y, aunque los aspectos económicos y sociales son prácticamente desconocidos, los largos años de combates y expediciones militares tensaron en exceso los recursos demográficos y financieros de Beocia.

Pero, a pesar de todo, los beocios mantuvieron algunas posiciones: Alejandro de Feras es su aliado y conservan su influencia en Grecia central y el Peloponeso. Sólo después del estallido de la III Guerra sagrada, en el 356, es cuando, a mi modo de ver, debemos fechar el final de la hegemonía.

8.

Los griegos de Occidente en el siglo IV

8.1. Introducción

Junto a la Grecia del Egeo, la Península Itálica y la isla de Sicilia, uno de los ámbitos coloniales griegos más importantes, representan, por su riqueza económica, su desarrollo político y sus logros culturales, uno de los grandes focos de atracción del siglo IV; de modo que con Esparta, Atenas y Tebas, la Grecia suritálica y siciliota, especialmente Siracusa, puede ser considerada una de las partes centrales del mundo griego hasta la ascensión de la Macedonia de Filipo.

A lo largo de su historia –la presencia griega (posmicénica) en esta zona databa de muy antiguo, desde el siglo VIII– y siempre en estrecha relación con la Grecia egea, Sicilia y la Magna Grecia mantuvieron sus peculiaridades. En primer lugar, un territorio más vasto y una mayor riqueza natural. Además, las ciudades griegas incluían dentro de su territorio comunidades indígenas o confinaban con un interior indígena más o menos independiente. Otras de las grandes características de Sicilia era la presencia de fenicios y púnicos en la

isla. En efecto, los griegos no fueron los primeros en frecuentar la zona, sino que, a pesar de las dificultades que ofrece el registro arqueológico, fueron precedidos por los fenicios que se vieron empujados por los griegos hacia el extremo oeste de la isla. Tucídides (6.2.6) sintetiza en pocas palabras varios siglos de historia de la Sicilia prepúnica:

> "Los fenicios vivían un poco por todas partes en Sicilia, tras ocupar los promontorios sobre el mar y los islotes próximos a la costa... Luego, cuando los griegos llegaron en gran número de ultramar, abandonaron la mayor parte del país y se concentraron en Motia, Solunto y Palermo, junto a los élimos, donde vivieron seguros gracias a la alianza con los propios élimos y porque esta parte de Sicilia estaba muy próxima a Cartago".

Las ciudades fenicias junto a ciudades (como Segesta) y poblaciones indígenas (élimos, sicanos) formarán, desde el siglo VI, la zona de dominio cartaginesa que los griegos llaman *epikrateia*. Por otro lado, los griegos de la Península Itálica tenían un grave problema propio: la expansión de poderosos pueblos indígenas.

Dentro de estas características propias del mundo griego en la Península Itálica y Sicilia, el siglo IV tiene una fisonomía particular marcada por la reanudación de las luchas encarnizadas entre griegos y cartagineses que se prolongarán, obviamente con intervalos de paz, hasta mediados del siglo III, cuando Roma entró en liza e impuso su dominio sobre la isla tras la primera guerra púnica; la reaparición de la tiranía en el contexto de la lucha contra Cartago, especialmente Dionisio I de Siracusa, que será la forma predominante de gobierno hasta la época romana; la constante e influyente presencia de mercenarios y la creciente amenaza bárbara que pesa sobre el sur de Italia.

8.2. La primera guerra cartaginesa y el ascenso de Dionisio

A partir de mediados del siglo VI los momentos de tensión entre cartagineses y siciliotas (griegos de Sicilia) se hacen cada vez más frecuentes hasta que desembocan en la batalla de Hímera (480) en la que Gelón, el tirano de Gela, en la costa sureste, que se había hecho años atrás con el poder en Siracusa, y Terón, tirano de Acragante, aplastaron a un imponente ejército cartaginés –el propio jefe cartaginés, Amílcar, de la poderosa familia de los magónidas, perece–. La catastrófica derrota de Hímera aleja la intervención cartaginesa en Sicilia durante más de setenta años, hasta finales del siglo V, y la *epikrateia* se ve confinada a la Sicilia occidental con Motia, Solunto y Panormo (Palermo).

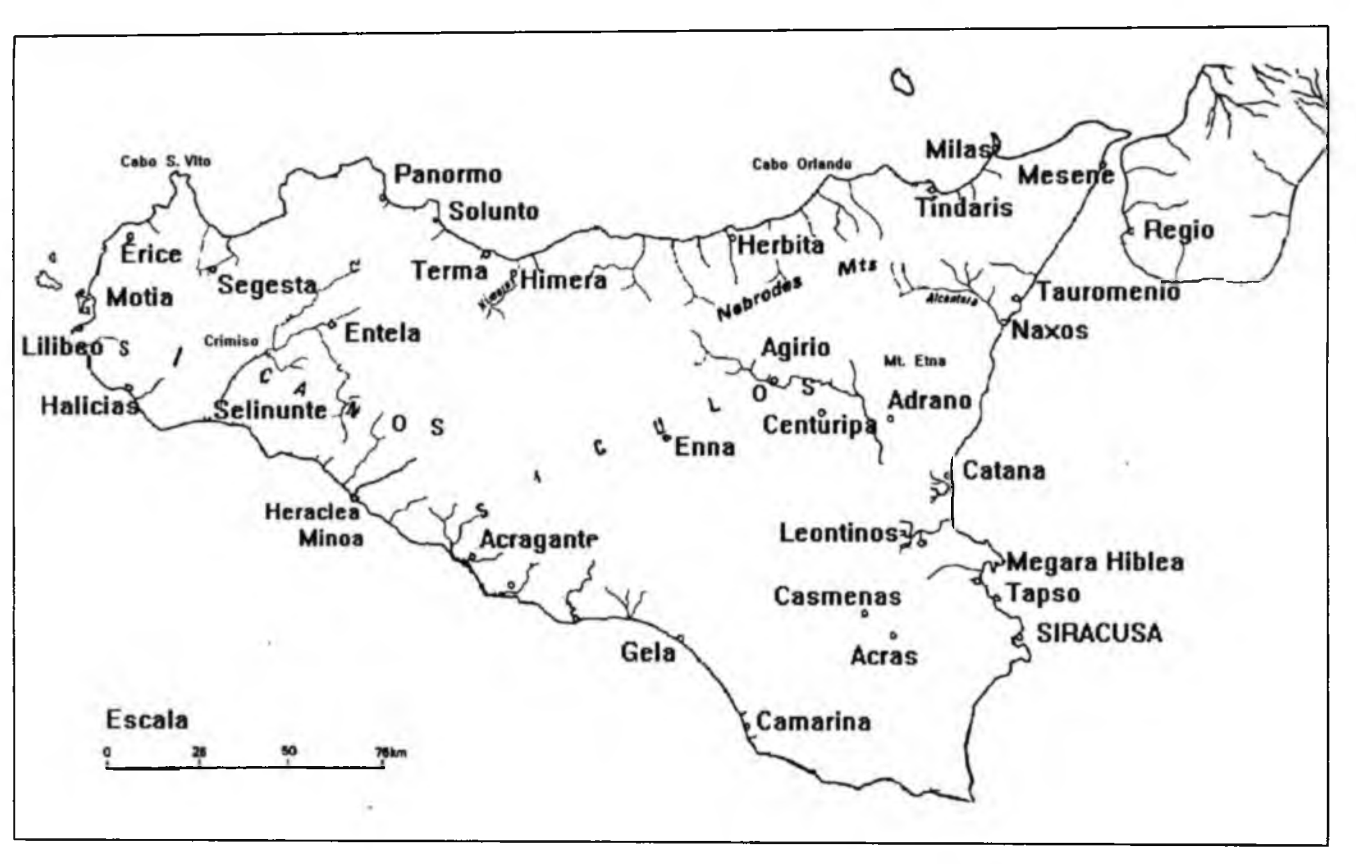


Figura 8.1. Sicilia en el siglo IV.

Fue un conflicto fronterizo entre las ciudades de Segesta (élima) y Selinunte (griega) lo que habría de provocar el inicio de las intervenciones cartaginesas en Sicilia. Para hacer frente a Selinunte, aliada de Siracusa, los de Segesta habían recurrido en el 415 a los atenienses pero la derrota de Atenas les había dejado a merced de los selinuntios. Los de Segesta abandonaron el territorio objeto de controversia pero Selinunte ocupó no sólo la zona disputada sino gran parte del territorio de Segesta. Es entonces cuando los de Segesta recurren a Cartago, en palabras de Diodoro (13.43.3) poniendo la ciudad en sus manos, es decir, haciendo cesión a Cartago de su propia soberanía lo que resultaba una ampliación de la *epikrateia*.

Cartago, que había rehusado ayudar a Segesta en el 416, decide ahora intervenir. Las razones de este cambio de actitud cartaginesa no son fáciles de esclarecer. La intervención ateniense en Sicilia (415-413) pudo convencerles de que en Sicilia podía surgir una potencia que amenazara a la propia Cartago: era mejor intervenir ahora que Siracusa acababa de salir de la guerra contra Atenas y estaba debilitada. Ciertamente, Sicilia era no sólo territorio excepcionalmente fértil y rico, sino también una posición clave entre ambas cuencas del Mediterráneo. El control de Sicilia entregaba a Cartago el dominio duradero del Mediterráneo occidental. Pero la razón última pudo estar en el predominio en el interior de Cartago, en medio de graves disensiones, de una facción intervencionista liderada por los magónidas. De hecho, Aníbal, el nieto del Amílcar muerto en Himera, fue elegido general para Sicilia.

Si las causas de la intervención son inciertas, también lo son igualmente los objetivos de Cartago. Diodoro, evidentemente favorable a los griegos, dice que los cartagineses querían someter toda Sicilia. Sin embargo, parece que Cartago se planteaba solamente consolidar la *epikrateia*, frenar la creciente influencia de los siciliotas en la parte occidental de la isla, especialmente Selinunte, y conservar la zona intermedia de los aliados élimos.

Por su parte Siracusa, que había salido agotada y empobrecida de su conflicto con Atenas, se sumerge ahora en una *stasis* interna. Durante la invasión ateniense Siracusa es indudablemente una democracia (Arist.*Pol.*1361 a33; Diodoro.11.68.6; Tuc.8.96.5, 7.55.2) con una asamblea y un colegio de quince estrategos que se reduce posteriormente a tres con plenos poderes *(autokratores)*. Al año siguiente del final de la última expedición ateniense (Diodoro.13.34.6.- 35), Diocles, aprovechando que Hermócrates, el mejor estratego siracusano y de tendencias filolaconias, estaba en el Egeo en ayuda de Esparta, persuadió al pueblo para profundizar en la democracia: el número de estrategos fue incrementado de nuevo de tres a diez y se extendió la indemnización estatal por participar en la vida política y el sorteo para proveer las magistraturas. Hermócrates, sospechoso de simpatías oligárqui-

cas, es condenado al exilio y relevado del mando. Finalmente, los siracusanos habían entrado en guerra con las ciudades jónicas de Catania y Naxos.

Mientras Aníbal reclutaba un gran ejército entre sus propios ciudadanos, en Libia y en España, los cartagineses enviaron un primer contingente como avanzada en apoyo de los de Segesta, compuesto por cinco mil jinetes libios y otros ochocientos jinetes campanios (410). Reforzados por estas tropas, los de Segesta vencieron a selinuntios.

Aníbal se hizo a la mar en la primavera del 409, ancló en el promontorio de Lilibeo y después puso sitio a Selinunte. Los selinuntios enviaron mensajeros pidiendo ayuda a Acragante, Gela y Siracusa. Acragante y Gela deciden esperar a que lleguen los siracusanos que a su vez deseaban finalizar antes su conflicto con las ciudades jónicas. Sin embargo, en nueve días, gracias a las máquinas de asedio, Aníbal conquista la ciudad y unos dieciséis mil selinuntios son masacrados, cinco mil apresados y sólo dos mil quinientos logran refugiarse en Acragante, donde se habían concentrado los griegos encabezados por tres mil hombres escogidos de Siracusa. Aníbal dejó regresar a los selinuntios supervivientes a condición de que pagaran tributo a Cartago. No sabemos si Hímera ayudó a Selinunte, pero nada podía detener ya la venganza de Aníbal que se dirige contra ella y la asedia. En ayuda de la ciudad sitiada acuden tres mil escogidos siracusanos y otros mil griegos, probablemente en su mayor parte acragantinos, al mando del estratego Diocles y apoyados por una flota de veinticinco naves. Se difunde el rumor, quizá promovido por el propio Diocles, de que la flota cartaginesa fondeada en Motia puede atacar Siracusa, que estaba desguarnecida, y Diocles decide evacuar Hímera por mar en dos etapas. Una vez que se completa la evacuación de la mitad de la población, cuando se avista la flota debía embarcar a la mitad restante, los cartagineses toman la ciudad; Aníbal arrasó la ciudad y torturó y ejecutó a tres mil prisioneros en el mismo lugar donde Gelón había dado muerte a su abuelo Amílcar (Diodoro.13.62.5).

Después de la toma de Hímera, Aníbal regresó a Cartago. Ciertamente, los cartagineses habían obtenido un éxito notable. Selinunte había sido tomada, diezmada y sometida a tributo, Hímera había sido destruida y se había consolidado la alianza de los segesteos, élimos y sicanos. El éxito de la campaña reforzó también la influencia en Cartago de los partidarios de una política de expansión.

En el lado griego, los siracusanos y el resto de los siciliotas podían no sin razón culpar a los estrategos, especialmente a Diocles, de la gravedad de la derrota. Hermócrates, todavía en el exilio, decide aprovechar este momento para regresar. En el 408 se dirige desde Mileto a Mesene, recluta dos mil mercenarios con el dinero que le había entregado Farnabazo y se presenta en Siracusa. Pero sus amigos no consiguen que los siracusanos revoquen su condena al exilio: temen que Hermócrates intente convertirse en tirano. Her-

mócrates se traslada entonces a Sicilia occidental y se establece en las ruinas de Selinunte, cuyas fortificaciones reconstruye. Desde aquí emprende acciones contra la *epikrateia*, Selinunte deja de pagar tributo a Cartago y ya con seis mil hombres saquea el territorio de Motia y mata a muchos enemigos a los que persigue hasta las mismas murallas; después arrasa el territorio de Panormo y da muerte a otros quinientos (Diodoro.13.63.3-6). Un poco más tarde ocupa Hímera, recoge las osamentas de los siracusanos caídos, que Diocles había dejado insepultos, y los conduce solemnemente a Siracusa. Con un exquisito respeto, Hermócrates espera en la frontera siracusana a que los siracusanos le llamen. Bajo el impulso de sus partidarios, el pueblo siracusano exilia a Diocles pero nuevamente rehusa el regreso Hermócrates. Como comprende que no iba a poder volver legalmente, trata de entrar por la fuerza en un golpe de mano nocturno. Hermócrates penetra en el interior de la ciudad pero el pueblo, que había sido previamente informado, se reúne en el ágora con las armas en la mano y ataca a Hermócrates y a sus partidarios que son masacrados sobre el terreno o condenados a muerte posteriormente. Sólo uno se salva, un joven al que se da por muerto: Dionisio.

En la primavera del 406, Aníbal e Himilcón al mando de un nuevo cuerpo expedicionario cartaginés se hicieron a la mar rumbo a Sicilia. Siracusa reaccionó con energía y despachó cuarenta barcos hasta Érice para tratar de evitar el desembarco cartaginés, pero los cartagineses alcanzan el territorio de Acragante, lo saquean y sitian la ciudad. Acragante era una ciudad muy rica y había reclutado mil quinientos mercenarios griegos y ochocientos campanios al mando del espartano Dexipo. Los siracusanos, otros siciliotas y aliados de Italia habían reunido un gran ejército de socorro al mando del estratego Dafneo. En total sumaban treinta mil soldados, cinco mil jinetes y treinta navíos. Contra Dafneo, Himilcón envió la mitad de sus tropas que fueron batidas al sur de Himera y perdió más de seis mil hombres. Sin embargo, mientras los siracusanos vencen en tierra, la armada griega es derrotada. Faltos del avituallamiento y del apoyo de la flota, el ejército griego se desbanda. Los italiotas (griegos de Italia) afirman que ha pasado el tiempo de la expedición y regresan a sus lugares de origen. La retirada italiota significa que Acragante no podía ser sostenida, hubo de ser evacuada y sus habitantes se refugian en Leontinos. Himilcón no impidió la retirada y ocupó la ciudad, un poco antes del solsticio de invierno, después de siete u ocho meses de sitio (406).

La toma de Acragante y la actuación poco gloriosa del ejército griego provocaron las disensiones entre los siciliotas y entre los propios siracusanos. En la asamblea que se reúne en Siracusa tras el desastre de Acragante, Dionisio, un joven oficial que se ha distinguido ante los muros de Acragante y antiguo partidario de Hermócrates, acusa a los generales de traición y de haber aceptado sobornos, especialmente a Dafneo; y a algunos ricos aristócratas de oligarcas. Dionisio consigue que se condene a los generales y que se eli-

ja un nuevo colegio más democrático del que el propio Dionisio forma parte. Después, logra que se autorice el regreso de los exiliados, una medida que se justifica por la situación de emergencia nacional, pero, en realidad, se trata de los antiguos partidarios de Hermócrates que constituirán uno de sus más firmes apoyos.

Dionisio es enviado a Gela con dos mil jinetes y ochocientos jinetes donde bajo el mando de Dexipo se trata de organizar la resistencia contra la próxima campaña cartaginesa. Gela estaba en una situación de *stasis*, dividida entre los demócratas partidarios de continuar la guerra a ultranza contra Cartago y los oligarcas de tendencia procartaginesa. Dionisio apoyó a los demócratas, obtuvo la condena de los ricos y con los fondos de las propiedades confiscadas pagó a la guarnición mercenaria y dobló la paga de los soldados.

Después Dionisio regresó a Siracusa con la promesa de volver con más soldados. En Siracusa ataca a los ricos y persuade al pueblo para que confisque sus propiedades y aumente el sueldo de los soldados, denuncia a los generales por negligencia e intentos de traición; sus partidarios insisten en la unidad de acción que había dado la victoria a Gelón en el pasado (Diodoro.13.94) y el pueblo le elige como *strategos autokrator* (general con plenos poderes). Sin embargo, sospechando sus intenciones tiránicas, le niega una guardia armada.

Luego de estos hechos, Dionisio va a Leontinos donde enrola a todos los varones por debajo de los cuarenta años. Alegando un intento de atentado contra su vida, consigue que la asamblea siracusana le conceda una guardia personal de seiscientos hombres que pronto aumenta a mil. Con esta guardia regresa a Siracusa, desposa a la hija de Hermócrates y otorga en matrimonio a su hermana al cuñado de Hermócrates, lo que aumenta su prestigio y refuerza el apoyo de los antiguos amigos de Hermócrates. Sostenido por su guardia personal y por los partidarios de Hermócrates, Dionisio triunfa. Hace que la asamblea condene a muerte a Dafneo y Demarco, sus mayores oponentes y que habían reemplazado a Hermócrates en el 410 (Tuc.8.85; Jen.*Hel.*1.1.29). Es ya un tirano.

En el curso de un invierno trepidante (406/5) Dionisio había demostrado su energía y su habilidad para imponerse en la política interna siracusana, faltaba demostrar ahora su valía en el campo de batalla y la eficacia de un mando único y de la concentración de poderes en su persona.

A comienzos del verano del 405, Himilcón levanta el campamento en Acragante y, después de arrasar la ciudad, saquea el territorio de Camarina, invade el territorio de Gela y pone sitio a esta ciudad que se defiende con coraje. Dionisio había solicitado ayuda en Italia y en toda Sicilia y contratado numerosos mercenarios. Si aceptamos las cifras bajas de Timeo, con treinta mil infantes y mil jinetes siciliotas, italiotas y mercenarios y con el apoyo de una flota de cincuenta naves trata de romper el cerco de Gela pero fracasa

por tres veces a causa sobre todo de su inferioridad numérica. Gela y Camarina deben ser evacuadas y abandonadas a los cartagineses.

Las derrotas de Dionisio provocan el descontento del ejército y la reacción de la oposición, especialmente los ricos agrupados en la caballería. Durante la retirada intentan asesinar a Dionisio pero la guardia mercenaria se lo impide, luego se adelantan a Siracusa, asaltan y saquean la casa de Dionisio y ultrajan a su mujer que se suicida (Diodoro.13.112.4; Plut.*Dión*.3.2). Dionisio reacciona con energía, con jinetes que le son fieles y seiscientos infantes escogidos entra en Siracusa y hace gran matanza de sus adversarios; los que sobreviven, algunos jinetes, se retiran en la vecina fortaleza de Etna. A la mañana siguiente llega el grueso del ejército pero los de Gela y Camarina, enfurecidos, ya que se creían traicionados por los siracusanos, se retiran a Leontinos.

A partir de aquí hay una laguna en nuestra fuente única, Diodoro, y los hechos sólo pueden reconstruirse de una manera conjetural. Himilcón debió dirigirse contra la propia Siracusa y asediarla, quizás una peste, sospechosamente frecuente, se desató en el campo cartaginés y posiblemente hubo contraataques victoriosos de Dionisio. Con un ejército debilitado y desmoralizado, los siracusanos recobrándose y ante la perspectiva de un asedio en pleno invierno, Himilcón decidió negociar una paz que para Dionisio suponía también un gran alivio.

La paz del 405 consagraba los éxitos púnicos y llevaba el poder cartaginés en la isla a su punto más alto: toda la Sicilia occidental quedaba bajo la dominación directa de Cartago; los habitantes de las *poleis* griegas conquistadas, Selinunte, Acragante, Hímera, Gela y Camarina podían regresar y cultivar su territorio pero no podrían reconstruir sus murallas y deberían pagar tributo a Cartago; Leontinos, Mesene, Catania, Naxos y todas las ciudades sículas serían autónomas lo que significaba que escapaban de la dominación siracusana.

Según Diodoro (13.114.1) en el tratado de paz se incluía expresamente que los siracusanos quedarían sometidos a Dionisio. Esta cláusula beneficiaba a Dionisio y atendía a su necesidad más urgente que no era proseguir la guerra contra Cartago, sino consolidar su tiranía, pero daba también a Cartago la posibilidad de intervenir en la política interna cartaginesa si Dionisio era derrocado.

8.3. La consolidación de la tiranía de Dionisio

La paz con Cartago concede a Dionisio la posibilidad de consolidar la tiranía. Junto a la ciudad de Siracusa, separada por una estrecha lengua de mar, estaba la isla de Ortigia. Dionisio la separa del resto de la ciudad y la

fortifica con una extensa muralla con torres a intervalos. Construye aquí una acrópolis y diques conectados con el pequeño puerto de Lacio, capaz de acomodar sesenta trirremes y cuya entrada era tan estrecha que sólo puede pasar un barco cada vez. En Ortigia, Dionisio edifica su palacio y nadie es autorizado a entrar sino son sus guardias, amigos y partidarios. La fortificación de Ortigia la convierte en inexpugnable y en el mayor refugio del tirano: estaba evidentemente destinada a proteger al tirano contra sus propios conciudadanos.

Dionisio confiscó las propiedades de sus enemigos, los más opulentos de los siracusanos. Parte fueron a engrosar su fortuna personal, otras, las mejores y más ricas, las distribuye entre sus partidarios que además copan todas las magistraturas. El resto lo divide en partes iguales y lo reparte entre los ciudadanos y extranjeros, mercenarios, y esclavos y población dependiente (los cilirios) que son manumitidos. Los extranjeros, mercenarios y esclavos liberados son admitidos como nuevos ciudadanos (neopolitas). Con estos nuevos ciudadanos, Dionisio logra la mayoría en la asamblea siracusana y constituyen una base firme del régimen pues se arriesgan a que la caída de la tiranía les haga perder estas ventajas y regresar a su condición anterior.

En el 404/403, Dionisio se considera lo suficientemente fuerte para tratar de restaurar el dominio de Siracusa. Asedia la ciudad sícula de Herbeso, lo que implicaba la violación del tratado de paz firmado con Cartago. Es un error: una buena parte de los siracusanos se sublevan, apoyados por los jinetes del Etna y también por los mesenios y los de Regio. Dionisio vuelve precipitadamente a Ortigia y abre negociaciones con los rebeldes. Mera estratagema para ganar tiempo: mientras negocia un acuerdo con sus oponentes, recluta mercenarios en Campania. Con los mercenarios ataca a sus enemigos y los vence. Por fin, Dionisio se muestra clemente, los que han huido pueden regresar y Dionisio no tomará represalias. Con la fortificación de Ortigia, sus mercenarios y partidarios y el apoyo mayoritario de un demo profundamente transformado, los siracusanos han comprendido que el poder de Dionisio es sólido y su tiranía está definitivamente consolidada.

8.4. La segunda guerra cartaginesa

8.4.1. La infracción del tratado de paz y la preparación del conflicto

Si en la primera guerra Cartago fue la potencia agresora, el segundo enfrentamiento estuvo provocado por Dionisio que deseaba ampliar su poder en la Sicilia oriental y consolidar la tiranía con éxitos exteriores.

Ya el asedio de Herbeso había supuesto una violación del tratado de paz firmado con Cartago. Entre el 403 y el 400, Dionisio toma Entela, donde asien-

ta a mercenarios campanios, conquista Etna y después ocupa Ena. Más tarde conquista Catania y Naxos, sus habitantes son vendidos como esclavos y concede el territorio de Naxos a sus vecinos sículos y Catania a los campanios. Tras arrasar su territorio, Leontinos prefiere someterse y la población es trasladada a Siracusa donde se les concederá más tarde la ciudadanía. Poco después, concluye una alianza con los herbiteos y funda en el monte Etna la ciudad de Adrano con la finalidad de proteger a Siracusa.

Las dos ciudades del Istmo de Mesenia, Mesene y Regio, que habían apoyado a los enemigos de Dionisio desde el 403, atacan al tirano posiblemente en el 399. Pero los partidarios de Dionisio, especialmente el mesenio Laomedonte, convencen a los mesenios de hacer la paz y renunciar a una agresión injustificada y muy peligrosa. Ello obliga también a Regio a firmar la paz. Mesene entra en la órbita de Dionisio y Regio queda aislada. Dionisio intenta ahora la vía diplomática y solicita una esposa a los de Regio pero la asamblea regiana rechaza la pretensión de Dionisio y la ciudad permanece hostil. Dionisio establece una alianza con Locris y desposa solemnemente a una noble locria, Dóride. Al mismo tiempo se casa con una aristócrata siracusana, Aristómaca. La bigamia es una prueba de que el tirano se coloca por encima de las leyes y de los ciudadanos.

Así, en vísperas de una nueva guerra contra Cartago, Dionisio domina toda la Sicilia oriental, ha extendido su control al estrecho de Mesina y con Locris ha puesto un pie en la Península Itálica. Pero Dionisio no se engaña sobre el futuro. Sabe que Cartago intervendrá para obligarle a respetar los términos del tratado del 405, en particular la autonomía de las ciudades de Sicilia oriental, y se prepara para un conflicto de gran envergadura.

Los preparativos emprendidos por Dionisio pueden considerarse modélicos. Refuerza las defensas de Siracusa y fortifica la meseta de las Epípolas para cuya construcción moviliza sesenta mil campesinos y seis mil pares de bueyes. Ofrece altos salarios a los obreros venidos de todas partes para la contratación de técnicos en la fabricación de armamentos. Así, poco después, reúne a gran número de herreros y otros artesanos que fabriquen las variadas armas que necesitaba. Siracusa se convierte en un gigantesco arsenal donde se acumulan armas, armaduras, escudos y especialmente máquinas de guerra. Diodoro (14.42.1) afirma expresamente que la catapulta, de torsión para el lanzamiento de flechas, se inventa y construye ahora por primera vez en Siracusa (399). Con madera del Etna y de Italia alista una gran flota compuesta por trescientos diez barcos de guerra entre los cuales, junto a las trirremes, figuran cuatrirremes y quinquerremes, un tipo de naves que, según Diodoro (14.40.3), Dionisio fue también el primero en construir. Una vez que han concluido estos preparativos, en el otoño del 398, Dionisio recluta un gran ejército compuesto en dos mitades aproximadamente iguales por ciudadanos y mercenarios, entre estos últimos figuran *hypomeiones*

espartanos. Ahora está preparado para enfrentarse contra la potencia cartaginesa.

Finalmente, Dionisio enarbola la bandera panhelénica, aprovechando el descontento de los griegos hacia la opresiva dominación cartaginesa: frente a una Cartago que es considerada la potencia más hostil a los griegos de Sicilia a los que esclaviza, Dionisio se presenta como el jefe de una cruzada panhelénica que promete expulsar a los cartagineses de la isla y a los siracusanos restaurar su tradicional predominio entre los siciliotas.

8.4.2. La guerra contra Cartago (397-392)

La segunda guerra cartaginesa, la mejor conocida de cuantas librara Dionisio, puede ser considerada como un paradigma de la terrible dureza de los enfrentamientos entre Cartago y los griegos de Sicilia.

En el 397, Dionisio está preparado para enfrentarse con la potencia cartaginesa. Concluidos los preparativos, Dionisio convoca la asamblea siracusana para votar la guerra contra Cartago. Ha llegado el momento de aprovechar la debilidad momentánea de Cartago, ocupada en sofocar una revuelta en Libia y diezmada por la peste. Los siracusanos votaron la guerra con entusiasmo, muchos de ellos esperaban utilizar sus armas contra el tirano.

Cartago no estaba preparada y evidentemente no había, salvo alguna guarnición, ningún ejército cartaginés en la isla. En el 397, Dionisio atraviesa toda Sicilia y pone sitio a Motia, una isla fortificada que era la principal base militar de los cartagineses en Sicilia. Camarina, Gela, Acragante, Selinunte e Hímera se le unieron. El ejército del tirano era imponente: ochenta mil infantes, tres mil jinetes, máquinas de asedio de todas clases y casi doscientos barcos de guerra y quinientas naves mercantes al mando de Leptines, su hermano y almirante.

Ante el avance del ejército de Dionisio, los sicanos, élimos y ericinos se pasan a su lado y sólo cinco ciudades permanecen fieles a los cartagineses: Halicias, Segesta, Solunto, Panormo y Entela. Dionisio saquea los territorios de Solunto, Panormo y Halicias y asedia Segesta y Entela.

Cartago comienza a reaccionar, Himilcón, con tan sólo diez barcos, intenta una maniobra de diversión y ataca el puerto de Siracusa, pronto la flota cartaginesa se refuerza y alcanza las cien unidades. Los cartagineses están reclutando también un ejército mercenario en Libia y España. Mientras tanto, después de duros y enconados combates, Dionisio ocupa Motia, la saquea y arrasa completamente. Llevando a la práctica la propaganda panhelénica, crucifica como traidores a los mercenarios griegos y a su jefe Demenes que habían luchado en el lado púnico. En Motia se establece una guarnición siciliota al mando de Bitón de Siracusa. Como el verano llegaba a su fin, Dioni-

sio regresó a Siracusa y dejó a Leptines con ciento veinte naves para que trate de evitar el desembarco cartaginés y a Arquilo de Turios al frente de los sitios de Segesta y Entela.

A comienzos de la primavera del 396 Dionisio se dirigió nuevamente contra la *epikrateia* cartaginesa, Halicias firma una alianza con Dionisio y el tirano estrecha el sitio de Segesta. Ciertamente, Dionisio había conseguido en poco más de un año un éxito notable y la *epikrateia* cartaginesa había quedado reducida drásticamente pero, con los ingentes preparativos realizados, es posible que pensara ocupar todas las bases púnicas antes de que Cartago pudiera enviar un ejército. Sin embargo, el largo sitio de Motia había frenado el impulso inicial y frustrado sus planes. Ahora debía hacer frente a un poderoso ejército cartaginés.

A pesar de la oposición de Leptines, Himilcón logra desembarcar en Panormo en el verano; si aceptamos las cifras bajas de Timeo, disponía entonces de cien mil hombres y aún reclutó otros treinta mil en Sicilia (Éforo habla de trescientos mil soldados). Himilcón toma Érice y, mientras Dionisio sigue sitiando Segesta, reconquista Motia. Tras la toma de Motia, los cartagineses construyen o reconstruyen Lilibeo que estaba llamada a substituir a Motia. Tras esto, la mayor parte de los sicanos y los haliceos se pasan de nuevo a los cartagineses y Dionisio, evitando una batalla campal, quizás se encontraba también escaso de dinero, se retira a Siracusa donde ha tomado numerosas disposiciones para resistir.

La retirada de Dionisio ha dejado abierto todo el norte de la isla a los cartagineses. Así, en pocas semanas la guerra se traslada del oeste al este de Sicilia. Himilcón se dirige ahora contra Mesene, sobre la marcha, consigue la amistad de Hímera y de los habitantes del fuerte Cefaledio y ocupa Lípara. Después toma Mesene y la arrasa totalmente. Mesene puede acomodar a la flota cartaginesa y además impide que le lleguen fácilmente a Dionisio refuerzos de la Península Itálica. Después de la conquista de Mesene, los sículos, salvo los asorinos, se pasan al lado cartaginés. Siracusa era el próximo objetivo cartaginés.

En la ciudad, Dionisio toma medidas de extrema urgencia. Libera a gran número de esclavos y completa con ellos sesenta barcos, enrola nuevos mercenarios, entre ellos dos mil lacedemonios, y trata de fortificar la parte oriental de la isla para frenar el avance cartaginés. Fortifica Leontinos, los campanios de Catania se retiran a la fortaleza del Etna y Dionisio acampa a unos ciento sesenta estadios de Siracusa (poco más de 20 km), en el Tauro, con treinta mil infantes, tres mil jinetes y ciento ochenta naves de las que sólo unas pocas son trirremes. Su poder, en comparación con la movilización del 397, se había reducido dramáticamente.

Dejando Mesene, Himilcón avanza hacia Siracusa, flanqueado por la flota al mando de Magón. Los cartagineses aplastan a los griegos que pierden

veinte mil hombres y cien navíos y ocupan Catania. En este momento Dionisio envía a Polixeno, su cuñado, a Italia, Esparta y Corinto solicitando ayuda. Ahora el ejército y la flota cartaginesas convergen hacia Siracusa que comienza a ser asediada.

En el lado siracusano, Polixeno regresa con treinta barcos al mando del espartano Fárax, posiblemente el propio navarco lacedemonio, pero la moral debía ser baja y las derrotas alientan la oposición en Siracusa. Dionisio convoca la asamblea para animar a los siracusanos a continuar la guerra pero en ella se expresa con claridad la oposición encabezada aparentemente por Teodoro muy influyente entre la caballería. El largo discurso de Teodoro (Diodoro.14.65-69) ante la asamblea refleja bastante bien el descontento siracusano del 396 y recoge lo que podría llamarse el programa político de los enemigos de Dionisio. En primer lugar se debía poner fin a la guerra contra Cartago que no es más que una excusa de Dionisio para mantenerse en el poder. En los enfrentamientos con los cartagineses, Dionisio no puede compararse con Gelón, no ha destacado precisamente como general y es a menudo derrotado y sus sacrilegios provocan que los dioses retiren su favor a los siracusanos. Gela y Camarina están sometidas, Mesene en ruinas, veinte mil hombres acaban de perecer en batalla y ha vendido como esclavos a los naxios. El tirano es un dueño más duro que los cartagineses: Cartago se contenta con recibir tributo y deja a las ciudades su autonomía, mientras que Dionisio tirano ha saqueado los templos, ha dado muerte a muchos ciudadanos y confiscado sus propiedades y con multitud de mercenarios esclaviza a los siracusanos; por todo ello, Dionisio debe ser derribado y Siracusa debe recuperar la libertad que había disfrutado en el pasado. Los opositores trataron de utilizar a Fárax para que derrocara a Dionisio pero éste responde que sus órdenes son combatir a los cartagineses y no derribar a Dionisio, que era además aliado de los lacedemonios. Dionisio disuelve la asamblea y con regalos trata de ganarse al pueblo.

Mientras tanto Himilcón ocupa el suburbio de Acradina, destruye varias sepulturas siracusanas, en particular la tumba de Gelón y Demareta, y saquea el templo de Démeter y Core. Diodoro (14.63.1) afirma que el ejército cartaginés sufre una nueva peste pero en los autores griegos las epidemias son sospechosamente habituales en el bando cartaginés: no sólo como bárbaros sino también por su impiedad sufren el castigo de los dioses. En realidad, el ejército cartaginés se agotaba frente a los muros de una Siracusa prácticamente inexpugnable y Dionisio por tierra y Fárax y Leptines por mar atacan a los cartagineses. Según Diodoro (14.75.1), derrotado por tierra y por mar, Himilcón entró en negociaciones secretas con Dionisio que estuvo de acuerdo en que se retirara el ejército enemigo sin hostigarle pero sólo los ciudadanos cartagineses. Al amparo de la noche, Himilcón huye con sus propios ciudadanos y los pueblos sicilianos que le acompañaban regresan a sus lugares de origen,

abandonados sobre el campo, Dionisio apresa a cuantos mercenarios de los cartagineses puede –especialmente africanos– y los vende como esclavos y excepto algunos contingentes de íberos a los que enrola. Himilcón regresa a Cartago donde le espera un mal recibimiento y acaba suicidándose.

Ocupada en suprimir una nueva revuelta en Libia, Cartago abandona durante tres años Sicilia, tiempo que Dionisio aprovecha para recuperarse. Estaciona diez mil mercenarios en Leontinos y recluta otros, repuebla Mesene, funda Tíndaris, establece también mercenarios en Abacena, anexiona su territorio y se atrae varias ciudades y pueblos sículos. Pero su poder es menor que en el 397: Regio y Tauromenio (Taormina, una ciudad sícula) resisten, Mesene y Acragante expulsan a los partidarios del tirano y denuncian la alianza con Dionisio y el tirano cuenta tan sólo con un ejército de veinte mil hombres entre mercenarios y siracusanos.

En el 393, los cartagineses reemprenden las operaciones en Sicilia bajo el mando de Magón pero son derrotados y pactan una tregua por un año. En el invierno, los cartagineses reclutan un gran ejército en Libia, Cerdeña y los pueblos no griegos de Italia y, con ochenta mil hombres, Magón regresa de nuevo a Sicilia. Dionisio sólo tiene veinte mil hombres. Prudentemente, Dionisio rehuye el combate y Magón se aventura en una campaña en la Sicilia interior; pronto, falto de abastecimiento, se ve en graves dificultades y para evitar el desastre debe negociar la paz.

A decir de Diodoro (14.96.3) el tratado de paz del 392 reafirma las condiciones acordadas en el 405 pero debe ser un error: por el acuerdo del 392 los sículos con Taormina quedan sometidos a Dionisio y parece que la mayor parte de las ciudades siciliotas cesan de pagar tributo y de depender de Cartago. Dionisio ha mejorado sus posiciones pero a un precio muy elevado. Inmediatamente después de concluir el tratado con Magón, Dionisio ocupó Taormina, exilió a la mayor parte de la población y estableció en la ciudad a mercenarios escogidos. Durante una década la paz entre Siracusa y Cartago se mantiene.

8.5. Dionisio contra la Liga italiota

Liberado de la guerra contra Cartago, Dionisio puede consagrar sus esfuerzos a la sumisión completa del lado peninsular del estrecho de Mesina. La región contaba con excelentes recursos que podían atraer a Dionisio: el grano, la madera para la construcción naval, su numerosa población y especialmente el tráfico comercial en el estrecho de Mesina. La situación era propicia para Dionisio. Desde la última parte del siglo V, la vida de las ricas y prósperas ciudades italiotas se torna precaria a causa de los movimientos de los pueblos itálicos que bajan de las montañas y presionan para asentarse en las llanuras costeras como

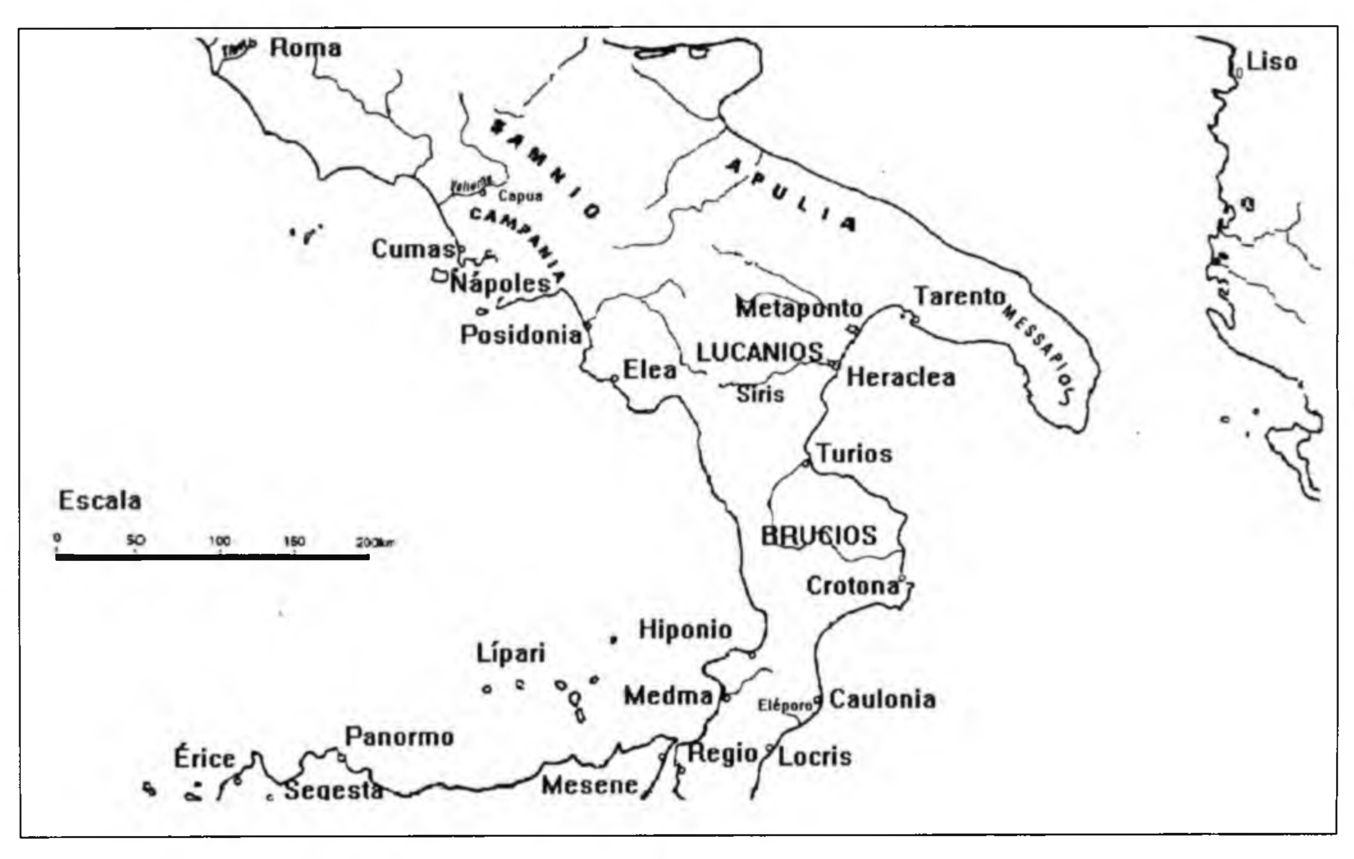


Figura 8.2.. El sur de Italia en el siglo IV.

los lucanios o los samnitas. En Campania, todas las ciudades griegas sucumbieron ante los campanios y los samnitas, estos últimos ocupan, por ejemplo, Cumas en el 421. En Calabria, los lucanios hostigan a Turios en el 433 y a finales de siglo se apoderan de Posidonia, avanzan hacia el sur en dirección al mar Jónico y sostienen duros enfrentamientos con Turios, Hiponio, Locris y Tarento. Así, en el 390, los pueblos itálicos controlan toda la costa del Tirreno de Nápoles hasta el estrecho de Mesina excepto Hiponio, Regio y la propia Nápoles. En la Apulia, los mesapios y los yapigios amenazan igualmente a Tarento.

Al mismo tiempo que se produce el movimiento de expansión, los pueblos itálicos atraviesan por un proceso de consolidación institucional: crean ahora confederaciones tribales que les permiten coordinar mejor sus acciones exteriores y les hace aún más peligrosos. Así, en Campania, los oscos forman una federación con centro en Capua, al menos desde el 438-437 y del mismo modo parecen haber obrado campanios y lucanios. La Confederación samnita está atestiguada desde mediados del siglo IV pero posiblemente pueda datar incluso de la centuria anterior. En torno a mediados del siglo IV, los brucios formarán también su propia federación tribal.

En esta zona Dionisio cuenta con Mesene, recién repoblada, y con la alianza de Locris Epicefiria pero con la oposición acérrima de Regio. Ante la doble amenaza de los pueblos itálicos y de Dionisio, los italiotas forman una Liga con un sinedrio, bajo la hegemonía de Crotona, de la que forman parte las principales ciudades salvo Locris (Crotona, Turios, Heraclea, Metaponto, Elea, Caulonia, Regio, etc.).

Por su parte Dionisio, además de la amistad de Locris consigue la alianza de los lucanios. En el 390, Dionisio ataca Regio con veinte mil infantes, mil jinetes y ciento veinte barcos. La Liga italiota despacha en ayuda de Regio sesenta naves desde Crotona pero, a su vez, los lucanios atacan Turios. Los de Turios, ante la amenaza lucania, enviaron mensajeros a las demás ciudades italiotas pero, sin esperarles, salen en masa con catorce mil infantes y mil jinetes. Los lucanios, que disponen de treinta mil infantes y no menos de mil jinetes, cercan a los de Turios en campo abierto. Es entonces cuando se aproxima la flota siracusana que apoyaba a los lucanios y que podía rematar a los italiotas, pero Leptines compra la retirada de los griegos. Descontentos con la actuación siracusana, los lucanios firman la paz con Turios. Dionisio no aprecia este repentino ataque de filhelenismo que le priva de la alianza lucania, destituye a Leptines y nombra a su otro hermano, Tearides, almirante de la flota.

Al año siguiente (389), Dionisio pasó a Italia con veinte mil infantes y tres mil jinetes y puso sitio a Caulonia. En Crotona, donde se habían refugiado el mayor número de los exiliados siracusanos liderados por Heloris, los crotoniatas eligieron como general al propio Heloris. El flamante general reúne, entre italiotas y los exiliados, veinte mil infantes y dos mil jinetes, y sale a enfrentarse con Dionisio pero es derrotado en el río Eléporo. Heloris fue muer-

to, una buena parte de los italiotas se dieron a la fuga pero diez mil hombres quedaron cercados sin agua en una colina y se rindieron a la discreción de Dionisio. Dionisio se inclina a ser indulgente y libera, en un acto fríamente calculado para aumentar su popularidad, a los prisioneros sin exigir rescate, la mejor acción de su vida dice Diodoro. En realidad, no era necesario tampoco extremar el rigor: la victoria de Eléporo había sido decisiva. Las ciudades italiotas se ven obligadas a concluir la paz con Dionisio y, aunque quedan independientes, deben disolver la liga. Regio debe firmar la paz por separado, paga una indemnización de guerra de trescientos talentos, entrega todas sus naves, unas setenta, y otorga cien rehenes como garantía. La disolución de la liga y la paz con los italiotas deja las manos libres a Dionisio para consolidar su poder en Calabria. Toma Caulonia, la ciudad es arrasada y su territorio dado a los locros y sus habitantes son trasladados a Siracusa a los que se les concede la ciudadanía y la exención de tasas durante cinco años. En el año siguiente, toma Hiponio (388), lleva a sus habitantes a Siracusa, arrasa la ciudad y entrega su territorio a Locris y asedia también Regio que había vuelto a enfrentarse con Dionisio. Reducida al extremo, Regio se rinde tras once meses (387). Buscando entre pilas de cadáveres, Dionisio apresó a seis mil supervivientes y los envió a Siracusa, rescató a todo aquel que pudiera pagar una mina de plata y vende al resto como esclavos.

Dionisio controla ahora el estrecho de Mesina y una buena parte de Calabria quizás hasta las inmediaciones de Terina, una ciudad de la costa oeste de la Península brucia, quizás fundada por Crotona. Construye un muro del mar tirrénico al jónico para proteger su dominio italiano donde Locris, con su territorio agrandado, es la capital.

8.6. La política de Dionisio en el Adriático

Después de la toma de Regio, Dionisio intervino en el Adriático, una zona que el tirano consideraba básica desde el punto de vista político y económico. Con el control del Adriático, Dionisio puede sostener su influencia en el Épiro y de hecho envía tropas y armas a su amigo Alcetas para ayudarle en su restauración como rey de los molosos (385/384). Como potencia comercial, Siracusa no podía tolerar la piratería iliria que se había recrudecido, y Dionisio puede relacionarse con los galos, que pueden, al propio tiempo, presionar a los etruscos, y reclutar mercenarios entre ellos y con el dominio del canal de Otranto, puede recoger impuestos de todas las mercancías que circulan por el Adriático, especialmente el grano, la madera, el estaño y el ámbar y desviar hacia Siracusa este comercio.

Algún tiempo antes del final de la lucha en Italia, Dionisio había fundado Liso (Lesh en la boca del Drin) donde se estaciona una guarnición y un epar-

co (gobernador) y que será la base fundamental de la política adriática. En el 385, vence a los piratas ilirios y concluye una alianza con ellos por la que se reserva el monopolio de la piratería. En este mismo año colabora con los parios en la fundación de una colonia en la isla de Faro (Hvar, Dalmacia). Al año siguiente cuando los parios se hallan enfrentados con los habitantes bárbaros de la isla, el gobernador de Dionisio en Liso acude en su ayuda. Instala posiblemente en Isa (los manuscritos son dudosos, posiblemente Vis a 320 km al noroeste de Liso) a antiguos mercenarios. La fundación de Isa obedece al interés en los metales adriáticos. Ayuda también a los cnidios a consolidar su colonia en Corcira Negra. En el lado occidental del Adriático funda Adria, en el delta del Po, y Ancona, puntos esenciales en el comercio de grano y en la ruta naval principal –que seguía la costa itálica, no la iliria–.

Posiblemente, Dionisio concertó también con los galos una acción contra los etruscos. Aunque los galos son derrotados, en el 384/3, la flota siracusana realiza una atrevida incursión en el Tirreno en el área etrusca, saquea Pirgo, el puerto de Agila (Caere en la Etruria meridional), y su santuario de Leucotea que rinde un botín de no menos de mil quinientos talentos; los de Agila vienen contra él, les derrota y con la venta de los prisioneros obtiene otros quinientos talentos.

Igualmente en el Tirreno ocupa las islas Lípari, antigua posesión de Regio, y sabemos que durante un tiempo posee una plaza fuerte en Córcega; si acarició la idea de establecer puntos de apoyo en Cerdeña y la isla de Elba, tales proyectos no se realizaron jamás.

8.7. La tercera y cuarta guerras cartaginesas

8.7.1. El nuevo conflicto con Cartago (383/373)

El botín etrusco permite a Dionisio reanudar la guerra contra los cartagineses. Aunque Cartago miraba con preocupación la expansión de Dionisio en la Península Itálica, el Adriático y el Tirreno, parece que la agresión partió de Dionisio que trataba de atraerse a varias ciudades sicanas. Cuando varias ciudades sicanas se pasaron a Dionisio, los cartagineses denuncian el tratado de paz y estalla una guerra que se extiende probablemente durante ocho años y que es muy mal conocida a causa del deficiente relato de Diodoro.

Cartago recluta un ejército en el que figuraban ciudadanos y mercenarios al mando de Magón y firma una alianza con las ciudades italiotas que quedaban independientes. La estrategia cartaginesa obliga a Dionisio a combatir en dos frentes. En Italia, un ejército cartaginés restaura Hiponio en la costa oeste del Brucio, pero la situación en conjunto parece haber evolucio-

nado favorablemente para Dionisio. En el 379, somete Crotona y Metaponto y por estas fechas cuenta al menos con la alianza de Heraclea y Tarento. En Sicilia después de varios enfrentamientos, Dionisio gana una batalla en Cabala, un sitio desconocido, en la que perecen Magón y diez mil hombres y captura a otros cinco mil. La derrota obliga a los cartagineses a solicitar la paz pero las condiciones que exige Dionisio, el abandono de Sicilia y el pago del coste de la guerra, son inaceptables.

Con la guerra reanudada, Dionisio sufre una grave derrota en Cronión, de localización también incierta: los cartagineses no dieron cuartel y dieron muerte a Leptines y a catorce mil hombres. Es ahora Dionisio el que abre negociaciones con Cartago. Posiblemente en el 373, los cartagineses y Dionisio firman una nueva paz sobre la base de lo que cada uno poseía en ese momento, lo que venía a significar que la *epikrateia* cartaginesa se ampliaba, Selinunte volvía al dominio púnico y también Terma y Acragante y parte de su territorio; la frontera entre los cartagineses y Dionisio se fijaba en el río Halico, en medio del territorio de Acragante (Diodoro.15.17.3), Dionisio conservaba Crotona pero debía indemnizar con mil talentos a Cartago.

8.7.2. La cuarta guerra cartaginesa

En el 368, después de más de una década de paz que nos es absolutamente desconocida, aprovechando las dificultades cartaginesas, una epidemia y una insurrección en Libia, Dionisio invade la *epikrateia* con treinta mil infantes, tres mil jinetes y trescientas naves: gana Selinunte, Entela y Erice, saquea todo el dominio cartaginés y asedia Lilibeo. Sin embargo, fracasa ante Lilibeo, mientras una flota cartaginesa captura en Drépano ciento treinta trirremes siracusanas. La vigorosa contraofensiva cartaginesa le obliga a concluir una tregua en el invierno del 368/367 sobre la base de que cada uno poseería sus ciudades respectivas. En la primavera del 367 muere Dionisio.

Fiel a sí mismo, a su muerte, Dionisio está en guerra con Cartago. Sobre el posterior desarrollo de los combates en época de Dionisio II nada sabemos. Diodoro sitúa el final de la guerra en el 359/8 pero quizás el tratado de paz se firmara en el 362, un acuerdo cuyo contenido desconocemos.

8.8. Las bases de la tiranía de Dionisio

Los decretos atenienses llaman a Dionisio arconte de Sicilia; se trata de un simple eufemismo, no era posible a un aliado darle el nombre de tirano, pero lo cierto es que no sabemos qué título oficial tenía en Siracusa. Posi-

blemente retenía el cargo de *strategos autokrator* que le concediera la asamblea en el 406/5 y que quizás se había hecho conferir de forma vitalicia, mejor que recurrir al procedimiento más complejo de una renovación año tras año. Esta magistratura daría una cierta base legal a su tiranía.

Como los tiranos de la época arcaica, Dionisio conservó las instituciones del estado siracusano, subsisten las magistraturas, como el navarco o almirante de la flota, la asamblea es convocada y decide sobre determinados asuntos como la declaración de guerra y se acuña moneda en nombre del estado siracusano y no en el suyo propio; pero es una mera apariencia formal: Dionisio es un tirano, dueño único y absoluto del poder. Es comandante supremo del ejército y dirige toda la política exterior, decreta y recauda impuestos, nombra y depone magistrados como al navarco y la asamblea se limita a aprobar las medidas que el tirano propone, que posee evidentemente poderes probuléuticos, o a ratificar los hechos consumados.

Dionisio se rodea de mercenarios bárbaros y griegos (celtas, íberos, campanios, peloponesios) a una escala sin precedentes en la tiranía arcaica y que constituyen la base real y última de su poder. Parte de los mercenarios son contratados de manera permanente, los mejores y más fieles guarnecen Ortigia, otros se hallan estacionados en diferentes ciudades y otra parte se recluta en los momentos de guerra. Dionisio recurrió a pagar a los mercenarios con lotes de tierra, a muchos de ellos los asentó en colonias especiales como Catania, Entela, Leontinos y Tauromenio.

El tirano reside en la isla de Ortigia, una fortaleza que le protege de sus propios ciudadanos, unida a Siracusa mediante un dique sobre el que se elevaba un gran muro flanqueado por dos bastiones. Dotada también de un puerto inexpugnable, aquí se alzaba la acrópolis y el palacio del tirano.

Dionisio se apoyaba también en un buen número de partidarios, especialmente miembros de su familia con los que llenaba las magistraturas. Hiparino, uno de los principales partidarios de los primeros días, murió pronto. Su hija Aristómaca era la esposa de Dionisio y Dión, el hermano de Aristómaca, era un miembro muy influyente del círculo de Dionisio. Heloris, el padre adoptivo del tirano, fue un enemigo irreconciliable en el exilio y lideró la facción de los exiliados en el sur de Italia. Filisto mandó durante largo tiempo la fortaleza de Ortigia. Leptines, hermano de Dionisio, ejerció como almirante desde el 397 hasta su dimisión en el 390. Su cuñado Polixeno, hermano de la esposa de Hermócrates, y su otro hermano Tearidas sirvieron igualmente en misiones diplomáticas y como comandantes militares. El despotismo, las familias y facciones y las intrigas ambientan una verdadera corte "oriental" a la manera de los futuros monarcas helenísticos y, de hecho, varios de sus principales colaboradores sufrieron la caída en desgracia y tuvieron que exiliarse, como Polixeno, Filisto y Leptines. Leptines volvió después y se le dio la hija de Dionisio en matrimonio. Filisto no regresó en vida de Dionisio. Los últimos años

se hallan marcados por el equilibrio y la tensión entre las dos familias: la de Dionisio II y la de Dión.

Como los tiranos arcaicos, Dionisio fue un tirano populista, atacó a la aristocracia, muchos fueron ejecutados o desterrados y confiscó sus propiedades, algunas de las cuales distribuye entre las clases desfavorecidas. Introdujo gran número de individuos en el cuerpo ciudadano, casi todos no griegos, mercenarios, poblaciones dependientes, indígenas e incluso esclavos a los que él mismo liberó. Estos nuevos ciudadanos *(neopolitai)* transformaron profundamente el tronco cívico siracusano y dieron a Dionisio la mayoría de la asamblea.

Tirano militar, Dionisio fortificó Siracusa desde el 401, especialmente la meseta de las Epípolas, a la que hizo prácticamente inexpugnable. Gracias al apoyo mayoritario del pueblo siracusano y la contratación masiva de mercenarios dispuso de un ejército fiel y en gran medida profesional: incluyó un cuerpo de oficiales profesionales llamados frurarcas y se dotó de lo que podríamos definir como una división de artillería con ingenieros y numerosas máquinas de guerra. El fortalecimiento de su flota fue una preocupación constante, la búsqueda de materiales para la construcción naval explica, en parte, su interés por algunas zonas; la flota siracusana oscilaba entre doscientas y cuatrocientas naves que comprendían no sólo trirremes sino cuadrirremes.

La contratación permanente de guardias y mercenarios y las frecuentes guerras le obligan a enormes gastos, Dionisio recurre a la venta de tierras confiscadas, a los botines, a estratagemas fiscales (Ps.Arist. *Económico.* 20 a-c) estableció a su favor la tutela oficial de todos los huérfanos, a fin de disponer sin límites del patrimonio de aquéllos– y a los tributos directos que alcanzaban la quinta parte del capital o del valor de los bienes inmuebles.

El poder de Dionisio transcendió los límites de la propia Siracusa, creó un imperio que englobaba numerosos pueblos y ciudades dependientes, que disfrutaban de autonomía interna pero pagaban tributo, aportaban contingentes militares y estaban ocupadas por una guarnición mercenaria.

Se interesó por las letras y las artes, Aristipo de Cirene y Platón visitaron su corte, y destacó como un verdadero *mecenas* de las ciencias aplicadas de las que podía extraer ventajas bélicas: la arquitectura e ingeniería militares, mecánica y balística.

Dionisio tiene muchos aspectos en común con los tiranos arcaicos y también con la corte de Macedonia contemporánea y es ejemplo de lo mucho que el Helenismo debe al siglo IV: su poder casi monárquico, su amplio dominio, su ejército profesional y sus recursos tecnológicos.

Sobre la obra del tirano se proyectan luces y sombras. Engrandeció Siracusa y la convirtió en gran potencia pero a costa de la destrucción y el debilitamiento de viejas ciudades siciliotas que no fueron compensadas por nuevas fundaciones como Tauromenio o Tíndaris, no todas puramente griegas.

Aunque intentó expulsar a los cartagineses de la isla no lo consiguió, sus recursos eran inadecuados pero al menos consiguió contenerlos. El precio que Sicilia hubo de pagar por ello fue abrumadoramente elevado, la isla se convirtió en un campo de ruinas y se empobreció, la población disminuyó y se transformó profundamente y las ciudades perdieron su autonomía.

8.9. Dionisio II y Dión

A la muerte de Dionisio I, su hijo Dionisio II (o el Joven), nacido de Dóride, la esposa locria, sucedió a su padre en la tiranía. Dionisio II convoca la asamblea y anima a los siracusanos a conservar la herencia de su padre, una hábil maniobra que le sirve para convertirse en tirano, posiblemente con el título, concedido por la asamblea, de *strategos autokrator*.

Su política no puede considerarse estrictamente continuista de la de su padre, aunque tenga lógicamente puntos de contacto, ni tampoco tenemos razón alguna para pensar que estuviera dirigida por Dión o Filisto, pero sí puede considerarse como acertada. Dionisio II decretó una amnistía, que favoreció el regreso de los exiliados y puso en libertad a los prisioneros políticos. Firmó también la paz con los cartagineses posiblemente entre el 362 y el 358. Aunque los términos son desconocidos, puede que la paz se estableciera sobre el *statu quo ante* del 368. Tras la paz con Cartago, Dionisio reside un tiempo en Locris, que, como en época del padre, es la capital continental. Su dominio itálico estaba amenazado por los lucanios pero Dionisio les derrota y les obliga a firmar la paz. En Italia, mantiene una estrecha alianza con Tarento y también reconstruyó Regio, que había sido destruida por su padre, a la que llamó Febía, y repobló Naxos y Tauromenio. Prosigue la política de su padre con la fundación de colonias en Apulia para controlar la piratería en el paso del mar Jónico. En definitiva, durante diez años, Dionisio II ha logrado conservar en Sicilia, Italia y el Adriático, el imperio de su padre.

Pero si todos los asuntos parecen marchar bien, en realidad, la situación se agrava paulatinamente. Aunque inteligente, Dionisio II carece del temple y el carácter de su padre, no gozaba de la misma popularidad que su padre entre la mayoría del pueblo siracusano y, sobre todo, se muestra incapaz de controlar las tensiones que se producen dentro de su círculo.

Como vimos, además de Dóride, Dionisio había desposado a una noble siracusana, Aristómaca, hija de Hiparino, que le había dado dos hijos, Hiparino y Niseo. Dión era hermano de Aristómaca. Fiel a Dionisio, Dión se había convertido en el hombre más rico de Siracusa después del propio Dionisio II y era admirado por su experiencia política, su excelente reputación y su modo de vida sobrio. En el 388, en el primer viaje de Platón a Siracusa, Dión se había convertido a la filosofía platónica. Dionisio I había conservado y utili-

zado la tensión entre ambas familias, la de Dóride y la de Aristómaca, para controlar y equilibrar las intrigas de su corte, pero después de su muerte, la tensión soterrada comienza a aflorar.

Posiblemente Dión concibió la idea de ejercer una verdadera tutela sobre Dionisio II. Convence al tirano para que haga venir a Platón a Siracusa en el 366, ello acrecentaría su prestigio entre la opinión pública y el filósofo podría aconsejarle e impulsar reformas beneficiosas. En realidad, Dión buscaba aumentar su ascendiente sobre Dionisio. Por su parte, Platón se dejó seducir por la posibilidad de hacer realidad sus teorías políticas.

Sin embargo, la insistencia de Platón en varias reformas, que a Dionisio no le parecen adecuadas, aumenta los recelos del tirano sobre Dión que, además, presta más atención a los oponentes de Dión y Platón, liderados por Filisto, que ha regresado del exilio. Por último, Dionisio sospecha que Dión tiene trato con los cartagineses y lo destierra junto con algunos de sus amigos como Heraclides, un comandante de guarnición. Platón permanece durante un tiempo pero en una condición muy parecida a la de prisionero del tirano. Finalmente, consigue dejar Siracusa. Más tarde, por impulso de Dión, Arquitas y Dionisio, Platón regresa a Siracusa con la intención de reconciliar a los dos hombres pero sus esfuerzos fracasan completamente.

La mediación de Platón había sido la última oportunidad de evitar una contienda civil. En Grecia, donde está exiliado, Dión aglutina toda la oposición a Dionisio. En el 355, reúne ochocientos mercenarios zacintios, a algunos filósofos de la Academia y a los exiliados. Con naves de varias ciudades griegas pone rumbo a Sicilia. Navegando por alta mar, puesto que Filisto patrulla el canal de Otranto, llega hasta Heraclea Minoa en la zona cartaginesa de Sicilia. Los cartagineses le ayudan posiblemente porque desean que Siracusa se viera envuelta en una guerra civil y porque Dión nunca había sido hostil a Cartago. Después de una marcha triunfal a través de una Sicilia que pensaba verse por fin libre de la tiranía, Dión entra en Siracusa y ocupa la ciudad, salvo Ortigia que se mantiene bajo el control de la guarnición de Dionisio, que está en Italia. La asamblea elige a Dión y a su hermano Megacles como generales con plenos poderes. Heraclides es navarco de la flota y consigue derrotar y dar muerte a Filisto.

Sin embargo, los modos autoritarios de Dión le hacen cada vez más impopular mientras crece la influencia de Heraclides. Ortigia se rinde y Dión domina toda Siracusa, pero el ascenso de Dion no significa el comienzo de un reinado filosófico sino el cambio de una tiranía por otra. Lejos de destruir las fortificaciones de Ortigia, se instala en el palacio de los tiranos, asesina a Heraclides y mantiene tropas mercenarias, lo que le obliga a recabar impuestos con el consiguiente disgusto de los aristócratas; además niega al pueblo un nuevo reparto de tierras. Finalmente, Dión es asesinado por uno de sus compañeros, el ateniense y miembro de la Academia, Calipo, que domina Siracusa durante un año hasta que es derrocado por Hiparino, que gobierna

durante dos años y es sucedido por su hermano Niseo. En medio de tanta confusión e inestabilidad, Dionisio II regresa desde Italia y recupera Siracusa en el 347.

Pero el imperio siracusano es sólo un recuerdo. En Italia, Regio se ha liberado en el 352 y Locris se separa en el 345. La pérdida de Locris supone la ruina del imperio italiota de Dionisio. En Sicilia, las ciudades se han sacudido el dominio siracusano y casi en todas partes los antiguos comandantes de guarnición, apoyándose en los mercenarios, se han convertido en tiranos como Hicetas en Leontinos, Andrómaco, el padre del historiador Timeo, en Tauromenio, Mamerco en Catania, Hipón en Mesene, Nicodemo en Centuripo, Apoloniades en Agirio, etc.

8.10. Timoleonte y su obra

Después del regreso de Dionisio II, los enemigos siracusanos de Dionisio II se exilian en Leontinos bajo la protección del tirano Hicetas y su pequeño ejército mercenario. Estos desterrados envían una embajada a Corinto, la metrópoli siracusana, solicitándole ayuda para acabar con la tiranía. Los corintios acceden a la petición de los exiliados y remiten a Timoleonte, que ya había asesinado a su propio hermano que deseaba hacerse con la tiranía, con setecientos mercenarios y una pequeña escuadra. Hicetas pide ayuda también a Cartago.

A lo largo de estos años, los cartagineses no habían hecho ningún intento de atacar Siracusa, primero por el tratado de paz firmado con Dionisio, después, previsiblemente, porque tenían su confianza depositada en Dión y, más tarde, porque la desintegración del imperio siracusano favorece sus intereses sin la necesidad de una costosa intervención. Cartago ve ahora la posibilidad de ocupar Siracusa sin gran esfuerzo y despacha una flota al mando de Magón.

Tres días antes de que Timoleonte arribe a Regio, Hicetas ha tomado Siracusa pero la guarnición de Dionisio retiene Ortigia mientras el tirano se encuentra en Neso. Aunque Hicetas no tiene la fuerza suficiente para expugnar Ortigia o Neso, tras su victoria en Siracusa, Timoleonte se ha convertido en una amenaza para sus planes.

Mientras tanto, Timoleonte desembarca en Sicilia, derrota a Hicetas en Adrano, ocupa parte de Siracusa, se atrae a Adrano y Tíndaris, a Mamerco, el tirano de Catania, y a la mayor parte de Sicilia oriental. Cincuenta días después de su llegada a la isla, Timoleonte obliga a capitular a Dionisio II en Neso (344/3) y le impone sus condiciones: deberá exiliarse en Corinto donde Dionisio II vivirá como un simple particular hasta el final de sus días.

Desde los gloriosos días de Dionisio I, la estrella de Siracusa ha caído en su punto más bajo. La ciudad está triplemente ocupada y dividida: Timoleon-

te, Hicetas y la flota cartaginesa de Magón controlan barrios diferentes de la ciudad. El almirante cartaginés teme un entendimiento entre Timoleonte e Hicetas y abandona Sicilia. Finalmente, Timoleonte somete a Hicetas y se hace con el control de toda Siracusa (otoño del 343). Entre el 343 y el 339, Timoleonte, con muchas vicisitudes, acaba con los diferentes tiranos de la Sicilia griega.

Justo a tiempo, ya que en el 339 los cartagineses atacan de nuevo, pero Timoleonte, con tropas muy inferiores en número, les bate en el río Crimiso (junio del 339). Cartago y Timoleonte firman una nueva paz por la cual todas las ciudades griegas de Sicilia serían libres, la frontera entre la *epikrateia* cartaginesa y la región siciliota se fijaba en Licos y quizás en Himera al norte, aquel que deseara abandonar la *epikrateia* y trasladarse a Siracusa debía llevar consigo su familia y su patrimonio y los cartagineses no prestarían ningún apoyo a los tiranos en guerra con Siracusa. Es cierto que los cartagineses han tenido que retroceder ante Timoleonte pero la conclusión de la paz del 339 no significó ninguna reducción esencial de su poder.

Tan importante como su lucha contra los tiranos y los cartagineses y el final de las guerras civiles es la obra de reorganización de Timoleonte. Reorganización exterior: trata de reunir a las ciudades siciliotas en una Liga bajo la hegemonía de Siracusa, que sirva para establecer la paz entre ellas y para resistir a Cartago, pero que sea a la vez respetuosa con la autonomía interna, lo que marca una llamativa ruptura con períodos anteriores de anexiones, destrucciones, deportaciones y ocupaciones mercenarias. Restauración interior: en Siracusa destruye la fortaleza de Ortigia y el palacio del tirano e instaura una democracia moderada (Arist.*Pol.*IV.9.6; Westlake, 1952). Posiblemente el restablecimiento de la democracia conllevaba la introducción de un Consejo de seiscientos miembros que, a finales del siglo IV, desempeña un importante papel junto a la asamblea (Diodoro.19.6.4). El régimen democrático se debió implantar también en las demás ciudades siciliotas. Pero sobre todo reparación demográfica, económica y social: Timoleonte emprende una amplia política de colonización basada en el asentamiento de pequeños propietarios. Según Plutarco, sesenta mil colonos que proceden de Italia y todo el mundo griego son establecidos en Sicilia, se recuperan tierras que habían estado largo tiempo abandonadas y se ponen en cultivo otras nuevas. Las excavaciones en Sicilia han revelado los resultados de esta colonización, renacen ahora ciudades largo tiempo arruinadas como Mégara Hiblea, Camarina, Acragante y Gela, las construcciones abandonadas se reemprenden y numerosos templos son restaurados. Tras un largo período de crisis (409-340), la obra de Timoleonte supone una recuperación de la Sicilia griega que alcanza al menos hasta la primera parte del siglo III (Talbert, 1974).

Finis coronat opus: en una unión perfecta entre ideas y vida, con su obra concluida, en el 337, Timoleonte renuncia al poder, "monarquía" dice Plutarco (Timoleonte.37.10) para evitar llamarle tirano. El siglo IV de los griegos

occidentales, que ha empezado con el ascenso a la tiranía de Dionisio, tiene su contrapunto en la renuncia de Timoleonte.

8.11. La Magna Grecia después de la muerte de Dionisio I

A diferencia de la historia de Sicilia, de la que estamos relativamente bien informados al menos en lo que a los acontecimientos políticos se refiere, la Magna Grecia es bastante mal conocida. Como vimos, la vida de las ciudades griegas del sur de Italia se torna difícil desde comienzos del siglo IV ante la doble amenaza de Dionisio y de los pueblos itálicos.

Dionisio acabó con la autonomía política de las ciudades griegas de la Calabria, sometió varias ciudades, derrotó a otras y destruyó varias de ellas como Regio. Como consecuencia de ello, desde principios del siglo IV y salvo el caso de Locris, algunas ciudades de la Magna Grecia habían visto su poder disminuido, han quedado reducidas a un nivel secundario o han sido sencillamente arrasadas.

Después de la muerte de su padre, Dionisio II consigue mantener durante más de una década el dominio italiota y, en conjunto, su gobierno parece beneficioso: los lucanios son derrotados y algunas ciudades como Regio son repobladas. A partir de la expedición de Dión, el imperio italiota de Dionisio II comienza a desmoronarse y la separación de Locris en el 345 marca el final del dominio italiota, pero la independencia de la tiranía siracusana no supone una época de libertad y tranquilidad para las ciudades italiotas sino que favorece la expansión de los pueblos itálicos.

Posiblemente hacia el 357, los brucios logran sacudirse el dominio de los lucanios, forman una confederación tribal y combaten duramente a los griegos de Calabria, ocupan Terina, Hiponio, Turios y muchas otras ciudades. Expulsados de Calabria por los brucios, los lucanios presionan también sobre las ciudades griegas de la Basilicata. Tarento se enfrenta a lo largo de este período a lucanios, mesapios y yapigios, estos dos últimos pueblos, contenidos durante la primera parte del siglo IV, desde mediados de siglo pasan a la ofensiva. Privadas de la ayuda siracusana, incapaces de contener por sí mismas a los pueblos itálicos, las ciudades griegas del sur de Italia como Turios y especialmente Tarento buscan ayuda en Grecia continental y, así, el rey de Esparta Arquidamo III entre 343 y 338, y el rey del Épiro Alejandro el Moloso entre 333 y 330 perecen ambos en Italia. Por fin, hacia el 330, comienza a hacerse sentir la presencia de Roma. En el 327, los napolitanos están divididos en dos campos, los demócratas son favorables a los samnitas, los aristócratas a los romanos. Los notables vencen y Nápoles se convierte en aliada de Roma.

Varias ciudades, a pesar de todas las dificultades mantienen alguna prosperidad como Metaponto y especialmente Nápoles, Locris y Tarento. Locris,

capital continental de los tiranos de Siracusa, fue engrandecida. Tarento se beneficia de la alianza con Siracusa y probablemente se convierte, al menos después de la derrota de Crotona en el 379, en la potencia hegemónica de la Liga italiota que comprende a las ciudades independientes del poder siracusano y es, incontestablemente, la más poderosa de las ciudades italiotas.

Si bien subsisten ciudades oligárquicas como Crotona, Regio, donde hay una asamblea de los Mil, o Turios donde una revuelta antidemocrática triunfa a finales del siglo V, una de las características del siglo IV es la extensión de los regímenes democráticos. Nápoles es una democracia con un Consejo y una asamblea popular y también Heraclea. En Tarento, desde el 470, se mantiene una democracia moderada (Arist.*Pol.*VI, 5, 1320 b 10) que dispone una asamblea popular, un consejo y magistrados anuales, unos elegidos por sorteo y otros electivos. Posiblemente hacia el 366, Arquitas obtiene la estrategia. Filósofo pitagórico y amigo de Platón, ejerce durante siete años un poder casi tiránico y combate con éxito a los mesapios. Un ejemplo modélico de expansión de los regímenes democráticos es Locris. La ciudad era una oligarquía desde hacía mucho tiempo, dominada por cien familias y cuyas principales instituciones eran un Consejo y una Asamblea de Mil. Posiblemente después del final del dominio siracusano, se implanta la democracia con una asamblea que lleva el nombre de *damos*, un consejo *(bola)* y un sistema de magistrados con un colegio de arcontes, uno de los cuales es epónimo, los *proboloi*, que preparan las decisiones de la asamblea, y los polemarcos.

9.

Otros ámbitos del mundo griego

9.1. El Peloponeso

9.1.1. Corinto

Desde el siglo VI, el desarrollo comercial y artesanal y el régimen oligárquico habían sentado las bases de la riqueza de Corinto. Lo poco que nos es conocido de la constitución corintia proviene de un pasaje de Nicolás de Damasco que, además, está corrupto o basado en un error (*FGrH* 57). Por lo que podemos extraer de esta noticia harto deficiente, el cuerpo cívico corintio estaba dividido en ocho tribus cada una de las cuales elegía un *proboulos* y nueve consejeros para formar parte del Consejo *(boule)*, que estaba compuesto, por lo tanto, por ochenta miembros. La formulación y ejecución de los asuntos estaba en manos de los *probouloi* que las referían a la *boule* para su aprobación. Una asamblea parece haber existido pero debía estar dotada de muy escaso poder. El régimen político era, en definitiva, una oligarquía moderada que se cimentaba sobre un acuerdo entre artesanos y mercaderes, clases medias y aristócratas propietarios, la prosperidad económica y un trato benevolente hacia las clases bajas que se beneficiaban también del desarrollo económico. En política exterior, el principio básico de esta oligarquía era la amistad con Esparta.

Corinto exportaba extensamente hacia el oeste, hacia Sicilia y el sur de Italia, productos agrícolas de su propio territorio, la Corintia, cerámica, perfumes, textiles, bronces y terracotas, quizás vino y aceite y de este comercio la ciudad obtenía pingües beneficios. El intercambio con el oeste era esencial desde un preciso punto de vista: como la Corintia era deficitaria en grano, Corinto recibía de Sicilia el trigo que era vital para el abastecimiento de la ciudad. La seguridad de este comercio y la propia estabilidad política, económica y social de la ciudad estaban estrechamente vinculados a tres requisitos básicos: la seguridad del territorio corintio y la propia infraestructura creada en la ciudad (flota, artesanía, el famoso *diolkos*, el camino de piedra que servía para trasladar barcos y mercancías desde el Golfo de Corinto hasta el Sarónico); el control de la ruta marítima entre Corinto y Sicilia que atravesaba el Golfo de Corinto y el establecimiento de unas relaciones amistosas o incluso privilegiadas con las grandes ciudades griegas de Sicilia y la Magna Grecia, en especial con Siracusa.

Sin embargo, la estabilidad socioeconómica de Corinto parece haberse ido debilitando con el transcurso de la Guerra del Peloponeso y es posible observar un cierto declive militar fruto de este deterioro económico.

Tras la Guerra del Peloponeso, el imperialismo espartano obstaculiza la recuperación corintia y la intervención espartana en la Élide y el Golfo de Corinto y el establecimiento de una estrecha alianza entre Dionisio y Esparta representaban una seria amenaza para Corinto, levantaron un justificado temor y acabaron por decidir a los corintios a entrar en guerra contra Esparta.

En el interior de la ciudad, el imperialismo espartano y la crisis corintia provocaron la división de los oligarcas en dos facciones, una antilaconia y otra filolaconia, e hicieron surgir una nueva facción democrática.

De este modo, Corinto se unió a la coalición antiespartana en el otoño del 395 y entró en guerra con Esparta. Sin embargo, la Guerra de Corinto agrava la crisis social y económica, Corinto es incapaz de alistar por sí misma una flota y estalla una violenta *stasis*, hacia marzo del 392, en forma de una revuelta democrática. Según Jenofonte (*Hel.*4.4.2), ante la creciente influencia y contestación de los aristócratas, que estaban sumamente descontentos por el saqueo continuado de la Corintia, los argivos, atenienses, beocios y muchos corintios planearon la matanza de los filolaconios. Así, en pleno festival de las Eucleas, dieron muerte a ciento veinte filolaconios y muchos hubieron de exiliarse.

La *stasis* corintia es uno de los pocos casos en los que podemos intuir la existencia de unas causas sociales y económicas además de las políticas. Los oligarcas filolaconios desde luego defendían la continuidad de la oligarquía, la firma de una paz y la vuelta a la alianza con Esparta pero se preocupaban sobre todo porque la guerra estaba devastando sus campos. Frente a ellos se

situaban muchos demócratas, cuyas filas estaban siendo engrosadas por ciudadanos que se habían empobrecido debido a la crisis económica y que habían perdido el nivel censal mínimo requerido por la oligarquía corintia para ejercer derechos políticos.

Poco después de la revuelta, Corinto y Argos se unen en un único estado y se establece la democracia en Corinto. Por la Paz del Rey, el estado conjunto queda disuelto, los exiliados corintios regresaron y restablecieron la oligarquía y la alianza con Esparta.

Desde el 386, Corinto disfruta de un período de tranquilidad que se quiebra tras la batalla de Leuctra a partir de la cual Corinto lucha contra Beocia como aliada de Esparta. Corinto ayudó a Esparta a hacer frente a la invasión beocia de Laconia (369) y apoyó, ante la asamblea ateniense, la firma del tratado entre Atenas y Esparta en el 369. Durante los sesenta, los aliados de Esparta, corintios, atenienses, etc., tratan de detener las invasiones de Epaminondas en el territorio de Corinto, la puerta de entrada en el Peloponeso, y en Corinto se establece una guarnición de mercenarios atenienses.

Epaminondas fue incapaz de obtener la alianza de Corinto. En la primera invasión devastó la Corintia, en la segunda tuvo éxito en Sición, Fliunte y devastó el territorio de Epidauro, ganó una acción pequeña cerca del Lequeo y entonces intentó un golpe por la puerta fliasia de la ciudad de Corinto, situada en el muro oeste, fue derrotado y sufrió duras pérdidas a manos de los atenienses de Cabrias y de la caballería de Dionisio. A pesar de que Epaminondas devastaba el territorio corintio, Corinto prestó excelentes servicios diplomáticos y militares a Esparta y contribuyó a hacer fracasar el intento de Beocia de firmar una paz general (367). Sin embargo, Corinto comenzaba a dar muestras de debilidad y los atenienses intentaron ocupar la ciudad a través de las tropas estacionadas aquí pero Corinto expulsó a la guarnición. En el 366/5 firma una paz separada con Beocia consentida por Esparta. Parece que se mantuvo neutral como Mégara (Isoc.8.117-118) al menos hasta después de la batalla de Mantinea.

En conexión con las dificultades corintias entre Leuctra y la firma de la paz por separado con Beocia, podemos situar el intento fracasado de Timófanes de instaurar una tiranía en la ciudad (366/5). Después del establecimiento de la paz (362), Corinto vive un período de recuperación económica y de estabilidad política que se prolonga más allá de Queronea y del que es muestra la renovación de las construcciones públicas en la ciudad. En efecto, desde finales del siglo V, fecha en que se construye el primer teatro con asientos de madera, no hay evidencia de qué se emprendiera ninguna otra obra monumental hasta mediados del siglo IV. A partir de esta fecha, se erigen el templo de Asclepio, la *Stoa* sur, que dobló el tamaño del ágora, y el pequeño templo A al oeste del *peribolos* de Apolo.

9.1.2. Las confederaciones arcadia y aquea

La Confederación arcadia se creó a partir de la batalla de la Leuctra, se dotó de un capital de nueva planta, Megalópolis, y se asentó sobre un régimen democrático. La Confederación disponía de una asamblea y un consejo federales. La asamblea de los Diez Mil, más que una asamblea censitaria, cuyo nivel de renta exigido sería extraordinariamente bajo, debe ser una asamblea democrática a la que pueden acudir todos los arcadios. La Confederación incluye también el consejo federal de *damiorgoi*. Cada estado está representado por un número de *damiorgoi* proporcional a su importancia, quizás podamos suponer como hipótesis una división del territorio federal en distritos cada uno de los cuales enviaba cinco *damiorgoi:* conservamos una lista de cincuenta *damiorgoi,* diez de Megalópolis y varios otros de otras nueve ciudades. El magistrado supremo es el estratego, magistrado único que tiende a concentrar el poder ejecutivo y especialmente el poder militar, y que anuncia ya la época helenística. La Confederación arcadia posee además un ejército y un tesoro federales, aunque ignoramos completamente la organización y el funcionamiento de este último. A pesar de esta sofisticada organización, sin embargo, las tensiones entre las ciudades más importantes y la *stasis* entre las facciones democráticas y los oligarcas filolaconios provocaron la ruptura de la Confederación a partir del 364, que se prolongaría hasta después de Queronea.

La Confederación aquea se había constituido en fecha muy temprana. Según Heródoto (1.145), la Confederación estaba formada por doce distritos que eran Pelene, Egas, Egeria, Bura, Hélice, Egio, Ripes, Patrás, Faras, Oleno, Dime y Tricea. Esta misma lista es repetida por Estrabón (8.7.4-5), que no parece haber conocido personalmente el país. En contra del testimonio de Estrabón, ya en la época de Polibio, Egas, Ripes, Hélice y Oleno habían desaparecido (Polibio.2.41). Las dos primeras pueden haber sido abandonadas durante el siglo IV y reemplazadas en la lista por Cerinia y Leontino y Hélice fue tragada por un terremoto en el 373. Al menos al comienzo de la Guerra del Peloponeso, los aqueos formaban una Confederación democrática similar a la de época helenística (Polibio.2.39.4; Estrab.8.7.1.; Yamblico.*Vit.Pit.*263) y, como Élide, del llamado tipo agrario, con sus reuniones en el santuario de Zeus Homario (Polibio.2.39.4; Paus.7.24.2; *IG*.V^{2}.344, lin.5). La asamblea y el Consejo se reunían en el Homario al menos a mediados del siglo V. Según una inscripción del siglo IV o de principios del III (antes del 280) existe un Consejo federal, unos *damiorgoi* que más tarde serían diez y quizás también dos generales y un secretario (Larsen, 1968, 86). La ciudad conectada con el Homario era Hélice, sólo después del terremoto llegó a ser capital Egio.

La Confederación aquea permaneció neutral durante la primera parte de la Guerra del Peloponeso hasta que, en el 417, los espartanos intervinieron

en Acaya, reorganizaron la Confederación aquea en gobiernos oligárquicos e hicieron de la Acaya una aliada de Esparta. La alianza con Esparta y el régimen oligárquico se mantuvo hasta la expedición de Epaminondas en el 366. Epaminondas respetó las oligarquías pero fue desautorizado por la asamblea beocia que impuso democracias e instaló guarniciones, lo que condujo a los oligarcas al exilio. Pero, inmediatamente después, los exiliados regresaron, expulsaron a las guarniciones beocias y reinstauraron la oligarquía. A partir de entonces, la Confederación aquea volvió al lado antibeocio y estableció alianzas con Atenas, Esparta y la sección de Arcadia que era proespartana.

9.2. Grecia central y Tesalia

Entre las fronteras de Beocia y los confines de Tesalia se extiende una zona de gran complejidad que incluye a los aqueos del Ftiótide, que están sometidos normalmente al control tesalio; la cuenca del Esperqueo, entre el borde sur de Tesalia y la cadena del Eta, que forma un fértil valle aluvial de considerable extensión y está dividido en dos pequeños estados étnicos: los enianos en la cabecera y la Málide en la costa (es un territorio de gran importancia estratégica ya que en él se localiza el paso de las Termópilas) y además los locros del este, focidios, eteos, dorios, etc.

Este área se caracterizaba también por su diversidad organizativa y en ella podemos encontrar *poleis*, federaciones y estados étnicos, pero la forma predominante era el estado federal como locros del Este o la Fócide.

Los pueblos locros estaban divididos geográficamente en dos grandes grupos, los locros ozolos, en la costa norte del Golfo de Corinto, y los locros del este, a lo largo de las costas de los Golfos Maliaco y Euboico. La causa de esta separación es probablemente la expansión de los focidios en época obscura que arrinconó a los locros en el norte y en el sur. Ambas Lócrides mantuvieron un fuerte sentido de identidad, algunas prácticas comunes y muchas divergencias en su desarrollo posterior.

En la Lócride del oeste u ozola hay sólo trazas muy escasas de alguna estructura federal y las ciudades parecen haber llevado sus asuntos con poca interferencia. La ciudad más importante es Anfisa, en el borde este de la fértil llanura de Crisa, cercana a Delfos.

La Lócride del este ocupa una estrecha franja costera enfrente de Eubea e incluye una serie de pequeñas llanuras entre los montes Calidromo y *Chlomon* y el mar. Aunque parece que alguna vez estuvieron unidos, los locros del este estaban divididos en dos pequeños estados: al oeste la Lócride Epicnemidia y al este la Lócride opuntia. A mediados del siglo IV la expansión de los focidios desde Elatea a lo largo del valle del *Dhipotamos* hacia la pequeña llanura costera de *Longos* donde estaba el antiguo puerto de

Dafno, separó incluso las fronteras de ambos estados. La Lócride epicnemidia estaba compuesta por varias ciudades: Escarfea, Tronio, Cnémide, Alope y Dafno (cuando esta última no era focidia) pero ignoramos completamente su organización interna y si llegaron a constituir un estado federal. Solamente sabemos que persistieron en la alianza con Beocia a lo largo de todo el siglo IV.

La Lócride opuntia formó una Confederación de *poleis* bajo la hegemonía de Opunte, que está atestiguada al menos en el primer cuarto del siglo V y que se asienta sobre una *sympoliteia,* la movilización de contingentes militares y la imposición de tasas federales.

El régimen político se caracterizaba por el rígido predominio de una estrecha aristocracia (Arist.*Pol.*V 1307 a40), un número selecto de familias: las Cien Casas que monopolizaban el poder. Del gobierno federal sabemos que existían magistrados anuales como un arconte y los demiurgos, una asamblea federal de "los Mil", un consejo oligárquico formado por las Cien Casas y también un tribunal federal.

Las ciudades de la Lócride del Este tenían sus propias leyes pero la mayor parte de su administración quedaba en manos del gobierno federal y del centro federal en Opunte del que el estado toma su nombre.

Desde mucho antes y durante todo el siglo IV, la Lócride opuntia era una fiel aliada de Beocia y durante la época de la hegemonía varias ciudades de la antigua Confederación como Halas, Bumelita y Larimna parecen haber sido incluidas en el Estado beocio. Quizás Beocia se anexionara toda la Lócride opuntia, ello explicaría un enigma: a pesar de sus estrechos vínculos con Beocia, la Confederación opuntia no aparece en nuestras fuentes durante la III Guerra sagrada.

La antigua Fócide era relativamente pequeña y compacta. Consistía fundamentalmente en dos secciones, la más ancha incluía la mayor parte de la cuenca alta del Cefiso, el verdadero corazón de la Fócide, y la otra comprendía la extremidad oeste con la llanura de Crisa y Delfos.

La Confederación focidia, que incluía una veintena de *poleis,* debió nacer después del final de la invasión tesalia (Larsen, 1968, 40,44), ya en el siglo VI y se conservó hasta que fue disuelta por Filipo de Macedonia en el 346. Sin embargo, a pesar de su dilatada trayectoria, nuestra falta de información sobre la Confederación focidia es casi completa y data sobre todo del período de la III Guerra sagrada de tal forma que es prácticamente imposible entrever su estructura para una época anterior. Hacia mediados del siglo IV, existía un fuerte ejecutivo con un estratego o un grupo de estrategos en ocasiones con poderes dictatoriales en calidad de *strategos autokrator* y que era controlado por una asamblea, compuesta por todos los hombres en armas y en la que el voto debía ser por cabeza. La Confederación estaba también dotada de un *synedrion* o Consejo federal. La capital se situaba en el llamado Focicón,

a 4 km al sureste de la moderna *Davlia,* donde hay un lugar para la asamblea y un santuario al menos desde finales del siglo VI.

Al principio de la Guerra del Peloponeso los focidios figuran en el lado espartano (Tuc.2.9.2) y se mantuvieron en la amistad espartana durante la primera parte del siglo IV. Sin duda alguna, el temor a la doble amenaza que suponían Tesalia y Beocia era la causa fundamental de la alianza de los focidios con Esparta. Dicha alianza era sumamente importante para Esparta ya que desde la Fócide se podía amenazar e invadir Beocia. En el 370, Fócide se ve obligada a someterse a Beocia, contribuye con contingentes durante los años siguientes a las expediciones beocias pero se niega a participar en la última campaña de Epaminondas que acabaría en la batalla de Mantinea. Entre el 362 y el 356 debió crecer paulatinamente la tensión entre focidios y beocios que estalla violentamente con el inicio de la III Guerra sagrada.

La Confederación tesalia es objeto de fuertes polémicas en las que no podemos entrar. Nos contentaremos con decir que en la primera parte del siglo IV las ciudades y pueblos de la Confederación tesalia estaban agrupados en cuatro distritos cada uno de los cuales aporta un polemarco reelegido anualmente, también los hiparcos, sin duda cuatro, y seis pezarcos, comandantes de infantería. Al menos entre el 375 y el 370 la magistratura suprema es el *tagós,* un cargo elegido previsiblemente de manera vitalicia, pero durante largos períodos, las disensiones internas, especialmente el enfrentamiento entre Feras y Larisa, impidieron la elección de un *tagós.* Existía una ciudadanía federal junto a una ciudadanía local y cabe pensar también en la presencia de una asamblea federal, o bien una asamblea primaria o una asamblea de delegados, que al menos en el siglo III se reunía en el santuario de Atenea Itonia; dicha asamblea elegía al *tagós,* controlaba su actuación, movilizaba al ejército federal, concluía alianzas y tratados de paz y disponía de los recursos comunes. Es verosímil también la existencia de un Consejo federal o de ancianos.

Al comienzo del siglo IV, Tesalia se hallaba dividida entre el tirano Licofrón de Feras y las ciudades tesalias que se agrupaban en torno a los Aleuadas de Larisa. Hacia el 385, a Licofrón de Feras le sucede su hijo Jasón que logra hacerse con el control de toda Tesalia ya en el 375, somete a los antiguos periecos tesalios y a Alcetas del Épiro y es proclamado *tagós.* Con los ingresos de las ciudades tesalias y de los periecos logró mantener un ejército de veinte mil hoplitas, posiblemente todos mercenarios, ocho mil jinetes y numerosos peltastas (Jen.*Hel.*6.1.19). Sin embargo, Jasón fue asesinado en el 370 y Tesalia se volvió a dividir entre Feras y Larisa.

Posiblemente bajo la influencia beocia, los enemigos de Feras organizaron una nueva confederación hacia el 369. La Confederación estaba basada casi totalmente en las antiguas instituciones tesalias. La máxima magistratura de la liga era el arconte vitalicio que, a diferencia del arconte epónimo beocio, con-

taba con amplios poderes militares y civiles que lo asimilaban al antiguo *tagós* tesalio. Por debajo de él se sitúan los cuatro polemarcos, con atribuciones esencialmente militares, uno por cada uno de los cuatro antiguas tetrarquías tesalias. La Confederación contemplaba también la existencia de una asamblea aunque debía ser oligárquica, dominada por la aristocracia de los Aleuadas de Larisa. Esta Confederación sirve de base para el dominio de Filipo que reemplazó a los polemarcos por tetrarcas designados por él.

Para el reclutamiento del ejército, el territorio federal estaba dividido en *kleroi* cada uno de los cuales debe aportar cuarenta jinetes y ochenta hoplitas. La caballería tesalia formaba teóricamente un tercio del ejército federal. El tesoro federal se alimentaba de los tributos de los pueblos periecos, cada ciudad conservaba su autonomía financiera y su moneda propia y pagaba los contingentes que enviaba al ejército federal.

Más al norte, al menos desde principios del siglo IV, las ciudades calcídicas se habían organizado en una Confederación con una *sympoliteia* entre ellas bajo la hegemonía de Olinto, aunque su organización es prácticamente desconocida.

9.3. La Grecia del Noroeste

La antigua Acarnania comprendía, esencialmente, una región montañosa al oeste del río Aqueloo y una parte del valle de este mismo río donde estaba la mejor tierra agrícola y la ciudad más importante, Estrato. La costa estaba ocupada por las colonias corintias de Solio, Léucade, Anactorio y Ambracia. Entre Ambracia y Acarnania estaba el territorio de los anfiloquios, sólo parcialmente helenizados, que se extendía hasta el Golfo de Ambracia. Más al sur se localizaban las otras dos ciudades importantes de Acarnania, Eníadas, cerca de la boca del Aqueloo, y Ástaco, un poco más al norte.

Acarnania estaba organizada en una Confederación formada fundamentalmente por ciudades aunque también incluye grupos étnicos y de la que lamentablemente estamos muy parcamente informados. Con todo, Estrato era la capital de la Confederación y Olpas, en el territorio anfiloquio, era el lugar donde se celebraban los juicios y también, a veces, el sitio en el que se dirimían las disputas entre acarnanios y anfiloquios. Una inscripción de mediados del siglo III indica que había un colegio de siete estrategos a la cabeza de la Confederación (IG IX^2 1.3A, SIG.3.421) quizás con siete distritos electorales. Otros magistrados son el hiparco, el secretario, el tesorero. Existía también un sinedrio federal o el Consejo, que puede ser del siglo V y sería natural añadir una asamblea, en un tratado con Pirro se refiere una asamblea de Mil.

Tras el 424, los acarnanios establecieron una alianza con Atenas que, según J. A. O. Larsen (1968, 93), se conservó hasta el 388. Como quiera que

sea, lo cierto es que, al menos desde 394, Acarnania era miembro de la coalición antiespartana y cooperaba con atenienses y beocios contra Calidón y Naupacto. Se unió posteriormente a la Segunda Liga ateniense. En el 370 los beocios separan a los acarnanios de la Liga ateniense y los hacen aliados suyos. Retornarían después a la alianza con Atenas y combaten en Queronea en el lado de los griegos.

Etolia, situada en la entrada norte del Golfo de Corinto, aunque posee algún suelo fértil, es un país montañoso, cuyas comunicaciones con el exterior son difíciles y donde no fue posible desarrollar ningún puerto en toda la costa etolia del Golfo de Corinto. El primer documento que atestigua la existencia de un *koinon* etolio data del 367 (IG IX I2, 2, 583) pero, posiblemente, la Confederación etolia se había organizado antes, quizá durante el siglo V.

La Confederación etolia era un típico estado étnico con tres grandes tribus: Apodotes, Ofioneos y Euritanes y subtribus. Vivían dispersos en pueblos sin fortificar y desconocemos completamente su organización. La transición de los grupos étnicos a las *poleis* se debió producir después de Queronea. En época helenística, la Confederación disponía de una asamblea a la que podían acudir todos los hombres en armas y en la que el voto era por cabeza. La asamblea se reunía dos veces al año, la de otoño en el santuario de Termo (Polib.5.8.5) pero no había sitio fijo para la otra. La asamblea elegía un hiparco, siete tesoreros y un secretario y al único estratego que figuraba a la cabeza de la Confederación. El gobierno federal dirigía la política exterior, el ejército, la marina, la organización financiera, legislativa y judicial. Existía también un Consejo pero no era un cuerpo probuléutico sino el cuerpo que actuaba entre las reuniones de la asamblea y elegía a un consejo más pequeño, los *apokletoi*, quizá la institución probuléutica que preparaba las reuniones del Consejo.

10. El ascenso de Macedonia y el debilitamiento de los griegos

10.1. Macedonia antes del siglo IV

Al norte de Tesalia, al otro lado del monte Olimpo, la sede sagrada de los dioses, se extendía hasta el lago Ocrida en el norte y las fuentes del río Estrimón, la antigua Macedonia, entonces y ahora una de las regiones más espaciosas y ricas de Grecia.

En el siglo V, Macedonia se dividía en tres grandes regiones (Tucídides. 2.99): la Alta Macedonia, la Baja Macedonia y la Migdonia. La Alta Macedonia, que se extiende al este del Pindo desde el lago Ocrida hasta las fuentes del río Haliacmón, comprende una serie de comarcas que se identifican también con determinados *ethne;* la Elimea, en el sureste, en el bucle del río Haliacmón y los confines de la Perrebea (periecos tesalios); la Oréstide, en el oeste, hacia las fuentes del Haliacmón y el sur del lago Ocrida, fronteriza ya con las tribus ilirias; la Eordea, al norte del Haliacmón hacia el actual lago Vegorítida y, por último, la Lincéstide, al noroeste del lago Ocrida, que confina al norte con los peonios.

La Baja Macedonia, desde las laderas septentrionales del Olimpo hasta el río Axio, era el área más rica y urbanizada y constituía el verdadero cora-

zón del reino. La Baja Macedonia incluía la Pieria, al sur del Haliacmón en la costa hasta Tesalia, la llanura de Ematia y, al sur de ella, la Botia hasta la orilla del Golfo termaico. Por último, la Migdonia se extiende entre el Axio y el Estrimón.

De creer a la tradición antigua (Tuc.2.99.3-6), podemos situar el solar originario de los macedonios en las áreas más montañosas al oeste de la Alta Macedonia, Elimea, Oréstide y Lincéstide, donde estaban ya establecidos al menos en el siglo VIII. Desde finales del siglo VIII, después del 730 (Hammond, 1992, 8), los macedonios comenzaron a expandirse en busca de las llanuras costeras; posiblemente la causa de esta expansión no es otra que la presión que ejercen sobre ellos los movimientos de población que afectaron a todo el norte de los Balcanes –empuje de los cimerios sobre los tracios al este y de los ilirios al oeste–. Los macedonios ocuparon primero la Pieria, con lo que obtuvieron una salida al Golfo termaico. Luego avanzaron contra los botieos que ocupaban la planicie de Ematia. Era esta llanura, antes que el mar, la zona que los macedonios consideraban más importante: el asentamiento en la plana de Ematia llevó a la conversión de parte del *ethnos* de ganaderos a agricultores. Es aquí donde establecieron también sus capitales, primero Egas y, a partir del siglo V, Pela. Después, conquistaron la Almopea en el río Axio y la Eordea en el Haliacmón. Más tarde cruzaron el Axio y sometieron la región que se extiende entre el Axio y el Estrimón, la Migdonia y la ciudad de Antemunte, los crestonios y la Bisaltia.

La expansión de los macedonios ha concluido a finales del siglo VI, de modo que el reino emerge a principios del siglo V plenamente constituido, aunque con una estructura ciertamente arcaica y laxa. Macedonia disponía de un territorio que casi duplicaba el de Tesalia (unos treinta mil kilómetros cuadrados frente a quince mil) y contaba con una población no muy elevada y dispersa. Parte de los habitantes originarios fueron expulsados o exterminados pero muchos permanecieron y se asimilaron a los macedonios. La comunidad de los pueblos macedonios reúne a todos los territorios que reconocen el dominio del rey. Este reino está dotado de una estructura muy poco centralizada y se compone de dos partes esenciales: por un lado, la *arché* del rey de Macedonia de la dinastía teménida, esto es, la Baja Macedonia y la Migdonia que están sometidas al control directo del soberano y, por otro, los pueblos de la Alta Macedonia que conservan cada uno su propio rey, así el rey de los lincestas o rey de los macedonios lincestas (Tuc.4.83.1). Aliados y sometidos, en teoría, al rey teménida, no forman parte de su *arché* y sobre ellos el rey no ejerce una autoridad directa. Cuando la autoridad real era débil, los príncipes de la Alta Macedonia tendían a convertirse prácticamente en soberanos independientes, a desarrollar una política propia y contraria a los teménidas y establecer vínculos de solidaridad con sus vecinos ilirios al oeste del Pindo. Así los objetivos básicos del rey de Macedonia no eran otros que asegurar, en pri-



Figura 10.1. El ascenso de Macedonia.

mer lugar, la estabilidad dinástica, luego, controlar a los dinastas dependientes de la Alta Macedonia, y, por último, consolidar las fronteras del reino ante ilirios, tracios y calcidios y, en menor medida, epirotas y peonios.

Para Demóstenes (*Tercera Filípica*. 31) y buena parte de los griegos los macedonios eran indudablemente bárbaros mientras que para otros, como Isócrates (*Filipo*.154), formaban parte de la Hélade, Tucídides nunca les llama bárbaros pero tampoco griegos y quizás se pueda pensar que, para algu-

nos, los macedonios formaban una categoría intermedia entre bárbaros y griegos. El debate sobre el helenismo de los macedonios puede parecer un poco ocioso pero no es del todo baladí ya que podría significar que la historia griega finalizaría con Filipo.

Vinculado a esta controversia se halla el problema de la lengua de los macedonios. Según algunos investigadores, la lengua originaria de los macedonios era una rama ilirio-epirota mientras que, para otros, sería un dialecto del griego. Para Hesíodo, los persas que sometieron Macedonia y Helánico (*FGrH* 4F 74) los macedonios parecen ser grecoparlantes. Posiblemente el propio nombre de macedonios sea de raíz griega y signifique "montañeses". Los filólogos, que han estudiado los léxica y las glosas de las palabras macedonias, han señalado que algunos vocablos son claramente griegos mientras que otros no pertenecen con rotundidad a la lengua griega. Los términos no griegos pueden explicarse fácilmente habida cuenta de que los macedonios conquistaron y asimilaron poblaciones tracias, peonias, frigias y estuvieron en estrecho contacto con epirotas e ilirios. No hace falta, pues, afirmar sobre esta base que el macedonio no es griego. Del mismo modo, las palabras griegas que se encuentran en el macedonio pueden ser, sencillamente, una influencia del sur. A falta de inscripciones dialectales, la evidencia filológica no es concluyente. Todo lo que podemos decir es que la mayor parte de los topónimos macedonios son griegos y también sus deidades y los nombres de los meses; en la corte de Arquelao, a finales del siglo V, el griego es la lengua normal y una gran parte de la población conoce bien el griego. El griego es también la lengua normal en la jefatura del ejército macedonio y la referencia a una lengua macedonia en el ejército de Alejandro puede distinguir simplemente la *koiné*, el griego normal, de una lengua macedonia que puede ser un dialecto del griego. Ser tachado de bárbaro no conllevaba indefectiblemente no hablar griego. Por ejemplo, Tucídides se refiere a las tribus epirotas como bárbaras pero, gracias a las inscripciones, sabemos que estas tribus en época de Tucídides, como él tampoco podía ignorar, hablaban griego y empleaban nombres griegos. En el estado actual de la cuestión sólo podemos apuntar una conclusión: la lengua griega está ampliamente difundida entre los macedonios y no sólo entre las clases altas, de ahí se sigue que, o bien los macedonios se han convertido progresivamente en bilingües, adoptando el griego, o bien la lengua macedonia es un dialecto del griego, si tuviéramos que inclinarnos por alguna, parece más fácil y económica esta última hipótesis.

La oposición entre griegos y bárbaros se fundaba indudablemente sobre la lengua pero más aún sobre la cultura, la *paideia*. De modo que, cuando un autor sostiene que un pueblo es bárbaro, piensa más en su modo de vida diferente a los helenos que en su lengua. Efectivamente, los macedonios tenían una organización diferente a la polis, subsistían una monarquía y comunida-

des étnicas y tenían costumbres propias diferentes a las del resto del mundo griego pero tal planteamiento es inquietante, resulta esterilizante y nos llevaría muy lejos: a preguntarnos, por ejemplo, por el helenismo de las tribus epirotas grecoparlantes y de una buena parte de la Grecia del noroeste.

El debate sobre el helenismo o la barbarie de los macedonios fue sobre todo una polémica propagandística, las diferencias entre los macedonios y el resto de los griegos no parecen suficientes para excluirles de la comunidad helénica pero, sobre todo, y he aquí la verdadera clave, la expansión de Macedonia en el mundo oriental resultó en expansión de la cultura griega hasta el Indo. Sólo por esto, amén de otras consideraciones expuestas, podríamos afirmar que Macedonia forma parte indisociable de la historia de Grecia.

Durante el siglo v, los reyes de Macedonia completan la conquista de la Pieria con la ciudad de Pidna, que nunca había sido dominada totalmente y se hicieron con el control de las minas de plata del monte Disoro, al norte de la Bisaltia, en el Estrimón, que rendían un talento diario. Se crea ahora la leyenda dinástica que vinculaba a los reyes de Macedonia con Heracles y Argos: hacía descender a la dinastía macedonia de la familia real argiva de los Teménidas. El nombre de Argeadas, con el que suele conocerse a la casa real de Macedonia, fue sin duda una creación de época helenística. Se difunde también la cultura griega con la presencia de Heródoto y Helánico en Macedonia, la participación en los Juegos Olímpicos, la vinculación con los santuarios de Olimpia y Delfos, etc. A pesar de todos los conflictos dinásticos, los reyes consiguen controlar las tendencias separatistas de la Alta Macedonia como la Lincéstide y mantener la independencia del reino frente a las amenazas bárbaras (persas, ilirias), las apetencias atenienses y calcídicas y las presiones espartanas.

Arquelao (413-399) fue, sin duda, uno de los más importantes reyes anteriores a Filipo, cuya obra en muchos sentidos prefigura. Reforzó, en primer lugar, el poder militar de Macedonia. Si Alejandro I, a principios del siglo v, había creado la famosa caballería macedonia conocida con el nombre de los *hetairoi* "compañeros", que pertenecían a la nobleza terrateniente, Arquelao reorganizó la infantería: introdujo la armadura hoplítica y, desde entonces, a los infantes pesados, cuyo núcleo eran los campesinos, se les denominó *pezhetairoi* "compañeros de a pie". Dividió de la Baja Macedonia en un cierto número de circunscripciones urbanas, centros fijos dé reclutamiento y de elaboración del censo de población; estos distritos pervivieron hasta el final de la historia de Macedonia.

Trasladó la capital de Egas a Pela, mejor situada en relación con la Calcídica, el comercio egeo y las minas del noreste y desde donde se podía ejercer un control más eficaz, político, económico y demográfico, sobre la Baja Macedonia. Egas permaneció como centro religioso e ideológico importante y como lugar de sepultura real. Finalmente, Arquelao favoreció la apertura del reino a

la cultura griega más avanzada, atrajo, entre otros, al pintor Zeuxis, al músico Timoteo de Mileto, al poeta épico Quérilo de Samos y, sobre todo, a Eurípides. En la ciudad de Dión, en la ladera del Olimpo, organizó unos festivales con competiciones atléticas, escénicas y musicales. No obstante, debemos entender que la "helenización" no tiene el objetivo último de favorecer la influencia cultural de la Grecia más desarrollada, sino que sirve a los intereses de la monarquía en cuanto que afirma el poder y el prestigio del reino y de su dinastía.

Sirva también el ejemplo de Arquelao para probar que el "surgimiento" de Macedonia como gran potencia en época de Filipo no es más que un espejismo: la fuerza de Macedonia es el resultado de una larga evolución que prepararon los reyes del siglo v.

10.2. Macedonia en la primera parte del siglo IV (399-360)

La muerte de Arquelao en el 399, asesinado en el curso de un cacería, significó para Macedonia el comienzo de un largo período de debilidad que habría de prolongarse durante cuarenta años hasta el ascenso de Filipo en el 360; una época sombría marcada por la recurrencia de las crisis dinásticas, la debilidad de la monarquía y la intervención de poderes exteriores (ilirios, calcidios, beocios, espartanos, atenienses).

En el septenio posterior a la desaparición de Arquelao, Macedonia se sumerge en una época de dramática inestabilidad. Crateo, el homicida de Arquelao, fue, a su vez, asesinado y el hijo más joven del soberano difunto, Orestes, reconocido rey. Su tutor Eropo, quizás el pariente más próximo a Orestes, lo asesinó más tarde y usurpó el título real con el nombre de Eropo III que es todavía rey en la primavera del 394 cuando niega el paso a Agesilao –el rey espartano consigue, sin embargo, atravesar Macedonia–. Después de la desaparición de Eropo III, los sucesos son confusos y la crisis dinástica parece haber alcanzado el paroxismo. Según Diodoro (14.84.7), a la muerte de Eropo, accede al trono su hijo Pausanias que reina un año. En realidad, la ascensión al trono de Pausanias no fue tan sencilla como Diodoro nos la presenta y parece que no fue unánimemente aceptada. Al menos tuvo un rival en un cierto Amintas Micros, hijo ilegítimo de Arquelao, que reivindica la corona después de la muerte de Eropo con el nombre de Amintas II y que fue a su vez asesinado por un príncipe lincéstida, Derdas II.

Finalmente, Pausanias fue asesinado por Amintas III, el padre de Filipo. Amintas tuvo un largo reinado (393/2-370/69) pero singularmente atormentado por humillaciones y derrotas. Tras siete años de crisis, el reino estaba en una situación de debilidad extrema y el poder monárquico era mal reconocido en amplias zonas como la Lincéstide y la Elimea. Posiblemente en el primer año de su reinado, los ilirios, bajo el mando de su poderoso rey Bardilis, inva-

dieron el reino y ocuparon toda la Alta Macedonia. Para hacer frente a los ilirios, Amintas se alió con los calcidios a los que hizo numerosas concesiones territoriales (Tod *GHI* nº111): el rey cedía una parte oriental del reino y dejaba en manos de la Confederación calcídica los derechos de exportación de pez y maderas de todas clases –muy demandadas para la construcción naval–.

De nada sirvió, a causa de la presión iliria y posiblemente con la pasividad o la complicidad calcídica, Amintas fue expulsado de Macedonia, quizás en el mismo 393, y se refugió en Tesalia (Isoc.6.46; Diodoro.14.92.3). Con ayuda tesalia, Amintas regresa y recupera la corona. Poco después Amintas obtuvo la paz con los ilirios, posiblemente a cambio del pago de un tributo, y gracias al matrimonio con una princesa de la Elimea, restablece su dominio sobre la Alta Macedonia.

Entonces Amintas reclamó a los calcidios la restitución de los territorios cedidos por Macedonia a lo que éstos responden con la guerra. Es el comienzo de un largo enfrentamiento mal conocido que habría de perdurar hasta el 379. A pesar de sus alianza con Derdas II y con Cotis, el rey de los odrisios, Amintas combate prácticamente solo y la lucha es desfavorable para Macedonia. Los calcidios ocuparon una buena parte del reino, la Migdonia y buena parte de la Baja Macedonia, y llegaron incluso a conquistar Pela, la capital. Durante dos años, en el 387-385 o 385-382 reina Argeo, cuya autoridad es reconocida en una parte de Macedonia, posiblemente un candidato al trono impuesto por los olintios. Amintas consigue expulsar a Argeo, pero en el 382 ha perdido frente a los calcidios casi todas las ciudades orientales. Es ahora cuando interviene Esparta en virtud del principio de autonomía de la Paz del Rey para disolver la poderosa Confederación calcídica. Tras tres años de lucha, con ayuda de varias ciudades calcídicas y de Amintas III, los lacedemonios hacen capitular a Olinto y disuelven la Confederación. Macedonia se libera de la amenaza calcídica y recupera todos sus territorios.

El reino pudo haberse convertido entonces en un dócil aliado de Esparta pero ante las dificultades lacedemonias, guerra en Beocia, fundación de la Segunda Liga ateniense, Macedonia disfruta de un breve período de paz. Amintas evita todo conflicto con los ilirios o con Jasón de Feras y se alía con Atenas que obtiene ventajas económicas y navales como la explotación de la madera. En el 371, Amintas llegó a reconocer los derechos atenienses sobre Anfípolis.

Amintas muere en el 370 dejando tres hijos legítimos nacidos de la reina Eurídice: Alejandro, Pérdicas y Filipo, los tres estaban destinados reinar. La debilidad espartana había permitido a los calcidios reconstruir la confederación e intervienen después de la muerte de Amintas III, sosteniendo a un pretendiente de otra rama de la dinastía. Alejandro II vence a su rival gracias al apoyo de Ifícrates que estaba destacado en la zona.

Numerosas familias de la aristocracia tesalia, expulsadas por los tiranos de Feras, habían encontrado refugio en Macedonia; Alejandro fue persuadi-

do para emprender la guerra contra Tesalia y ocupó las ciudades de Larisa y Cranón, pero luego se negó a restituirlas a sus aliados tesalios. Éstos pidieron la ayuda de Tebas: Pelópidas penetró en Tesalia con un fuerte ejército y expulsó a los macedonios; luego entró en Macedonia y firmó un tratado de alianza con Alejandro.

Después de la partida de Pelópidas, Alejandro II es asesinado, en el 368, por su cuñado Ptolomeo de Aloro. Durante tres años, Ptolomeo se convierte en regente de Macedonia. Pelópidas interviene nuevamente en Macedonia y Ptolomeo reafirma el tratado de alianza con la Confederación beocia y se compromete a respetar los derechos de Pérdicas y Filipo al trono.

En el 365, Pérdicas III, con veinte años de edad, asesina a Ptolomeo y se hace con el control del poder. En los primeros momentos de su reinado, como aliado beocio, sufre los ataques atenienses. En el 363, el estratego ateniense Timoteo ocupó Pidna y Metone, muy próximos a la capital macedonia. La paz firmada entre Atenas y Macedonia consagra los éxitos atenienses y la debilidad de Pérdicas. Las relaciones cordiales fueron, sin embargo, muy breves, puesto que, desde el 362, una guarnición macedonia sostiene Anfípolis contra los repetidos ataques atenienses.

Con todo, el mayor peligro para Macedonia siguen siendo los ilirios que se habían unido bajo el poderoso rey Bardilis. Los ilirios amenazaban el occidente del reino y habían sometido a su influencia la Lincéstide. Para atajar su poder, Pérdicas III emprendió una campaña contra ellos en el 360. Tomó primero la Lincéstide y destronó al dinasta Menelao. Luego penetró en Iliria. Pero los ilirios le derrotaron en una gran batalla en la que perecieron el propio rey y cuatro mil de sus hombres. Una catástrofe. Los ilirios recuperaban la Lincéstide y se aprestaban a penetrar en el corazón de un reino cuya dinastía parecía débil: Pérdicas dejaba un hijo de corta edad, Amintas, y un joven hermano, Filipo.

10.3. Los primeros años del reinado de Filipo (360-357)

Inmediatamente después de la desastrosa batalla contra los ilirios, durante el mismo otoño del 360, Filipo se convirtió en regente del pequeño hijo de su hermano Pérdicas. A pesar de su juventud, contaba entonces apenas veintidós o veintitrés años, Filipo había sufrido en su propia persona las desgracias que aquejaban a Macedonia como las crisis dinásticas y la intromisión extranjera. A la muerte de su padre Amintas, Ifícrates había intervenido para hacer respetar los derechos de sus hijos. Su hermano Alejandro II se había visto obligado a firmar una alianza desigual con Beocia y luego fue asesinado por Ptolomeo. Durante la regencia de Ptolomeo, con dieciocho años de edad, permaneció como rehén en Tebas en la casa del gran general tebano

Pamenes. Esta borrascosa infancia y adolescencia y su estancia en Tebas había marcado su vida: conocía bien por haberlos padecido los problemas de Macedonia y estaba resuelto a solucionarlos a cualquier precio.

En aquel otoño del 360, los problemas a los que el joven regente debía hacer frente eran sencillamente críticos: no sólo parecía amenazada la dinastía sino la propia existencia del reino. Bardilis y los ilirios han ocupado la Lincéstide y posiblemente una gran parte de la Alta Macedonia y seguían en guerra con Macedonia; los peonios, pastores nómadas del norte, comenzaban a invadir y a saquear todo el norte del país, descendiendo por el valle del Estrimón; el príncipe tracio Berisades quería extender su dominio del Estrimón al Axio y ambicionaba la Migdonia; Atenas trataba de recuperar Anfípolis y los calcidios apetecían nuevos territorios en la Macedonia oriental; los dinastas locales se independizaban y por doquier surgían nuevos pretendientes al trono de Macedonia, Argeo, que ya había disputado el trono a Amintas III, estaba apoyado por los atenienses a los que promete Anfípolis; Arquelao, hijo bastardo de Amintas III, ayudado por sus hermanos Arrideo y Menelao, quería imponer su primogenitura a la rama legítima de la dinastía y, finalmente, Pausanias, que había sido expulsado por Ifícrates y se había refugiado en la Migdonia, contaba con el auxilio del tracio Berisades.

Ante tamañas dificultades, Filipo dio muestras ya en los primeros meses de su gobierno de su talento y valía como estadista. En una frenética y casi desesperada actividad, entre el 360 y 359, Filipo compra la retirada de los peonios y la amistad de Berisades, se somete a los ilirios, reconoce sus derechos sobre la Alta Macedonia, se desposa con la princesa Audata, hija del rey Bardilis y posiblemente se compromete también a pagar tributo. Ahora tiene las manos libres para volverse contra los pretendientes, da muerte a Arquelao y sus hermanos huyen. Desde Metone, Argeo, con la ayuda de algunos soldados atenienses de la guarnición, ocupa Egas, pero no consigue el apoyo del pueblo macedonio y se retira nuevamente hacia Metone. Filipo le sorprende en el camino de regreso y, obligado a entregarse, es ejecutado. Su poder es todavía débil y no podía correr el riesgo de un enfrentamiento con Atenas. Con gran habilidad, Filipo libera a los prisioneros atenienses, es un gesto que apacigua a Atenas y evita su intervención. Al mismo tiempo, Filipo reforma el ejército macedonio y le dota del mejor armamento y entrenamiento de la época.

Con los pretendientes eliminados, la interferencia ateniense alejada y un flamante ejército, Filipo puede hacer frente al peligro bárbaro. En el verano del 358, aprovechando la muerte de su rey Agis, Filipo invade la Peonia y la somete a su autoridad. Bardilis ofrece entonces a Filipo un acuerdo de paz a cambio de que renuncie a la Alta Macedonia. Demasiado tarde, en el 359 Bardilis había tenido su oportunidad pero concedió al regente de Macedonia un respiro precioso que habría de resultar fatal. Desde la Peonia, Filipo invade la Lincéstide y se enfrenta a los ilirios en una dura batalla que plan-

teó con ataques de caballería contra los flancos mientras él mandaba el ala derecha donde situó sus mejores tropas; la lucha acaba en derrota y gran matanza de los ilirios (Diodoro. 16.4.5-6), su rey Bardilis debe evacuar la Alta Macedonia y la frontera queda fijada en el lago Ocrida.

Después de la derrota iliria, Filipo procede a someter y reorganizar la Alta Macedonia. La Elimea, que había permanecido fiel, conserva su dinastía y Filipo llega incluso a tomar como esposa a una hermana del príncipe elimeo; pero los dinastas de la Lincéstide y Oréstide, que habían contemporizado con los ilirios, fueron obligados a instalarse en Pela, lo que venía a significar que ambas regiones perdían sus realezas propias.

Apenas en dos años, Filipo ha restaurado el poder macedonio. Hacia el otoño del 358, Filipo se siente lo suficientemente fuerte para intervenir en Tesalia y en el Épiro. En Tesalia, que sigue desgarrada por la lucha entre los Aléuadas de Larisa y los tiranos de Feras, Filipo se presenta como un aliado de los Aléuadas y les sostiene frente a Feras, evidentemente porque temía el poder de Feras, terrestre y naval, a las puertas de su reino. Al mismo tiempo, estrecha los lazos con el Épiro, contrae matrimonio con Olimpia, hija del rey Neoptólemo de los molosos y futura madre de Alejandro. Como dote, Olimpia aporta a Filipo el territorio epirota de la Tinfea con lo que se amplía la frontera occidental de Macedonia.

Quizás en este mismo año Filipo concluye un tratado de amistad con Atenas. En medio de la lucha contra los bárbaros, Filipo no hubiera podido hacer frente a las incursiones atenienses, pero la paz consagra también la posición ventajosa de los atenienses en el norte. Atenas retiene aquí tres ciudades esenciales: Pidna, Metone y Potidea. Pidna amenaza la Pieria macedonia y toda la Baja Macedonia y era una de sus más importantes salidas al Egeo. Metone está situada a una veintena de kilómetros escasos de Egas, controla la ruta que lleva de Macedonia a Tesalia y es la principal salida marítima de la llanura de Ematia y del corazón de Macedonia. Potidea ocupa una posición estratégica próxima a Macedonia y a Olinto. Filipo reconoce también los derechos atenienses sobre Anfípolis, el puerto principal de exportación de la madera y los minerales de Macedonia, y retira a la guarnición lacedemonia estacionada aquí por su hermano Pérdicas III. Sin embargo, a pesar de la retirada de la guarnición macedonia, los atenienses fueron incapaces de tomar Anfípolis.

10.4. Atenas y la Guerra social. La última fase de la Liga

En el 357, mientras los atenienses estaban ocupados en Eubea, Rodas, Cos, Quíos y Bizancio se rebelaron y se negaron a pagar las *syntaxeis* exigidas por Atenas.

Los atenienses respondieron rápidamente enviando sesenta naves, bajo el mando de Cares, contra Quíos pero en el curso del asedio a la ciudad, la flota fue derrotada y se retiró al norte para operar contra Bizancio (Dem.20.81; Plut.*Foción*.6; Nep.*Cabrias*.4.1). Al año siguiente (356), una flota rebelde de cien naves saqueó las islas leales a Atenas y puso sitio a Samos. Entonces los atenienses despacharon otra escuadra de sesenta trirremes al mando de Ifícrates, Menesteo y Timoteo para unirse a la de Cares. La flota ateniense reunida se dirigió contra Quíos y Bizancio. Ante esta amenaza, los rebeldes levantaron el sitio de Samos y pusieron proa hacia el norte. Ambas flotas se encontraron frente a frente en Embata no lejos de Eritras. En medio de una tempestad, Cares quería entablar combate con la armada rebelde pero los demás generales, Ificrates, Timoteo y Menesteo, se negaron a seguirle y anclaron su flota. Cares atacó con sus propias fuerzas y sufrió una fuerte derrota. Después de la derrota, Cares acusó a los otros estrategos de traición por haber aceptado sobornos de los rebeldes y haberse opuesto a combatir (Polieno.2.9.29). Ifícrates y Menesteo fueron absueltos pero se retiraron de la vida pública. Timoteo fue multado y abandonó también Atenas.

Cares prosiguió la guerra durante el año siguiente. Para encontrar dinero con el que pagar a sus tropas, el general empleó sus fuerzas al servicio de Artabazo, el sátrapa rebelde de la Frigia helespontina, aunque ganó una batalla y cubrió sus expectativas financieras, provocó la hostilidad de Artajerjes Oco (Diodoro.16.22.1-2; Plut.*Arato*.16). El rey persa envió una embajada a Atenas en la que amenazaba con apoyar a los rebeldes con la flota fenicia. Los atenienses, agotados económicamente, aceptaron el ultimátum persa e hicieron también la paz con los rebeldes y reconocieron su independencia.

La Liga ateniense no fue disuelta y numerosas ciudades pequeñas siguieron formando parte de ella pero, desde la Guerra social, la liga tenía muy poca importancia (Dem.18.234) y está ausente de todas las expediciones militares que conocemos.

10.5. El imperialismo ateniense del siglo IV: mito y realidad

Al menos hasta el principio de la década de los ochenta ha predominado en la investigación moderna lo que podríamos llamar una visión "imperialista" de la Segunda Liga ateniense. Según esta interpretación, las promesas del decreto de Aristóteles eran vacías, nunca fueron observadas y rápidamente se rompieron. Especialmente después de las batallas de Naxos y Leuctra, cuando Esparta dejó de ser una amenaza para los isleños, Atenas condujo a la liga hacia sus propios fines, incluyó nuevos miembros por la fuerza, estableció cleruquías y envió expediciones con escaso dinero que gastaban la mayor parte del tiempo esquilmando a los aliados. El malestar es ya

patente en el momento de la expedición naval de Epaminondas en el 364 y estalla en la Guerra social que fue provocada precisamente por el comportamiento imperialista de Atenas. Sin embargo, es necesario examinar este juicio y las acusaciones en que se fundamenta con mayor detenimiento.

10.5.1. La posesión de propiedades en los territorios de los aliados

Ésta fue una de las mayores críticas al imperialismo ateniense del siglo V y es la parte en que la estela de Aristóteles hace especial hincapié. Al contrario de lo que ocurriera en el siglo V, no conservamos una sola noticia ni en Atenas ni fuera de ella donde se mencione la posesión de bienes inmuebles por parte de particulares o por el estado ateniense fuera del Ática y eso a pesar de que la documentación del siglo IV es mucho mayor que la del V. No disponemos tampoco de un solo epígrafe que indique la posesión de terrenos fuera del Ática y ni una sola de las acusaciones a la Segunda Liga ateniense, que a veces son especialmente vehementes como, por ejemplo, los discursos de Isócrates de mediados de siglo, se refiere a este asunto. Todo parece indicar, pues, que los atenienses cumplieron escrupulosamente la promesa de no adquirir bienes inmuebles en el territorio de los aliados.

10.5.2. Las cleruquías atenienses del siglo IV

Podemos definir técnicamente la cleruquía como una comunidad de ciudadanos atenienses en el exterior incluidos en los demos y las tribus atenienses que tenían que servir en el ejército ateniense y pagar impuestos pero que disfrutaban de algún grado de autogobierno, en contraste con la colonia que era un estado separado. En el siglo V algunas cleruquías habían sido establecidas en tierras conquistadas a los aliados rebeldes sin compensación a los propietarios desposeídos. El sistema de cleruquías creó un enorme resentimiento y fue uno de los elementos principales de la crítica al imperialismo del siglo V.

Tras la Paz del rey sólo permanecen como cleruquías atenienses Lemnos, Imbros y Esciros, puntos esenciales en la ruta del trigo póntico. Fuera de estas cleruquías, y durante los cuarenta años de vigencia de la Segunda Liga, conocemos tres únicas cleruquías: Samos, Potidea y el Quersoneso.

Samos no era miembro de la Liga y la cleruquía samia parece haber provocado un tenso debate en Atenas con la oposición de un orador llamado Cidias. Potidea era otra ciudad capturada por Timoteo pero dejada aparentemente autónoma. Ella misma pidió el envío de clerucos de acuerdo con un decreto ateniense del 362/1. Los clerucos fueron enviados en el 361/0. Tampoco Potidea era miembro de la Liga. La cleruquía en el Quersoneso pudo

ser establecida hacia el 353/2 y no más tarde del 343/2 y parece que se le dio la bienvenida por la mayor parte de los pueblos del Quersoneso. Tampoco eran miembros de la Liga.

En definitiva, no parece que se establecieran cleruquías entre los miembros de la Liga por lo que, técnicamente, no hubo infracción a esta cláusula del decreto. Ninguna fue establecida como castigo de una rebelión. Las cleruquías en los territorios que no eran de la Liga aparentemente tenían propósitos justificados: protección de la ruta del grano, prevención de la conquista persa o contra la expansión de Filipo. Algunas parecen haber sido solicitadas por los propios estados o se les dio la bienvenida.

10.5.3. La interferencia judicial ateniense

Hay poca evidencia de un incremento de la usurpación ateniense del poder a expensas del *synedrion* y los textos conservados parecen indicar justamente lo contrario: la letra del procedimiento legislativo entre Atenas y sus aliados fue observado de principio a fin y nada indica el crecimiento de los poderes judiciales atenienses a expensas del sinedrio, especialmente si interpretamos la relación entre el sinedrio y la asamblea ateniense similar a la que existía entre el consejo y la asamblea. No hay buenas razones para aseverar que Atenas desoyó al *synedrion*, tampoco podemos asegurar que los atenienses olvidaran los procedimientos formales establecidos en los primeros días de la Liga.

Si Atenas reeditó el sistema de interferencia judicial del siglo V es bastante inseguro. Parte puede haber sobrevivido (Tod *GHI* 142, 73-5, IG.II^2 179), pero no parece que Atenas reviviera los métodos judiciales del imperialismo del siglo V.

10.5.4. Gobernadores y guarniciones

Sobre las guarniciones y los gobernadores la evidencia es también muy pequeña. La primera guarnición conocida fue establecida en Eubea por Cabrias contra Histiea que era hostil a Atenas. Conocemos también otras guarniciones, fechadas en el 375, que fueron introducidas en Mitilene, un miembro de la Liga, y Siro, también otro miembro probable de la Liga. Además tenemos noticias de guarniciones en Abdera, Andros y Amorgos. La guarnición de Andros se data en el 357/6 y aquí fue gobernador Androtion. Durante la Guerra social, Amorgos era básica en el control de la ruta del grano y estaba muy próxima a un grupo de rebeldes. Timarco, un partidario de Demóstenes, parece haber sido gobernador de Andros en algún momento de los sesenta (Esquines le acusa de haber comprado el cargo por treinta

minas). Por último, hay evidencia de guarniciones y de supervisores en Cefalenia (IG.II^2 98).

Sin embargo, no existe ningún ejemplo claro de establecimiento en el territorio que se le fuerza a volver a la Liga. Las guarniciones conocidas son en el territorio de los aliados fieles, sorprendente si la finalidad de arcontes y guarniciones era el control de los aliados. Las guarniciones instaladas obedecen a necesidades militares, requirieron el visto bueno del *synedrion* de los aliados y el *dogma* pertinente y se estacionaron con el consentimiento de quienes las recibían. Aparentemente, en contra de las disposiciones del decreto, los atenienses emplearon guarniciones y gobernadores, pero esta cláusula restrictiva no se aplicaba a las ciudades que hacían expresa demanda de guarnición y era necesario además el consentimiento del sinedrio de los aliados. Conservamos dos inscripciones que reflejan las relaciones entre gobernadores y los estados miembros y sugieren cordialidad (Tod *GHI* nºs 152 y 156). Finalmente, las guarniciones y los gobernadores no fueron una innovación del período inmediatamente anterior a la Guerra social o de la propia Guerra social por lo que no son una prueba de la evolución imperialista de la Segunda Liga.

10.5.5. El problema de las *syntaxeis* (contribuciones)

La mención más temprana de la *syntaxeis* (contribuciones) es del 373 (Dem.49.49) y parece que hasta esta fecha Atenas costeaba las campañas ella sola. Semejante esfuerzo era insostenible, ya que Atenas no podía soportar con sus propios medios el estado continuo de guerra y pagar y mantener su propia flota y la de sus aliados cuando se unían en una expedición a la flota ateniense. Las *syntaxeis* fueron introducidas probablemente en el 373 quizás sólo en período de guerra y poco después pasaron a ser anuales. Un miembro de la Liga hacía contribuciones *(syntaxeis)* al tesoro de la Liga. Atenas no pagaba *syntaxeis* pero contribuía con fondos y con la mayor parte de los barcos y soldados. Es muy posible también que los aliados más poderosos que contribuían con naves y hombres no pagaran tampoco *syntaxeis*.

Para fijar una contribución era necesario el acuerdo del *synedrion* de los aliados. Así, por ejemplo, en el tratado de alianza como miembro de la liga de Cálcide, en el 377, se promete a los calcidios que no recibirían una guarnición ateniense o pagarían *phoroi* (tributos) o recibirían un arconte sino es por decreto de los aliados. En el caso de Eno, que aparece en el pseudodemosténico discurso [58], se menciona el decreto de Tucídides relativo a su contribución y se dice literalmente que el pueblo había aceptado la cifra que ellos habían convenido con Cares ([Dem].58.37-38). Sin embargo, no es necesario pensar que Cares y Atenas fijaron por sí solos la contribución de Eno. Los de Eno llegaron a un acuerdo con Cares. Cares envió una solicitud a Ate-

nas que pudo ser respaldada por un *dogma* del *synedrion* de los aliados y refrendada por la asamblea en un decreto propuesto por Tucídides.

En definitiva, las contribuciones se fijaban en cooperación con los aliados, los aliados emitían un *dogma* sobre la *syntaxis* y, aunque la última palabra quedaba en manos de la asamblea ateniense, debía ser aceptado la mayor parte de las veces.

Ignoramos el montante total o parcial de la *syntaxis* salvo en los últimos momentos de la liga después de la Guerra social. En el 343 (Esquines.2.71), Cares y sus delegados recogían sesenta talentos cada año. Según Demóstenes (18.234), en la lucha final contra Filipo, los atenienses recogían sólo cuarenta y cinco talentos anuales. Esta contribución no parece alta y representaba sólo una parte mínima del coste de las campañas militares. Así, sólo en los dos años que duró la Guerra social, los atenienses gastaron unos mil quinientos talentos.

Los generales atenienses eran los encargados de recoger la *syntaxis*. Los estados reluctantes eran amenazados y saqueados por generales menos escrupulosos que Timoteo o Foción y la obligación provocaba resentimiento (Isoc.8.29). Es éste uno de los mayores elementos de crítica a la Segunda Liga ateniense. Sin embargo, contrariamente al tributo del siglo V, que sirvió para enriquecer a los atenienses y para embellecer la acrópolis, las contribuciones del siglo IV fueron empleadas solamente para los fines militares de la Liga.

Dentro de las medidas económicas tomadas por Atenas se nos ha conservado el llamado decreto monetario del 375/4 (Harding nº45). Según el decreto, las monedas acuñadas fuera del Ática, si tenían el mismo metal y peso de las atenienses, debían ser tratadas por los mercaderes como si fueran acuñaciones atenienses. Es decir, se establecía un procedimiento totalmente contrario a la práctica ateniense del siglo V, cuando Atenas obligó a los aliados a adoptar la moneda ateniense en su propio comercio.

10.5.6. La interferencia ateniense en la autonomía de los aliados

Durante el siglo V, Atenas apoyaba a las facciones democráticas y, al menos en varias ocasiones, especialmente tras una rebelión, forzó la imposición de gobiernos democráticos proatenienses. Esta infracción ateniense de la autonomía interna levantaba recelos entre los aliados y, por ello, el decreto de Aristóteles afirma expresamente el compromiso ateniense de respetar el régimen político que, en cada momento, posea cada estado aliado.

A lo largo de los cuarenta años de duración de la alianza conocemos dos únicas intervenciones atenienses en la política interna de otros estados. En los primeros tiempos de la liga, en el verano del 375, Timoteo apoya a los demócratas de Zacinto que estaban en el exilio. Esta política llevó nuevamente a la

guerra contra Esparta y no parece haber sido continuada. En el 361/360, Cares está en Corcira y apoya una conspiración oligárquica que derriba la democracia. Conviene recordar que ni Zacinto ni Corcira eran miembros de la liga.

No hay ningún ejemplo de que Atenas tratara de alterar el gobierno de un miembro de la Liga. Aparentemente, toleró cambios, y no precisamente democráticos, dentro de la Liga. Así, Mitilene se unió a la liga como una democracia y el demo de los mitilenios fue honrado en decretos atenienses del 369/8 y 368/7. Poco después tuvo lugar un golpe oligárquico y Mitilene permaneció, sin embargo, en la Liga. Incluso mantuvo buenas relaciones, por ejemplo, con Cleomis, el tirano de Metimna.

Es obvio que Atenas prefería los regímenes políticos democráticos pero, con la única y escasa evidencia a nuestro alcance, puede que estemos más cerca de la realidad si pensamos que los atenienses respetaron el compromiso de que los aliados pudieran elegir su propia forma de gobierno.

10.5.7. Las defecciones de la Liga y las causas de la Guerra social

Es cierto que la Liga sufrió un buen número de defecciones y muchos autores modernos han visto la causa de ellas en el comportamiento imperialista ateniense. Pero una gran parte de las defecciones pueden achacarse a la presión de otras potencias como son la Confederación beocia, Caria y Filipo.

La firma de la paz del 371 marca la salida de Tebas de la Liga, evidentemente no por opresión ateniense. Las secesiones de Eubea y Acarnania en el 370 y de Oropo en el 366 no fueron producto del imperialismo ateniense sino de la política agresiva de Tebas. En la defección de Bizancio, en el 364, tuvo también mucho que ver la influencia tebana. La deserción de Olinto puede explicarse por la rivalidad con Atenas sobre el control de Anfípolis y de algunas ciudades de la Confederación calcídica. Nada sabemos de la fecha y las circunstancias de la rebelión de Ceos pero lo cierto es que el acuerdo impuesto por los atenienses a los que se rebelaron sin éxito o a los que volvieron posteriormente a la Liga fue bastante suave.

Las causas de la Guerra social, por la carencia de evidencia, es uno de los más graves problemas del siglo IV. La mayor parte de los autores modernos culpan casi únicamente al imperialismo ateniense. Sin negarlo, es necesario también destacar otra serie de causas. En Diodoro y Demóstenes, los únicos que nos informan sobre las causas de la Guerra social, la satrapía de Caria, gobernada por Mausolo, tiene una especial importancia. Demóstenes (15.3) dice expresamente:

> "Nosotros fuimos acusados por los quiotas, bizantinos y rodios de conspirar contra ellos y por esto se unieron todos ellos en la última guerra contra nosotros:

pero se demostrará con claridad que el principal promotor fue Mausolo, que habiendo afirmado que era amigo de éstos, les ha despojado de su libertad y, aunque declaraba que era aliado de los quiotas y los bizantinos, nunca les ayudó en sus desgracias" (Dem.15.3; trad. J. Pascual).

Bizancio, que se había separado de la Liga desde finales de los sesenta, ayudó a los rebeldes durante la Guerra social e impulsó la defección de Selimbria y Perinto. Por último, Filipo ocupó Anfípolis, Pidna, Potidea, lo que hizo regresar a los clerucos atenienses, Metone, Maronea, Abdera, Neápolis, Cardia y Haloneso.

Las ciudades que se habían liberado de Atenas cayeron bajo poderes mucho más tiránicos que Atenas como eran Filipo y Caria. En Rodas, Mausolo impulsó una conspiración antidemocrática y se estableció una estrecha oligarquía bajo Agesíloco. Una guarnición caria se estacionó en la acrópolis. Del mismo modo, Cos y Quíos fueron también ocupadas por Caria.

Muchos estados que hicieron defección volvieron nuevamente a la alianza con Atenas. Los eubeos renovaron su pertenencia a la Liga en el 357 y los mitilenios lo hicieron en el 346. Acarnania, separada a finales de los setenta, reaparece a finales de los cuarenta en buenas relaciones con Atenas y lucha del lado ateniense en Queronea. Finalmente, en el 349, se firmó una nueva alianza entre Olinto y Atenas pero era demasiado tarde para frenar a Filipo.

En conclusión, hubo ciertamente comportamientos imperialistas, por ejemplo, la obsesión por Anfípolis que nada tenía que ver con los intereses de los aliados o la imposición de contribuciones económicas, pero la Segunda Liga ateniense está muy lejos del imperio del siglo v y más próximo a una Liga hegemónica (cf. p. 197).

10.6. Los progresos de Filipo durante la Guerra social

La Guerra social brinda a Filipo una buena oportunidad para atacar dos importantes ciudades: Anfípolis y Pidna. Con sus campañas contra estas dos ciudades, Filipo inicia el camino que expulsará a los atenienses de Macedonia y Tracia.

Gracias al uso de máquinas de sitio, Anfípolis cae en el verano/otoño del 357. La ciudad retiene una autonomía muy limitada, se instala una guarnición macedonia y numerosos anfipolitanos enemigos de Filipo son expulsados, sus tierras confiscadas y repartidas entre los compañeros de Filipo. Después, entre finales del 357 y principios del 356, Pidna capitula.

Para justificar la pasividad ateniense se ha aducido, sobre la base del testimonio de Teopompo (*FGrH* 115 F52), que un comité de la bulé ateniense había negociado un pacto secreto con Filipo por el cual el rey ocupaba Anfi-

polis y se comprometía a entregarla a los atenienses a cambio de Pidna. Parece difícil aceptar la existencia de tal acuerdo secreto, absolutamente contrario a la legalidad ateniense y que entregaba a Filipo un aliado como era Pidna. Basta en realidad con comprender la apurada situación de Atenas en estos momentos, comprometida en Eubea y en el Quersoneso primero y en plena Guerra social después. En este mismo año (357), Filipo negocia también una alianza con la Confederación calcídica sancionada por el mismo oráculo de Delfos, prueba del temprano interés de Filipo por la autoridad religiosa más respetada en todo el mundo griego. Filipo se comprometía a entregarles la ciudad de Antemunte y a ayudarles en la conquista de Potidea, a cambio, los calcidios no tratarían separadamente con Atenas.

Como fruto de la alianza del 357, las tropas macedonias y calcídicas atacaron Potidea y la tomaron en julio del 356. La ciudad fue arrasada y Olinto recibió el territorio; a los clerucos atenienses instalados en Potidea desde el 364 se les permitió regresar a su patria, como si la guerra hubiera sido asunto tan sólo de los potideatas. En el mismo verano, Filipo conquistó Crenides, una ciudad que había sido fundada por los habitantes de Tasos para explotar las minas auríferas del monte Pangeo y pertenecía a los tracios; Filipo fortificó la ciudad, cambió su nombre por el de Filipos e instaló numerosos colonos procedentes de su reino.

Atenas reacciona de forma indirecta, no podía hacer otra cosa, e intenta crear una amenaza en el flanco oriental de Filipo: firma alianzas con los reyes de los odrisios, Amádoco, Berisades y Cersebleptes, con el rey Cetríporis de Tracia, el dinasta peonio Lipeo, el rey ilirio Grabo y la ciudad de Neápolis, puerto de la antigua Crenides, que se veía como el próximo objetivo de Filipo. Atenas ofrecía apoyo militar y proclamaba que su misión finalizaría solamente cuando Filipo devolviera las conquistas que había realizado. Pero los atenienses no podían enviar tropas y Filipo lo sabía. Moviéndose con suma rapidez, el rey de Macedonia sometió a los tracios de Cetríporis y a los peonios de Lipeo mientras su general Parmenión derrotaba en la frontera occidental a los ilirios de Grabo. Atenas había perdido en un instante a casi todos sus aliados en el norte y la flota sólo pudo defender Neápolis. A partir de ahora, Filipo pudo reclutar soldados entre los tracios, ilirios y peonios, especialmente infantería y caballería ligeras. En el verano del 356 tuvo lugar el más importante acontecimiento para el futuro: Olimpia le dio su primer hijo al que se puso por nombre Alejandro. Llegará el día en el que el primogénito habría de ensombrecer los triunfos de su padre.

Después de la Guerra social, el predominio de los moderados de Eubulo y su política pacifista favorecen los designios de Filipo. Tras su victoria sobre la coalición proateniense, en el otoño del 355, Filipo asedia Metone. El sitio fue largo y duro, incluso Filipo perdió un ojo como consecuencia de una herida recibida, Atenas envió un primer contingente y la segunda expedición lle-

ga cuando los macedonios han tomado la ciudad en el verano del 354. Metone fue saqueada y arrasada, sus habitantes tuvieron que dispersarse y su territorio fue repartido entre colonos macedonios. Poco después, el rey de Macedonia atacó las ciudades de la costa tracia, Neápolis resistió, defendida por Cares y la flota ateniense, pero Abdera y Maronea cayeron en manos de Filipo.

Quizás ya en el 357, Filipo se hace proclamar rey por la asamblea macedonia. Esto significaba que su sobrino Amintas IV quedaba desposeído de la corona, recibió como compensación en matrimonio a una hija de Filipo. Posteriormente nadie osó disputar el trono a Filipo. Sólo a su muerte Amintas conspiró para sucederle pero fue eliminado por Alejandro.

Con la toma de Metone, Filipo ha alcanzado la mayor extensión jamás lograda por Macedonia; sus límites llegaban al río Nesto en Tracia, que desemboca frente a la isla de Tasos; Epiro e Iliria por occidente y Tesalia al sur. Toda la Calcídica mantenía su alianza con el rey, mientras que el resto de las posesiones griegas habían sido absorbidas. Así, tras una primera fase de consolidación (360-358), Filipo concluye una segunda etapa de expansión (357-354) que convierte a Macedonia en la primera potencia en el norte del Egeo y la prepara para intervenir en Tesalia y Grecia central.

En el otoño del 354, la guerra continúa entre Atenas y Filipo pero no hay ningún enfrentamiento entre ellos por una simple razón: los atenienses han sido enteramente expulsados de las regiones próximas a Macedonia. Sin embargo, los atenienses no firman la paz por lo que, técnicamente, el estado de guerra entre ambos contendientes continúa, Atenas no renuncia así oficialmente a sus posesiones perdidas. En el 354, ningún ateniense podía suponer que Filipo atacaría un día el Ática.

10.7. Los inicios de la III Guerra sagrada. Filipo en Tesalia y las Termópilas. Tracia y los Estrechos

Los orígenes del largo conflicto que denominamos III Guerra Sagrada y que habría de durar hasta el 346 son muy obscuros. El territorio de Delfos forma parte geográfica de la Fócide pero la ciudad se mantiene fuera de la Confederación focidia. Por otra parte, el santuario de Delfos no era administrado solamente por los focidios o los delfios sino por un Consejo anfictiónico que representaba a los pueblos vecinos a los dos santuarios de Démeter en las Termópilas y de Apolo en Delfos.

En el estallido del conflicto participan los focidios, la ciudad de Delfos y la Anfictionía delfia. En su mayoría, los focidios eran enemigos de los tebanos y de los tesalios y se apoyaban en los espartanos o en los atenienses o en ambos estados a la vez. Inmediatamente después de Leuctra, la relación

de fuerzas les obliga a aceptar la hegemonía tebana pero, en el 362, su voluntad de independencia se manifiesta de nuevo y se niegan a participar en la campaña arcadia de Epaminondas.

Los delfios son en su mayoría hostiles a los focidios y amigos de los tebanos pero existía una facción profocidia, cuyo líder era Asticrates que había sido exiliado en el 363 y se había refugiado en Atenas.

La anfictionía aseguraba la administración del santuario de Delfos. El Consejo anfictiónico, formado por los llamados hieromnemones, estaba encargado de defender los intereses del dios y castigar a los infractores, notablemente las impiedades sobre la tierra sagrada y los sacrilegios, y jugaba el papel de un tribunal religioso internacional. La composición del Consejo, con los representantes enviados por cada pueblo, era, a principios del siglo IV, del siguiente modo: 2 votos delfios, 2 focidios, 2 beocios, 2 locros, 2 jonios (uno de ellos ateniense), 2 dorios, 2 tesalios y 10 periecos de los tesalios (2 aqueos de Ftiótide, 2 magnesios, 2 enianos, 2 malieos, 2 perrebeos y dólopes). Quien controle toda Tesalia tiene la mayoría absoluta.

Algo muy difícil porque Tesalia estaba casi siempre dividida. En el 357, después del asesinato de Alejandro de Feras y la reconciliación entre los tiranos de Feras y sus adversarios, los tesalios se encuentran en la esfera de la influencia de Beocia que, con los locros y los delfios, disponía de una amplia mayoría (18 votos sobre 24). Los beocios decidieron utilizar la anfictionía contra los focidios. En la sesión del otoño del 357, los tebanos hicieron condenar a los espartanos con una multa de quinientos talentos, a causa de la toma de la Cadmea veinticinco años atrás y a los focidios con una multa del mismo montante por impiedad (cultivar la tierra sagrada). Las cifras son enormes y no se pagan, por lo que las multas se doblan en el Consejo anfictiónico de la primavera del 356. Es posible que los tebanos esperaran que esta presión brutal sobre los focidios favoreciera a las facciones protebanas de Fócide y que pidieran una reducción de la multa. Este cálculo falla. Filomelo persuade a sus ciudadanos de rechazar las sanciones de los anfictiónicos y se hace elegir estratego con plenos poderes. Por su parte, Esparta y Atenas apoyaron a Fócide con la intención de atacar la supremacía beocia en el ámbito esencial de Grecia central.

Filomelo ocupa Delfos, el santuario y la ciudad, donde instala a sus partidarios en el poder (Diodoro.16.24.4). Envía entonces embajadores a toda Grecia en la que anuncia que los focidios han ocupado en Delfos el lugar que tenían sus antepasados y que los focidios se han abstenido de saquear los bienes sagrados. El Consejo anfictiónico responde en el otoño del 356 declarando una guerra sagrada contra los focidios.

A principios de la primavera del 355, después de algunos éxitos parciales, Filomelo es derrotado y muerto por los beocios, tesalios y sus aliados en Neón (Diodoro.16.31.4). La guerra parece finalizada en el otoño del 355 y los

tebanos envían a Asia en socorro del sátrapa rebelde Artabazo cinco mil hoplitas bajo la dirección de Pamenes.

Nada más lejos de la realidad. Onomarco, el estratego que reemplaza a Filomelo a la cabeza de los focidios, se niega a someterse a los anfictiónicos, utiliza sin ningún pudor los tesoros de Apolo y recluta más de veinte mil mercenarios: con dinero las pérdidas humanas son fácilmente reparables. Así, los cuantiosos tesoros delfios sirvieron para que el pequeño e insignificante estado focidio pudiera sostenerse durante diez años.

La evolución de la situación tesalia parece favorable a los focidios que son aliados de los tiranos de Feras. Si en la guerra que estalla entre Feras y los otros tesalios, los focidios llegan a controlar Tesalia, controlarán también la anfictionía y las sanciones serán anuladas. Así, en el 354, el hermano de Onomarco, Faílo, emprende el sometimiento de Tesalia. En el año siguiente, Faílo vuelve a entrar en Tesalia con siete mil hombres mientras que Larisa y los enemigos de Feras solicitan la ayuda de Filipo. El rey de Macedonia derrotó a Faílo y a los de Feras pero Onomarco se presentó con veinte mil mercenarios. Derrotó por dos veces a Filipo y le obligó a abandonar Tesalia. Filipo no renuncia y penetra nuevamente en Tesalia en la primavera del 352. Toma Pagasas y evita el desembarco de los socorros atenienses bajo la dirección del estratego Cares. Se enfrenta a Onomarco en la llamada batalla del campo de Croco y obtiene una gran victoria: los focidios pierden nueve mil hombres entre ellos el propio Onomarco. Para sembrar el terror y mostrar su celo en defensa del dios, Filipo crucifica el cadáver de Onomarco y hace ahogar en el mar a tres mil prisioneros focidios, un castigo reservado a los sacrílegos (Diodoro. 16.35.1-6). La batalla del Croco es la primera que Filipo obtiene sobre un gran ejército griego y tuvo hondas consecuencias. Toda Tesalia queda sometida a Filipo, que se hace elegir jefe de la Confederación tesalia, la reorganiza y pone bajo su mando a todas las fuerzas de Tesalia. Situó también guarniciones en Pagasas y otras ciudades costeras para defenderse de los contragolpes de la flota ateniense y recibe las tasas en puertos y mercados. Además, el control de Tesalia le daba la mayoría en la Anfictionía delfia.

Al llegar la primavera del 351, Filipo fuerza a Clito, rey de los ilirios, a reconocer su soberanía y establece alianzas con las ciudades de Perinto y Bizancio (en la Propóntide) y Cardia en el Quersoneso. Luego entra también en el Épiro y se anexiona la Paravea en las fronteras con Iliria.

Después de haber arreglado en su beneficio los asuntos tesalios y las fronteras del reino, Filipo trata de atacar a la misma Fócide. Avanza hacia las Termópilas, que tenían una importancia esencial para Atenas, ya que, si Filipo las ocupa, gracias a su alianza con Beocia, nada le impediría alcanzar el Ática. En algunos meses, la guerra ha pasado de la vecindad de Macedonia a las cercanías del Ática. Atenas y otros aliados de los focidios reaccionaron

con energía. Mil espartanos, dos mil soldados de la Confederación aquea, dos mil mercenarios de los antiguos tiranos de Feras y cinco mil hoplitas y cuatrocientos jinetes atenienses se estacionan en las Termópilas. Filipo se expone a un severo revés si trata de forzar el paso y se retira a Macedonia (verano del 351).

Mientras Filipo está en Grecia central, Amadoco, Perinto y Bizancio, presionados por Cersobleptes, solicitan la ayuda de Filipo. Haciendo recorrer a sus tropas más de 1.000 km, llega a la Propóntide en pleno noviembre, se lanza contra Cersobleptes, le somete y ocupa el *Heraion Teichos,* una fortaleza a un centenar de kilómetros del Quersoneso, una región vital para el abastecimiento de grano ateniense. Filipo entrega el *Heraion Teichos* a los perintios, como en el caso de Potidea a los calcidios, es una hábil maniobra, el rey se asegura durante algún tiempo la fidelidad y tranquilidad de un aliado antes de someterle.

10.8. El predominio político de Eubulo en Atenas

La rapidez con la cual los atenienses aceptan el ultimátum persa y renuncian a los principales aliados de la Segunda Liga se explica probablemente por el descontento acumulado en Atenas desde hacía mucho tiempo. Los ricos soportaban cada vez con mayor dificultad la carga financiera de la política belicista y era cada vez más difícil encontrar trierarcas. Las clases populares no encuentran los beneficios deseados en la política intervencionista y se hallan agotados por tan repetidas y lejanas campañas.

Este descontento no sólo promueve la firma de la paz que pone fin a la Guerra social, sino que, después de la guerra, lleva al poder a una facción moderada liderada por Eubulo.

Eubulo basa su actuación política en el convencimiento de que la paz conviene más a los intereses de Atenas que la guerra. La paz puede procurar ingresos más importantes que el imperio como la atracción de metecos, la reactivación de la actividad comercial y artesanal en el Pireo y, sobre todo, el desarrollo de la explotación minera en el Laurión. La paz permite también restaurar la situación financiera. Hasta la Guerra social, el principio general había sido la transferencia de todos los excedentes monetarios a la caja militar, el *stratiotikon,* lo que había posibilitado la financiación de las expediciones militares atenienses. Eubulo y sus partidarios hacen votar una ley que transfiere los excedentes a los fondos de espectáculos, el *theorikon,* que se convierte en una suerte de caja de asistencia que asegura la alimentación de los ciudadanos pobres. Bajo el impulso de Eubulo, los atenienses crean un colegio de administradores del *theorikon* elegidos por cuatro años. Eubulo es elegido muchas veces y es el miembro más influyente del colegio. Gra-

cias a esta función y a su competencia, restaura las finanzas de la ciudad y puede emprender un vasto programa de mejora urbanística y de construcción de nuevas trirremes.

En política exterior, Eubulo trata de preservar la paz y se opone a las expediciones lejanas. Propugna una estrategia defensiva en tierra y mar. Los atenienses debían disponer de una flota numerosa para garantizar la seguridad de su avituallamiento y vigilar atentamente los puntos estratégicos que permiten el acceso al Ática: las Termópilas, Eubea y Mégara, pero no debían comprometerse en expediciones lejanas.

Sin embargo, la política pacifista de Eubulo facilitó la expansión de Filipo en los años decisivos que van del final de la Guerra social a la Guerra de Olinto, y su ley sobre los fondos del *theorikon* creó una rigidez nueva que haría difícil a los atenienses enfrentarse con Filipo: todo orador que propusiera llevar los excedentes a las operaciones militares se arriesgaba a afrontar a una acusación pública de ilegalidad *(graphe paranomon)* ya que su propuesta era contraria a la ley de Eubulo (Carlier, 1995, 84-89).

10.9. La Guerra de Olinto

En el 350, después de los repetidos éxitos de Filipo sólo queda otro poder relativamente importante en el norte: la Confederación calcídica bajo la hegemonía de Olinto. Los calcidios estaban completamente rodeados por los territorios de Filipo y sospechaban sobre la próxima víctima de Filipo: ellos mismos. Así, a pesar del tratado del 356, los calcidios concluyeron un tratado de paz por separado con Atenas en el invierno del 352/1. Filipo respondió con una incursión en el territorio calcídico, posiblemente a su regreso de Tracia camino de Macedonia. Después, el rey trató de promover el ascenso de una facción promacedonia pero los partidarios de la independencia triunfaron y buscaron el apoyo de Atenas.

En el otoño del 349, Filipo cree llegado el momento oportuno de conquistar la Calcídica. Reclama a dos medio hermanos suyos, Arrideo y Menelao, que se habían refugiado en Olinto. Los olintios se niegan a entregarlos y ello significa la inmediata invasión macedonia. En toda Grecia se alzaron voces clamando contra la deslealtad macedonia pero sólo Atenas está dispuesta a movilizarse. Los olintios demandan ayuda a los atenienses y Demóstenes les sostiene con vigor. A finales del otoño, los atenienses envían un cuerpo expedicionario bajo Cares con dos mil mercenarios y treinta y ocho trirremes. Sin embargo, Cares no obtiene ningún resultado.

Los atenienses prometen un esfuerzo más importante para la primavera del 348; mientras, en el invierno, Filipo conquista una tras otra todas las ciudades de la Calcídica y asedia Olinto. Si los atenienses no han logrado inquie-

tar seriamente a Filipo, éste logra promover una revuelta en Eubea: toda la isla se subleva contra Atenas salvo Caristo a finales del 349. Los atenienses se encuentran enfrentados a un dilema de difícil solución, si deciden enviar el mayor esfuerzo a Olinto se arriesgan a perder la importante isla de Eubea. Eubulo convence a los atenienses para que concentren el esfuerzo principal en Eubea donde se remite un ejército ciudadano. En un principio, los atenienses vencen en Taminas pero luego sufren varias derrotas que fuerzan a Atenas a reconocer la independencia de Eubea. Después de la derrota en Eubea, en julio, el estratego Caridemo llega con cuatro mil mercenarios del Helesponto financiados por el dinero del sátrapa Orontes. Sin embargo, Filipo derrota dos veces en campo abierto a los atenienses y olintios y los confina dentro de las murallas de la ciudad. Atenas vota el envío de un nuevo contingente, dos mil hoplitas y trescientos jinetes, esta vez ciudadanos. La salida de la flota se retrasa por el *meltemi* (viento del noroeste) y cuando, por fin, la expedición avista la costa de Olinto la ciudad capitula (agosto del 348). Olinto es arrasada, parte de su población vendida como esclavos y otra reducida a la condición de dependientes de los dominios reales y de los colonos del interior del reino donde son trasladados; de entre los olintios que lograron escapar la mayoría fue acogida en Atenas y el resto se diseminó por la Hélade, convertidos en ardientes propagandistas de la lucha antimacedonia. La destrucción de Olinto selló la suerte de la antigua Calcídica griega: la península fue incorporada a Macedonia, con las treinta y dos ciudades que albergaba –algunas destruidas–, y sus territorios fueron divididos en grandes parcelas, con los correspondientes cultivadores, que se entregaron a la nobleza macedonia. La elección de Eubulo había sido fatal, Atenas había perdido Eubea y la Calcídica.

10.10. La Paz de Filócrates y el final de la III Guerra sagrada

Mientras Filipo extendía su dominio a la Calcídica, la III Guerra sagrada proseguía reducida a una cuestión entre focidios y beocios. Después de la muerte de Faílo en el 351, los focidios eligieron como estratego a Faleco, uno de los hijos de Onomarco, que, con los fondos del santuario delfio, sigue los ataques contra Beocia, una guerra de desgaste y de guerrillas en la que los beocios dan progresivas muestras de agotamiento: la guerra se desarrolla en su territorio, las pérdidas materiales y humanas son cuantiosas y las dificultades financieras comienzan a ser insuperables. En el 348, cuando la resistencia beocia está a punto de derrumbarse, los beocios solicitan ayuda a Filipo que, en la primavera del 347, envía algunas tropas suficientes para que puedan sostenerse.

Ante la amenaza de que Filipo se presente al año siguiente con un ejército mayor, los focidios recurren a los espartanos y a los atenienses prometiendo

que les entregarían las fortalezas que custodian el paso de las Termópilas, garantía de que Filipo no progresaría hacia el sur. El rey espartano Arquidamo acudió con mil hoplitas y los atenienses, bajo el mando de Proxeno, llegaron con parte de los ciudadanos y cincuenta naves pero Faleco se niega a cederles los baluartes, posiblemente como parte de un acuerdo secreto con Filipo.

Por su parte, Filipo hace saber a los atenienses que desea la paz porque la flota ateniense hostiga sus puertos y disminuye sus ingresos pero, sobre todo, porque la neutralidad ateniense es la mejor forma de llevar a cabo sus planes de expansión: el control de las Termópilas y el desplazamiento de un gran ejército hacia el sur.

Los atenienses han fracasado en Eubea y en Olinto y temen la imparable superioridad de Macedonia. Cuando Faleco les niega el control de las Termópilas, no tienen más remedio que buscar la paz. En marzo del 346, los atenienses envían diez embajadores a Filipo entre los que figuraban Demóstenes y Esquines. Ante Filipo, en Pela, los emisarios atenienses presentaron sus propuestas: habría paz y se reconocerían los territorios conquistados por Filipo a cambio de que Macedonia reconociese los derechos atenienses sobre el Quersoneso, Anfípolis y, posiblemente, Potidea. Abogaron también por la admisión en el tratado de los focidios, lo que les libraría de un ataque de Filipo. El rey pronuncia bellas y vagas palabras pero rebaja considerablemente las pretensiones atenienses, se comprometía únicamente a no atacar el Quersoneso mientras durasen las negociaciones de paz –pero estaba preparando una campaña contra Cersobleptes–, y el destino de los focidios se debía decidir de común acuerdo (en el Consejo anfictiónico que Filipo dominaba); la restitución de Anfípolis y Potidea eran obviamente propuestas inaceptables, Filipo ofrecía a los atenienses no sólo un acuerdo de paz sino también una alianza.

Los embajadores atenienses regresaron a Atenas al tiempo que llegaba una delegación del rey de Macedonia encabezada por Antípatro y Parmenión. Los atenienses estaban de acuerdo en resignarse a la pérdida de Anfípolis y Potidea pero deseaban que el tratado de paz incluyera a la ciudad de Halo, a los focidios y a Cersobleptes, lo que evitaría las invasiones de Filipo. Esta propuesta era completamente inaceptable para Macedonia que deseaba que figuraran como firmantes únicamente los atenienses y sus aliados, esto es, solamente los miembros de la Segunda Liga ateniense y no los aliados bilaterales de Atenas (los focidios y Cersobleptes). Tras varias reuniones de la asamblea y acaloradas discusiones, Filócrates redactó un *probouleuma* que resultó aprobado y que fue aceptado por Demóstenes como mal menor. El *probouleuma* no preveía más que el juramento de los aliados de la liga, lo que excluía *de facto* a los focidios y Cersobleptes.

Atenas sólo conservaba el Quersoneso tracio (sin la ciudad de Cardia); ambas partes garantizaban la libertad de navegación y expresaban su con-

dena a la piratería. El tratado, conocido como la Paz de Filócrates, fue jurado en abril del 346 ante Antípatro y Parmenión por Atenas y sus aliados. Era parte de una estrategia de Filipo: pensaba reducir la potencia focidia con la ayuda beocia, luego disminuir el poder beocio con la colaboración ateniense y finalmente someter a Atenas.

Según el derecho de gentes interhelénico, un tratado no entraba en vigor hasta que no juraran todas las partes, faltaba, pues, el juramento de Filipo y a tal efecto se desplazó a Macedonia una nueva embajada ateniense de la que formaban parte Demóstenes, Esquines y Filócrates. En Pela, los delegados atenienses tuvieron que esperar un mes puesto que Filipo estaba de campaña en Tracia. Filipo conquistó varias plazas costeras de Tracia y sometió nuevamente Cersobleptes, que tuvo que entregar a su hijo como rehén. De regreso a Pela, dilató el juramento y trasladó su ejército a Tesalia para invadir Fócide. Finalmente en Feras, hacia la primera mitad de julio del 346, Filipo y sus aliados juraron la Paz de Filócrates. De cara a la inmediata invasión de la Fócide, Filipo llegó a solicitar la ayuda ateniense pero la asamblea se negó. Filipo se encaminó hacia las Termópilas, Faleco capitula sin combatir el 24 de Esciroforio (julio), a cambio de retirarse libremente al Peloponeso. Entonces los focidios quedaron a merced del macedonio y se rinden a discreción. Filipo remite la decisión sobre los focidios al Consejo anfictiónico, una mera añagaza porque Filipo lo controla y fuerza una sentencia dura y ejemplar: la Confederación focidia es disuelta, las ciudades focidias son arrasadas y la población dispersada en aldeas, los focidios son obligados a entregar las armas y los caballos y deben restituir los tesoros de Delfos, evaluados en diez mil talentos, a razón de sesenta talentos anuales durante sesenta y siete años; finalmente, los focidios fueron excluidos del santuario pítico y sus dos votos traspasados a Filipo y sus descendientes. Macedonia era plenamente reconocida como un estado griego, por vez primera un monarca y no una comunidad obtenía representación en el consejo anfictiónico (Diodoro.16.60.1-4). Delfos le otorga los títulos de bienhechor y proxeno y le concede la *promanteia* (el derecho a consultar el primero al oráculo) y, en septiembre, el rey, como una prueba de su poder, preside los Juegos Píticos.

11.

El establecimiento de la dominación macedonia en Grecia

11.1. De la Paz de Filócrates a la guerra contra Atenas (346-340)

En el sexenio que media entre los Juegos Píticos de septiembre del 346 y el ataque de Filipo a la flota comercial ateniense en el Bósforo en septiembre-octubre del 340, las relaciones entre Filipo y Atenas van deteriorándose paulatinamente hasta desembocar en guerra abierta.

Después del final de la Guerra sagrada Macedonia y Atenas se dedican a consolidar sus posiciones. En primer lugar, Filipo interviene en Iliria. A pesar de las derrotas de Bardilis (359) y de Grabos en el 346, los ilirios volvían a estar unidos por el rey Pleurato con lo que representaban una nueva amenaza. Así, en los años 345 y 344 Filipo ataca a los ilirios y dardanios y, aunque es herido y no logra someter a los ilirios, les derrota de manera que no vuelven a atacar a Macedonia.

El Épiro evoluciona paulatinamente hasta convertirse en un protectorado macedonio. Ya después de su derrota en el 351, el rey Aribas había sido privado de territorios y soberanía, deja de emitir moneda, y hubo de entregar como rehén a su sobrino, Alejandro el Moloso, de doce años de edad y her-

mano de Olimpia. En la corte macedonia, Alejandro se convierte en un amigo devoto de Filipo. En el 343, cuando Alejandro alcanza la mayoría de edad, Aribas se niega a entregarle el trono, ello provoca la intervención de Filipo que destrona a Aribas y le reemplaza por Alejandro. Filipo amplía también los dominios del Épiro hasta las proximidades de Ambracia y Léucade lo que promueve la inquietud de Atenas y Corinto (metrópoli de Ambracia y Léucade).

Entre el 342 y el 339, Filipo emprende la conquista de toda Tracia con la intención de alcanzar el mar Negro y el Danubio. Filipo trataba de proteger las fronteras macedonias y hacerse con las numerosas minas de oro y plata de la zona. Es cierto que el objetivo queda sin completar: después de su victoria sobre los escitas en la desembocadura del Danubio en el 339, el ejército macedonio es derrotado por los tríbalos que permanecen independientes pero el dominio macedonio en Tracia se amplía.

En el 344, Filipo reorganiza la Confederación tesalia, se deshace de los tiranos tesalios que quedaban, establece un sistema decárquico y dos años más tarde crea las tetrarquías que agrupaban las ciudades en cuatro distritos bajo el control cada uno de ellos de un tetrarca, designado por el rey de Macedonia. Filipo se hace nombrar también arconte vitalicio de la Confederación tesalia y dispone que el título sea transmisible a su sucesor. La Confederación tesalia no es suprimida pero, estrechamente vinculada al macedonio, se convierte en mera fachada e instrumento del poder de Filipo.

En la primavera del 344, Filipo envía un contingente en ayuda de Mesene, atacada por Esparta, y concluye diversas alianzas con Argos, Megalópolis y Mesene. En el invierno de 344-343, envía una embajada a Atenas encabezada por Pitón de Bizancio que logra evitar que los atenienses firmen una alianza con Persia. Durante el 343/2 es el propio Filipo quien concierta un acuerdo de paz con Persia que protege los límites orientales del reino.

A principios del 342 Filipo intenta un nuevo acercamiento a Atenas. La flota macedonia ha conquistado la pequeña isla de Haloneso que había pertenecido a Atenas hasta que los piratas la ocuparon. Filipo propone cederla a los atenienses y sugiere en la misma carta someter a un arbitraje todas las diferencias entre Atenas y Macedonia, concluir un tratado de comercio y transformar la Paz de Filócrates en una paz común. La asamblea rechaza todas las propuestas. En Atenas dominan ahora los enemigos de Filipo.

Atenas, aunque terriblemente dividida entre partidarios y detractores del macedonio, despliega también una considerable actividad durante estos años. En primer lugar refuerza su poder naval, Atenas cuenta con trescientos barcos, renueva los astilleros del Pireo con la construcción de nuevos arsenales en el puerto de Zea, que ya prestaban servicio en el 343, fortifica las bases navales del norte del Egeo y envía nuevos contingentes de clerucos al Quersoneso.

Atenas emprende también mejoras financieras. una nueva reforma de la *eisforá,* que rendía diez talentos anuales, sirve para la construcción naval. Además se aumentaron los fondos de la caja militar y se nombra desde el 344/43 para su administración a un tesorero. También se verificó una revisión general de los catálogos cívicos (346/45) y se aumentaron las cargas sobre los ciudadanos más ricos.

En el otoño del 343 los atenienses intervinieron en Mégara para evitar que los partidarios de Filipo se hicieran con la ciudad. De lo contrario, Filipo hubiera aislado a Atenas y habría dado un paso importante para el control de Istmo. Cuando en la primavera del 342, después de haber instalado a Alejandro en el trono del Épiro, Filipo emprende la conquista de las ciudades de la Casopea y amenaza a toda la Grecia del noroeste hasta el Golfo de Corinto, los atenienses despacharon con presteza tropas en ayuda de Ambracia y los acarnanios. Ante esta oposición tan resuelta, Filipo no insiste y se retira a Macedonia. Poco después, Demóstenes es nombrado embajador y recorre buena parte de Grecia informando sobre los peligros de Filipo. Advierte de las ambiciones del macedonio a los aqueos, Naupacto, Ambracia y los ilirios y consigue que Acaya, Mantinea y las ciudades del norte de Arcadia y además Argos, Megalópolis y Mesene, vinculadas meses antes a Filipo, firmen un pacto de no agresión con Atenas.

En Eubea, los contingentes macedonios intervienen para imponer facciones oligárquicas. Los antimacedonios, los mismos que se habían sublevado contra Atenas en el 346, solicitan y obtienen la ayuda ateniense gracias al apoyo de Demóstenes. A finales del 341, los antimacedonios triunfan y la nueva Confederación eubea se alía con Atenas. No entra en la Liga ni debe pagar contribuciones, una concesión ateniense para presentarse como garante de la autonomía y la libertad de los griegos.

En el verano del 342, cuando Filipo emprende la conquista sistemática de Tracia, somete a los odrisios y firma alianzas con el rey de los getas y las ciudades de Apolonia, Eno y Odesa y con el tirano Hermias de Atarneo que dominaba la Tróade, los atenienses se sienten amenazados en el Quersoneso y remiten un contingente mercenario al mando del estratego Diopites. Al socaire de unas diferencias con Cardia y para pagar a sus tropas, Diopites saquea muchas localidades tracias que pertenecen a Filipo. En la primavera del 341, Filipo envía una carta a Atenas protestando por el comportamiento de Diopites y reclama su regreso a Atenas. Demóstenes se opone a las pretensiones de Filipo pero los atenienses juzgan esta demanda justificada y retiran a Diopites.

Durante el invierno del 341-340, la diplomacia ateniense conoce nuevos éxitos. Bizancio, que se siente cada vez más amenazada por Filipo, se alía con Atenas y además se obtiene la adhesión de Abido, Quíos y Rodas. Finalmente, la diplomacia de Demóstenes logra reunir un congreso que cristalizó en el establecimiento de una *koiné eirene* entre Atenas, Acarnania, Acaya,

Ambracia, Corcira, Corinto, Eubea, Léucade y Mégara (marzo 340); los nueve estados formaron una alianza bajo la hegemonía de Atenas. Sin embargo no se logró convencer a tesalios, magnesios y beocios para que abandonasen a Filipo.

La campaña del 342 en Tracia había sido el preludio del ataque de Filipo en los estrechos que se produce en la primavera del 340 cuando el rey asedia Perinto. La diplomacia de Demóstenes da ahora sus frutos. Los perintios están resueltos a defenderse, la ciudad está bien abastecida por mar gracias, en parte, a la presencia de la flota ateniense bajo el mando de Cares, recibe refuerzos de Bizancio y una ayuda militar y sobre todo financiera de los sátrapas persas cercanos. No pudiendo ocupar Perinto, Filipo se vuelve contra Bizancio, pero el sitio de Bizancio se presenta peor todavía que el de Perinto, pues los bizantinos resisten y, apoyados por los atenienses, controlan completamente el mar.

11.2. En el camino de Queronea (340-338)

Por primera vez, desde el 352, Filipo fracasa gravemente. Trata de restaurar su prestigio. Cares está encargado de escoltar del mar Negro al mar Egeo doscientos treinta barcos mercantes que llevan a Atenas el grano del Ponto. A mitad de su misión, los sátrapas persas que ayudan a Perinto le invitan a una conferencia para deliberar sobre el curso de las operaciones. Cares abandona durante unos días los barcos de grano y Filipo los apresa en el fondeadero de Hierón a la entrada del Bósforo. Filipo se reservó ciento ochenta barcos mercantes que pertenecían a Atenas y deja partir a otros cincuenta.

Este acto de piratería no es sólo una provocación sino que también constituye una infracción flagrante de la Paz de Filócrates. Los atenienses, agredidos y expoliados, no pueden hacer otra cosa que declarar la guerra (septiembre-octubre del 340).

Demóstenes fue elegido supervisor de la flota; redistribuyó las cargas trierárquicas tradicionales para que gravaran sólo a los dueños de las mayores fortunas –trescientos ciudadanos repartidos en veinte simmorías– y encauzó hacia la caja militar todos los excedentes disponibles. Dos escuadras fueron enviadas a Bizancio para aliviar el asedio y, por fin hacia mayo del 339, Filipo se retiró de Bizancio.

Si Atenas y sus aliados habían triunfado en el mar, en tierra la situación se complicaba. Bajo la posible inspiración de Filipo, en la sesión de la primavera del 339 de la Anfictionía delfia, los locros de Anfisa proponen multar con cincuenta talentos a los atenienses por haber ofrecido escudos de oro sobre el muro del nuevo templo antes de la consagración. Esquines, que era miembro de la delegación ateniense, acusa a su vez a los anfiseos de cultivar suelo sagrado.

Los hieromnemones votan la guerra sagrada y confían la dirección de las operaciones al tesalio Cotifo. El ejército anfictiónico ataca a los anfiseos, les derrota y exige el exilio de los sacrílegos pero, cuando se disuelve el ejército, los anfiseos se niegan a pagar y a expulsar a los sacrílegos. En su sesión de otoño, los anfictiones solicitan la ayuda de Filipo.

Esquines había maniobrado hábilmente para evitar que Atenas fuera multada pero había atraído a Filipo a Grecia central. A pesar de lo avanzado de la estación, estaba mediado noviembre del 339, el rey de Macedonia franquea las colina del Eta y alcanza la Dóride. Para evitar que los focidios le obstaculicen el paso, Filipo les promete dejarles reconstruir sus ciudades y su confederación y disminuir la multa que pesaba sobre ellos. Después de pasar el Eta, Filipo envía algunas tropas por la ruta directa que lleva desde Eta a Anfisa por el paso de Gravia y con el grueso del ejército va hacia el este y ocupa Elatea, en la Fócide oriental, en la frontera beocia. Tebas y Atenas están ahora amenazadas.

Entre la primera expedición anfictiónica y la sesión de otoño, los beocios ocupan la principal fortaleza de las Termópilas: Nicea, que Filipo había confiado a una guarnición tesalia. Esta iniciativa manifiesta el deterioro de las relaciones entre Beocia y Filipo. Los atenienses enviaron una embajada a Tebas en la que figuraba el propio Demóstenes. Para atraerse a los beocios, Atenas hace notables concesiones: los beocios pagarán sólo un tercio de los gastos militares, obtendrán el mando supremo en tierra y el de mar será compartido, los atenienses renuncian a reconstruir Platea, Tespias y Oropo y se comprometen a apoyar a los beocios en caso de revuelta interna. La asamblea beocia acepta la alianza y rompe con Filipo.

Después de esto, los hoplitas atenienses y beocios se estacionan en Parapótamos, en la Fócide, justo a la entrada de Beocia. Al oeste, un contingente de mercenarios al mando de Cares sostiene a los locros de Anfisa y controla el paso de Gravia. Cierran así el camino de Filipo hacia Anfisa y Tebas. El rey intenta forzar las posiciones de sus adversarios pero fracasa en ambos lados. Durante el invierno, Filipo se gana a los focidios, los locros del este y los etolios. Atenienses y beocios cuentan con los locros de Anfisa y los miembros de la alianza helénica del 340. Sin embargo, ningún bando consigue sacar de su neutralidad a los estados del Peloponeso.

Todo parecía conjurarse para que, a principios del 338, Filipo se viera obligado a retirarse como en Perinto y Bizancio y el rey llega a ofrecer incluso la paz a sus contrarios, pero atenienses y beocios rechazan la oferta.

Mas en la primavera, las tropas macedonias franquean el paso de Gravia y ocupan Anfisa, en Delfos protegen una reunión anfictiónica y luego toman Naupacto que es entregada a los etolios. La posición de Parapótamos puede ser ahora rebasada y los beocios y atenienses se repliegan a Queronea, unos 15 km al sureste. Es la batalla decisiva (2 de agosto del 338).

Filipo tiene frente a él a beocios, atenienses, las ciudades de Eubea, Mégara, Corinto, los aqueos, acarnanios, Corcira y Léucade. Ambos ejércitos cuentan aproximadamente con efectivos iguales, unos treinta mil infantes y dos mil jinetes, si bien la caballería de Filipo es más numerosa. A pesar de la importancia que la batalla de Queronea tiene para la Historia de Grecia, no conservamos ningún relato contemporáneo de ella y debemos reconstruirla a través de testimonios dispersos y de autores tardíos. Filipo aprovechó magistralmente la descoordinación de la línea griega y desarticuló la falange griega mientras que Alejandro, con tan sólo dieciocho años, aniquiló el batallón sagrado tebano y hundió el frente griego mediante repetidos ataques de la caballería macedonia situada en el ala izquierda. Los atenienses dejan sobre el campo mil muertos y otros dos mil son hechos prisioneros, los beocios pierden más de dos mil hombres.

Grecia estaba ahora a merced del rey de Macedonia. Tebas, a dos días de marcha de Queronea, se rinde y con ella toda Beocia. Filipo impuso condiciones muy duras, posiblemente como castigo a su cambio de bando en el 339: las ciudades de Beocia debían ser reconstruidas (Platea, Tespias, Orcómeno), Tebas debe compartir sus votos en la Anfictionía de Delfos con otras ciudades de Beocia, los líderes antimacedonios fueron condenados a muerte o desterrados y muchos prisioneros vendidos como esclavos, se instaló una guarnición macedonia en la Cadmea, que sirve de apoyo a una estrecha oligarquía promacedonia de trescientos miembros, y Oropo era entregada a los atenienses.

Atenas dispone de algunos días que se aprovechan para tomar medidas de urgencia. Toda la población se refugia tras las murallas de la ciudad. Demóstenes se encarga de los trabajos de fortificación y de solicitar ayuda financiera a los insulares. Hipérides propone conceder la ciudadanía a todos los metecos y la libertad a todos los esclavos que se enrolen en el ejército de la ciudad, una medida de salvación nacional que manifiesta una voluntad excepcional de sacrificar hasta los mismos fundamentos del orden social.

Sin embargo no hizo falta llevar a la práctica tan extraordinaria medida. Filipo encargó a un prisionero ateniense, Demades, que llevara a Atenas condiciones de paz muy generosas. Los atenienses envían una embajada a Filipo al objeto de tratar de la paz. Los tres embajadores designados son todos partidarios de Filipo: Esquines, Foción y Demades. Cuando los embajadores llegan hasta Filipo, el rey libera a los prisioneros atenienses sin rescate y hace escoltar los cadáveres de los atenienses hasta Atenas por muchos dignatarios macedonios, incluido Alejandro. Las cláusulas son generosas y contrastan con las de Tebas: el Ática no será invadida ni se verá amputada, es más, se le añade Oropo, no se impondrá una guarnición macedonia, la democracia será respetada y los atenienses podrán usar libremente de la flota y sus puertos. Los atenienses debían renunciar al Quersoneso y disolver la Liga

pero retendrán las cleruquías de Samos, Lemnos, Esciros e Imbros y la administración del santuario de Apolo en Delos. Una fórmula vaga prevé que los atenienses se asociarán a una paz común y a un Consejo de los griegos. La asamblea ateniense acepta estas condiciones y vota numerosos honores a Filipo, a su hijo y a varios generales macedonios.

Filipo completa en el otoño del 338 el sometimiento de Grecia eludiendo toda dureza inútil. Eubea se rinde sin condiciones y una guarnición macedonia se instala en Cálcide. Acarnania y Ambracia se entregaron sin resistencia y otra guarnición se estaciona en Ambracia. Después, en una gran parada militar, Filipo atraviesa el Istmo. Corinto y la Confederación aquea, que habían combatido en Queronea, capitulan y los corintios deben aceptar una guarnición macedonia. Todo el Peloponeso se entrega a Filipo excepto los lacedemonios, uno de cuyos reyes, Arquídamo, está en Tarento combatiendo a los bárbaros. Como castigo, Filipo realiza una incursión en Laconia y arrebata a los lacedemonios varios territorios fronterizos.

11.3. La Liga de Corinto y la guerra contra Persia (337-336)

Filipo concluye numerosos tratados bilaterales y, en el invierno del 338/7, invita a todas las ciudades griegas a enviar delegados a Corinto. Así, en la ciudad de Corinto, en la primavera del 337, todos los griegos, salvo los lacedemonios, acuerdan una paz general (IG.II^2.236, Tod *GHI* 177 frg.A).

Aunque la fórmula de una paz general era normal desde principios del siglo IV, la del 337 presenta numerosas innovaciones. Se garantiza la libertad y autonomía de todos los estados y su integridad territorial en sus fronteras actuales. Pero, además, se asegura el mantenimiento de las constituciones de todos los estados: no se tolerará ni el reparto de tierras, ni la abolición de deudas ni la liberación de esclavos para promover una revuelta política (PseudoDem.*Sobre los tratados de Alejandro*.15) y se declara la libertad de los mares. El respeto a la paz sería asegurado por un consejo de aliados (sinedrio de los helenos –el número de delegados de cada estado sería proporcional a su aportación militar–) y un hegemón (Filipo de Macedonia).

Aunque la palabra *symmachia* no figura en los testimonios sobre el congreso, la paz común es también una alianza conocida con el nombre de Liga de Corinto: el congreso vota la guerra contra el Gran rey y ésta declaración transforma *ipso facto* a los participantes en la paz en aliados de una guerra panhelénica contra Persia. Ningún miembro de la Liga estaba sometido a tributo pero debía contribuir con las tropas que le fijara el sinedrio de los helenos. Los macedonios no formaban parte de la alianza; los estados griegos incluidos en la Liga pactaron una alianza ofensiva y defensiva permanente con Macedonia que confería a Filipo la hegemonía con el título de *strategos*

autokrator, general con autoridad absoluta cuyos poderes incluían no sólo la comandancia militar sino también la plena capacidad para reunir el sinedrio, proponer las medidas a adoptar y ejecutarlas. La Liga helénica reflejaba las nuevas condiciones inauguradas por Queronea: por vez primera un hombre, no una polis, ejercía el mando supremo.

El momento era también propicio para atacar a Persia ya que Artajerjes Oco había sido asesinado en el verano del 338 y en el imperio reinaba la anarquía. En la primavera del 336, Parmenión y Alejandro cruzaron el Helesponto con diez mil hombres. Los macedonios no encuentran resistencia: de Abido a Éfeso, los demócratas griegos se desembarazan de las oligarquías sostenidas por los persas y los reciben como libertadores. En el verano, el propio rey debía pasar a Asia a la cabeza de un gran ejército, pero Filipo fue asesinado en Egas, durante una ceremonia nupcial (julio del 336): su obra será continuada dos años después por su hijo y sucesor, Alejandro.

11.4. Las reformas internas de Filipo

Las instituciones tradicionales de Macedonia son muy mal conocidas. Era costumbre convocar una asamblea de soldados o de todos los macedonios que vivían en la vecindad para grandes ocasiones como la aclamación de un rey o algunos procesos capitales. La asamblea manifestaba su opinión por aclamación o abucheos, pero, fuera de esto, la asamblea se reunía pocas veces y contaba con escaso poder. Ningún Consejo está atestiguado. En realidad, un monarca enérgico, como Filipo, podía reinar de manera autocrática sin ningún género de obstáculos de orden constitucional.

Filipo transformó profundamente el poblamiento y la organización social de Macedonia y de sus regiones vecinas, con transferencias de poblaciones, sedentarización de algunos grupos nómadas, fundación de ciudades fortificadas en sitios más expuestos y colonias en los territorios más ricos. A veces, según la ocasión, destruye ciudades griegas y transplanta a sus moradores a los confines de Macedonia o a centros conquistados, otras, establece colonias como Filipos o Filipópolis donde se asientan macedonios, soldados y labradores. La multiplicación de centros urbanos servía para el asentamiento de nuevos colonos pero también para la atracción de poblaciones dispersas. En definitiva, el régimen de Filipo fortaleció también a los pequeños y medianos labriegos de Macedonia, son los campesinos los que forman la infantería real y constituyen la columna vertebral del reino. La expansión contribuyó, además, a crear una conciencia de solidaridad entre sus súbditos, lo que podemos llamar una conciencia nacional macedonia, y atrajo a su política a todo el reino.

Uno de los principales éxitos de Filipo consistió en convertir a la aristocracia macedonia en una nobleza cortesana. Los aristócratas macedonios frecuentaban o residían en la corte, eran consejeros del rey, colaboraban en la administración y ocupaban puestos destacados en el ejército, desempeñaban cargos civiles y misiones diplomáticas, constituían la guardia real y el estado mayor y de ellos extraía el rey los generales que lo reemplazaban en campaña. Los aristócratas aumentaron sus propiedades con las conquistas ya que Filipo tenía la costumbre de donarles tierras en los territorios conquistados. Filipo contó también con especialistas griegos, Calístrato de Atenas, en el terreno financiero, y Pitón de Bizancio, Nearco de Creta y Eumenes de Cardia, que desempeñaron varias misiones diplomáticas, a todos ellos les concedió también tierras.

El monarca disponía de un extenso patrimonio real que se debió incrementar con la expansión del poder macedonio. Contaba además con el producto de las minas de Disoro y del Pangeo que le reportaban unos mil talentos anuales. Siempre se ha exagerado su riqueza pero no es menos cierto que los medios financieros, superiores a los de cualquier otro estado griego, secundaron eficazmente su política. Filipo supo movilizar los recursos materiales y humanos de Macedonia y de los territorios que conquistaba.

Filipo tuvo decididos partidarios en toda Grecia, la mayoría de ellos entre las clases altas porque imponía regímenes oligárquicos y era una garantía contra las revueltas populares. Llevó a cabo una generosidad efectista con los vencidos, devolvía a veces territorios o concedía una cierta dosis de autonomía limitada siempre que no pudieran lesionar la soberanía ni los intereses de Macedonia. A todo ello hay que sumar el extraordinario talento de Filipo y sus grandes condiciones personales: singular maestría como negociador en formulación de promesas y acuerdos y en crear falsas expectativas y esperanzas, previsión, audacia y energía. La concentración de poderes absolutos le permitieron una mayor eficacia y rapidez en relación con sus enemigos sujetos al lento procedimiento, a los cambios en la asamblea y a la división interna entre promacedonios y antimacedonios.

Antes de Filipo la organización militar de Macedonia permite movilizar una parte pequeña de la población, muy lejos de sus efectivos disponibles. Macedonia disponía de la caballería aristocrática de los *hetairoi* (compañeros), tradicionalmente fuerte y bien entrenada, pero, a pesar de los esfuerzos de reyes como Alejandro I o Arquelao, la falange de los compañeros a pie *(pezhetairoi)* sólo conoció un desarrollo limitado.

Desde los primeros años de su reinado Filipo creó un nuevo ejército, la falange macedonia. Aumentó los *pezhetairoi* de la Baja Macedonia que junto a los *asthetairoi*, reclutados en la Alta Macedonia, formaban la infantería pesada. Los infantes estaban divididos en batallones de mil hombres *(taxeis)* y compañías de cien *(lochoi)* al mando respectivo de taxiarcas y *lochagoi*.

Los infantes estaban dotados de la *sarissa*, una de las innovaciones de la guerra en la antigüedad, una larga lanza que tenía una longitud mínima de cinco metros y llegaba hasta los siete, las primeras filas llevaban las lanzas más cortas y la quinta y sexta fila las más largas, que sobresalían en el frente de la falange formando un impenetrable y erizado bosque de lanzas. La lanza se agarraba con las dos manos y el escudo se sujetaba por la guarda y con un tirante de cuero sobre el hombro.

Inspirado en el batallón sagrado tebano, Filipo creó un cuerpo profesional de infantes de elite, los hipaspistas, una infantería media, con la función de servir de guardia real y fortalecer al conjunto de la falange. Los hipaspistas formaban unidades de mil hombres, quiliarquías, al mando de quiliarcas. A los *hetairoi* y la infantería media se unieron dos contingentes separados que formaban la guardia real, la *hila basiliké* y la *agema*.

Estableció un sistema de reclutamiento comarcal con varios distritos militares en Macedonia, en torno a diez, cada uno de los cuales debía aportar una *hila*, un *taxis* y una quiliarquía. Vinculados a la patria y fieles a su rey, los soldados macedonios recibían también una soldada regular.

Filipo empleó también tropas auxiliares de los pueblos sometidos: caballería tesalia, tracios, peonios y otros pueblos que contribuyeron de manera importante al esfuerzo militar macedonio y mercenarios hoplitas y peltastas griegos según la disponibilidad de numerario. Constituyó además cuerpos especializados: exploradores, cazadores, honderos, dardistas y grupos de asedio (artilleros, ingenieros que procedían especialmente de Tracia). Esta variedad de fuerzas daba al ejército macedonio una capacidad de adaptación superior a otras formaciones de la época, a lo que hay que añadir la sólida estructura de la falange macedonia, la flexibilidad de los hipaspistas y de la caballería, la posibilidad de combatir todo el año y el duro y prolongado entrenamiento. El ejército destacaba también por su capacidad para emprender sitios; Filipo desarrolló y aumentó prodigiosamente el número de las máquinas de guerra y desarrolló nuevas técnicas de asedio mediante la combinación de artillería, torres y tortugas.

Las decisiones militares pertenecían en exclusiva al rey pero Filipo se rodeó de un estado mayor; cuando el rey no iba al frente del ejército, delegaba el mando en un estratego pero el rey señalaba sus objetivos generales y últimos.

Filipo parece haber conservado a lo largo de su reinado el control interno de manera férrea. En los últimos años de su reinado, entre 338 y 336, la situación se vuelve más tensa a causa del problema de la sucesión y de las malas relaciones entre Filipo y su hijo Alejandro. En el 338, Filipo no tenía más que dos hijos de seis esposas: el semidébil Arrideo, nacido de la tesalia Filina, y Alejandro. Para asegurar la supervivencia de la dinastía en el caso de que Alejandro muriera en Asia, Filipo decide tomar su séptima esposa: Cleo-

patra la sobrina de Atalo, un aristócrata macedonio que es yerno de Parmenión. Si Filipo tenía un hijo de Cleopatra, macedonio de padre y de madre, se beneficiaría de una fuerte facción y podía amenazar la sucesión de Alejandro. Según Plutarco (*Alejandro*.9), Atalo quería hacer prevalecer la idea de que un rey de Macedonia debía tener una madre macedonia y que el hijo de Olimpia era un bastardo. En el mismo banquete de bodas se produce un enfrentamiento entre Atalo y Alejandro. Filipo tercia en favor de Atalo y Alejandro debe refugiarse temporalmente en el Épiro y luego en Iliria. La ruptura entre Filipo y Alejandro es seguida de una rápida reconciliación pero la desconfianza subsiste entre los dos. Poco después, Olimpia, la madre de Alejandro, irritada por la amenaza que pesa sobre la sucesión de su hijo, se refugia en el Épiro en la corte de su hermano Alejandro el Moloso. En el momento de una campaña en Asia, una ruptura entre Macedonia y el Épiro es especialmente inoportuna. Filipo trata de reconciliarse con el rey del Épiro y concierta el matrimonio de su hija, nacida de Olimpia, que se llama también Cleopatra, con Alejandro el Moloso.

El matrimonio se celebra con un fasto excepcional en julio del 336. Los enviados de las ciudades griegas están presentes y rivalizan en adulaciones; por otra parte, los primeros éxitos en Asia prometen grandes conquistas. En el curso de una procesión la estatua de Filipo es asociada a la de los doce dioses olímpicos (Diodoro.16.92.5). Al entrar solemnemente en el teatro, el rey es asesinado, contaba entonces con cuarenta y seis años de edad.

Perseguido por dos guardias reales amigos de Alejandro, Pérdicas y Leonato, el asesino de Filipo, Pausanias, es asesinado a su vez. Aristóteles explica la muerte de Filipo como una venganza personal: el rey había dejado a Atalo y a sus amigos ultrajar a Pausanias (*Pol*.V.10, 1311 b 1-3, *cf.* Diodoro.16.93-94). Pero quizá el propio Alejandro estuviera complicado en la muerte de un padre que le podía descartar de la sucesión al trono. No es más que una hipótesis vagamente apoyada en algunos indicios (*cf.* Plut.*Alejandro*.10.8 y Justino 9.7). Sea como fuere, el futuro pertenecía por entero a Alejandro.

12. Realidades y reflexiones políticas

Si tuviéramos que señalar un aspecto en el que la herencia procedente del mundo griego en la civilización occidental es especialmente rica, éste es, sin duda alguna, la política, en su doble aspecto de la decisión que se toma a través del debate y del descubrimiento de la libertad del ciudadano. En este ámbito político, el siglo IV es un período privilegiado para el análisis. Ciertamente disponemos de fuentes más abundantes que los siglos precedentes: textos historiográficos, un mayor corpus de inscripciones, los escritos de los oradores áticos y, sobre todo, las obras de los filósofos. No faltan, desde luego, los problemas y las lagunas, la más llamativa: el elevado grado de conocimiento sobre la democracia ateniense y el muy escaso del resto de los estados griegos, que hace que miremos a veces la política del siglo IV casi exclusivamente desde una perspectiva ateniense. Pero la primera y fundamental característica de la centuria es la indiscutible y pasmosa exuberancia de los desarrollos, las novedades y las conquistas políticas en el terreno de las realidades, relaciones entre estados, instituciones y su funcionamiento, y en el de la reflexión sobre la política y elaboración de teorías políticas.

12.1. Las relaciones interestatales

El siglo IV es el heredero de una larga tradición de relaciones internacionales griegas que ha creado, antes de esta centuria, un sistema rico y varia-

do de instituciones interestatales. En contra de la imagen de crisis política con la que se tiñe al siglo IV, lejos de debilitarse, varias de estas instituciones internacionales se desarrollan con especial vigor.

Tenemos atestiguados un buen número de sinecismos en el siglo IV. Se han contabilizado veintidós casos entre el 411 y el 338 con la transferencia de parte de la población a un centro urbano; es el caso tan destacado de Megalópolis en el 370 o la importante fundación de Mesene.

Lo mismo ocurre con la proxenía. El mundo griego desconocía la práctica de destacar embajadores permanentes destinados en países extranjeros –no existía la noción de soberanía extraterritorial–; ello se suplía con los llamados proxenos, un ciudadano del estado extranjero que de alguna manera defendía los intereses de otro estado, si bien las obligaciones eran informales y no contractuales. En el siglo IV la importancia de la proxenía era plenamente reconocida y los estados ponían especial atención y cuidado en esta institución; los atenienses, por ejemplo, ofrecían protección y asilo político a sus proxenos, y una gran parte de las escasas inscripciones que conservamos de la Confederación beocia posterior al 379 se refieren precisamente a las proxenías.

Los embajadores eran enviados cuando la situación lo demandaba a un sitio concreto, en una misión temporal y para un propósito específico y limitado. En el terreno de la diplomacia, la forma en que ciertos espartanos se especializaron durante el siglo IV en tratar las relaciones con estados específicos y, de acuerdo con ello, enviaban especialistas a estos estados no tenía paralelo. Así, Antálcidas parece haber llevado las relaciones con Persia desde 392/1 hasta su muerte hacia el 370. Especialización en el terreno de la política exterior puede llamarse también las actuaciones de Pelópidas y Epaminondas, el primero se consagró a las relaciones beocias con el norte de Grecia, Tesalia y Macedonia, mientras el último dirigía la política beocia en el Peloponeso.

El sistema normativo interhelénico, la cultura jurídica internacional, se desarrollaba en dos planos distintos. Por un lado, el derecho consuetudinario, la costumbre jurídica, que no se negocia previamente ni se pone por escrito y, por otro, el derecho legal, el derecho pactado y fijado por escrito, más técnico y preciso. La costumbre tenía un carácter subsidiario, eran principios que se presuponían, nunca se codificaron de manera escrita porque el mundo griego carecía de una instancia superior que fijara precedentes y elaborara una jurisprudencia judicial o doctrinal. Sin embargo, de alguna manera, nunca claramente expresada ni aceptada, durante el siglo IV el imperio persa parece cumplir un cierto papel de instancia superior internacional. A él se le dirigen embajadas y él media en la firma de los acuerdos de paz más importantes, naturalmente Persia no era instancia neutral y atendía en primer lugar a sus propios intereses.

Es característico del siglo IV el desarrollo de las alianzas defensivas *(epimachía)* por la cual un estado se comprometía a acudir en defensa de otro sólo cuando el territorio de éste fuera atacado sin que ello supusiera una declaración de guerra entre el estado agresor y el estado que acude en defensa del agredido. Además, se generaliza la firma de alianzas permanentes en lugar de anteriores tratados que incluían una limitación específica en el número de años: la primera vez que tenemos atestiguada la institución de una alianza permanente es la que se cierra entre Atenas y la Confederación beocia en el 395. Y, finalmente, destacaremos el establecimiento de alianzas multilaterales, otro de los rasgos de la centuria, lo que hemos denominado una Liga de guerra que está dotada de instituciones permanentes, esencialmente un sinedrio de los aliados. En el siglo V los sínodos de los delegados de los aliados no parecen haber tenido la regularidad y la permanencia de un sinedrio del siglo IV. El sinedrio, al que acuden los representantes de todos los aliados, tiene como finalidad asegurar la cohesión de la alianza mediante la participación de todos en las decisiones. Una liga de guerra, alianza multilateral permanente, puede ser igualitaria, como la coalición antiespartana que se forma durante la Guerra de Corinto, donde no hay una potencia hegemónica definida, o dotada de un hegemón como es el caso de la Segunda Liga ateniense o la Liga italiota de principios del siglo IV liderada por Crotona, luego por Tarento, o la Liga de Corinto (337) colocada bajo la hegemonía de Filipo de Macedonia.

La idea de una paz general *(koine eirene)* es también una de las grandes novedades. La *koine eirene* no es un tratado entre dos contendientes y sus aliados respectivos, sino una tentativa de una paz general reglamentada internacionalmente a la que todos los estados son invitados a adherirse sin distinción de alianzas, que se fundamenta en el respeto a la autonomía de las ciudades grandes y pequeñas, respeto que puede asentar una paz duradera y evitar la sumisión de unas *poleis* por otras, y responde en último término a la idea de que la paz y no la guerra es el estado normal de las relaciones entre griegos, una concepción que se abre paso en el siglo. En la última parte del siglo a la *koine eirene* se le une la idea de que el mar es común a todos, es la libertad de los mares, entendida, en esencia, como libertad para aprovisionarse.

Otra de las grandes características fue el desarrollo de los estados federales, algunos fuertemente estructurados, como el beocio o el calcídico y otros menos, con el tesalio. Sencillamente, el estado federal es un elemento fundamental para comprender el mundo griego; es, por ejemplo, la forma más extendida de organización en el amplio espacio que se extiende entre las fronteras del Ática hasta Tesalia a través de toda Grecia central con Fócide, Lócride Opuntia, quizás la Dóride y también Tesalia.

La distinción técnica que juristas o historiadores modernos hacen hoy en día entre confederación, federación y estado federal no era percibida por los

hombres de la Antigüedad. El mundo antiguo distinguía simplemente entre una liga de *poleis* vinculadas por una *symmachia* y los términos *koinon* o *ethnos* que se aplicaban indistintamente a estado federal, estado tribal o tribus diferentes o a cualquier tipo de asociación desde artesanos o religiosa incluso hasta la anfictionía. En mi opinión, debemos reservar el término Confederación para los estados federales y el de Liga a las alianzas militares multilaterales del tipo de la Liga del Peloponeso y la Segunda Liga ateniense. La elección de términos no debe ser arbitraria. A diferencia de una Liga, la Confederación supone la creación de una verdadera comunidad política (Arist.*Pol.*II.2, 1261 a24; III.9, 1280 b34), que se asienta sobre la existencia previa de una comunidad étnica, una comunidad dialectal, de cultos con historia, tradiciones y costumbres comunes. La unidad se halla también favorecida en muchos casos por la igualdad de los regímenes políticos y de las condiciones socioeconómicas y por la existencia de un territorio compacto. La presencia de una comunidad étnica y la similitud de estructuras son condiciones normalmente necesarias pero nunca suficientes, la Confederación tenía como claves la *sympoliteia* –que también puede ser aplicada entre dos ciudades– y la presencia de instituciones federales distintas de las locales. Mediante una *sympoliteia* cada ciudadano de cada uno de los estados miembros disponía de la plenitud de derechos políticos y civiles (posibilidad de ser elector y elegible, epigamia y derecho de propiedad de bienes inmuebles) en todo el territorio federal: su ejercicio dependía únicamente de la residencia. Ello daba lugar al nacimiento de una auténtica ciudadanía federal que coexistía con un derecho de ciudadanía particular o local de cada ciudad.

La Confederación disponía de instituciones propias distintas de las particulares de cada estado miembro y que transcendían con mucho a las de las *symmachiai*. Incluía magistraturas, consejo, asamblea y tribunal federales, leyes comunes para todo el ámbito federal, un ejército común y la puesta en común, al menos, de parte de los recursos económicos que se dirigían a un tesoro federal. Se creaba así una verdadera soberanía federal.

Las instituciones federales elegían todos o parte de los magistrados federales, arbitraban los conflictos entre los miembros de la Confederación y acuñaban moneda, aunque podía subsistir la acuñación local; la autoridad federal era dominante sobre las locales y fijaba cuotas a las ciudades. La finalidad principal de las instituciones federales es la dirección de la política exterior: declaración de guerra, establecimiento de alianzas, treguas y armisticios, firma de la paz y concesión de proxenías y la movilización de los contingentes federales: en la medida en que exista una política exterior común podemos hablar de una confederación fuertemente estructurada o laxamente organizada.

Entre los estados federales el modelo más acabado y mejor conocido es la Confederación beocia anterior a la Paz del Rey pero las confederaciones perviven, se crean y se desarrollan por doquier a lo largo del siglo: en

el Peloponeso, las confederaciones aquea y arcadia; en el norte, la tesalia y la calcídica; en Grecia central, la nueva Confederación beocia, la focidia, la locria, etc.

Como hemos visto, el término *ethnos* es ambivalente. En sentido estricto designa una comunidad étnica, una población unida por un dialecto, cultos, cultura, tradiciones, leyendas, historia y costumbres comunes. Ahora bien, el *ethnos* puede designar también lo que podríamos llamar un estado étnico mejor que estado tribal, siempre que entendamos que, en realidad, la organización estatal es casi inexistente. Se trata de un tipo de organización de la comunidad política muy primitivo y anterior a la polis que carece de centros urbanos, donde faltan características arquitectónicas: muros, edificios públicos monumentales lo que pudiéramos considerar una capital urbanizada, y la densidad de asentamiento: los miembros del *ethnos* vivían dispersos en casas aisladas o en aldeas sin fortificar *(kata komas)*. Normalmente poseían un centro religioso común y, en ocasiones, los asentamientos vecinos construían un sitio refugio fortificado que se poseía en común y que era ocupado en tiempos de guerra. Estaban organizados en tribus y subtribus bajo el control de aristócratas locales que eran, en la práctica, casi o totalmente independientes. Desde el punto de vista económico, la ganadería, especialmente la trashumancia, tenía un mayor peso específico que en las *poleis.*

La unidad del *ethnos* permanecía y era generalmente reconocida y sus instituciones se asemejaban a ciertas *poleis:* una asamblea, un consejo *(synedrion* o *boule)* y magistrados; pero la cohesión política era bastante laxa, las instituciones políticas comunes estaban bastante desdibujadas y tenían escaso poder, normalmente las tribus hacían la guerra por separado, tenían sus propias leyes y concluían tratados particulares, esto es, llevaban a cabo una política exterior independiente.

El estado étnico es propio de las partes más atrasadas del mundo griego como la costa norte del Golfo de Corinto al oeste de la Fócide o todo el noroeste. Un estado étnico puede ser acéfalo como los etolios o monárquico, las denominadas monarquías étnicas como el caso, por ejemplo, del Épiro.

Dentro de los estados étnicos cabía una amplia gama de situaciones diversas. Aquellos que podríamos llamar estados étnicos intermedios o en vía de transición: la constitución de una polis única podía dar lugar al nacimiento de un estado unitario o el desarrollo de varias *poleis* confluía normalmente en un estado federal, pero también, en ocasiones, el surgimiento de una polis en parte del *ethnos* creaba tensiones y debilitaba la posibilidad de crear un estado unitario como Anfisa en relación con la Lócride del oeste.

Una de las características del siglo IV es precisamente el auge de los estados étnicos, especialmente los epirotas con los molosos y sobre todo los macedonios. Esta evolución anuncia la época helenística, por ejemplo, con los etolios.

12.2. Conceptos y regímenes políticos

Inmersas o no en un estado federal o incluidas en una liga de guerra, la polis permaneció como el eje fundamental que vertebra la vida griega. La polis es un estado soberano y autónomo, una comunidad de ciudadanos que se gobierna a sí misma. Esta comunidad de ciudadanos recibe el nombre de *politeia*. Demos es otro vocablo que puede ser traducido, en ocasiones, como la comunidad cívica, el pueblo, pero como el pueblo era mayoritariamente pobre designaba también a las clases bajas y, en ocasiones, a los demócratas. La pertenencia a esta comunidad ciudadana conlleva el disfrute de privilegios exclusivos en todos los órdenes, como, por ejemplo, la posesión exclusiva de bienes muebles, la participación en la política (salvo, como veremos, en las oligarquías) y la integración plena en la comunidad cultural y cultual originaria.

La condición de ciudadano se transmite hereditariamente y se ejerce según unas condiciones y reglas fijas, en el caso ateniense era necesario haber nacido de padre y madre atenienses según la ley del 451/0, reafirmada hacia el 402, la inscripción en el demo y el servicio como efebo durante dos años. El ciudadano griego es celoso de sus privilegios y la concesión de ciudadanía, sea individual o colectiva, es extremadamente rara. En realidad, la polis se asienta sobre múltiples exclusiones: los jóvenes menores de dieciocho años, las mujeres y los extranjeros.

La comunidad de ciudadanos no forma un todo indiferenciado sino que está repartida y encuadrada en una serie de unidades según la polis concreta: genos, fratrías, tribus y demos, excluyentes, se es miembro de una sola fratría o de un solo demo, o complementarias, se forma parte de un demo, una fratría y una tribu, son partes elementales e indispensables para el funcionamiento de la ciudad.

La *politeia* se refiere no sólo a la comunidad de ciudadanos sino también a la organización política de dicha comunidad, esto es, el corpus de leyes fundamentales, las principales instituciones (magistraturas, consejos, asambleas, tribunales) y las reglas de funcionamiento de cada órgano: condiciones de admisión, procedimientos, competencias y funciones, lo que nosotros podríamos traducir vagamente por Constitución política.

La organización política griega distingue varios conceptos básicos: *arche, kratos, isonomía*, libertad e imperio de la ley. *Arche* es el poder de mandar, de deliberar, decidir y ordenar (Arist.*Pol*.IV.15, 1299 a 25-28) recibido *por delegación de la comunidad de ciudadanos*, así los magistrados se denominan *archai*. *Kratos* implica la idea de una soberanía, de poder en sí, que reside en la comunidad de ciudadanos, que es ejercido por ella en las instituciones fundamentales, sea el consejo en una oligarquía, sea la asamblea en una democracia y que significa básicamente la capacidad de autogobernarse y darse leyes (autonomía) y de decidir libremente la política exterior *(eleuthería)*.

Isonomía no es simplemente la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley sino la igualdad por la ley, el derecho fundamental a participar en las decisiones políticas según unas reglas establecidas, que variaba en la oligarquía o en la democracia, la alternancia periódica en la obediencia y en el mando y el reparto regulado de poderes y honores entre los ciudadanos.

La libertad en el interior de la polis se concebía como la existencia ordenada de una comunidad que se regía por un código establecido y respetado por todos: la ley de la que la comunidad era la única fuente, que consagraba el principio de soberanía de la comunidad y definía el ejercicio de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones. La libertad de palabra quería decir literalmente libertad de hablar en público en las deliberaciones que precedían en cualquier decisión colectiva, no la libertad de tener ideas impopulares y de discutirlas con amigos o discípulos.

La *politeia* como organización política de la comunidad comprendía tres partes esenciales: el consejo y la asamblea (lo que Aristóteles *Pol.*IV.14 1297 b-1298 denomina la parte deliberativa *-to bouleuomenon)*, las magistraturas *(archai)* y los tribunales *(dicasteria)*. El consejo y la asamblea sobrepasaban el dominio legislativo: es el órgano colectivo que toma todas las decisiones importantes en política interna y exterior, leyes y elección de magistrados. En una democracia este órgano decisorio es la asamblea, en una oligarquía es el consejo.

Una de las características básicas de todas las constituciones griegas es la debilidad de los magistrados frente a los demás poderes; cargos anuales, los magistrados griegos están sometidos a fuertes controles y castigos, sus poderes y deberes están fragmentados y repartidos y no existe una secuencia jerárquica y ordenada de magistraturas. En la democracia el modo de designación más extendido es el sorteo, que permite a los ciudadanos más obscuros acceder a las magistraturas, por el contrario, la elección a través del voto es considerada más aristocrática u oligárquica.

Los tribunales son una fracción del demo que juzga, un cuerpo separado e independiente de la asamblea: ni los dicastas eran establecidos por la asamblea, ni sus decisiones podían ser revocadas por la asamblea ni sus poderes estaban instituidos por un acto de la asamblea. En los tribunales cada ciudadano acusaba, se defendía o formaba parte del jurado por sí mismo y por sí mismo interpretaba la ley: nunca se desarrolló una clase de juristas profesionales (jueces, fiscales o abogados defensores).

La separación de poderes desconocía nuestra trifuncionalidad moderna (ejecutivo, legislativo y judicial): se trataba en realidad de lo que podríamos llamar una separación imperfecta de iniciativa y decisión. Los *archai* (magistrados) tomaban iniciativas pero apenas tenían capacidad de tomar las decisiones más importantes, presentaban propuestas, instruían los casos y los llevaban ante los tribunales que presidían pero las decisiones eran

adoptadas por otros cuerpos. Una de las funciones principales de los magistrados era la ejecución de las decisiones que ellos no tomaban. Por otro lado, cualquier particular podía también proponer iniciativas. En la constitución democrática ateniense el consejo podía multar hasta quinientas dracmas y estaba dotado de gran iniciativa ya que preparaba los proyectos de resolución *(probouleuma)* que luego se presentaban ante la asamblea, pero las decisiones principales eran tomadas por los tribunales y la asamblea. Sin embargo, ambas instituciones estaban casi completamente desprovistas de iniciativa, no podían reunirse espontáneamente y la asamblea sólo podía debatir los asuntos que figuraban en el *probouleuma* del consejo. En el caso de una oligarquía la decisión fundamental estaba en manos de un consejo de número restringido. Los tribunales, la asamblea democrática o el consejo oligárquico tomaban, pues, las decisiones pero no tenían la iniciativa.

El mundo griego conoció una amplia variedad de constituciones, desde aquéllas en las que el poder era desempeñado por un solo hombre (monarquía o tiranía), por un sector más o menos restringido (oligarquía) hasta la totalidad del cuerpo de ciudadanos (democracia).

La oposición entre realeza y tiranía es un lugar común en el siglo IV: la realeza es la forma correcta de poder unipersonal, la tiranía la forma degenerada. Según la teoría política del siglo IV, por su origen social (el rey es noble y rico y el tirano de baja extracción) o su actitud en las luchas civiles (el rey mantiene el orden tradicional, el tirano favorece a los pobres con medidas revolucionarias), monarquía y tiranía son completamente opuestos. Los reyes están sometidos a ley, la tiranía es arbitraria, la monarquía tiene atribuciones limitadas y determinadas, la tiranía no conoce límites.

Independientemente del juicio moral que nos merezca, monarquía y tiranía son claramente diferentes en el mundo de la política griega; la monarquía se asienta legítimamente sobre la existencia de una comunidad y de alguna manera la ley contribuye a limitar sus poderes, pero el elemento básico es que la monarquía se apoya y favorece a las clases aristocráticas. A lo largo del siglo IV la monarquía fue ganando prestigio en la práctica y en la teoría y muchos intelectuales vieron finalmente en ella la posibilidad de hacer frente a los problemas que aquejaban al mundo griego.

Es incontestable que la tiranía, que había desaparecido totalmente en el mundo griego en torno al 440, reaparece en el siglo IV. El tirano es un jefe militar dotado de plenos poderes *(strategos autokratôr)* sin limitación de tiempo y que se apoya en mercenarios. Dos factores favorecieron el resurgimiento de la tiranía: la frecuencia de las luchas civiles y el crecimiento en el número de mercenarios, aunque conviene anotar que la tiranía es relativamente rara en las viejas ciudades de Grecia propia y las experiencias tiránicas son más breves y más impopulares. La tiranía tiene un papel mayor en el mundo colo-

nial, en Sicilia, en la región de Ponto, notablemente en Heraclea donde Clearco funda una dinastía duradera.

La oligarquía griega se basa sobre un principio esencial: la exclusión de amplias partes de la comunidad de ciudadanos de la vida política por dos razones principales, nivel de renta y ocupación, exclusiones que están normalmente definidas y reguladas por la ley. Ello significaba una división del cuerpo de ciudadanos en activos y pasivos (cf. Arist.*Pol.*III.1.1275 a 22-23). Como si una parte del cuerpo cívico hubiera sido asimilado a una atimía parcial, una pérdida de derechos políticos que le impide ejercer el derecho de voto, participar en el consejo o en la asamblea y desempeñar algún cargo público. En general, los oligarcas moderados sólo deseaban excluir de la comunidad política a los que estuvieran por debajo de un nivel mínimo requerido y no pudieran costearse la panoplia hoplítica. Según la concepción oligárquica moderada sólo aquellos que pudieran defender a la comunidad con sus escudos (hoplitas) o sus caballos (jinetes) debían gozar de derechos políticos. En ocasiones, en un grado menor de moderación, la oligarquía excluía también a los que se dedicaban a ciertas profesiones como artesanos y mercaderes pues, dentro de la jerarquía ética de las ocupaciones, los oligarcas remarcaban el valor de la clase campesina, sus cualidades morales, el valor militar del hombre acostumbrado al trabajo del campo y la capacidad educativa de las labores agrícolas. Otras barreras para el ejercicio del poder son la edad y la educación. Llevadas al extremo, las oligarquías tienden a definir numéricamente el cuerpo cívico: los Tres Mil de la oligarquía de los Treinta en Atenas, las Cien Casas de Locris Epicefiria, los Ciento Ochenta de Epidauro o los Seiscientos de Heraclea Póntica. Llegamos así al último escalón y más extremo: la aristocracia o la oligarquía dinástica que reservaba los derechos políticos plenos a un número restringido de familias *(dynasteiai)* aristocráticas.

En la teoría oligárquica el liderazgo debía ser reservado a los aristócratas y ricos, el poder de decisión a los aristócratas y las clases medias (hoplitas) y del demo se esperaba obediencia, lo que la clase gobernante llamaba un comportamiento responsable.

La oligarquía está arropada por una larga tradición y atractiva propaganda, era la eunomia estética y moral, el buen gobierno, no igualitario sino que establecía un orden, una jerarquía, una pirámide de derechos. El respeto y el reino de la ley, sacralizada por encima de los ciudadanos. En la práctica política, la oligarquía entrañaba el desarrollo de los poderes del consejo en detrimento de la asamblea.

En cambio, en una democracia, el gobierno era ejercido por el pueblo en el sentido literal de la palabra: a la asamblea, a la que podían acudir todos los ciudadanos, le incumbía la decisión final sobre la paz y la guerra, los tratados, las finanzas, la legislación y las obras públicas y es superior a cual-

quier otra institución. La isonomía democrática significaba que todos los miembros de la comunidad de ciudadanos, cualesquiera que fueran su orígen, riqueza y ocupación, eran iguales ante la ley y poseían todos los mismos derechos políticos. Se trataba de una democracia directa: el ciudadano que acudía a la asamblea votaba por sí, sin ser representado, y la decisión se tomaba por el simple voto mayoritario de cuantos estaban presentes.

La democracia directa sólo era posible en un estado con un pequeño territorio y un pequeño número de ciudadanos, la mayor parte de las *poleis* satisfacían ambos requerimientos: la polis típica disponía de un territorio de 50-100 km^2 y de una población de unos quinientos a mil adultos masculinos.

12.3. La democracia ateniense en el siglo IV

Aunque algunos investigadores tratan de describir la constitución ateniense en la época de Pericles, en la segunda mitad del siglo V, anticipando, no siempre con las debidas reservas, los elementos conocidos del siglo IV, lo cierto es que conocemos mucho mejor la democracia ateniense del siglo IV que la de los días de Pericles. Ello se debe a que se ha conservado la *Constitución de los atenienses* de Aristóteles escrita después de Queronea, entre el 333 y el 322.

Según Aristóteles, en el 403 se produce la undécima reforma *(metabole)* de la constitución ateniense, dicha reforma consistió en la restauración de la democracia tras la oligarquía de los Treinta y la codificación legislativa. La revisión legislativa había empezado después del 410, interrumpida por la oligarquía de los Treinta, se reemprende y se culmina desde el 403. A partir de esta fecha, se establece una clara diferencia, que no había existido en el siglo V, entre nomos (ley) y psefisma (decreto). Nomos es una ley permanente de validez general, superior a un psefisma, un decreto, que es una norma particular o que tiene validez por un período limitado de tiempo y que es una decisión que toma normalmente la asamblea. Se crea así un cuerpo codificado de *nomoi* que son objeto de un procedimiento particular a través de los nomotetas (literalmente legisladores), una institución que nace ahora. Los nomotetas eran extraídos por sorteo de entre los seis mil jueces. Su misión era conservar el cuerpo de *nomoi* y derogar o modificar los *psefismata* que entraran en colisión con los *nomoi*. Era un nuevo procedimiento más lento y más sereno que la habitual decisión política.

Las bases de la democracia ateniense residían en la concentración de poderes en manos de la asamblea y la frecuencia de sus reuniones, la paga *(misthos)* por la participación en la vida política y la generalización del sorteo para la provisión de magistrados. Las principales instituciones de la *poli-*

teia democrática ateniense eran cuatro: la asamblea, los Consejos (el consejo de los Quinientos y el Areópago), los magistrados *(archai)* y los tribunales.

12.3.1. La asamblea *(ekklesia)*

En cada demo (un lugar de habitación dotado de instituciones políticas), la asamblea local, según la edad (dieciocho años) y la filiación, decide si uno era ateniense, de condición libre y de nacimiento legítimo y le inscribe en el catálogo del demo. Después de la inscripción en el demo el nuevo ciudadano debía pasar la *dokimasia* (prueba) del Consejo. Tras ello, debía cumplir un período de dos años de instrucción militar, la efebía, durante el cual no se le considera todavía ciudadano pleno y posiblemente no tenía derecho a participar en la asamblea. Así, en el siglo IV el ciudadano no obtenía todos los derechos políticos hasta los veinte años. Era inscrito en el demo a los dieciocho años pero, para ser admitido en la asamblea, tenía que ser inscrito en una lista especial *(pinax ekklesiastikos)* que sólo se producía a la edad de veinte años después de completar la efebía.

La asamblea se reunía en la Pnyx, una colina hemicircular de unos 120 m de diámetro. El recinto de la asamblea contaba con unos 2.400 m^2, con una cabida para seis mil cuatrocientos ciudadanos (Pnyx I, a 0,4 m^2 por persona), hacia el 400 la Pnyx sufre una remodelación que aumenta la capacidad a 2.600 m^2 y unos seis mil seiscientos ciudadanos. A partir del 330, la Pnyx se amplía considerablemente hasta alcanzar unos 5.500 m^2 (Pnyx III). En el hemiciclo de la asamblea se disponían los bancos de madera para los asistentes y estaba flanqueado por la tribuna donde se situaban el altar de Zeus agoreo y los asientos de los proedros (presidentes). Obviamente, aunque todos los ciudadanos podían participar, no todos participaban, y la cabida del Pnyx durante la mayor parte del siglo IV no alcanzaba los siete mil de un cuerpo de ciudadanos entre veinticinco y treinta mil. Sólo algunas decisiones requerían un quorum máximo de seis mil votos. Sin duda alguna los ricos asistían más a menudo a la asamblea y también estaban favorecidos, por pura razón de proximidad geográfica, los habitantes urbanos de la ciudad y el puerto. Pero es bastante falso oponer un demos urbano al demos rural: muchos habitantes de la ciudad eran también campesinos, a la asamblea podían acudir también los que residían en grandes pueblos cercanos a la ciudad como Acarnas, y muchos ciudadanos caminaban sin reparar en las largas distancias para acudir a la asamblea especialmente en decisiones muy importantes como una declaración de guerra. De este modo, los seis mil ciudadanos que podían congregarse en la asamblea era un número lo suficientemente amplio y representativo del conjunto de los atenienses. En los años inmediatamente posteriores a la restauración democrática se reintrodujo la paga por asistir a la

asamblea *(misthos ekklesiastikos)*, primero de un óbolo y rápidamente alcanzó el trióbolo. Aristóteles dice que la finalidad de la instauración del *misthos* fue incentivar la asistencia del pueblo que hasta entonces acudía en escaso número. Sin embargo, las dos reconstrucciones de la Pnyx que se producen durante el siglo IV fueron ampliaciones, contrariamente a lo dicho parece que el interés del demo es mayor en el siglo IV que el V y esto no se explica por el *misthos ekklesiastikos*, cuya cantidad garantizaba solamente una subsistencia mínima.

A la asamblea competía tomar decisiones soberanas tanto en política exterior como interior. La asamblea se reunía cuatro veces en cada pritanía, de modo que las asambleas ordinarias sumaban cuarenta al año y alcanzan, en este siglo, una periodicidad de la que carecen en épocas anteriores. En casos excepcionales se podían convocar evidentemente asambleas extraordinarias. La primera asamblea de cada pritanía era la asamblea principal *(ekklesia kyria)* que tomaba decisiones sobre los grandes problemas de la ciudad: defensa, aprovisionamiento, embajadas extranjeras, acusaciones de alta traición, etc., y confirmaba a los magistrados en su cargo.

El desarrollo de las sesiones de la asamblea seguía unas normas muy precisas. La mañana de la sesión se sorteaban nueve proedros de las otras nueve tribus que no desempeñaban la pritanía y un epistates o presidente de los proedros. Los proedros y el epistates de los proedros cambiaban cada sesión, lo que limitaba la posibilidad de manipulación pero no su responsabilidad ya que debían impedir toda medida ilegal. Contaban además con un heraldo y un secretario. Después del sacrificio a Zeus agoreo y los ritos purificadores, comenzaba la sesión, el epistates ordenaba dar lectura al *probouleuma,* la relación del consejo sobre las cuestiones que debe abordar la asamblea; está prohibido tratar cualquier asunto que no haya pasado antes por el consejo; después se votaba a mano alzada *(procheirotonia)* entre la aceptación inmediata o un debate. En virtud de la isegoría, derecho de tomar la palabra en la asamblea igual para todos, todo ateniense puede dirigirse a la asamblea, pero es un ideal, en la práctica sólo un limitado número de oradores toman la palabra: era difícil hablar sin leer, al aire libre, a una asamblea numerosa en una gran superficie y que podía manifestar su oposición o simplemente su impaciencia. Todo orador podía sufrir una *graphé para nomon,* una acusación por haber propuesto una ilegalidad. Tal circunstancia, la *graphé para nomon* tenía un efecto suspensivo, aunque la propuesta fuera aprobada por la asamblea, el procedimiento no podía continuar hasta que el tribunal no se hubiera pronunciado sobre la acusación. Sencillamente, los tribunales podían anular las decisiones de la asamblea.

No parece cierto que los poderes de la asamblea fueran acrecentados substancialmente en detrimento del Consejo y que se sometieran a su consideración asuntos sin la moción previa del Consejo: este procedimiento era

absolutamente excepcional y la propia asamblea parece haber perdido sus poderes como tribunal excepcional a lo largo del siglo.

12.3.2. El Consejo *(Boulé)*

El Consejo estaba compuesto por quinientos miembros, mayores de treinta años, elegidos por sorteo a razón de cincuenta por tribu. Los consejeros (buleutas) desempeñaban el cargo durante un año y sólo se podía ser consejero un máximo de dos veces en la vida siempre que no fuera en dos años consecutivos. Los consejeros recibían una indemnización de cinco óbolos diarios *(misthos bouleutikon)* con lo que la *boulé* costaba al estado ateniense unos 20 a 25 talentos al año. El Consejo de los Quinientos se reunía, salvo casos excepcionales, en el *bouleuterion*, un edificio cuadrangular que se alzaba en el oeste del ágora y las sesiones sumaban unos 260 días al año.

Cada tribu con sus cincuenta consejeros ejercía la llamada pritanía por turno durante la décima parte del año (35 o 36 días). Esta comisión restringida de cincuenta pritanos presidía la reunión del Consejo, la convocaba, confeccionaba el orden del día, recibía e introducía a los embajadores e intercambiaba juramentos. Los pritanos recibían una dracma diaria. De entre los cincuenta pritanos, se elige cada día un presidente de los pritanos, un epistates, cargo que sólo se podía desempeñar una sola vez en la vida. El epistates de los pritanos preside ese día la reunión, custodiaba el sello de la ciudad y las llaves de los tesoros y era, desde el punto de vista protocolario, el primer personaje de la ciudad. Junto con el epistates, un tercio de los pritanos se encontraba en función día y noche en el *tholos* de los pritanos, el edificio circular situado en el ágora inmediatamente contiguo al *bouleuterion*.

La función principal del Consejo residía en la reflexión y redacción de los proyectos legislativos. Un particular, un consejero o un magistrado iniciaba una propuesta que era redactada en forma de proyecto de resolución *(probouleuma)* que reproducía la propuesta por el autor o una versión modificada y que se presentaba a la asamblea que tenía la decisión final.

El Consejo podía imponer multas hasta las quinientas dracmas y la prisión en determinadas circunstancias y la pena de muerte sólo a los extranjeros. El Consejo era guardián de la constitución y las leyes, se encargaba del control de los magistrados durante su función, colaboraba con ellos y también de la *dokimasia* (investigación previa de todo candidato a una magistratura) y la *euthyna* (rendición de cuentas al término del mandato de un magistrado) y poseía determinadas competencias en la religión, fiestas y trabajos públicos. Sus funciones son cada vez más especializadas a lo largo de la cen-

turia. Así recluta en su seno cierto número de comisiones: diez *trieropoioi* para las construcciones y reparaciones, los arsenales y la marina; los *logistes* que examinan las cuentas de cada magistrado y los *euthynes* que supervisan a los magistrados durante el cargo y en la rendición de cuentas final. El Consejo verifica el estado de las finanzas así como la utilización de fondos por los magistrados y los trabajos públicos: rutas, arsenales, edificios; elabora las listas de la caballería, organiza determinadas fiestas e interviene en numerosos aspectos rituales como la confección del peplo para Atenea en las Panateneas y la percepción de las primicias de estados extranjeros para las diosas de Eleusis. La *boulé* se encargaba también de la ejecución de las decisiones tomadas por la asamblea.

Finalmente, el Areópago, con sus poderes limitados desde la reforma de Efialtes (462/1), a pesar de los intentos y la propaganda moderada, permaneció como una institución de gran prestigio pero dotada de una escasa capacidad real.

12.3.3. Los magistrados

Según Aristóteles, los magistrados atenienses *(archai)* eran setecientos. Las magistraturas eran colegiadas, cada colegio elegía un presidente y estaba asistido por un secretario. Los magistrados desempeñaban el cargo durante un año y estaban sometidos a fuertes controles: la *dokimasia* en la que se investigaban las virtudes cívicas y la actuación política anterior de todo candidato a ocupar una magistratura, el control de su gestión por parte del Consejo y la *euthyna*, la rendición de cuentas al término del mandato. En el siglo IV, la asamblea principal de cada pritania examinaba la actuación de los magistrados.

La mayor parte de las magistraturas se sorteaban excepto unas pocas que exigían competencias especiales, como los estrategos o los magistrados financieros, que se elegían por votación.

Los magistrados tenían esencialmente una función dual, preparatoria y ejecutoria: preparaban las decisiones que habrían de tomar otros organismos y aseguraban su ejecución. Los magistrados poseían variadas competencias, eran inspectores del mercado *(agoranomos)*, inspectores de policía urbana *(astynomos)*, comisarios del grano *(sitofilaques)*, etc. Un grupo especial de magistrados, por su tradición y componente honorífico, era el colegio de los nueve arcontes, elegidos por sorteo después del 478/7. El arconte epónimo daba nombre al año, instruía la mayor parte de las causas privadas que concernían a los ciudadanos y poseía funciones religiosas especialmente la celebración de las Dionisiacas y las Targelias. El arconte rey tenía también funciones religiosas, organizaba en particular la procesión de los Misterios

de Eleusis y las Leneas y ejercía su jurisdicción en los asuntos sagrados. El arconte polemarco tiene la misma competencia judicial sobre los metecos que el arconte epónimo sobre los ciudadanos y, como parte de sus antiguas funciones militares, conservó la presidencia de los sacrificios funerarios en honor de ciertas divinidades como Artemisa y Enialos. Los seis arcontes tesmotetas presiden los tribunales e instruyen en particular, después de mediados de siglo, las acciones comerciales y mineras.

Otro grupo estaba formado por los magistrados militares, estrategos, taxiarcos, hiparcos y filarcos. A lo largo del siglo IV los estrategos tienden a no ser más que generales, abandonando su poder político en manos de los oradores. Probablemente en el tercer cuarto de la centuria la base tribal se abandonó y los generales se elegían con independencia de la tribu a la que pertenecían. El mismo colegio de los estrategos se especializa, al menos en el 329, y quizás desde finales de los cincuenta, existe un estratego de los hoplitas, que manda el ejército en campaña, un estratego del territorio encargado de la defensa del Ática, dos estrategos del Pireo –uno en Muniquia y otro en Acté–, un estratego de las simmorías, encargado del reparto de las trierarquías y el equipamiento de las naves, los cinco restantes sin asignación particular pueden ser utilizados según las necesidades.

Una de las características del siglo, especialmente después de la Guerra social, es la destacada importancia que adquieren las magistraturas financieras: la gestión de los fondos de la caja de guerra *(stratiotikon)*, la presidencia del *theorikon* y la tesorería de la *dioikesis* (administración en sentido vago).

12.3.4. Los tribunales

Junto a la asamblea, los tribunales atenienses encarnaban la soberanía popular y su desarrollo está íntimamente unido al avance y la consolidación de la democracia.

La independencia del poder judicial era un principio completamente extraño al pensamiento político griego. Era la misma persona la que se sentaba como juez en los *dicasteria* y la que después acudía a la asamblea para expresar su opinion y emitir su voto en todos los asuntos.

Cada año se extraían por sorteo de entre los ciudadanos atenienses mayores de treinta años seis mil jueces a razón de seiscientos por tribu, que se repartían entre los diferentes tribunales presididos por magistrados diferentes según la materia del proceso (tesmotetas, los Once, etc.). Los jueces juraban no favorecer a los enemigos de la democracia ni la subversión social (abolición de deudas y reparto de tierras) y no dejarse corromper. Los dicasteria se reunían entre 150-160 y 200 días al año y cada juez recibía un trió-

bolo por sesión *(misthos heliastikon).* Los jurados suponían un gasto de unos 60-70 talentos al año. La Heliea era el tribunal más importante de Atenas y estaba formado por dos mil heliastas que se reunían en el ágora, posiblemente en el lado suroeste. Raramente el tribunal se reunía en sesión plenaria sino que los jueces (heliastas) se repartían en un sistema complicado de diferentes "cámaras" que normalmente comprendían 501 heliastas.

Los atenienses conocían dos grandes tipos de procesos, las *dikai* que se acostumbra a llamar causas privadas y las públicas o *graphé* (literalmente acusación escrita). La diferencia esencial estribaba en que la *dike* es emprendida por alguien que consideraba sus intereses particulares lesionados, por ejemplo, un pariente o un tutor, y la *graphé* podía ser iniciada por cualquier miembro de la comunidad cívica. No existían abogados, fiscales o jueces profesionales sino que cualquier ateniense podía desempeñar estas funciones, ser acusador o defenderse personalmente de una acusación. Los amigos podían declarar también en el juicio. Existían también logógrafos, profesionales que se dedicaban a escribir discursos para otros. Los conservadores denunciaban la proliferación de los acusadores profesionales, sicofantas, que usaban la delación y el chantaje (para evitar la acusación); es posible que se cometieran excesos pero no olvidemos también que en las acciones públicas el acusador era multado con mil dracmas si no obtenía la quinta parte de los votos.

La iniciativa era tomada por un particular o un magistrado que llevaban la acusación ante el magistrado competente. El magistrado instruía la causa, y la fecha de la audiencia era fijada por los tesmotetas que eligen mediante el sorteo un tribunal; un mismo tribunal podía juzgar múltiples casos en un solo día, pero una acción pública requería un día completo. Después de un sacrificio y una plegaria, acusador y acusado tomaban la palabra sucesivamente durante un tiempo rigurosamente igual medido por un reloj de agua o clepsidra. Podían ceder también una parte de su tiempo a sus amigos que hablaban en su favor *(sinegoros).*

El tribunal escuchaba y votaba sin debate en su seno. Si el acusado era declarado culpable y la pena no estaba fijada por la ley, acusador y acusado volvían a tomar la palabra y solicitaban una pena cada uno, el tribunal elegía entre las dos. Para votar, cada juez disponía de dos discos de bronce, macizo para la absolución y agujereado para la condena, depositaba su opinión en una urna de bronce y la desestimada en una de madera.

En definitiva, ni siquiera los desastres de la Guerra del Peloponeso ni la pérdida del imperio amenazaron gravemente la estructura de gobierno. La Atenas del siglo IV halló recursos en su interior mismo para conservar la organización política y ciudadana. Bajo el sistema democrático, Atenas consiguió mantenerse durante casi doscientos años como el más poderoso, el más estable, el más pacífico internamente de todos los estados del mundo griego.

12.4. Las facciones y la lucha política

La investigación moderna suele utilizar, en ocasiones, en el ámbito de la lucha política antigua el término de partido político. Podemos definir los partidos políticos como grupos estructurados, articulados, jerarquizados, adaptados a la lucha por el poder y que expresan los intereses y los objetivos de diversas fuerzas sociales. Los partidos políticos tienen como objetivo directo la conquista del poder o la participación en su ejercicio, encuadran a miles, a veces cientos de miles, de afiliados y poseen un complejo y jerarquizado aparato y un grupo de dirigentes internos y tienen la pretensión de constituir una formación relativamente duradera.

Es sumamente complejo aplicar dicha definición de partido político a la antigüedad. Las facciones políticas antiguas carecían de una estructura formal, no poseían ni nombres oficiales ni áreas de responsabilidad y organización ni una jerarquía interna claramente definidas. En muchas ocasiones es difícil observar en ellos una división socioeconómica ni en cuanto a sus miembros ni en cuanto a los intereses que defienden. Ciertamente, el objetivo directo de un grupo político antiguo era la conquista del poder, pero el líder antiguo ejercía mucho menos control sobre los asuntos políticos y la decisión última quedaba en manos del cuerpo de ciudadanos. Dichas facciones políticas no disponían tampoco de masas encuadradas ni afiliados y sus miembros se reducían, todo lo más, a unos pocos centenares.

Es la propia estructura política antigua la que impide la existencia de partidos parangonables a nuestras formaciones contemporáneas. La concentración de autoridad en la asamblea democrática o en el consejo oligárquico, la fragmentación, debilidad, imprecisión de la jerarquía y la rotación en las magistraturas, la selección abandonada al azar, la ausencia de una burocracia, todo ello servía para impedir la creación de una maquinaria de partido y de una minoría política institucionalizada: la dirección era directa y personal y la clase política no podía perpetuarse a sí misma, pertenecer a ella era algo que se lograba mediante la actuación pública, el acceso estaba siempre abierto y la permanencia continuada requería también la acción continuada.

Tampoco la denominación de "grupo político" parece adecuada; es un término demasiado vago e impreciso; a diferencia de "partido político" su contenido es muy indefinido y no desvela tampoco las características de las facciones políticas antiguas.

Podemos fundir todas las expresiones que aparecen en las fuentes (hetería, seguidores, etc.) en un solo término, facción política, cuyas características se adecúan con mucha mayor precisión a la verdadera naturaleza de la lucha política en el interior de una polis. Así, la facción política sería una unidad pequeña de la lucha política, no corporativa, con deseos de tomar el poder; informal, laxa o someramente organizada, que difiere esencialmente

de partido político (Strauss, 1986, 2, 18). La facción se organiza a través de uno o varios líderes sobre la base de los vínculos personales, uno a uno, el parentesco o la amistad *(philía)*, entre estos líderes y sus seguidores; por ello, el número de miembros de una facción ha de ser necesariamente pequeño, limitado precisamente a las conexiones personales de sus líderes. *Philía* es algo que vagamente traducimos por amistad pero que es mucho más que eso. Entre los miembros de una facción, que poseían desigual riqueza, edad, experiencia y poder, la amistad cubría un doble aspecto emocional e instrumental. Emocional en el sentido de afecto que incluía, en muchas ocasiones, relaciones homoeróticas u homosexuales, y que se reforzaba normalmente con un acendrado sentido de la lealtad, e instrumental, tangible, apoyo mutuo y que guardaba similitudes, aunque no todas, con el sistema patrón-cliente: ayuda a los seguidores, préstamo de dinero, auxilio ante los tribunales, asistencia para la defensa o el ataque contra un enemigo, patrocinio de carreras políticas, etc. Como consecuencia de la destacada importancia que juegan los vínculos personales, los ataques contra la facción son también o sobre todo ataques personales, contra el líder o contra sus colaboradores.

La rivalidad política tenía la característica del todo o nada: se buscaba no solamente el éxito ante los competidores sino su destrucción, a veces literalmente. Destruir a los adversarios y no sólo sus ideas políticas: el combate político era totalmente personal a causa de la falta de mecanismos constitucionales y gubernamentales.

Sin embargo, la reducción de la lucha política a factores personales sería simplista. Las relaciones personales o el carisma rara vez valían por sí mismos para dirigir una política: había que persuadir a los ciudadanos, que no formaban parte de la facción a adoptar una determinada política. Por ello era necesario que la facción, se identificara *grosso modo* con unos principios, una ideología o una determinada política interna o exterior: el patriotismo y su interpretación por parte de cada facción eran componentes esenciales de la vida política.

La distinción substancial entre tendencia y facción es, a mi juicio, una de las claves para la comprensión de la lucha política en el interior de una polis. Muchos de los ciudadanos votaban según la ocasión, pero otros muchos, sin ser miembros de una determinada facción, se identificaban con lo que podríamos llamar tendencias políticas, esto es, una serie de nociones, máximas o principios ideológicos difundidos entre el cuerpo cívico sobre el mejor régimen político, las mejores actuaciones políticas o la mejor política exterior. Así, sin necesidad de pertenecer a facción alguna, muchos ciudadanos tendían a apoyar, en general y con toda una serie de gradaciones y matices, la oligarquía moderada o radical, la democracia fuera moderada o radical, una política exterior filolaconia, proateniese o incluso neutral. Ciertamente las facciones participaban de estas tendencias pero dichas tendencias existían y

eran substancialmente independientes de las facciones. Esta diferencia entre tendencia y facciones explicaría que las facciones se formaran, se fragmentaran o desaparecieran pero las tendencias persistieran y también que, dentro de una misma tendencia, coexistieran varias facciones, según determinados matices o personalismos.

Del mismo modo que el término de "partido político", el sentido moderno de "político" resulta difícil de aplicar a la lucha política antigua. El "político" definido como aquel que aspira a ser miembro del gobierno, presenta su candidatura a las elecciones, toma las decisiones, vive de la política y está afiliado a un partido político es un concepto casi imposible de trasladar a la política antigua. No sólo vivir de la política era considerado un comportamiento como mínimo sospechoso y deshonroso sino que los políticos antiguos, a diferencia de los modernos, no tomaban decisiones, hacían las propuestas y la decisión suprema se dejaba en manos de otros organismos, la asamblea democrática o el consejo oligárquico que no siempre podían ser controlados y que podían rechazar cualquier iniciativa. Un político podía influir de manera decisiva sin ostentar cargo alguno y el liderazgo político estaba abierto a cualquier ciudadano activo que se dirigiera a la asamblea y pudiera persuadirla.

En el caso de Atenas, mucho más que "políticos", oradores y generales *(rhétores kai strategoí)* es la mejor expresión que se puede encontrar en las fuentes para referirse a los políticos. Los retores y estrategos, en su sentido más restringido, eran los que se dirigían a la asamblea o al Consejo, apoyando una opinión u oponiéndose, y lo hacían habitualmente a diferencia de quien lo hacía sólo ocasionalmente. Así, promovían proposiciones de ley *(psephisma)* ante la *ekklesia* o ante la *boule* o *nomoi* ante los nomotetas, llevaban a cabo una acción pública o privada en los *dikasteria* para la acusación o la defensa y desempeñaban las embajadas. Retores y estrategos incluían *en Atenas* casi todos los aspectos importantes del liderazgo político salvo la política fiscal para la que, durante el siglo IV, los atenienses crearon importantes cargos financieros.

Pero fuera de Atenas, los términos retores y estrategos no son siempre fáciles de aplicar. En el caso de Beocia y de Tebas el cargo de estratego simplemente no existía como tal y, además, a diferencia de Atenas, salvo una sola excepción, Meneclidas (*floruit ca.*379-364), el único calificado de orador y que no parece haber desempeñado ningún cargó militar, todos los demás líderes políticos beocios desempeñan magistraturas que, además de otras competencias, conllevaban principalmente el mando militar. Podemos utilizar el término más flexible de líder político, pero, en los textos, los líderes beocios son, fundamentalmente, beotarcos, hiparcos o *lochagoi* (comandantes de batallones de infantería) y el mando militar no es una mera figura retórica ni una función más inherente al cargo y poco desempeñada, sino que la práctica totalidad de los líderes beocios a lo largo de los siglos V y IV de los

que tenemos noticias dirigieron efectivamente tropas, ganaron gran parte de su prestigio sobre el campo de batalla y ejercieron en tal grado sus responsabilidades militares que tenían la peligrosa tendencia de morir al frente de sus tropas.

Los beotarcos incluyen en Beocia todos los componentes esenciales del liderazgo político. Solían desempeñar las embajadas más importantes, mandan el ejército, presentan propuestas y hablan ante los consejos oligárquicos (hasta el 386) o ante la asamblea (a partir del 379), se ocupan de investigar y arrestar a los presuntos sospechosos de haber cometido delitos criminales o de haber conspirado contra la Confederación y los llevan a juicio, acusan o son acusados ante los tribunales, promueven *graphai para nomon* y, probablemente, manejaban fondos financieros. En Beocia no se dio, pues, la disociación entre político y general que tanto destacan algunos investigadores y, posiblemente, ésta fue norma en la práctica totalidad del mundo griego.

En Atenas, a partir de la muerte de Pericles (429), comienzan a proliferar los líderes políticos que no proceden de familias aristocráticas y que no basan sus ingresos principales sobre la propiedad de la tierra. Esta evolución triunfa en el siglo IV donde la mayoría de los políticos no eran miembros de la vieja aristocracia.

Sin embargo, en Beocia, la aristocracia terrateniente supo mantener su liderazgo a lo largo de toda la época clásica a pesar del establecimiento de la democracia. En efecto, no conocemos ni siquiera un solo líder beocio que no fuera un aristócrata y que, como en Atenas, debiera su fortuna a las actividades artesanales o comerciales.

De acuerdo con su participación en la política, los ciudadanos de una polis pueden ser divididos en cuatro grupos: los que nunca participaban en nada; los ciudadanos que tomaban parte en las instituciones, asamblea, consejos, pero nunca se dirigían a la asamblea, el tipo más común de ciudadano; los ciudadanos que se aproximaban al ideal comunitario: además de participar en las instituciones se dirigían alguna vez al público (Dem.22.37, 24.66, 23.4; Esquines. 3.220) y, por último, los líderes políticos y los miembros de una facción.

12.5. La reflexión y las teorías políticas

Una de las más destacadas características de siglo fue, sin duda, la reflexión sobre la política que está presente en los oradores, los historiadores y los filósofos y que se centró en tres campos esenciales: la reflexión sobre la propia realidad política, especialmente la democracia ateniense, la indagación sobre las diferentes constituciones y, sobre todo, la elaboración de modelos teóricos.

Dicha reflexión es fruto del desarrollo de la propia vida política con su complejidad creciente y sus problemas y una muestra del avance del pensamiento y la cultura griegas, especialmente en los terrenos de la retórica y de la filosofía, y obedece también a la crítica y la tendencia antidemocrática mayoritaria en estos autores.

Si en el siglo V el tema principal del debate político había sido la ley, su origen divino y humano, su carácter inmutable o derogable; los escritores del siglo IV han superado esta controversia, afirman el imperio de la ley y orientan su investigación en el intento de definir la mejor *politeia* posible que garantice la estabilidad política, la ausencia de *stasis*, la concordia social e incluso la justicia y la felicidad de todos los ciudadanos.

En Atenas, y posiblemente en otras ciudades griegas, uno de los temas recurrentes se refiere a la crítica de la democracia por parte de los conservadores, los defensores de la llamada *patrios politeia*, la constitución de los antepasados. Frente a la pretendida degeneración de la democracia contemporánea los teóricos de la *patrios politeia* glorificaron el pasado identificado con las obras de Dracón, Solón y Clístenes. La *politeia* de Solón era una democracia, una democracia moderada, *patrios demokratia*: el pueblo ejercía sus responsabilidades políticas, participaba en la asamblea y en los tribunales, pero las magistraturas estaban reservadas a los más ricos según un criterio censitario. A los ojos del pensamiento conservador, Clístenes había sido el restaurador de la obra de Solón después de la tiranía de los pisistrátidas y la vuelta al régimen clisténico significaba la abolición de las medidas tomadas durante el siglo V, esto es, las mistoforías que habían permitido a los pobres, a los *thetes*, acceder a las magistraturas. Según el pensamiento conservador, para el acceso a las magistraturas, al criterio censitario había que unir los conocimientos técnicos específicos por ejemplo para los generales o para las magistraturas financieras, refleja también la tendencia a la especialización de la centuria, y también un criterio moral: la educación y la virtud vinculadas a la aristocracia.

Los partidarios de la *patrios politeia* propugnaban la reforma moral con el respeto a la edad, la protección de los cultos tradicionales y la condena del egoísmo, denunciaban los sobornos y la corrupción de la democracia y abogaron en favor de un denodado esfuerzo para controlar el tesoro público y combatir el despilfarro, un ideal de ahorro y una mejor gestión que se dirigía a disminuir los gastos, especialmente los militares. Esta preocupación por los problemas financieros fue no sólo una teoría sino una de las principales ideas que los moderados llevaron a la práctica. Paradójicamente, la mejor gestión y el ahorro de los moderados proveyeron los fondos con los que Atenas se enfrentaría al macedonio.

En política exterior, –se opusieron al imperialismo o simplemente a la guerra–, la finalidad debía ser la paz, la única garantía de prosperidad, y

defendieron la doctrina de la justicia que implicaba el rechazo al imperialismo marítimo fuente no sólo de todos los males de Atenas sino también causa de tribulaciones sin límite a los aliados.

Radicalmente contrarios a la cancelación de deudas y de hipotecas, al reparto igualitario de tierras, al pago por desempeñar un cargo y a la distribución del dinero público, los teóricos de la *patrios politeia* podían agudizar el descontento de las clases populares y, lejos de solucionar los problemas de la polis, podían contribuir a agravarlos.

La idea monárquica progresa también a lo largo del siglo. Frente a la tiranía, signo de antagonismos políticos y sociales y que se caracteriza por la ilegitimidad de su poder, la violencia, la transgresión de las leyes por una autoridad arbitraria y sin límites, se alza el ejemplo de la monarquía tradicional, hereditaria o electiva, que se conservaba en algunos estados griegos o semigriegos y que respetaba las leyes, aseguraba la paz, la tranquilidad y felicidad de sus súbditos. En contra de la tiranía, que desprecia el interés de la comunidad, suscita disensiones, expolia a los ricos y no mejora la situación de los pobres, la monarquía podía unificar a los griegos y garantizar la estabilidad y la concordia. En realidad, en el fondo del debate, la monarquía, que se apoyaba en las clases altas, constituía una seguridad para los ricos de preservación de sus privilegios socioeconómicos frente a las reivindicaciones populares.

Las ideas panhelenistas conocen un vigoroso desarrollo durante la centuria. El panhelenismo comprendía dos partes: el establecimiento de la concordia entre los griegos, con la ausencia de guerras, imperialismos y sometimiento de unos griegos por otros, y la conquista de Asia a la que seguiría una amplia colonización en la que se asentarían los desposeídos, lo que evitaría el reparto de tierras en Grecia. Isócrates, uno de los principales defensores de la empresa panhelénica, pensó primero en Atenas para el liderazgo de esta empresa, o en una hegemonía conjunta entre Atenas y Esparta, llegó a acariciar la idea de que la encabezara Dionisio de Siracusa y por último consideró que la mejor opción era la monarquía de Filipo de Macedonia. El panhelenismo, con su ausencia de conflictos, su negativa al reparto de tierras y la colonización de Asia, servía además a los intereses de los sectores más ricos de la sociedad y fue también un instrumento de propaganda política para las ideas hegemónicas e imperialistas de las ciudades griegas. Fue usado con el propósito de promover los intereses de una polis en contra de otras *poleis* en el interior del mundo griego. Finalmente, como parece obvio, la difusión de las ideas monárquicas y del panhelenismo favorecieron, en último término, la expansión de Filipo.

La reflexión política transcendió el ámbito de la democracia ateniense e impulsó el análisis de otras constituciones (Aristóteles recopiló más de ciento cincuenta), especialmente las ciudades cretenses o Esparta que servirán

también de modelo a los teóricos de la *patrios politeia* y a aquellos que proponían soluciones utópicas o ideales.

La *politeia* lacedemonia podía considerarse paradigmática en los terrenos social y político. Así, la igualdad de los espartiatas basada en el idéntico reparto de la tierra, en la exclusión de toda actividad productiva y en una educación colectiva dirigida por el estado que tenía como finalidad formar soldados; el equilibrio de sus instituciones políticas, la diarquía que mantiene el carácter monárquico a la vez que evita los inconvenientes de un poder personal, la gerusía que introduce el componente oligárquico, el consejo de notables que frena la asamblea, y los éforos, elegidos anualmente sin condiciones censales, que reflejan el elemento democrático al tiempo que aseguran la vigilancia y salvaguardia de las leyes. La leyenda espartana comienza a elaborarse ahora y perdurará durante siglos mezclada con otro de los avances del pensamiento político del siglo IV, la teoría de la constitución mixta.

Naturalmente los teóricos conservadores no desconocen los problemas de la *politeia* espartana: la situación de los hilotas y la crueldad de los espartiatas con ellos, una educación que hacía más hincapié en lo militar que en la enseñanza de la virtud, la desigualdad de bienes, el papel nocivo de las mujeres, la corrupción de los éforos, la puerilidad en el modo de elección de los gerontes, etc. pero, para ellos, la mayoría de estos inconvenientes eran fruto de la degeneración de una buena y fascinante *politeia.*

De los modelos imperfectos los filósofos dieron el paso hacia la elaboración de modelos ideales y utópicos que están presentes en la *República* y las *Leyes* de Platón y en la *Política* de Aristóteles.

En la *República,* Platón reflexiona sobre la justicia en el seno de la polis que significaba la ausencia de *stasis* y de divisiones entre los ciudadanos. Platón parte de una premisa básica: es imposible la igualdad de todos sino que deben existir diferencias entre los buenos y los malos, los filósofos y los artesanos, el pueblo ignorante y los sabios. Cada uno debe desempeñar aquella actividad que le es propia y para la que está destinado. De acuerdo con ello, la polis platónica se divide en tres grupos: gobernantes filósofos, guardianes o guerreros y trabajadores (campesinos, artesanos y comerciantes).

Los trabajadores son libres de tener hijos a su lado, poseer bienes, producir y comerciar. Muy a tono con el siglo, la ciudad se asienta sobre la especialización. Cada miembro de la comunidad debe hacer una sola cosa: aquella que le es propia. La tierra debe repartirse en lotes iguales entre los campesinos. Los artesanos producen todo aquello que la sociedad necesita, en la práctica un gran número de ocupaciones incluso aquellas como artistas, actores o artesanos de objetos de lujo que no son absolutamente necesaria. Ya que la ciudad no puede producir todo lo que consume y necesita importaciones deben existir comerciantes tanto en el nivel local como inmersos en las grandes corrientes comerciales exteriores.

Los campesinos también tienen la obligación de mantener a los gobernantes y sobre todo a los guardianes; gran parte del diálogo está dedicado a la educación de ellos: los guardianes deben ser aislados desde su nacimiento y recibir una educación separada, no poseerán bienes materiales, aunque pueden engendrar hijos, no tendrán ni mujeres ni niños, todo será común entre ellos, estos hijos serán cuidados por la sociedad y educados al estilo espartano, dentro de un ambiente militar, con la idea de que sustituyan en el futuro a sus padres.

Entre los guardianes se formarán dos grupos, los auxiliares, encargados de la defensa del orden interno y externo, y los guardianes propiamente dichos que reciben una educación superior que les permite acceder a la filosofía, al conocimiento supremo del Bien. De ellos saldrán los filósofos que gobernarán a la comunidad.

En las *Leyes*, Platón se fija como objetivo final la creación de la ciudad ideal desde sus fundamentos, es decir, la comunidad perfecta surgida y pensada con todo detalle desde antes de comenzar a vivir como un estado autónomo. Los ciudadanos serán propietarios de sus lotes de tierras que harán cultivar por los esclavos, lo que significa que todos los miembros de la comunidad ciudadana tendrán la condición de propietarios agrícolas. Las demás actividades, artesanía y comercio, se reservan a metecos y extranjeros. En esta ciudad nueva el grupo de los ciudadanos se prevé reducido y controlado, exactamente 5.040 (el producto de multiplicar los siete primeros números entre sí) por lo que deberá existir un estricto control de los nacimientos.

Sea en la *República*, sea en las *Leyes*, la meta final del estado ideal es la felicidad de todos y cada uno de los miembros de la comunidad cívica, de modo que a la teoría política se une ahora la idea de felicidad basada en el cultivo de virtudes sociales. Sin embargo, la inviabilidad de los proyectos platónicos es patente, el desigual reparto del poder entre filósofos, guardianes y trabajadores, las tensiones que tal organización puede crear entre las tres clases y en el propio seno de cada clase, la dificultad de conservar constante el número de los miembros de la sociedad y la rigidez del sistema previsto para el reparto de los lotes de tierra, que deberían ser iguales e indivisibles y permanecer inalterables.

Aristóteles, buen conocedor y analista de los problemas sociales, criticó una gran parte de las concepciones platónicas y se mostró mucho más flexible pero las soluciones que aporta son en parte conservadoras y en parte también ideales. Según Aristóteles, el número de habitantes dependerá de cada situación y deberá estar en consonancia con la propia autosuficiencia, los mismos hombres serán guerreros o filósofos en momentos diferentes de sus vidas según su edad. El territorio de la futura ciudad será dividido en lotes para los ciudadanos, indivisibles e inalienables, cada lote se dividirá a su vez en dos partes: uno próximo a la ciudad y otro más alejado, todos ellos

cultivados por esclavos o periecos bárbaros. Para evitar la disminución de los lotes por la herencia, la ciudad debe contar con una buena parte de tierras de titularidad pública que asegure a los ciudadanos pobres su subsistencia.

En conclusión, los teóricos de la ciudad ideal construyen modelos que son en gran medida sencillamente inviables y por ello incapaces de solucionar los problemas de la polis. En medio de las diferencias todos tienen algo en común: proponían salvar a la polis destruyéndola, reemplazándola en su sentido más radical de una comunidad que es al mismo tiempo estado que se autogobierna por algo enteramente distinto.

12.6. Transformaciones y avances en el modo de hacer la guerra

Sin lugar a dudas, el siglo IV se caracteriza por las transformaciones profundas y los decisivos avances en el terreno militar. En primer lugar y ante todo, el desarrollo y la extensión del mercenariado. Es cierto que siempre hubo mercenarios en el mundo griego pero su número y la contratación tan frecuente por parte de los estados griegos no tenía precedentes. Entre el 399 y el 375, aparentemente y salvo en períodos de paz, nunca hubo menos de veinticinco mil mercenarios activos dentro del mundo griego y posteriormente la cifra subió hasta cincuenta mil, una cantidad enorme en relación con la población total.

El desarrollo del mercenariado corresponde a la evolución de la guerra y las dificultades del soldado ciudadano para adaptarse a ella: las campañas sin interrupción a lo largo del año y en escenarios bélicos alejados, la superioridad del soldado profesional con un entrenamiento intensivo y constante y la progresiva importancia de los peltastas.

La guerra era una cuestión de recursos humanos pero también, y en continuo incremento desde la Guerra del Peloponeso, un asunto de recursos financieros. Según Jenofonte (*Anab.*1.3.21), a comienzos del siglo IV, la paga mercenaria era de un dárico al mes, unas veinte dracmas, esto es, unos cinco óbolos al día, los *lochagoi* recibían el doble y los estrategos el cuádruple. Este salario básico se complementaba probablemente con una paga para la comida, *siteresion*, con lo que la retribución ascendía a 7-8 óbolos diarios. Con estas cifras, a pesar de que el salario no era muy elevado, un talento pagaba 300 soldados durante un mes. Esto llevaba a que, en una guerra sostenida todo el año con guarniciones permanentes y ejércitos de campaña compuestos en parte por mercenarios, los gastos erosionaran dramáticamente los recursos financieros de los estados griegos. En las nuevas condiciones de la guerra en el siglo IV, la guerra se encarece y suponía, aún más que en el siglo anterior, un desastre financiero.

La difusión y el éxito de la infantería ligera a partir de la Guerra de Corinto, los peltastas, es otra de las evoluciones de la centuria. Agesilao fue el primero en llevar a Grecia gran número de peltastas, Farnabazo y Conón trajeron en la primavera del 393 otro contingente de infantes ligeros que pudo haber operado con Ifícrates en Corinto en el mismo año, probablemente la mayoría proceden de la región del Helesponto. En el 390, Ifícrates destruyó una mora espartana y su éxito mostró el brillante futuro que se abría a los peltastas profesionales. Desde entonces los peltastas forman una parte fundamental de los ejércitos griegos. Un síntoma: cuando Atenas introduce la efebía, el aprendizaje no se reduce solamente al combate hoplítico sino también al manejo del arco, la jabalina y la catapulta.

La diferencia entre los peltastas y los hoplitas era en parte de equipo y de tácticas (el peltasta estaba ligeramente armado y tenía más movilidad), y en parte de reclutamiento social, que ofrecía un nuevo papel militar a hombres por debajo del *status* hoplita. Empero la mayor parte de los peltastas procedían del mundo bárbaro.

A lo largo del siglo se multiplican también las unidades especializadas como arqueros, honderos, dardistas y lanzadores de jabalinas que se reclutan también en su gran parte entre los bárbaros.

La caballería adquiere un lugar más importante como en los ejércitos beocio y macedonio y se presta mucha más atención a su equipamiento, entrenamiento y empleo, no olvidemos que Jenofonte le consagró dos estudios *(Equitación* e *Hiparquía)*. La caballería se especializa, desde la caballería ligera hasta la más pesada de los macedonios que probaría su eficacia en Queronea.

La creación de un cuerpo de ingenieros es otro de los elementos nuevos en la composición del ejército y refleja el desarrollo decisivo de las máquinas de guerra, la invención de la catapulta en el 399, la construcción de torres rodantes, arietes tortugas que imaginaron y diseñaron los ingenieros siracusanos o macedonios.

El siglo IV es también la gran época de las fortificaciones griegas, los muros de piedra en hermosa sillería isodómica con torres a intervalos regulares, de gran perfección técnica, proliferan y se pueden encontrar por doquier: en el Ática, Beocia, Fócide, Lócride del Este, el Peloponeso, Asia Menor, etc. Se desarrolla el amurallamiento de las ciudades como Atenas, Megalópolis, Mesene y sobre todo se emprende una verdadera fortificación del territorio con la edificación de verdaderas fortalezas como Eleuteras en el Ática o la erección de múltiples torres de observación, etc. La invención de la catapulta precipitó cambios en la arquitectura militar griega: se construyeron torres más altas con ventanas por las que disparar las catapultas.

En el mar aparecen desde principios de siglo las cuadrirremes y quinquerremes que se refieren no al número de filas de remos, probablemente

ningún barco pasó nunca de los tres niveles, sino al número de remeros, así una cuadrirreme sería una birreme (dos filas de remos) con dos hombres por remo, la quinquerreme dispondría de tres hileras con dos hombres en los dos bancos superiores y uno en el inferior. Hacia el 350, aparece la nave de seis remeros, y a finales de siglo, las de ocho, nueve, diez, once y trece.

Se profundiza también en las concepciones estratégicas del siglo anterior como la presión económica *(epiteichismos)* que databa al menos de la Guerra del Peloponeso, por ejemplo, la que diseña Agesilao para quebrar la resistencia corintia a partir del 393, y aparecen otras nuevas como las innovaciones beocias, o las introducidas por Dionisio o por Filipo.

Finalmente resta la última y más importante contribución del siglo IV al modo de hacer la guerra: la aparición de la falange macedonia, ante la que habría de sucumbir todo el imperio persa y que sería dueña de los campos de batalla de la Antigüedad hasta que se enfrentara con la legión romana.

13. La vida económica y social

13.1. Introducción

Si conocemos la evolución política y la historia de los acontecimientos del siglo IV con cierta precisión –siempre relativa–, es prácticamente imposible trazar una historia económica fiable del siglo IV (y no sólo del siglo IV).

Ello se debe a la concepción griega de la historia como historia de la política, de la guerra y de la diplomacia y, sobre todo, al lugar que ocupaba la economía en la sociedad griega. En la época moderna la economía se ha emancipado convirtiéndose en una esfera autónoma y se la puede estudiar a partir de conceptos formulados para su exclusiva competencia, la economía es un dominio que tiene sus propias leyes. En las demás sociedades, y la griega entre ellas, la economía se halla siempre más o menos integrada en la sociedad, no es un campo sentido y organizado como tal por dicha sociedad. No quiere decir que los griegos desconocieran la importancia de los factores económicos, sólo que dichos factores no eran considerados aisladamente como económicos. Los griegos antiguos percibían lo económico de una forma muy vaga, actividades que concernían al dinero y los intercambios y carecían del concepto de una economía como un campo separado de la actividad humana susceptible de investigación, así, no pueden traducirse términos básicos como mano de obra, producción, capital, inversión, ingreso, circulación, demanda, empresario; desde luego cosechaban, comerciaban,

manufacturaban, gravaban con impuestos, acuñaban moneda, depositaban y prestaban dinero pero no combinaban conceptualmente estas actividades en una unidad. Sensiblemente, Aristóteles, cuyo programa era codificar las ramas del conocimiento, no escribió una Economía.

Se puede alegar que una de las características del siglo IV es la aparición de un pensamiento relativamente cercano a lo que nosotros llamaríamos economía. De hecho, poseemos el tratado *Sobre los ingresos* de Jenofonte, escrito hacia el 355, y la obra Pseudoaristotélica sobre la Economía (finales del IV-principios del III), pero cualquiera que lea un diálogo platónico o la *Política* de Aristóteles rápidamente percibirá la diferencia, la distancia abismal que media entre el desarrollo y la profundidad del pensamiento filosófico y político y la banalidad y lo rudimentario de los consejos y las soluciones económicas.

Los griegos tenían suficientes conocimientos estadísticos pero eran empleados desde el punto de vista político, contaban los ciudadanos y las fuerzas de combate y registraban con fines fiscales pero no razonaban por medio de cifras; la falta de una concepción económica, de una administración y de una burocracia impedía que existiera la función estadística de nuestros estados modernos: la utilización de cifras como elemento de juicio y previsión; ésta es la clave: sólo grupos de documentos continuos y ordenados cronológicamente suministran los elementos esenciales que hacen posible el análisis económico, no tenemos datos sobre la propiedad de la tierra, la producción, los intercambios, el crecimiento demográfico, la evolución de precios y salarios, etc. Apenas poseemos datos susceptibles de una interpretación económica. Sencillamente, la evidencia numérica es virtualmente inexistente, dispersa y casi simpre defectuosa, imprecisa y poco fiable.

Para paliar la escasez y discontinuidad de los datos se han elaborado una serie de modelos sin los cuales los hechos no tienen significación. Los modelos partían de la comparación entre la economía griega y la del mundo moderno. Los llamados modernistas, entre los que figuraban las egregias figuras de Meyer, Beloch, Rostovtzeff, sostenían que la economía antigua y moderna funcionaban mediante instrumentos similares, capital, trabajo, mercado, oferta y demanda, etc., y que las diferencias eran meramente cuantitativas, poca población, menos comercio y menos industria: la distinción se centraba en la cantidad no en la calidad, era de intensidad no de naturaleza. Así, por ejemplo, la agricultura dirigía su producción hacia el mercado y se desarrolló de acuerdo con las leyes de la competencia.

Aunque algunos autores se opusieron ya desde finales del siglo XIX, esta interpretación "modernista" predominó hasta mediados del siglo XX cuando fue desplazada por las tesis "primitivistas". Los primitivistas fundaban su reflexión sobre una concepción muy simple: la ciudad antigua forma una categoría clara y distinguible, distinta de las sociedades actuales, por lo que era necesario buscar instrumentos de análisis distintos de los modernos y ela-

borar modelos apropiados para las estructuras antiguas. Según Sombart (1902) una ciudad era un establecimiento de hombres que confían para su manutención en los productos del trabajo agrícola del extranjero o ajeno. Aunque pensado para la Edad Media, esta teoría, centrada en la relación entre el sector urbano y el rural bajo el prisma de la adquisición, producción e intercambio de bienes, podía ser aplicada a la Antigüedad. Como el habitante griego de la ciudad era dueño de la tierra no tenía que producir otras mercancías (objetos artesanales por ejemplo) para adquirir materias primas y pagar su propia manutención; simplemente obtenía los productos del campo a través de una reclamación legal *(Rechttitel)*, en virtud de su título de propiedad y no a cambio de bienes que ha producido. De este modo, la ciudad antigua era un mero centro de consumo, *una ciudad de consumidores*, que no pagaba para su mantenimiento con sus propios productos y que se limitaba a consumir los productos agrícolas.

En la ciudad antigua no existía una política económica en sentido moderno (política mercantil, control de mercados) porque no existían un comercio y una industria nacional, sino que la artesanía y los intercambios estaban en manos mayoritariamente de metecos (extranjeros residentes) y los ciudadanos, los propietarios de la tierra, orientaban su producción hacia su propia autarquía y no para intercambiarla en el mercado. La política económica de los estados griegos se reducía a una política de importación, cuyo objetivo era asegurar el aprovisionamiento de ciertos productos esenciales para su subsistencia, los hombres antiguos pensaban como consumidores no como productores. La política de importación era en realidad una preocupación política: se trataba de asegurar el abastecimiento para evitar la tensión política y la *stasis*.

Donde nosotros reconocemos una única y gran función productiva, el trabajo, los griegos veían una pluralidad de ocupaciones diversas e inconexas. El trabajo nunca tuvo un valor positivo intrínseco, para muchos era una necesidad inevitable pero sin valor en sí mismo; los griegos no separaban trabajo de trabajador: trabajar para otro era someterse a él. El ideal ampliamente difundido es el del ocio entendido como inactividad económica. Con semejante concepción nunca hubo lo que nosotros llamaríamos mercado de empleo e inversión.

En ciertos aspectos la discusión entre modernistas y primitivistas está cerrada: es ilusorio ver en la economía griega todas las funciones habituales de la economía de mercado, y las diferencias son grandes y se sitúan en el terreno de las estructuras divergentes. Pero las tesis primitivistas, básicamente correctas y que tienen la virtud de diferenciar claramente la economía antigua de la moderna, desarrollaron, en la necesidad del debate que los enfrentaba con los modernistas, concepciones absolutas demasiado rígidas. Es por ello, y ahí incidiremos, que el modelo primitivista debe ser corregido y matizado.

Junto a la insuficiencia de los datos, que se fundamenta en las propias concepciones griegas, y la mayor o menor validez del modelo primitivista, otro de los problemas fundamentales deviene del hecho de que la mayor parte de los datos disponibles se refieren a Atenas y ello conlleva dos consecuencias esenciales: la difícil interpretación de la documentación ateniense para desvelar la evolución económica de la propia Atenas y la aplicación de esta información a otros estados, esto es, si Atenas constituye la norma o un caso aparte. Avancemos ya que nuestra evidencia incluso para la misma Atenas es sumamente frágil y que la polis ateniense, la mejor conocida, que ha sido considerada usualmente como el ejemplo característico de la evolución de la comunidad-estado griega, puede ser quizá diferente al resto del mundo griego. Desgraciadamente, he aquí el núcleo de la cuestión, carecemos de una documentación análoga en otras ciudades con la que poder compararla.

Por último, suele considerarse al siglo IV como un período de crisis social y económica responsable última de la decadencia de la polis que se ve incapaz de hacer frente a Macedonia. Como veremos, la teoría de una crisis socioeconómica generalizada y aguda debe ser, sencillamente, rechazada.

En definitiva, no renunciamos, como historiadores no podemos hacerlo, al intento de reconstruir y comprender el siglo IV desde el punto de vista económico y social pero las realidades esenciales deben quedar claras desde el principio: somos incapaces de esbozar una historia económica del siglo IV, ni en su estructura ni en su evolución cronológica; estamos sometidos al peligro constante y también a la necesidad de caer en un tratamiento intemporal, que insiste en generalidades y en factores más o menos permanentes y una gran parte de nuestra reconstrucción se asienta sobre un frágil entramado de débiles conjeturas, de preguntas sin respuesta, de hipótesis más o menos verosímiles.

13.2. La agricultura

El punto de partida del análisis, como toda sociedad preindustrial, es muy simple: la economía se basa abrumadora y esencialmente sobre la agricultura; de ella vive la mayoría de la población, aquí se juega su supervivencia y concentra la mayor parte del interés de la comunidad y del poder político.

Si bien es cierto que la mayor parte del suelo griego es pobre, montañoso y árido (*Herodoto.*7.102.1, 9.122), la verdadera característica de la vida griega es la inmensa variedad, a escala microgeográfica, de situaciones y productos. Dicha diversidad tiene que ver con la pluviosidad, las variaciones térmicas, la orografía y la variedad, en pequeñas extensiones, de los tipos de suelo.

El Ática, las Cícladas y el sur del Peloponeso reciben menos de 400 mm de lluvias con una aridez estival muy acentuada por el régimen de presiones del Mediterráneo oriental con vientos que secan. En las costas jonias se aproximan a los 1000 mm y más de 2000 mm en los macizos montañosos bien orientados. El norte y el noroeste de Grecia tienen el régimen más continental y el más húmedo. Es sólo una media que suele ser poco indicativa, lo verdaderamente decisivo para el cultivo, y es esto precisamente lo que se nos escapa, es la variación interanual, la alternancia entre años secos y húmedos. El Ática, por ejemplo, tiene una media de 390 mm pero varía en una decena de años entre 200 y 550 mm: por debajo de los 300 mm la cosecha de trigo se pierde, por debajo de los 200, la de cebada. Así, según Garnsey (1988), en el Ática un año de cada cuatro es deficitario en grano, uno de cada veinte en cebada y tres de cuatro en legumbres, que cumplen un importante papel en la alimentación.

La altitud, la exposición al viento y las heladas impiden el desarrollo del olivo en muchas regiones al menos entre los 600 y 800 m de altitud, como en la Beocia interior. La erosión y la debilidad del suelo es un problema especialmente grave en el Ática y el Peloponeso y las Cícladas. En las zonas montañosas del norte y noroeste y el resto del mundo griego la principal diferencia es la actividad, el predominio de la ganadería, en gran parte trashumante, en relación con los cultivos.

Aún más importante: en el interior del territorio de una polis las diferencias pueden ser considerables según el tipo de suelo, la altitud y orientación, la distancia al asentamiento más cercano, la presencia del agua o la proximidad de la frontera. Tratar de describir la agricultura griega es comprender, primera y constante preocupación, una multitud de variaciones a muy pequeña escala en el espacio (en el territorio de una misma ciudad) y en el tiempo (los años buenos y los años malos) y que son, en las condiciones antiguas, simplemente decisivas.

Esta diversidad trae como consecuencia la dispersión de las propiedades por el territorio para buscar la diversificación de productos. La principal finalidad de la explotación agrícola es asegurar el autoabastecimiento, la reducción de los riesgos y, por ello, el griego se veía obligado a buscar diferentes suelos, productos y la complementariedad de los cultivos. Los lotes de un único propietario suelen estar fragmentados y repartidos por el territorio y lo que llamamos gran propiedad no es un latifundio continuo "hasta donde alcanza la vista" sino la suma de varias parcelas dispersas por la *chora* (el territorio) de una polis.

Una parte de la explotación se dedica a cereales y vid *(ge psyle)* y otra a olivares y otros árboles *(ge pephyteumene)*. No es solamente práctica del pequeño agricultor sino también de los grandes propietarios que poseen buenos excedentes. La mayoría de los cultivadores en casi todo el mundo

griego consumen ellos mismos sus propios productos y era una parte bastante pequeña lo que salía al mercado. El ideal es siempre y en casi todas partes la autarquía.

Los cereales constituyen el 70-75% de la cantidad calórica consumida (Foxhall, Forbes; 1982, 74). De todos los cereales la cebada es el más extendido porque resiste mejor la sequedad (hasta 250-200 mm) y es poco exigente en el tipo de suelo. El trigo demanda una mayor humedad (por encima de los 300 mm) y mejores condiciones del suelo; su cultivo se reduce a las mejores tierras. Además se cultivan legumbres y, si es posible en la misma explotación, el olivo y el vino. Otros productos están presentes en todas las casas: almendras, miel y sal, básica para la conservación de los alimentos. A causa de la carencia de abono y la dificultad en la lucha contra las plagas, el rendimiento normal del grano podía ser en el Ática de 1:4, un año bueno podía considerarse 1:5 o 1:6, pero la cebada rendía mucho más que el trigo. El rendimiento medio del Ática es, en el siglo IV, de 12 hl de cebada frente a 8 hl para el trigo. Todo ello se complementaba con el cultivo y recolección de otros productos: hinojo, cardos salvajes, escarolas, setas, romaza, tomillo, poleo, etc.

La carne tiene poco sitio en la comida cotidiana y prácticamente se consume con motivo de los sacrificios, el consumo es muy inferior al hábito actual, unos 2 kg por habitante y año, según el calendario ritual de Erquía en la primera mitad del IV. Una parte no pequeña de la carne consumida debía proceder de la caza.

A diferencia de la economía moderna, el ganado aportaba productos más importantes que la propia carne: el queso es corriente, la lana y las pieles, el hueso y su valor como animales de transporte y tiro, de labor y de guerra. Lógicamente, dadas las posibilidades del campo griego, los ovicápridos predominan ampliamente: posiblemente en una relación de 6 a 1 con los bóvidos. Normalmente el ganado pasta en las partes más alejadas e incultas del territorio de la ciudad ya que en cierta medida compite con el hombre en los recursos alimentarios de la explotación.

Los bosques son al menos en el Ática, el Egeo y el Peloponeso probablemente bastante ralos. Aportan frutos silvestres y como leña o en forma de carbón vegetal proporcionan el combustible indispensable para la vida; el carbón vegetal dio lugar incluso a una verdadera ocupación artesanal en Acarnas (Ática) y además madera para construcciones. Los edificios públicos y los barcos exigen varios tipos de madera muy especiales que deben ser importados de la Tróade, el Ponto, Caria y Licia y sobre todo del sur de Italia y de Macedonia. Bosques y montañas proporcionan caza, un complemento mucho más importante de lo que imaginamos en la dieta. La montaña en sí misma provee de otro material fundamental, la piedra y, a veces, también metales y minerales.

Los cultivos dependen también de la distancia. Dentro y en los inmediatos aledaños al asentamiento se sitúan los huertos, pequeños, de agricultura intensiva y de regadío la mayor parte de las veces; los campos de cultivo se localizan cercanos al lugar de residencia, uno o dos kilómetros como norma, 5 o 6 como máximo, y conforme nos alejamos y el terreno se torna abrupto aparece la agricultura extensiva, la ganadería y otro tipo de aprovechamiento, leña de los bosques, caza, recolección, etc.

Entre finales del siglo V y a lo largo del IV se conocen algunas innovaciones, la introducción de especies nuevas como el pollo, ya en el siglo V, llamada la yerba de Media, la alfalfa, todavía exótica para Aristófanes (*Caballeros*.606), que se difunde a lo largo del siglo IV, perfeccionamientos técnicos como el azadón de dos dientes *(dikella)*, que se convierte desde siglo IV en el instrumento de labor por excelencia del pequeño campesinado griego, y la moledera de tolva a partir del siglo V que permite un rendimiento superior en la molienda del grano. A pesar de la imagen del atraso y estancamiento de las técnicas en la antigüedad, el progreso nunca se detuvo.

Al menos la primera mitad del siglo IV se caracteriza por un crecimiento demográfico que halló en parte respuesta en la intensificación de los cultivos. Dicha intensificación significaba inversión en mano de obra y en infraestructuras agrarias, y demandaba un poblamiento más disperso y granjas más próximas a las tierras. Es cierto que el hábitat agrupado en pueblos y centros urbanos donde residen los propietarios es la actitud dominante pero las prospecciones sobre el terreno muestran cada vez más granjas aisladas como Beocia, Quíos, Camarina en Sicilia, Metaponto, Caristo, el Ática, instalaciones agropecuarias donde no debía vivir el propietario sino los esclavos y la población dependiente o asalariada. Estas granjas son mejor conocidas en el agro ático: constaba de edificios permanentes usados para vivir y trabajar todo el año (Pecirka, 1973, 114), y comprendía tres elementos básicos: *pyrgos* (torre para almacenar los productos a salvo de humedades), un amplio patio *(aule)* para facilitar las labores y la casa *(oikos)* propiamente dicha.

Mucho más rara es la especialización como una elección voluntaria del productor que restringe la diversificación. Naturalmente la especialización en un mismo propietario jamás es total. Ciertos productos se cultivan para colocarlos en el mercado (vino de Tasos, aceite y vino de Marsella, grano del Ponto, de Sicilia, Cirene, aceite ático, pescado seco de los estrechos); estas verdaderas especializaciones ligadas al circuito de intercambio son limitadas regionalmente y en relación con la producción total del mundo griego, pero tienen una gran importancia comercial.

No es completamente cierto que la función de la riqueza fuera liberar al ciudadano de preocupaciones de tipo económicas y no proporcionarle una base para seguir esforzándose en adquirir más (una mentalidad general no productiva). Los griegos eran verdaderos especialistas en lo que nosotros lla-

maríamos gestión del patrimonio y la primera prioridad, antes que la educación o la política, era mantener y aumentar la fortuna. Es cierto que la inversión en mejoras productivas es débil pero, de hecho, a veces invertían en sus explotaciones, aunque de manera diferente a nuestros días, el mayor cuidado y la intensificación se obtenían con la inversión en infraestructuras (casas y almacenes) y en mano de obra.

Los griegos distinguían entre dos tipos de propiedades: la fortuna visible *(phanera ousia)* lo que podríamos llamar bienes inmobiliarios y la fortuna invisible *(aphanes ousia,* Lisias.19.47-9) que correspondería a los bienes muebles. La posesión de bienes inmuebles, edificios y sobre todo terrenos de cultivo era un privilegio exclusivo de los ciudadanos. De aquí se sigue el estrecho vínculo entre propiedad de la tierra y ciudadanía que caracteriza a la polis y que fue convertido en un modelo ideológico: dentro de la jerarquía ética de ocupaciones la agricultura se sitúa en la cúspide, es la actividad por excelencia del ciudadano y del hombre honrado, la más digna y la que mejor prepara para la doble función de la política y la milicia.

Con bastante certeza el Ática mantuvo a lo largo del siglo IV su sistema de explotación basado en la mediana y pequeña propiedad. Sobre un total de veinticinco mil ciudadanos en edad de portar las armas, al menos veinte mil eran propietarios en el 403 de algún bien raíz, lo que refleja una mayoría abrumadora de propietarios y de pequeños y medianos campesinos. De los 138 testimonios disponibles sobre precios y tamaños de terrenos áticos se desprende un predominio abrumador de la pequeña y mediana propiedad. Una buena parte de los lotes se situaba entre 3,6 y 5,3 ha, entre 40 y 60 *plethra,* lo que representaba el tamaño medio de la propiedad de un agricultor (Andreyev; 1974, 14) y era suficiente para mantener la familia de un zeugita, un hoplita (Cooper, 1977/8, 169-171). Una propiedad de 10 o 15 ha (2 o 3 talentos) hacía que su propietario fuera considerado rico. Por ejemplo, los 300 *plethra* de Alcibíades (Platón. Alc.I.123 c), la extensa propiedad de Fenipo que hacia el 330 cuenta con al menos 100-150 ha ([Dem.].42.5) o las 25 ha que el estratego Aristófanes compra hacia el 390 por 5 talentos. Los lotes urbanos y suburbanos son pequeños y los edificios en las áreas rurales tienen un valor relativamente bajo (Andreyev; 1974, 1).

Un propietario podía a su muerte dividir o no su lote entre sus hijos, pero para la mayoría de los propietarios era impensable que el lote fuera vendido y difícilmente salía del ámbito familiar. No había mercado inmobiliario, la tierra no era una mercancía significativa, no había agentes inmobiliarios, ni personas que se enriquecieran con la compra-venta de tierras, y prácticamente se desconoce el préstamo para comprar o mejorar una finca.

Del mismo modo que la ciudad antigua es generosa con el espacio público, posiblemente la tierra de propiedad colectiva (asociaciones de ciudadanos) o pública (tribus, trittyes, fratrías, gene y demos) era importante y podía

representar la décima parte del total. La tierra pública cumplía una serie de funciones sociales: todos los arrendatarios son ciudadanos atenienses, los metecos estaban privados de hecho, si no legalmente, de la posibilidad de arrendar tierra pública, y constituían el fundamento financiero de las asociaciones de ciudadanos atenienses. Sencillamente formaban una reserva de tierra usada en el interés de ciudadanos individuales.

Sobre el resto del mundo griego estamos mucho peor informados. Entre 4 y 6 ha parece ser también el tamaño medio de la explotación agrícola. Los ciudadanos de Farsalo tenían 60 *plethra* de tierra (IG.IX.2.234), el tamaño en la Península del Quersoneso era de 43 a 55 *plethra* y la tierra de los clerucos de Lesbos rentaba 2 minas por lote (Tuc.3.50.2) y si asumimos una renta del 8-10% nos da 2000-2500 dracmas (entre 4 y 6 ha). La pequeña y mediana propiedad debía predominar en Beocia que, con una extensión similar o menor que el Ática, contaba entre once y doce mil hoplitas (¿los tuvo alguna vez Atenas en el siglo IV?).

13.3. Artesanía, minería y comercio

Si nuestro conocimiento sobre la agricultura es muy insuficiente, es prácticamente imposible esbozar un retrato del mundo artesanal, su importancia económica y ocupacional, la rentabilidad y la organización interna. Para empezar ni siquiera existe una palabra en griego que designe a quien nosotros definimos como artesano.

En primer lugar, la separación entre agricultura y artesanía puede ser en ocasiones bastante tenue, el campesino puede complementar su trabajo como artesano y, del mismo modo, un artesano puede serlo sólo a tiempo parcial y poseer un huerto o un terreno de cultivo. En mi opinión, el agricultor o el artesano a tiempo parcial puede ser uno de los sectores más difundido y más desconocido de la sociedad griega.

Buena parte de la producción artesanal es una ocupación doméstica, se desarrolla dentro del ámbito de la casa y tiene como finalidad principal la autarquía familiar, así, la fabricación de alimentos, vino, aceite, panificación, higos secos, etc., y el textil de uso cotidiano, una de las ocupaciones principales de la mujer *(erga gynaikeia)*. Una parte de la producción artesanal, especialmente la cerámica, puede estar también integrada en los dominios rurales y supeditada totalmente a ella, ánforas olearias, para vino o trigo como el caso de Tasos desde el siglo V.

La mayoría de los artesanos trabajan con pocos ayudantes, un par de esclavos todo lo más. La mayor parte de la producción artesanal no transcendía el ámbito local, especialmente en los pueblos y aldeas, era barata y de una calidad no muy depurada. Por encima de este pequeño artesano, que

debía ser el artesano típico, se sitúa lo que podríamos llamar empresario artesanal con varios empleados, casi siempre esclavos, que dirige y trabaja en el taller. Finalmente queda el artesano rentista que deja el trabajo bajo la dirección de un encargado y que no realiza directamente el trabajo.

La mano de obra esclava parece predominar en el trabajo artesanal aunque tampoco debemos desdeñar el trabajo del propio dueño y el empleo de asalariados, posibles, por ejemplo, en momentos puntuales en relación con un aumento de pedidos. Desde finales del siglo V conocemos varios ciudadanos que se enriquecen con la artesanía, y su número parece aumentar durante el siglo IV. Junto a los ciudadanos, los metecos eran muy numerosos en el ámbito artesanal y quizás predominaran sobre los propios ciudadanos.

La forma normal de explotación era el taller-tienda abierto hacia la calle para la venta y en el mismo edificio o pegado a él estaba la vivienda del propietario, aunque naturalmente existían talleres exentos. La localización era muy variable, lo usual era una mezcla de los talleres y las viviendas; a veces los talleres y determinadas artesanías tendían a aguparse; en ocasiones en las afueras de la ciudad como los tallistas del Quersoneso táurico desde finales del siglo V, los ceramistas corintios o el barrio del Cerámico en Atenas, muchas veces la concentración obedecía a la proximidad de la materia prima y también a la cercanía a una ruta, como en Atenas en la vía que va hacia el Pireo, o a la proximidad al mercado, especialmente el ágora, uno de los lugares preferidos de la artesanía y de la venta de productos artesanales. Varias actividades gozan de indudable prosperidad durante el siglo IV: la fabricación de armas y la construcción naval.

Mención especial merecen las canteras y las minas. Toda polis tiene una o varias canteras que proporcionan la piedra local, un material indispensable.

El hierro es relativamente frecuente en Grecia. Se explotaba en pequeñas vetas a cielo abierto o en galerías, al norte y el noroeste del lago Copais (la zona de Hieto), en Cálcide de Eubea, en Laconia y en la frontera entre el Ática y Beocia. La minería de la plata era importante en el monte Pangeo en Tracia, en Sérifos y sobre todo en el Laurión, en el Ática, la mejor conocida. En el Laurión se trabaja en galerías con abundante mano de obra esclava y en superficie se disponían los lavaderos que limpiaban el mineral de los restos terrosos y los hornos de copelación que separaban el plomo de la plata. La minería era una voraz devoradora de bosques y se calcula que una tonelada de mineral requería la quema de cinco toneladas de leña. La Guerra del Peloponeso afectó gravemente a la región minera del Laurión hasta el punto de interrumpir la producción. Tras la guerra, la producción se reanuda muy lentamente, la explotación fue reorganizada por Calístrato en el 373 pero todavía en los años sesenta hay muy pocas concesiones reguladas. La explotación se incrementa enormemente a partir del 350, en el 340 las concesiones mineras alcanzan las ciento cuarenta por un período de tres a siete años, que

decrecen a partir del 330, pero a pesar de que, hacia el 328/7, algunos oradores afirman que la minería está arruinada lo cierto es, como prueba la arqueología, que la explotación continúa en época helenística.

Los textos mencionan seis tipos de comerciantes: autopoles, kapelos, palinkapelos, metaboleus, emporos y nauclero. Autopoles es un productor, no propiamente un mercader, que lleva sus mercancías al mercado o las vende a un kapelo, un comerciante local que no está comprometido en el comercio marítimo. El metaboleus es el comerciante que vende por piezas, palinkapelo es aquel que no compra de los productores sino de otros comerciantes, emporo es el comerciante que transporta las mercancías de ciudad en ciudad normalmente por mar y raramente por tierra (también se llama así al que sigue a las tropas en campaña). Nauclero es el propietario o capitán de un barco, siempre designa al que lleva mercancías, suyas o de otro, al extranjero. De todos ellos, el autopoles, el kapelo y el binomio formado por el emporos y el nauclero son las principales figuras del comercio.

En la jerarquía ética de ocupaciones el comercio y sus actores son siempre sospechosos. El comercio internacional es admisible en la medida en que puede asegurar la autarquía de la polis; es necesario, pero si el comercio se convierte en un fin en sí mismo y sólo pretende el máximo beneficio es censurable; el comercio al detalle, el del kapelos, es el peor de todos porque necesita de la astucia y el engaño, vende la misma cosa que produce la comunidad, sin transformarla, aumentando simplemente su valor.

Los griegos distinguían dos tipos de barcos, largo y de guerra y redondo y mercante. Los barcos mercantes eran muy variados desde 80, 108, 120, 130, 180, 160 y hasta 450 toneladas, desde los grandes cargueros transmediterráneos *(olkas)*, los barcos mercantes de cabotaje hasta los barcos pesqueros. Aunque hay barcos con velas y remos *(histiokopos*, literalmente "remeros a vela"), normalmente los barcos mercantes eran de vela y estaban diseñados para transporte de carga y no de pasajeros. La tripulación de un barco mercante incluía veinte marineros, quizá muchos de ellos esclavos, el naucleros y algunos oficiales como el *kybernetes* o piloto, un segundo o proreus y un carpintero. El nauclero es el propietario de la nave, viaja él mismo o se hace representar por un hombre (el *nauphylax)* y lleva también responsables de la carga *(episkopos, mnemon)*. Parte de la carga es propiedad del nauclero pero lo esencial pertenece a los comerciantes, *emporoi*. En la gran mayoría de los casos la carga es propiedad de muchos *emporoi*. En un puerto extranjero los *emporoi* y *naukleroi* necesitan intermediarios para vender sus productos, los mercaderes locales instalados en el sitio o *kapeloi*.

Los barcos mercantes navegaban sólo durante seis meses, en primavera y verano, desde mediados de marzo hasta mediados de noviembre. Entre octubre y abril sólo se realizaban navegaciones verdaderamente vitales. La navegación dependía en grado sumo del régimen de vientos. En el Egeo en

verano predominaban los vientos del norte y del noroeste, a favor del viento se ahorraba la mitad del tiempo: un viaje entre Atenas y el Bósforo duraba veinte días mientras que el regreso se realizaba en tan sólo diez, la calma frecuente o los vientos contrarios podían inmovilizar en la práctica al buque o hacer su derrota exasperantemente lenta. A ello hay que sumar otras dificultades como la navegación sin brújula o nocturna (normalmente se entraba en puerto por la noche). Con todo, los inconvenientes eran mucho menores que el comercio terrestre, terriblemente lento (15/20 km diarios).

En Grecia nunca existieron caminos preparados para el tráfico comercial, senderos estrechos para caminantes y animales de carga que eran incapaces casi siempre de soportar carros, y con las lluvias o nevadas muchos se volvían intransitables en invierno. Los medios eran tan primitivos y la lentitud hacía el coste prohibitivo, casi un 20% de aumento a una distancia corta, que el transporte terrestre se utilizaba si no quedaba más remedio, mínimamente si la carga era pesada o voluminosa; si se podía se combinaba el transporte terrestre y marítimo apurando al máximo la vía maris y si era posible se realizaba enteramente por mar. Los centros económicos más importantes, y no sólo griegos, eran puertos de mar.

Como siempre, el comercio ateniense es infinitamente mejor conocido que en cualquier otro estado. Durante el siglo IV, el Pireo permaneció como el principal mercado del Egeo y de todo el Mediterráneo oriental: es en el Helenismo cuando se vio desbancado de esta privilegiada posición. Antes que cualquier otra consideración, como es característico de una ciudad de consumidores, Atenas trataba de garantizarse el abastecimiento del grano del que el Ática era dramáticamente deficitaria. Muy poco podía importar del Egeo ya que era una zona deficitaria. Beocia probablemente constituía una parte muy pequeña del abastecimiento del Atica. Había un comercio tesalio de cereales muy activo y también Eubea y una serie de islas del noreste (Lesbos, Lemnos,Imbros, Tasos) producían algún excedente. Pero los principales graneros eran Sicilia, la Magna Grecia, Egipto y el Norte (Calcídica, Tracia y el Ponto). Sin duda alguna, la mayor cantidad de grano procedía del Bósforo. En la segunda mitad del siglo parece cobrar una especial relevancia el comercio de grano procedente del valle del Po que se exportaba desde Spina. Un colegio de magistrados, los sitofilaques, estaban especialmente encargados del comercio de grano, su fin esencial era la reglamentación de precios y evitar los acaparamientos.

El Pireo era también el principal mercado de esclavos cuyo precio medio (del esclavo no cualificado) oscilaba entre 150 y 200 dracmas. Atenas importaba también madera de Macedonia, la principal fuente para la construcción naval, y de Tracia y del sur de Italia y también de Cilicia, Siria, Chipre y la costa adriática en torno a Epidamno; además importaba pescado en grandes cantidades, metales y objetos de lujo y demás mercancías en menor can-

tidad, vino de calidad de Rodas, Cnido, Tasos, Quíos, Mende, Lesbos y Cos. A cambio exportaba aceite y plata, mármol y diversas manufacturas: cerámica, madera, metal.

Durante la centuria, Atenas tomó medidas para ayudar a la actividad comercial del Pireo que poco tenían que ver con la coerción extraeconómica imperialista del siglo V y no se relacionan tampoco con la Segunda Liga marítima. La ciudad se preocupó por la seguridad de las rutas de navegación hacia el Pireo, especialmente el control de los Estrechos del Helesponto a través del cual se movía todo el tráfico del Mar Negro y los atenienses protegían los convoyes de grano con su flota. Atenas se ocupó especialmente de mantener estrechas relaciones con los dirigentes espartócidas del Bósforo crimeo de modo que los barcos de grano con destino a Atenas tuvieran un trato preferente. Los comerciantes con Atenas estaban exentos, probablemente desde finales del 390 o inicios del 380, de la tasa habitual sobre exportación y se les facilitaba ayudas para cargar más rápidamente. Atenás aprobó regímenes preferenciales para determinados productos y también restricciones legales, a nadie domiciliado en la ciudad, fuera ciudadano o meteco, se le permitía prestar dinero sobre un barco de grano sino era para importarlo a Atenas; ningún ciudadano o meteco podía transportar grano a ningún otro destino que no fuese Atenas; todo el grano comprado a Atenas tenía que haber sido vendido allí, un tercio en el mercado del grano del Pireo, y los dos tercios restantes en el mercado del grano de Atenas. En el terreno del derecho mercantil e internacional privado. Atenas instituye, hacia el 350, las *dikai emporikai,* ante los tesmotetas, tribunales abiertos a cualquier persona, sin importar su origen, que presentara una demanda de tipo comercial relacionada con Atenas. Por último se emprendieron nuevas construcciones en el Pireo para facilitar el comercio.

El desarrollo relativo de la actividad comercial favoreció la economía monetaria y estimuló las técnicas comerciales y bancarias. Es característico del siglo IV el desarrollo del préstamo marítimo o contrato a la gruesa por el cual los comerciantes marítimos tomaban dinero a crédito, los riesgos del viaje corrían a cuenta del acreedor mientras que el prestamista aportaba como garantía su barco, la mercancía o ambas cosas; los intereses eran elevados debido al alto riesgo de la empresa (guerra, piratería, tempestades), más del 30%, pero las ganancias eran también muy grandes.

Durante esta misma centuria asistimos a un cierto desarrollo de la banca, que tampoco conviene exagerar, como, por ejemplo, la banca de Pasión, muerto hacia el 370, que fue primero esclavo, luego obtuvo la libertad y finalmente la ciudadanía. El banco moderno es en esencia un instrumento de crédito destinado a favorecer la empresa económica, los bancos atenienses en cambio trabajan a pequeña escala, son ante todo establecimientos de cambio y de préstamos bajo garantía, no invierten en empresas económicas, ni

en préstamos marítimos, la mayoría de los propietarios de bancos, como metecos, no pueden admitir préstamos con la tierra como aval y no eran instituciones de crédito que animasen la inversión productiva.

Los préstamos que tenían una garantía inmobiliaria, muchas veces sin interés o a un interés pequeño del 10 a 18%, se cerraban entre ciudadanos, aquí el riesgo es menor, son siempre préstamos para gastos de prestigio (liturgias, dote, etc.), no se utilizan para incrementar la propiedad ni en provecho de ningún tipo de empresas económicas, nunca constituyen inversiones productivas y sus sumas son superiores a las invertidas en préstamos marítimos, de hecho los únicos productivos.

En relación con el comercio y los préstamos marítimos, la participación de los metecos es muy importante especialmente en relación con su número total, menor que el de ciudadanos (unos diez mil metecos frente treinta mil ciudadanos), pero no debemos infravalorar tampoco la participación de ciudadanos. Así, conocemos durante el siglo IV quince ciudadanos y catorce metecos como comerciantes (emporos) y propietarios de barcos (naukleros). De los inversores en estos préstamos marítimos conocemos trece ciudadanos y dieciocho metecos.

El comercio de otras regiones apenas puede ser atisbado. Tesalia parece haber mantenido relaciones especialmente estrechas con Beocia y con Tebas en particular, la mayor parte a través de ruta marítima de Antedón a Pagasas, bordeando la costa Eubea del Euripo y Oreo, y con la Lócride Opuntia por la misma vía. Así, de la docena de hallazgos monetarios en Tesalia en el siglo IV, once contienen monedas beocias, especialmente de Tebas, y ocho de Lócride Opuntia frente a una sola ateniense; de ocho hallazgos del último cuarto del siglo IV, cuatro presentan monedas de Tebas.

13.4. La fiscalidad

La política fiscal de los estados griegos era muy rudimentaria: desconocían los presupuestos, los balances de gastos e ingresos y tendían a vivir al día. Una característica de la mentalidad económica de los estados es la manera en la que disponen de sus excedentes de ingresos, en lugar de tratar de colocarlos en inversiones ventajosas tienden a gastarlo espléndidamente en empresas que no tienen carácter económico, de puro prestigio, orgullo o patriotismo cívico: construcciones de monumentos públicos, civiles o religiosos, celebración de fiestas religiosas, redistribuciones de dinero y trigo entre los ciudadanos y *misthoi* (indemnizaciones por participar en la vida política). Sin embargo, también saben constituir reservas y dirigir los excedentes de todos los ingresos estatales hacia una única caja como, en Atenas, el *stratiotikon*, el fondo militar, o el *theorikon*, una especie de caja asistencial.

Las tasas directas y regulares sobre los bienes y sobre todo sobre las personas de los ciudadanos solían ser evitados y eran sentidos como una degradación salvo los impuestos extraordinarios. Los ciudadanos (ricos) tenían obligaciones morales de carácter honorífico que suponían un buen desembolso económico: las liturgias como coregías o gimnasiarquías que conferían un elevado prestigio. En las ciudades los costes del gobierno recaían casi enteramente en los ricos. Los ciudadanos pobres estaban exentos en gran medida de la contribución, éste es el motivo por el que el impuesto nunca llegó a ser un problema. En cambio, no había ningún escrúpulo en imponer tasas directas sobre los no ciudadanos; en Atenas los metecos estaban sujetos a un impuesto directo anual de doce dracmas y seis dracmas para las mujeres que no tuvieran un hijo que pagase el impuesto. Este impuesto, de cuantía pequeña, simbolizaba su *status* inferior (Lisias.31.9). En consecuencia, una de las características de la polis griega era la escasa importancia de los impuestos directos regulares. Los impuestos indirectos no eran considerados degradantes y se utilizaban muchas veces, constituían una de las principales fuentes de ingresos y apenas había discriminación entre ciudadanos y no ciudadanos. Su finalidad no era otra que proveer de recursos al estado para que se evitaran los impuestos directos regulares sobre los ciudadanos, y nadie pensaba en erigir barreras aduaneras que protegieran las producciones nacionales. Los impuestos indirectos eran normalmente tasas de puerto y mercado: impuesto del 2% sobre productos de importación y exportación, sobre las mercancías vendidas en el ágora, sobre los extranjeros que llegaban allí a comerciar, sobre las ventas de bienes estatales. Eran calculados *ad ualorem* y no hacían distinción entre ciudadanos y no ciudadanos o entre libres y esclavos.

Como el estado carecía de burocracia, era incapaz de recaudar los impuestos por sí mismo de manera que tenía la costumbre de arrendar la percepción de impuestos, mediante un sistema de subastas, a contratistas privados. Ello relevaba al estado del trabajo de la recaudación pero suponía también una pérdida financiera en relación con el valor real del impuesto. Existían una serie de magistrados que se ocupaban de la actividad económica general (agoranomos por ejemplo) pero no vemos en ellos ninguna preocupación económica sino un simple interés por la vigilancia y el orden.

Las finanzas de Atenas se conocen en mayor detalle que las de cualquier otro estado griego y pueden ser consideradas un modelo del procedimiento y del desarrollo financiero característico del siglo. En el 378/7 Calístrato reorganizó las finanzas atenienses en particular la recaudación de la eisfora. Este impuesto extraordinario se transmuta en un impuesto regular anual. Se procedió en primer lugar a una evaluación del capital imponible de todo el Ática, bienes muebles e inmuebles incluidos, que arrojó la cifra de seis mil talentos. La eisfora gravaba el 1% del capital, sesenta talentos, a los que se

añadían otros diez aportados por los metecos. Las declaraciones de los contribuyentes eran controladas por los demarcas y los estrategos que revisaban también las listas para evitar los desequilibrios que podían provocar los cambios de fortuna. Los ciudadanos contribuyentes fueron distribuidos en cien grupos fiscales (simmorías) que incluían pentacosiomedimnos, que pagaban la mayor parte, caballeros y zeugitas. Para acelerar la recaudación se introdujo, hacia el 373/2, la proeisfora: los tres miembros más ricos de cada simmoría debían anticipar al estado el montante de la eisfora y posteriormente se encargaban de recaudar el impuesto entre los miembros de su simmoría.

En el 358/7 la ley de Periandro instituye las simmorías trierárquicas: mil doscientos atenienses son repartidos en grupos cada uno de los cuales asume colectivamente los gastos de un número igual de trirremes. Según Demóstenes el sistema establecido por Periandro era a la vez ineficaz e injusto (los más ricos de cada simmoría tendían a cargar sobre los menos ricos lo esencial de la carga). En el 340/39 Demóstenes hace adoptar una reforma que obliga a los trescientos ciudadanos más ricos a asumir la mayor parte de los gastos de la trierarquía.

13.5. La sociedad ateniense: ciudadanos, metecos y esclavos

13.5.1. Los ciudadanos

La ciudadanía implicaba la posesión de privilegios jurídicamente definidos y celosamente protegidos, privilegios judiciales: derecho exclusivo de formar parte de los jurados y de dirigirse directamente a los tribunales sin tener que ser representado por otro ciudadano, privilegios políticos: son los únicos que pueden participar en la política, y privilegios económicos y civiles: son los únicos que pueden casarse con ciudadanas y tienen derecho a beneficiarse de las distribuciones de grano, de los fondos de espectáculos y de las indemnizaciones por participar en la política y, sobre todo, el derecho exclusivo a la propiedad de bienes inmuebles, tierras o casas.

En todas las sociedades griegas, los ciudadanos de pleno derecho no constituyen más que una pequeña minoría de la población: las mujeres carecen de la mayor parte de los derechos ciudadanos, una buena parte de los hombres libres no son ciudadanos, por ejemplo los metecos, y una considerable parte de la población no es libre (esclavos, dependientes, etc.).

En el 403, Formisio propone reservar la ciudadanía a aquellos que posean una parcela de tierra, por pequeña que fuera; esta medida, rechazada por contraria a la *politeia* democrática, hubiera supuesto la exclusión de cinco mil ciudadanos, quizás entre el 20 y el 25% de la totalidad del cuerpo cívico. Esta cifra es indicativa del estrecho vínculo que existía entre ciudadanía y pro-

piedad de la tierra (más del 80% de los ciudadanos poseen siquiera un pequeño lote) incluso en una ciudad de tan fuerte desarrollo naval, comercial y artesanal como era Atenas. Muchos de estos cinco mil excluidos pueden ser artesanos y comerciantes que dependen únicamente de estas actividades para su subsistencia y no poseen tierras, pero la mayor parte debían ser ciudadanos sin recursos. También parte de los ciudadanos más pobres podían encontrarse entre los quince o veinte mil que conservan sus derechos: sólo hacía falta poseer un pequeño lote de tierra, aunque éste fuera insuficiente para mantener una familia.

Las siguientes cifras que poseemos sobre la población ateniense son muy tardías. En el 322/1, después de la derrota ateniense en la Guerra lamiaca, Antípatro impuso una constitución oligárquica que reservaba la ciudadanía a aquellos que poseyeran una fortuna superior a dos mil dracmas. Como resultado de ello, sólo nueve mil atenienses conservaron sus derechos políticos. Sin embargo, los autores antiguos divergen sobre el número de los atenienses que fueron excluidos. Diodoro (18.18) afirma que la oligarquía de Antípatro excluyó a veintidós mil ciudadanos mientras que, según Plutarco (*Foción*.28), los privados de derechos fueron únicamente doce mil. La cifra de Plutarco es probablemente muy baja –supondría veintiún mil ciudadanos a finales del siglo IV– y trata de justificar en cierta medida la instauración de una oligarquía, que Foción apoya, y que en su moderación no habría excluido a tantos ciudadanos. Diez mil atenienses, los más pobres, marchan al exilio en una colonización.

Después de una breve restauración democrática (319-317), Demetrio de Falero estableció una nueva constitución oligárquica en Atenas. Esta vez el nivel censal requerido era más bajo y quedó fijado en mil dracmas. Es posible que una noticia transmitida por Ctesicles refleje la introducción de esta politeia oligárquica. Según Ctesicles, había veintiún mil ciudadanos, diez mil metecos y cuatrocientos mil esclavos. La última cifra es objeto de una amplia controversia y es generalmente rechazada mientras que las dos restantes son aceptadas, la primera, como la cifra de los ciudadanos que forman parte de la *politeia* oligárquica de Demetrio de Falero, esto es, tienen una fortuna superior a las mil dracmas, y la segunda como los metecos en edad de llevar armas.

En definitiva, el cuerpo cívico ateniense conoció un cierto crecimiento demográfico durante el siglo IV, de unos veinticinco mil al final de la Guerra del Peloponeso a un poco más de treinta mil en el 322. Esto nos daría una proyección probable de unos ciento treinta mil o ciento cuarenta mil ciudadanos como mínimo si incluimos a mujeres, niñas y niños.

En la cúspide de la riqueza y de la pirámide social ateniense se encontraban unos mil doscientos atenienses, aquellos que estaban sometidos a ciertas obligaciones fiscales (eisfora, trierarquía) y a ciertas liturgias y poseían

una fortuna evaluada como mínimo en 3 o 4 talentos. De este grupo de unos mil doscientos se destacaba un selecto grupo de trescientos, los más ricos entre los más ricos, que eran objeto de la proeisfora y cuya fortuna debía sobrepasar la decena de talentos.

Muchos de los atenienses ricos eran grandes propietarios y la tierra constituía su única fortuna; por ejemplo, el dominio de Fenipo, hacia el 330, que comprendía 7 km en redondo con seis esclavos dedicados solamente al acarreo de leña, una gran producción en grano (mil medimnos, 525 hl) y vino (800 metretas, 280 hl), un paradigma también de diversificación agraria. La mayor parte de lo que llamamos grandes propiedades comprendían, en realidad, terrenos dispersos por toda el Ática y difícilmente sobrepasaban las 30 ha en total.

Desde la Guerra del Peloponeso había sido característico el ascenso de ciertos líderes que basaban su riqueza en la artesanía, el comercio y el préstamo. Durante el siglo IV esta tendencia se acentúa. Otra de las características del siglo parece haber sido la diversificación en las fortunas: tierras agrícolas, talleres de esclavos, fondos invertidos en el comercio marítimo con altos riesgos pero con un elevado interés, depósitos bancarios, préstamos a particulares y especialmente, a partir del 355, concesiones mineras en el Laurión. Demóstenes o Pasión pueden ser claros testimonios. Demóstenes había heredado de su padre dos talleres, uno de cuchillería y otro de ebanistería, con treinta y tres y veinte operarios respectivamente y, además, créditos a particulares y depósitos bancarios; Pasión poseía una fábrica de escudos, que empleaba unos sesenta trabajadores, y también un banco.

Algunas fortunas pertenecen a viejas familias atenienses y otras son recientes, de manera que parece que las clases ricas atenienses renuevan profundamente su composición interna a lo largo del siglo.

Estos ricos *(plousioi)* no tienen que trabajar para vivir y pueden dedicar gran parte de su ocio a la educación, a la política o simplemente a la buena vida, pero eso no significa que se desinteresen por sus posesiones: el primer deber, antes de cualquier otra preocupación política o educativa, era que no disminuyera el patrimonio sino que aumentara con su gestión y vigilancia.

Los ricos atenienses sumaban decenas de talentos (setenta atribuidos a Temístocles), los más ricos de Grecia acumulaban centenares pero no podían compararse con las fortunas de Asia que se contaban por millares (Midas de Dardano capaz de gastar 400 talentos en ocho mil mercenarios) o las decenas de miles que poseían los nobles persas. A escala de Atenas una decena de talentos era una fortuna considerable pero pequeña para las grandes fortunas de Grecia y sobre todo de Asia; hay, en definitiva, una cierta debilidad en la acumulación de capital.

Por debajo de estos mil doscientos ricos se situaba un grupo de unos ocho mil ciudadanos que poseían una fortuna por encima de las dos mil dracmas pero que no llegaban a los 3 o 4 talentos que se exigían como mínimo para

entrar a formar parte de la clase trierárquica. Junto a los ricos, formaban el 30% de la población ciudadana (unos nueve mil) que podemos llamar acomodada o clase media-alta. Eran artesanos, comerciantes pero por encima de todo campesinos acomodados que podían disponer de una panoplia hoplítica.

Después de estos nueve mil ricos y acomodados venía un grupo de unos diez mil ciudadanos que poseían unas rentas entre mil y dos mil dracmas, lo que podríamos definir como clase media-baja. Finalmente, quedaba un amplio grupo, los más pobres del demo, unos doce mil ciudadanos que disponían de una fortuna inferior a las mil dracmas. Esta mayoría pobre del demo es sociológicamente muy variada: pequeños propietarios que poseían un lote inferior a las 3 ha, jornaleros agrícolas, artesanos, obreros *(banausioi)*, estibadores, pequeños comerciantes *(kapeloi)* y muchas personas que tienen que ganarse la vida ejerciendo diversas actividades.

13.5.2. Los metecos

Los metecos son los extranjeros residentes, griegos o no. Carecen de derechos políticos que están reservados a los ciudadanos. Desempeñan ciertas funciones de carácter público tales como heraldos del Consejo y de la asamblea, contratistas de impuestos o de construcciones públicas pero mediante estas funciones prestan ante todo un servicio más a la comunidad de ciudadanos sin que por ello participen en la gestión pública, incluso en este tipo de actividades deben poseer una garantía que estaba normalmente constituida por un ciudadano.

Carecían también de ciertos derechos civiles, especialmente la posibilidad de poseer bienes inmuebles (casas y tierras), del derecho de matrimonio con ciudadanos y han de ser representados en los tribunales por un patrono ciudadano *(prostates)*. Deben pagar el impuesto directo anual específico *(metoikion)*. Pueden tomar parte en las fiestas públicas y son admitidos en los banquetes privados.

Los metecos estaban sometidos prácticamente a las mismas obligaciones financieras que los ciudadanos. Los metecos ricos debían contribuir con la sexta parte de la eisfora y participar en las liturgías excepto la trierarquía. Servían en el ejército como hoplitas o remeros pero, al menos en el caso de los hoplitas, figuraban en contingentes separados y no participaban en las expediciones exteriores (se podía dudar de su capacidad combativa y su fidelidad). Se veían obligados a defender Atenas militarmente a pesar de que no recibían una formación militar como los ciudadanos y tenían ciertas limitaciones para ejercitarse en los gimnasios públicos.

En el 403, la ley de Pericles que reservaba la ciudadanía a los nacidos de padre y madre ateniense se vuelve a poner en vigor: aquellos que habían naci-

do antes del 403 de un ciudadano y de una extranjera son excluidos del cuerpo cívico. Después de la restauración democrática, en una fecha que nosotros ignoramos, antes del 340, los matrimonios mixtos fueron totalmente prohibidos. Aquellos extranjeros que contravinieran esta norma eran reducidos a la esclavitud y el ateniense debía pagar una multa de mil dracmas (Dem. *Contra Neera.* 16). Esta severa ley imponía a los atenienses una estricta endogamia cívica y separaba al grupo hereditario de ciudadanos de los metecos.

Según Ctesicles, en los últimos años del siglo IV había en Atenas diez mil metecos, una cifra considerable. Es posible que este número se refiera exclusivamente a los extranjeros residentes varones en edad de portar armas y no incluya a mujeres, niñas y niños. Si así fuera, la cifra total de metecos podría superar los cuarenta mil.

Muchos metecos eran bárbaros pero no tenemos ninguna prueba de que, durante el siglo IV, fueran cada vez más bárbaros y que se convirtieran en un grupo menos estable y menos integrado en la comunidad.

Tendemos a imaginar que los metecos, ya que la propiedad de bienes inmuebles les estaba vedada, eran mayoritariamente artesanos, comerciantes, inversores, pero en una lista conservada del 401 en la que se concede la ciudadanía a algunos metecos la mayoría son trabajadores agrícolas. Queda abierta la posibilidad, pues, de que la mayoría de los metecos fueran jornaleros y arrendatarios agrícolas, otra buena parte pudieron ser asalariados urbanos, con todo, un grupo muy significativo de metecos, todo lo numeroso que queramos, se dedicaban a la artesanía, el comercio, la navegación y la banca y el préstamo. Algunos son logógrafos (escritores de discursos judiciales) y maestros en retórica como Lisias, Iseo y Dinarco, o filósofos que abren una escuela como Aristóteles. Una vez más la heterogeneidad de situaciones y ocupaciones parece ser la verdadera característica.

Los griegos eran conscientes de los beneficios que las actividades de los metecos aportaban a la ciudad y particularmente Atenas hizo un verdadero esfuerzo para atraerlos y les concedió privilegios a lo largo del siglo IV. Jenofonte dedica todo el capítulo segundo de los *Poroi* a los metecos y sugiere medidas para favorecer su establecimiento en Atenas, por ejemplo, que se les permita adquirir terrenos para construir una casa.

13.5.3. Los esclavos

Siguiendo nuevamente a Ctesicles, Atenas dispondría de nada menos que cuatrocientos mil esclavos entre los años 317 y 307 (*FGrH.* 245 F1, Ateneo. 6.272 c). Pero, para llegar a esta cifra, Ctesicles no pudo basarse en el censo de Demetrio de Falero que tenía verosímilmente una finalidad política y militar y no registraba a los esclavos. Quizás Ctesicles completó las cifras con una con-

jetura corriente sobre los esclavos, incluyendo en este caso mujeres y niños esclavizados. En un fragmento de su discurso *Contra Aristogitón*, Hipérides (fr.29 Jensen, ed.Teubner) evoca la intención de enrolar ciento cincuenta mil esclavos como una de las medidas de salvación nacional decididas tras Queronea en el 338. Esta cifra, ciento cincuenta mil esclavos en edad de llevar armas, se correspondería aproximadamante con los cuatrocientos mil de Ctesicles.

En realidad el número de esclavos no interesaba al estado, no se censaban y los atenienses como los demás griegos no sabían la cifra total de esclavos que había en su ciudad. Pero los atenienses pensaban que la población esclava era muy numerosa, ello debe ser cierto y, aunque las cifras imaginadas sean exageradas, la conclusión obvia es que el número de esclavos era muy elevado, excedía bastante a los ciudadanos y metecos y había pocos ciudadanos y también metecos que no contasen con uno o dos esclavos de su propiedad.

El precio de los esclavos variaba en función de su edad, vigor y competencia. Los esclavos cualificados de Demóstenes valían cada uno entre 500 y 600 dracmas, el precio normal de un esclavo no cualificado es evaluado por Jenofonte en 180 dracmas (*Poroi*.4.23). De una manera general parece que la adquisición de un esclavo es poco onerosa en el siglo IV porque eran numerosos los que llegaban al mercado.

La mayor parte proceden de la compra, también por botín de guerra y son pocos los nacidos en la casa. La inmensa mayoría son bárbaros, especialmente de los bordes del Mar Negro, Tracia y Escitia, y de las regiones del interior de Asia Menor (Caria, Paflagonia, Frigia, etc.). En la comedia, tracios y carios se han convertido en nombres genéricos que designan al esclavo.

Los esclavos atenienses, como la mayor parte de las ciudades griegas, son propiedad de su dueño o del estado que puede disponer de ellos a su voluntad, puede regalarlos, venderlos, legarlos etc., exactamente como el resto de sus bienes muebles, por ejemplo, sus bueyes o sus mulas. Jurídicamente los esclavos no tienen ningún derecho. Salvo en algún tipo de causa (la denuncia espontánea de un esclavo de su dueño) el testimonio de un esclavo no es admitido más que bajo tortura. Sin embargo, cuentan con dos cualidades exclusivas: podían engendrar hijos de hombres libres y lo hacían y eran humanos a los ojos de los dioses hasta el grado de que el asesinato requería alguna forma de purificación y de que ellos mismos participaban en actos religiosos.

A pesar de esta ausencia de derechos, el esclavo posee algunas protecciones. No pueden ser maltratados sin motivos y por ello el dueño puede ser acusado por otro ciudadano *(graphé hybrêos)* ni se les puede dar muerte, el culpable es juzgado en el Paladio y la pena, el exilio, es la misma que si fuera un homicidio involuntario de un ciudadano.

Los esclavos están presentes en todas las esferas de la actividad, las consideremos más o menos productivas o importantes. Eran, en primer lugar, mano de obra agrícola. En las listas de emancipación de esclavos de los años

340 a 320 de setenta y nueve esclavos de profesión conocida diecinueve eran trabajadores agrícolas. La mayor parte de los hombres libres trabajaban ellos mismos el suelo con ayuda de uno o dos esclavos. Empero los esclavos no constituyen la única mano de obra en el campo sino que es muy importante un grupo de asalariados agrícolas *misthotoi* o *thetes* (Mossé, 1973, 184). Atenas disponía de varios centenares de esclavos públicos y los esclavos parecen mano de obra fundamental en el artesanado, donde era raro también el artesano que no disponía de un pequeño número de esclavos para secundarlo en su labor. Están presentes también de manera destacada en las minas, las canteras y el comercio y la navegación, pero en todas estas actividades encontramos trabajando a ciudadanos y metecos y a veces estos metecos o asalariados ciudadanos desempeñan las mismas ocupaciones y puestos, codo con codo, con los esclavos. No parece, sin embargo, que el ciudadano pobre hubiera visto en el esclavo un posible rival, por el contrario, los esclavos estaban para completar y en el mejor de los casos para reemplazar el trabajo de los hombres libres y entre ambos grupos no había una auténtica competencia económica.

La situación concreta de los esclavos variaba enormemente. Desde los esclavos mineros de las minas del Laurión, que trabajaban encadenados en galerías estrechas e insalubres y llevaban una vida miserable, hasta los que vivían aparte *(choris oikountes)* y que se beneficiaban de una relativa independencia de hecho. Algunos esclavos obtenían la manumisión pero no parecen muy numerosas durante el siglo IV. Los esclavos manumitidos no se convertían en ciudadanos sino en metecos y mantenían cierto número de obligaciones con su antiguo dueño; la negligencia podía entrañar su vuelta a la condición servil.

La necesidad de la esclavitud era para la mayor parte de los griegos una evidencia. Sin embargo hay voces en el siglo IV que contestan la legitimidad de la esclavitud. Uno de los oradores más influyentes del siglo, Alcidamas, proclamaba que la divinidad había concedido la libertad a todos y que la naturaleza no había hecho a nadie esclavo. En el libro I de la *Política,* Aristóteles critica a quienes afirman que la esclavitud es una convención contra natura, no nombra a sus adversarios pero por sus argumentos parece remontarse a los sofistas de finales del siglo V, probablemente a Antifonte, que habían seducido a algunos intelectuales del IV.

13.6. Las demás sociedades griegas

13.6.1. Los ciudadanos de categoría inferior. Los periecos

Allí donde exista una oligarquía nos encontraremos con una categoría de ciudadanos que han perdido parte de sus derechos, ciudadanos desprivile-

giados o pasivos, asimilables a una atimía parcial, que carecen de derechos políticos y que conservan todos o parte de sus derechos civiles: propiedad inmueble, matrimonio y acceso a los tribunales. En estas ciudades el cuerpo cívico será más amplio que el cuerpo político.

Las comunidades periecas pueden encontrarse en muchas partes, en el territorio lacedemonio, Élide, la Argólide, Creta, Tesalia, Licia, etc., y a pesar de los estatutos variados siempre son inferiores a los ciudadanos. No son metecos ni pueden ser asimilados a esclavos y otros sectores dependientes. Son auctóctonos que ocupan las zonas periféricas, normalmente gozan de una mayor o menor autonomía interna, en el interior de sus territorios poseen plenitud de derechos, pero carecen de política exterior independiente y de derechos políticos dentro del estado al cual están subordinados y deben aportar contingentes militares y pagar tributo. Como los ciudadanos desprivilegiados, son considerados normalmente miembros de la comunidad en sentido amplio.

13.6.2. Esclavos y dependientes

La esclavitud de tipo ateniense, el esclavo-mercancía es una forma muy difundida en el siglo IV, especialmente en otras *poleis* muy desarrolladas. Timeo dice que había cuatrocientos sesenta mil esclavos en Corinto y Aristóteles menciona cuatrocientos setenta mil para Egina. Cifras exageradas pero que reflejan la importancia de este tipo de esclavitud en buena parte de la Hélade.

Sin embargo, en amplias zonas del mundo griego la fuerza de trabajo total incluyó otro sector considerable: los dependientes, aquellos que en mayor o menor medida eran o no libres (literalmente para los griegos que estaban "entre la esclavitud y la libertad"), los que trabajaban para otro no por familia o contrato sino porque tenían que hacerlo por algún requisito: deudas, nacimiento en clase dependiente, alguna situación que suprimía su libertad de elección y de acción. Estas clases dependientes son campesinos adscritos a la tierra que no pueden ser desvinculados de ella ni vendidos en el extranjero. Su *status* es hereditario, son los hilotas de Esparta, los penestas tesalios, los clarotas de Creta, los mariandinos de Heraclea del Ponto y los cilirios de Siracusa. Como tienen el mismo origen y *status* y realizan el mismo trabajo poseen una cierta solidaridad, y, a diferencia de los esclavos mercancía, presentaron reivindicaciones políticas y socioeconómicas: obtener su independencia y convertirse en ciudadanos.

Parece que numerosas ciudades griegas conocieron bastantes problemas sociales en el siglo IV que contrastan con la paz social de que disfruta Atenas y también con la estabilidad de la que goza Beocia. La exis-

tencia de numerosos ciudadanos sin tierra, empobrecidos y endeudados no era una novedad del siglo IV pero este endeudamiento era una fuente frecuente de agitación (Eneas Táctico.14.1). Como muestra valga el acuerdo impuesto por Filipo a todos los griegos en la constitución de la Liga de Corinto "no tolerar ni el reparto de tierras ni la abolición de las deudas" (Ps.Dem. *Sobre los acuerdos con Alejandro.* 15) que debían ser dos reivindicaciones revolucionarias habituales. Parece, pues, que el número de miserables mendigos sin medios de existencia crece. Otros campesinos se sienten probablemente amenazados de caer en esta misma miseria. Es posible que el endeudamiento haya obligado a un cierto número de campesinos a abandonar su tierra y bastantes se emplearon como mercenarios en el extranjero.

Deudas, concentración de tierras, guerras civiles, mercenariado: estos fenómenos constituyen los aspectos mayores de muchas sociedades griegas en el siglo IV pero hay que evitar toda generalización: nuestras fuentes nos hablan más de ciudades que conocen las guerras civiles que las que mantienen una concordia social. Desgraciadamente, el problema fundamental reside en que la estructura social de otras ciudades griegas es mal conocida.

13.6.3. La sociedad beocia

La primera gran distinción en la sociedad beocia se refería al *status* jurídico, como Beocia carecía de clases dependientes, la sociedad se dividía en ciudadanos, metecos y esclavos del tipo esclavo-mercancía.

A principios del siglo IV, Beocia podía reunir un ejército de mil cien jinetes y once mil hoplitas. A ellos hay que sumar los contingentes de infantería ligera, unos diez mil psilos y unos mil cien hamipos. De esta forma, el total del ejército federal beocio se compondría de veinticuatro mil doscientos hombres. Beocia nunca movilizó todo este contingente, el número normal de soldados beocios que formaban parte de las expediciones militares oscilaban entre seis y ocho mil hoplitas y entre seiscientos y ochocientos jinetes. Podemos suponer, como mera hipótesis, que estos 24.200 hombres se hallaban muy próximos a los que Beocia podía reunir en masa *(pandemei)*, es decir todos los ciudadanos útiles entre 20 y 50 años (cf.: Licurgo.*Leocr.*39). A éstos habría que añadir los varones entre 18 y 20 años y los mayores de 50 que tuvieran nivel censal mínimo exigido, llegaríamos así a unos mil doscientos jinetes o más y unos doce mil hoplitas y cifras similares para las clases desprivilegiadas, entre veinticinco y treinta mil ciudadanos en total.

En época oligárquica, hasta el 378, la mitad o más de la población masculina (los infantes ligeros) carecía de derechos políticos, división que no existe entre el 378 y 338 cuando imperan los regímenes democráticos.

Como vemos, el ejército federal requería al menos tres clases censitarias: los jinetes, los hoplitas y aquellos que no alcanzaban el mínimo de renta requerido para ser hoplita y que, por lo tanto, formaban parte de los psilos y los hamipos.

Así, de entre la población ciudadana beocia destacaba una clase de jinetes, unos mil doscientos, un número muy próximo a las clases ricas atenienses. Podemos estar absolutamente seguros de que la inmensa mayoría de ellos eran ricos caballeros terratenientes ya que en Beocia no se da el auge de las fortunas artesanales y comerciales ni la diversificación de la riqueza que conoce la Atenas del siglo IV. Todos eran también aristócratas que, en marcado contraste con Atenas, retuvieron el liderazgo político a lo largo de toda la centuria.

Sobre estos ricos aristócratas y caballeros terratenientes recaía la *eisforá*, el impuesto regular que se exigía al menos en el período de la Confederación oligárquica. En Beocia existía un sistema de liturgias similar al ateniense que apenas podemos entrever. En el 372, sabemos de la presencia de trierarcos beocios en la flota reunida por Atenas y sus aliados y, en algún momento en la década de los sesenta del siglo IV, Pelópidas regala dinero a Epaminondas para que éste pueda sostener una liturgia de flautistas.

Por debajo de los jinetes existía un amplio sector medio de doce mil o más ciudadanos. Lógicamente, el nivel de renta debía ser muy variable entre ellos, pero debía ser un grupo mucho más homogéneo que en Atenas, todos tenían el censo mínimo exigido para gozar de plenos derechos políticos, todos podían proveerse de una panoplia hoplítica y la práctica totalidad eran campesinos. Nada nos permite afirmar la idea de un empobrecimiento de los sectores hoplíticos durante el siglo IV.

Finalmente, más de la mitad de la población ciudadana, trece mil o más, entre psilos y hamipos, componían las clases bajas del demos beocio. Menos diversos sociológicamente que los atenienses pobres, la mayoría debían ser labriegos menesterosos, cuyo lote no era suficiente para armarse como hoplitas, y jornaleros del campo.

Indiscutiblemente, Beocia precisaba menos metecos que Atenas pero también la legislación de las ciudades beocias durante la oligarquía, al poner serios impedimentos para el acceso a los derechos políticos a aquellos ciudadanos que se dedicasen a actividades mercantiles y artesanales, acentuaba aún más que en Atenas la tendencia por parte de los ciudadanos a abandonar estas ocupaciones en manos de los metecos. Si bien la importancia de las actividades mercantiles o artesanales era infinitamente menor que en Atenas, sí podía ser mayor que Atenas el porcentaje de metecos en relación con los ciudadanos que se dedicasen a ellas.

Ciertamente, Beocia, al ser un estado abrumadoramente agrario, necesitaba mucha menos mano de obra esclava empleada en la artesanía, poco

desarrollada, en el comercio marítimo, prácticamente inexistente, o en la minería, muy escasa. Aunque imposible de cuantificar (¿veinte o treinta mil?), el número de esclavos en Beocia debía ser bastante menos elevado que en Atenas o Corinto. Evidentemente es posible que hubiera un gran número de esclavos agrícolas pero, por el contrario, debemos pensar que una buena parte de los ciudadanos desprivilegiados debían ser también braceros del campo.

Varias conclusiones se imponen en el análisis de las sociedades griegas del siglo IV. En primer lugar, los estatutos jurídicos, las ocupaciones y los niveles de fortuna no coinciden en absoluto. Por ello, el concepto marxista de clase, aparentemente claro e inequívoco, presenta dificultades a la hora de aplicarlo a la sociedad griega del siglo IV. El marxismo clasifica a los hombres por su relación con los medios de producción: los que poseen o no medios de producción, los que trabajan y los que viven del trabajo de otros. Según una interpretación mecánica, el esclavo y el jornalero libre son miembros de la misma clase y también un rico propietario y un artesano, lo que parece poco aceptable. La conciencia de *status* cubre la conciencia de clase: entre un libre y un esclavo, entre un ciudadano y un meteco hay un abismo insuperable: el *status* jurídico. Así, no era la naturaleza del trabajo lo que distinguía al esclavo del hombre libre sino la categoría social del hombre que realizaba el trabajo. De este modo, los elementos fundamentales para el análisis de las estructuras sociales del siglo IV son el *status* (ciudadano, meteco, esclavo, dependiente), la familia (aristócrata o gente del común), el sexo y la edad, la riqueza y la ocupación.

Atenas se mantuvo bastante estable desde el punto de vista político y social a lo largo de todo el siglo IV a pesar de que las diferencias de fortuna son considerables en el seno de la sociedad ateniense. La sociedad beocia, campesina, compuesta de ricos propietarios aristocráticos, hoplitas labradores, labriegos empobrecidos y asalariados del campo, metecos extranjeros y un número relativamente bajo de esclavos, debía estar mucho más próxima a la sociedad griega típica que la Atenas del siglo IV.

La esclavitud no es un modo de explotación única ni los esclavos están incluidos en relaciones de producción análogas. El esclavo antiguo distaba mucho de constituir un tipo social único. Los esclavos tenían diferente origen y situación y nunca estuvieron unidos ni tuvieron ninguna conciencia de clase ni programa. Además, entre la esclavitud y la libertad había toda una gama o espectro de posiciones coexistiendo a menudo dentro de una misma sociedad.

14.

Un siglo de esplendor cultural

Los historiadores que interpretan el siglo IV como un período de declive consideran que la crisis se extendió al terreno religioso con la desafección de la religión cívica, el progreso de la magia y el misticismo, y también al campo de la cultura con el individualismo, el manierismo y el abuso del patetismo. Sin embargo la cultura del siglo IV, aunque en muchos aspectos diferente de la del V, difícilmente puede ser considerada inferior.

Una de las características más importantes de la época fue la fundación de escuelas de enseñanza superior, grupos de profesores, estudiantes e investigadores que se unían en una empresa común, organizada en una estructura administrativa común y definida especialmente por una común localización física. Las principales escuelas del siglo IV cultivaban la filosofía y la retórica.

Platón había nacido en el 427 de Aristón y Períctone en el seno de una familia de la aristocracia ateniense, tuvo como hermanos a Adimanto y Glaucón y de su hermana Potone nació Espeusipo que, a la muerte de Platón, acaecida en el 347, habría de sucederle en la Academia. De Platón conservamos veintinueve discursos auténticos y siete cartas, quizás todas, salvo la sexta y la séptima, espurias. Platón participó posiblemente en el régimen de los Treinta que encabezaba su primo Critias pero el cariz que tomaba la oligarquía le decepcionó rápidamente. También la democracia restaurada, cuando condenó a Sócrates, abrió un abismo profundo en la conciencia de

Platón. Tras la muerte de Sócrates, Platón residió en Mégara en compañía de Euclides y otros miembros del círculo de Sócrates, luego fue a Cirene, donde visitó al matemático Teodoro, y finalmente al sur de Italia y Sicilia, donde regresaría otras dos veces, aquí estableció contacto con las comunidades pitagóricas locales y con Dión, quien le invitó a la corte de su suegro y cuñado, Dionisio I.

Después de su vuelta a Atenas compró un pequeño edificio anejo a un parque público justo fuera de la ciudad dedicado a Academo un héroe local, aquí funda la Academia en el año 387.

Sobre la organización de la Academia estamos singularmente mal informados, no parece que adoptara la forma de una corporación religiosa para el culto a las Musas *(thiasos)*, Platón era la cabeza *(scholarchos)* pero nada sabemos de su organización interna, sus miembros llevaban una vida en común, estaba abierta a extranjeros, mujeres y adolescentes –Aristóteles entró con diecisiete años– y no se cobraba tasa alguna; suponemos simplemente que los alumnos más viejos supervisarían a los recién llegados.

La filosofía era el gran objeto de estudio de la Academia, además, se cultivaban la poesía y la música y especialmente las matemáticas y la geometría. Sería inútil exponer aquí la complejidad de la filosofía platónica y sólo vamos a esbozar algunas líneas muy generales. Platón parte de la premisa de que todas las virtudes se plasman en la idea del Bien, la filosofía es precisamente el conocimiento del Bien. El Bien y las virtudes pueden ser enseñadas, aquí se opone a la sofística, enseñanza que no es otra cosa que rememorar ya que el alma inmortal ha contemplado todas las cosas en su peregrinación a través del ciclo de encarnaciones en la tierra y en ultratumba y ha conservado la capacidad de recordarlas, de esta manera Platón rechazaba la apariencia sensible y la opinión común y la teoría de un devenir incesante y reconocía la existencia de esencias inmutables. La educación tenía como finalidad, pues, conducir a los individuos al conocimiento del Bien, la Justicia y la Felicidad.

Los discípulos de Platón fueron numerosos e importantes, aunque posiblemente no tuvieron la influencia en el siglo de los pupilos de Isócrates. Podemos destacar, sin pretender un catálogo exhaustivo, a Espeusipo, el sucesor de Platón en la Academia a la muerte de éste en el 347, que sobresale en el campo de las matemáticas y que elaboró un sistema de clasificaciones que prefiguró el trabajo aristotélico. A su muerte, en el 338, le sucede Jenócrates que era un escritor prolífico en un vasto campo de temas filosóficos y que se empleó particularmente en la sistematización del conocimiento, lo que le acerca al empirismo de Aristóteles. Además, debemos mencionar a Teeto que destacó en geometría, a Eudoxo de Cnido en matemáticas, Heraclides Póntico como astrónomo y a Teodectes, antiguo discípulo de Isócrates, como orador y poeta trágico.

Aristóteles nació en el 384 a. C., en la ciudad de Estagira, una colonia de las islas de Eubea y Andros en la Calcídica. Su padre era Nicómaco, que llegó a ser médico en la corte de Amintas III, y su madre Faéstide. Sus padres murieron cuando era muy joven y Aristóteles fue criado por su tutor legal, Proxeno de Atarneo que se había casado con la hermana de Aristóteles. En el 367, con diecisiete años, Aristóteles entró en la Academia de Platón, donde habría de permanecer hasta el 348, cuando la caída de Olinto hizo el ambiente en Atenas difícil para aquellos que tenían conexiones promacedonias. Durante treinta años Aristóteles no regresó a Atenas, estuvo primero en Atarneo, en la Tróade, luego pasó a Aso y después a Mitilene en Lesbos para continuar su investigación y enseñanza, probablemente en una comunidad filosófica que incluía a Teofrasto. Tres años más tarde fue llamado por Filipo para ser el tutor de Alejandro, que entonces contaba con quince años. Después de pasar ocho años en la corte macedonia, regresó a Atenas en el 335 y fundó el Liceo. La escuela distinguía entre los miembros más antiguos y los más jóvenes; como Platón, Aristóteles no cobraba por su enseñanza aunque aceptaba donaciones voluntarias.

La obra de Aristóteles destinada al público (exóterica) se ha perdido y sólo conservamos los escritos dirigidos a sus discípulos del Liceo (esóterica). Si Platón discute sobre el individuo y la polis, Aristóteles indaga acerca del hombre y el cosmos, separa y clasifica los dominios del saber y lleva a cabo un verdadero trabajo de investigación en equipo, los miembros del Liceo recopilaron obras dramáticas, la lista de vencedores olímpicos, una colección etnográfica sobre las costumbres de pueblos bárbaros y las constituciones de 158 estados; estableció de una manera rigurosa las reglas del razonamiento, la lógica, y definió la virtud como el equilibrio, el justo medio entre dos extremos.

Frente a otras escuelas de retórica y de filosofía, la Academia y el Liceo pervivieron tras la muerte de sus fundadores: ambas no eran fruto únicamente de un individuo o de una polis en particular sino que constituían una respuesta a la necesidad de todo el mundo griego, donde el panhelenismo se desarrollaba de manera creciente, de formar escuelas superiores de educación en política, filosofía y ciencias.

La filosofía del siglo IV no se agota con Platón y Aristóteles sino que conoció una verdadera profusión: Demócrito, el fundador de la teoría atomista y al que se denomina presocrático, sobrevivió en realidad treinta años a Sócrates y murió hacia el 370 y los llamados pequeños socráticos como Euclides, que funda una escuela en Mégara, Fedón en Élide, Aristipo en Cirene. Especialmente Antístenes que abre una escuela en Atenas en el gimnasio de Cinosarges. Como los sofistas, parece que Antístenes cobraba una tasa, a pesar de que era mínima, por sus enseñanzas y, ya que sus alumnos tomaban notas, atribuía, así, a la palabra escrita más importancia de la que parecía tener entonces en la práctica educativa.

El siglo IV es también el gran período de la oratoria ática plasmado en los grandes retores de la época. Andócides de Atenas (c.440-c.390), hijo de Leógoras, procedía de una rica y aristocrática familia y tuvo una vida singularmente atormentada. Se vio envuelto en el 415 en el episodio de la mutilación de los Hermes y, condenado a la atimía, se exilió en Chipre. Regresó en el 403 después de la amnistía y fue llevado a juicio en el 399 por sus enemigos, Calias entre ellos; absuelto, es embajador en Esparta en el 391 con la intención de obtener la paz pero las negociaciones fracasan y tuvo nuevamente que exiliarse quizás en Élide. De él conservamos tres discursos enteros *(Sobre los misterios* y *Sobre su regreso, De la paz con los lacedemonios)* y otro espurio con seguridad *(Contra Alcibíades)*. Su estilo no es demasiado brillante, incluso se le puede calificar de rudo y mediocre, aunque su léxico es variado y su obra destaca sobre todo por su valor documental y la información histórica que contiene.

Lisias era hijo de Céfalo, un meteco siracusano que poseía en Atenas un importante taller de escudos. Lisias había nacido en Atenas y luego marchó a Turios donde aprendió retórica. Regresó a Atenas en el 413 y en el 404, los Treinta le confiscaron sus propiedades y dieron muerte a su hermano Polemarco. Cooperó con la restauración democrática a la que aportó ayuda financiera y se le concedieron honores, la *ateleia* (exención de impuestos) y quizás se le otorgara la ciudadanía. De los más de treinta discursos que se conservan dentro del corpus lisiaco sólo quince parecen suyos, y en ellos destaca su estilo sencillo, claro y mesurado y el retrato psicológico y atrayente de sus clientes.

Isócrates nació en Atenas en el 436 y vivió hasta el 338. Su padre Teodoro, fabricante de flautas, era lo suficientemente rico para dar a su hijo la mejor de las educaciones. Sin embargo, la Guerra del Peloponeso arruinó la artesanía familiar, de modo que Isócrates empezó su carrera como logógrafo y de él se nos conservan seis discursos forenses fechados entre el 403 y 390. Hacia el 390, abrió una escuela de retórica cerca del Liceo, que llegó a ser muy floreciente, en la que cobraba mil dracmas por curso.

Isócrates requería de sus alumnos en primer lugar unas ciertas dotes naturales y su método educativo se basaba en el conocimiento de la teoría y la práctica. El alumno se instruía en los fundamentos de la retórica y en el análisis de ejemplos, luego pasaba a componer partes de discursos o a veces discursos completos, posteriormente el alumno hablaba sin oposición y finalmente venía la competición que enfrentaba a un alumno con otro. Para aprender retórica y formar juicios recomendaba lecturas sobre cualquier tema, especialmente historia, política, ética, literatura, astronomía y geometría. Sus métodos pedagógicos implicaban un incremento de la especulación y la reflexión, la práctica de la composición, el análisis literario y la disección, lectura, competición y corrección por el maestro, discusión y crítica.

Una de sus grandes conquistas fue el estudio analítico de la historia que como sujeto de educación comienza con él. Así, fue el primero en introducir la historia en su curriculum, la historia que provee de modelos de conducta moral y de ejemplos para tomar decisiones políticas. No concedió demasiado valor educativo a la mitología y a la poesía y transmutó radicalmente la vieja educación griega, en lugar del estudio de la mitología y la poesía, definió un nuevo modelo basado en dos disciplinas: la filosofía y la historia.

Isócrates se separó de los retóricos profesionales, según el, la retórica transcendía con mucho la elaboración correcta de discurso, era la forma específica de la cultura intelectual y la llave de todo el edificio metodológico. Sin el poder de hablar bien y de persuadir a los otros no puede haber eficacia cívica o política. La retórica debía contribuir al desarrollo del carácter moral, el poder de la palabra distingue al hombre de las bestias, sirve a la verdad y sin virtud y fuerza moral es imposible el discurso poderoso y persuasivo. Su idea era formar buenos ciudadanos, cultivados en la ética y la retórica, capaces de ocupar su lugar en la comunidad cívica, en contra de Platón y Jenofonte que no buscaron producir directamente ciudadanos para ninguna comunidad real.

Isócrates se enorgullecía con razón de haber tenido discípulos muy importantes como, por ejemplo, Iseo, Licurgo, Hipérides, Teopompo, Éforo y Timoteo.

Aunque nunca habló en público, su obra era leída en todo el mundo griego y, reforzada por sus capacitados discípulos, gozó de una honda influencia. Así, por ejemplo, Isócrates dotó de una sólida reflexión teórica a la Segunda Liga ateniense y a la empresa panhelénica de Filipo. Isócrates, que compitió con los filósofos en el terreno ético, no está exento de grandeza moral y de cautivadoras ideas políticas: el panhelenismo y un cierto pacifismo, la condena de la guerra entre los griegos y la tendencia a la conciliación *(homonoia)* entre la ley y la naturaleza, entre la justicia y el interés.

Iseo, un meteco hijo de Diágoras de Cálcide, se acerca a Lisias y tiene alguna influencia de Isócrates. Logógrafo, destaca por la sutileza de las argumentaciones, el estilo sencillo y la habilidad en el tratamiento de los asuntos legales pero su prosa es menos viva que la de Lisias y el diseño de los caracteres más estereotipados.

Grande entre los más grandes fue sin duda Demóstenes (384-322), en quien culmina y brilla la oratoria antigua. Nadie como él, ni antes ni después, ni entonces ni ahora. Su padre fue un rico artesano, cuya hacienda, al morir joven, fue dilapidada por los tutores. A combatirles dedicó Demóstenes sus primeras obras forenses. Fue también logógrafo. Enemigo tenaz, intransigente de Filipo de Macedonia, laboró sin desmayo por hacerle frente; patriota, en él resplandece la fe inquebrantable en Atenas y en la polis, en la comunidad de ciudadanos que se autogobierna. Con el nombre de Demóstenes tene-

mos sesenta y un discursos pero bastantes son espurios. Demóstenes destaca por el vigor del estilo, la oratoria variada y natural a la vez que elevada y fue insuperable en la penetración psicológica, en el arte de delinear el carácter de una persona.

Esquines (c.390-314), de origen humilde, perteneció a la facción filomacedonia y fue un encarnizado adversario de Demóstenes. Su obra fue muy reducida y de ella sólo conservamos tres discursos *(Contra Timarco, Sobre la embajada* y *Contra Ctesifonte)*. Aunque menos vigoroso, Esquines fue también un gran orador que poco tenía que envidiar a Demóstenes. Licurgo (390-324), de la noble familia de los Eteobutades, tuvo un gran papel en la política ateniense después de la Guerra social. De los quince discursos que compuso sólo se nos conserva uno, el *Contra Leócrates,* en el que brilla el patriotismo pero su estilo es excesivamente prolijo y retórico. A Hipérides (390-322), un ferviente antimacedonio, se le atribuyen cerca de setenta títulos, no todos auténticos; sólo se han podido restituir cuatro. Gran orador destaca sobre todo por la perfección en la argumentación, la fuerza y la vehemencia que se ocultan bajo una aparente mesura. Dinarco, un meteco natural de Corinto, es sobre todo un imitador de otros oradores, en particular de Demóstenes y su estilo es poco personal y bastante incoherente.

La comunión, relación e influencia recíprocas entre la retórica y la historia es una de las más grandes y verdaderas características del siglo. La mayoría de los historiadores incluyeron discursos en sus obras históricas, un elemento que no era nuevo, y la oratoria recurrió frecuentemente a los precedentes históricos que podían servir como guía a la reflexión personal, para aconsejar a los jueces y sobre todo como ejemplos a seguir en la deliberación política. Como tal, la oratoria es una de las fuentes principales para el conocimiento histórico del siglo pero debe ser manejada con cuidado: se ve limitada por la fecha incierta de muchos discursos, la escasez de alusiones concretas y su tendenciosidad. En general, por emplear un eufemismo, la oratoria es poco escrupulosa con la verdad histórica.

Otros géneros literarios declinaron o conocieron profundas transformaciones, por ejemplo, la tragedia decae y la comedia evoluciona profundamente desde la comedia antigua, plena de temas y ataques políticos, a la comedia nueva que se caracteriza por las sutiles intrigas y el ambiente familiar. Pero en relación con la tragedia, podemos decir que los períodos de gran creación dramática son muy cortos y la decadencia del género en el siglo IV puede no estar relacionada con la crisis de la polis. Entre la comedia antigua y la nueva, la etapa intermedia (comedia media) se nos escapa casi completamente. Las *Asambleístas* y el *Pluto* de Aristófanes que se califican como obras de la comedia media presentan numerosas alusiones políticas y del mismo modo ocurre en las pocas citas de otros comediógrafos del siglo IV que conservamos. Quizá solamente a partir Menandro, cuyas primeras piezas se

representan en la tiranía de Demetrio de Falero, la comedia se separa totalmente del interés político (Carlier, 1995, 282-3). Si la dramaturgia declina, la representación se difunde como testimonia la proliferación de nuevos teatros.

Aunque ningún historiador del siglo IV está a la altura de Tucídides (que debió escribir su *Historia de la Guerra del Peloponeso* en los primeros años del siglo IV), la historiografía avanza y prolifera de forma prodigiosa. Se trata de una historiografía profundamente comprometida con la reflexión política y enormemente rica, incluye a los continuadores de Tucídides, el universalismo, el panhelenismo, la historia regional o aquellos que adoptan una actitud moralizante. Lejos de una crisis, la historiografía griega del siglo IV vive una época de indudable esplendor.

La única historia contemporánea completa que conservamos de parte del período es obra de Jenofonte. Jenofonte nació hacia el 430 en Atenas, al comienzo de la Guerra del Peloponeso. Poco sabemos de él antes del 400, fue discípulo de Sócrates y la tradición dice que fue hecho prisionero durante la Guerra de Decelia y conducido a Tebas. Probablemente como miembro de la caballería se comprometió con la oligarquía de los Treinta y poco tiempo después de la restauración democrática interviene en la expedición de Ciro y, tras ella, forma parte de los ejércitos espartanos que combaten en Asia contra los persas. En el 394 regresa a Grecia con Agesilao y participa en la batalla de Coronea del lado espartano, cruzando su lanza contra su propia patria. Entre la expedición de Ciro y el 394, posiblemente a causa de su filolaconismo, fue exiliado de Atenas. Gracias a la protección del rey de Agesilao y de Esparta obtiene una finca cerca de Elis en Escilunte, donde residiría hasta la batalla de Leuctra, tras la cual Élide se sacude el dominio espartano. Desde el 370 hasta su muerte (c.354) vivió en Corinto.

La obra de Jenofonte es numerosa y compleja, incluye las Helénicas que narran la historia griega desde septiembre del 411 al verano del 362, la Anábasis (la expedición de Ciro y el regreso de los mercenarios griegos, de septiembre del 401 a septiembre del 399), obras biográficas o pseudobiográficas *(Ciropedia, Hierón* y *Agesilao)*, socráticas *(Recuerdos de Sócrates, Apología* y *Banquete)*, políticas y económicas *(La Constitución de los Lacedemonios, Sobre los ingresos)* y variadas *(Hipárquico, Sobre la caballería* y *Cinegético)*.

Jenofonte llamó a su obra histórica principal *Hellenikà*, Helénicas, y arranca completando la narración de Tucídides, pero después del 404/403, después del final de la Guerra del Peloponeso, su relato se concentra en el Peloponeso de modo que muy bien se la podría llamar Peloponesiaca. En su vida, como en su obra, Jenofonte prefirió Esparta y el Peloponeso. En la mayor parte de los asuntos que narra Esparta u otros estados peloponesios participan o están implicados. Jenofonte expresa el punto de vista filolaconio y, más concretamente, defiende los intereses y la obra política de su héroe, el rey espar-

tano Agesilao. Así, por entresacar algún ejemplo, oculta la fundación de Mesene y Megalópolis que debilitan para siempre el poder espartano y vela o distorsiona otros hechos, como Leuctra, poco favorables a Esparta.

Junto a su admiración por Esparta y Agesilao, Jenofonte sentía una profunda antipatía por Tebas. Sobornados por el persa, los tebanos eran culpables de haber roto, en el 395, la *pax laconica* que imperaba en Grecia y habían arruinado la segunda Anábasis de Agesilao: las campañas contra Persia en Asia Menor entre los años 396 y 394. Jenofonte muestra además una cierta indiferencia hacia Atenas y, sin duda alguna, el más grave defecto de las Helénicas es la omisión de toda noticia sobre la Segunda Liga ateniense. Ni una palabra sobre la fundación, organización y desarrollo de la liga, ni, en general, sobre las actividades diplomáticas y navales atenienses en el Egeo, ni sobre las importantes campañas de Atenas en Anfípolis o el Quersoneso. A pesar de sus defectos, la narración de Jenofonte destaca por el tratamiento de los hechos militares y sobre todo por su prosa sencilla.

Éforo de Cumas de Asia (405-341) fue también uno de los más grandes historiadores del siglo, aunque de su obra no se conservan sino fragmentos y, quizás esté reflejada en la *Biblioteca Histórica* de Diodoro Sículo (siglo I a. C.). Discípulo de Isócrates, alzó la bandera panhelénica y cultivó la historiografía universal, esto es, escribió una historia en veintinueve libros (uno más fue añadido por su hijo Demófilo) desde la invasión doria probablemente a la III Guerra sagrada que comienza en el 356 e incluye Grecia, el Próximo Oriente y Egipto. Éforo compuso su historia *katà génos,* esto es, su relato no se unificaba por temas ni por episodios o cronologías sino por "naciones": Helénicas, Persia, Macedonia y Sicilia. De este modo, por ejemplo, el libro 25 debía estar consagrado a Grecia desde la batalla de Mantinea a la Guerra sagrada, los libros 28 y 29 a Sicilia entre el 385 y 356, el libro 26 a Persia y así sucesivamente.

Éforo se preocupó por la cuestión de la hegemonía y su pérdida. Según Éforo la constitución de Licurgo aseguró a los espartanos la hegemonía y el abandono de esta constitución provocó su caída. En el caso de Atenas los fallos no vinieron por el abandono de la constitución sino como producto de los errores de política exterior (tenía una visión filoateniense). Tebas no era digna de la hegemonía porque no ha sido obtenida por los méritos de toda la ciudad sino sólo de unos pocos, especialmente Epaminondas y Pelópidas. Con Éforo se produce una profunda espiritualización de la historia griega, una concepción moralizante de la historia que habría de tener una larga influencia en la historiografía antigua: la grandeza o decadencia de cada ciudad griega tiene su explicación en un principio altamente espiritual, la *paideia,* la educación, el valor de la civilización como factor de potencia política, el vínculo entre prestigio político y superioridad intelectual. La historia proporcionaba ejemplos de virtud que tenían la función de educar al ciu-

dadano honesto. Éforo se abre a la contribución de otras ciudades a la cultura griega, su universalismo y su moralismo culminan la evolución historiográfica del siglo IV.

Teopompo de Quíos escribió unas Helénicas que cubrían los años 411 al 394 y culminó su obra historiográfica con las Filípicas, cincuenta y ocho libros en los que exponía el reinado de Filipo del 360 al 337. Teopompo era un filolaconio que admiraba la moral espartana, con influencias de Heródoto y de Isócrates, del que fue discípulo, exaltó también el ideal panhelénico de paz en Grecia y lucha contra el persa. Niega el papel que Atenas ha desempeñado en el panhelenismo y critica la democracia, especialmente la tendencia a reprimir la personalidad de los políticos, de los individuos que sobresalen de la masa. Teopompo abandonó el método que había seguido Tucídides para organizar su relato en torno a una persona: Filipo de Macedonia, que se nos presenta como hombre grande y altruista dotado de medios para remover la parálisis que aquejaba a los estados helénicos.

Llamamos *Helénicas de Oxirrinco* a la obra de un historiador del siglo IV, cuyo nombre desconocemos y que se encuentra en estado muy fragmentario: un corpus de papiros formado por tres series separadas que se conservan hoy en día en Londres, Florencia y El Cairo. Los fragmentos conservados contienen acontecimientos de los años 410/9 a 407 y 396-395, por lo que quizá la obra continuara a Tucídides (desde el 411) o al menos arrancara desde las expediciones atenienses en Sicilia (415) y finalizara, quizá, con la Paz del Rey. Su relato muy pormenorizado de la historia griega, su competencia en el análisis de la política exterior, su descripción de los aspectos constitucionales, su sorprendente capacidad de penetración en la lucha política interna y también por su atención a Beocia, le hacen un autor incomparablemente superior a Jenofonte: su narración de la constitución de la Confederación beocia anterior a la Paz del Rey supone la cumbre de la historiografía griega del siglo IV (cf. texto n.° 1 en Apéndice).

Los atidógrafos, los historiadores de la historia de Atenas como Androtion o Filocoro, representan una de las tendencias capitales de la historiografía griega del siglo IV y la época helenística: la historia regional griega. En ella figuran también Anaxis y Dionisiodoro, historiadores de la Beocia aupada a potencia hegemónica de la Hélade, o Filisto y Timeo que escriben sobre la historia de Sicilia.

Calístenes de Olinto, que debió nacer en torno al 368, compuso unas Helénicas terminadas en el 343/2; en diez libros debía narrar treinta años: de la Paz de Antálcidas a la toma de Delfos por Filomelo. Había tratado el decenio siguiente, el de la III Guerra sagrada, como una monografía autónoma separada de las Helénicas. Discípulo de Aristóteles, Calístenes refleja la convicción en la absoluta superioridad de la civilización griega, el gran interés en el campo científico y la curiosidad presentes en el Liceo.

Ctesias, médico y a la vez historiador, vive a la sombra del Gran rey. Debió nacer hacia el 451 o 441 en Cnido, en el 415/14 fue probablemente capturado por el sátrapa de Sardes Pisutnes. En el 413, cuando comienza la revuelta de Pisutnes, Ctesias está en manos de Tisafernes que, en el 404, en Babilonia le presenta al rey y se convierte en el médico personal de Artajerjes II y de su familia. En el 401, en Cunaxa, participa en las embajadas para desarmar a los mercenarios griegos, en el 399-397 tiene un papel activo de intermediario para que Conón llegue a almirante, va a Chipre, después a Cnido, a Esparta y a Rodas. En el 398/7 vuelve definitivamente a Grecia y empieza a escribir las *Pérsicas* –entre 393/2 y 385– y otras obras como una historia de la India. Perfectamente integrado en el mundo cortesano, recoge el perfume de escándalo familiar, de intrigas de harén y de eunucos que se respira en los palacios persas; hablaba persa y consultó los archivos reales. Aunque no conservamos su obra, disponemos de un resumen que hizo Focio, un erudito bizantino del siglo x.

El comienzo de la biografía puede datarse en el siglo IV. Isócrates escribió el *Evágoras* hacia el 370, el primer intento de encomio en prosa, organizado en orden cronológico, de su nacimiento a su muerte; aunque no puede ser descrito como una biografía, combina una descripción estática de Evágoras con una narración cronológica. Hacia el 360, Jenofonte tomó como modelo al *Evágoras* para su *Agesilao* que dividió en dos partes: la primera escrita en orden cronológico y una segunda parte no cronológica, una revisión sistemática de las virtudes de Agesilao. La mayor contribución de Jenofonte a la biografía fue la *Ciropedia* una de las mejores de la literatura griega clásica.

Dentro del ámbito religioso se suele afirmar que el misticismo se renueva en el siglo IV con el orfismo que concibe al alma como prisionera del cuerpo y que trata de hacer participar al hombre de la inmortalidad, con el auge del culto dionisiaco, cuyo éxtasis permite superar la barrera entre los hombres y los dioses, con el éxito del culto a Asclepio, un dios salvador, benefactor y misericordioso y con la exaltación de la *Tyché*, la Fortuna, una especie de símbolo del desorden que los hombres buscan conciliar porque dudan de la eficacia de otros dioses. Por otra parte, la difusión de los cultos extranjeros como Cibeles, reflejaría la descomposición de la comunidad cívica, que deja al individuo aislado frente a los dioses, el debilitamiento de la creencia en los dioses tradicionales de la polis y la crisis política y social de la comunidad de ciudadanos.

Sin embargo, parece que los cultos tradicionales están muy lejos de haber perdido vigor, Jenofonte e Isócrates son un ejemplo de piedad sin que observemos ninguna fisura en las creencias tradicionales; los grandes santuarios griegos ven su papel reforzado como Olimpia, Epidauro y sobre todo Delfos; cierto es que había interés político de por medio, pero esa misma utilización política refleja la permanencia inalterada de la fe religiosa. Los tem-

plos a las divinidades tradicionales se construyen o se reconstruyen y no observamos ninguna ruptura entre los cultos cívicos del siglo v y los del IV.

Resulta también difícil oponer los cultos místicos a los cívicos y los ejemplos son muy abundantes: los misterios de Eleusis estaban claramente incardinados en Atenas y nunca supusieron ninguna amenaza para la cohesión de la comunidad, el culto a Dionisio era muy antiguo, estaba incluido en lo más alto del panteón griego tradicional y no parece que se separara de él en el siglo IV, nadie oponía el culto a Asclepio a los dioses cívicos. La religión griega como adogmática daba la posibilidad de incluir nuevas divinidades y ritos y dejaba amplia libertad al ciudadano para venerar a diversos dioses y aceptar diferentes ritos. Sólo se consideraba impiedad negar la existencia de los dioses, pensar que los dioses eran ajenos a los asuntos humanos y considerar que se podía comprar su voluntad con regalos. Hubo, es cierto, evolución religiosa en el siglo IV pero es exagerado afirmar que dicho desarrollo amenazó la cohesión de la comunidad cívica y que refleja su descomposición política y socioeconómica.

El arte del siglo IV hunde profundamente sus raíces en el siglo V, los templos del siglo IV están cercanos a los de la centuria anterior en plano y disposición general, igualmente en el desarrollo urbanístico, cuyos elementos fundamentales datan del siglo V, el antropocentrismo y la representación de los mismos temas (leyendas de dioses, atletas) con las mismas técnicas, los paños mojados, el estilo elegante de la escultura de finales del siglo V, etc. Sin embargo, las innovaciones son numerosas e importantísimas, en los templos hay una preocupación nueva por la decoración y la elaboración del espacio interior, se difunden los *tholoi* como el *tholos* de Marmaria en Delfos, el de Epidauro o el Filipeio de Olimpia, los monumentos funerarios proliferan y avanzan, como las estelas funerarias atenienses, en las que predomina la delicadeza y la emoción en la expresión del dolor, o el famoso Mausoleo de Halicarnaso, un templo jónico de 36 columnas sobre las que se alza una pirámide rectangular coronada por una cuádriga y en el que trabajan los más grandes escultores griegos: Escopas, Timoteo, Briaxis y Leocares. Composiciones extraordinarias como el templo jónico de Apolo en Dídime (cerca de Mileto), uno de los pocos ejemplos de *cella* en forma de patio descubierto dotado de un templete que contiene la estatua de culto, muestran el desarrollo del manierismo y el barroquismo.

En la escultura las innovaciones son prodigiosas: la aparición del desnudo femenino, el nacimiento del retrato realista, de cuerpo entero y que trata de captar la personalidad interior del modelo, la representación frecuente de alegorías (Irene y Plutos), la madurez de grandes escuelas como en Atenas, en la Jonia, en Sición, el desarrollo del movimiento, el extraordinario vigor expresivo, la búsqueda de la gracia, el interés por revelar los sentimientos y el estado de ánimo, la pasión *(pathos)*, etc.

Grandes, verdaderamente grandes, son los escultores de la época, aunque, para nuestra desgracia, prácticamente los conocemos a través de las copias romanas. En primer lugar, Escopas de Paros que trabaja en los frontones del templo Alea (en los temas del combate de Teleo con Aquiles y la cacería del jabalí de Calidón), después, en Asia Menor en el Mausoleo de Halicarnaso, en el templo de Artemisa en Éfeso y también en Cnido –la movilidad de los artistas no era nada nuevo–. Escopas trata de revelar los estados de ánimo del individuo, la expresión de angustia, el carácter atormentado, el sentimiento de patetismo, el dramatismo en los gestos como la Ménade de Dresde o el Meleagro de la villa Medicis. Praxiteles de Atenas, hijo del escultor Cefisodoto, trabajó en Atenas, Tespias, Asia Menor, Cnido y Cos. Praxiteles se preocupó también por penetrar en el interior del alma humana pero de manera muy distinta a Escopas. Fue autor de obras muy famosas en la antigüedad: el Hermes de Olimpia, el Apolo sauróctono, el Sátiro escanciador o la Afrodita de Cnido. Sus obras tienen una expresión melancólica y sutil, plenas de sensualidad, la desnudez de los cuerpos adolescentes o femeninos dan sensación de delicadeza y laxitud en las actitudes. Praxiteles arquea los cuerpos en la llamada curva praxitélica que difumina los contornos. Lisipo, el escultor preferido de Alejandro, se caracteriza por la elegancia y flexibilidad en la representación de atletas y por el desarrollo del retrato. Modificó el canon de siete cabezas de Policleto por otro más esbelto de nueve cabezas. Sus obras más importantes son el Apoxiomeno y el Ares Ludovisi. Otros escultores afamados como Leocares, a quien se atribuyen el Apolo Belvedere y la Diana de Versalles, Cefisodoto autor de la composición Irene y Pluto que celebra la Paz del 375, Timoteo o Briaxis y obras como la Afrodita de Milo (atribuida a Escopas o a Eufranor) nos impiden hablar de crisis o de decadencia de la escultura en el siglo IV, todo lo contrario, avance prodigioso, diversidad, extraordinaria riqueza son sus características.

La pintura florece también en este período, aunque no disponemos de testimonios directos salvo en Vergina, en la tumba de Filipo. Las obras pictóricas se caracterizan por la variedad temática y compositiva con naturalezas muertas, cuadros históricos, paisajes, retratos, etc., y se logra una gran perfección en el tratamiento del color y el juego de luces y sombras. Destaquemos entre los pintores a Zeuxis, Parrasio, Pausias, que trabajó en el *tholos* de Epidauro, y Apeles, pintor oficial de Alejandro. Ciertamente la cerámica pintada declina y las razones pueden ser múltiples como la competencia del barniz negro y el auge de las producciones locales; hay, no obstante, algunos florecimientos, la cerámica de estilo Kerch (por la gran cantidad de hallazgos en este lugar de Ucrania meridional), los lécitos blancos o la cerámica apulia con escenas de teatro o dionisiacas y la representación de decoraciones arquitectónicas, en todas ellas se aprecia un nuevo gusto por la policromía, la multitud de personajes y el barroquismo y la emoción en las actitudes.

Se ha caracterizado al siglo IV como el de la inquietud de los espíritus, reflejo de inquietud en los dominios político y religioso, el gusto por los bienes materiales y un individualismo contrario al ideal igualitario de la polis: el desarrollo de una arquitectura privada reproduce el antagonismo creciente entre ricos y pobres y muestra el desarrollo de una clase alta que hace valer sus intereses sobre los de la ciudad, que embellece sus casas y no la ciudad. Es cierto que la casa privada progresa en el siglo IV con los patios porticados interiores o los mosaicos pero la construcción de edificios públicos no decae en modo alguno, aparecen nuevos templos como el de Asclepio en Epidauro, obra de Teodoro hacia el 380, se reconstruyen otros como el de Apolo en Delfos, nuevas ciudades surgen con todos sus edificios públicos como Megalópolis o Mesene y una característica del período es la proliferación de nuevos teatros en Delfos, Orcómeno en Beocia, Dionisio en Atenas, Epidauro, obra de Policleto el joven (c.350), otro tipo de construcciones aparecen ahora como la llamada Linterna de Lisícrates en Atenas; más que oposición, los edificios públicos y las casas privadas se integran en una estructura general coherente y que avanza; más que crisis, el arte del siglo IV se caracteriza por el progreso magnífico y las tendencias individualistas no se opusieron a una comunidad de ciudadanos que, por otra parte, nunca había sido igualitaria. Donde quiera que miremos, antes que la crisis y la decadencia, predomina una extraordinaria riqueza.

15. Conclusiones

En contra de las esperanzas de la inmensa mayoría de la Hélade y de su propia propaganda libertadora, el triunfo de Esparta en la Guerra del Peloponeso no inauguró una época de paz y prosperidad sino que dio paso a un imperialismo lacedemonio que habría de pervivir, con algunas transformaciones, durante más de treinta años.

La política imperialista espartana causó un hondo malestar y un profundo temor en gran parte del mundo griego, alentó la formación de varias coaliciones antilaconias y provocó varias guerras que tenían como objetivo recortar el poder espartano.

En realidad, la organización política, social y económica espartana impedía que el imperio se asentara sobre una base sólida, y el abismo que existía entre las ambiciones espartanas y sus recursos humanos y financieros era peligrosamente amplio. Así, mientras que el imperio ateniense del siglo V había repartido prosperidad en todas las clases de la sociedad ateniense, y, por tanto, ayudó a cimentar la estabilidad política y social, el imperio agravó las tensiones internas y las desigualdades en la propia Esparta. El imperio espartano fue destruido porque suscitó la oposición de muchos estados griegos porque la política imperialista estaba destruyendo la base social espartana, y sobre todo porque Esparta fue incapaz de innovar y adaptarse a las nuevas condiciones del siglo IV.

Atenas, la potencia derrotada en la Guerra del Peloponeso, había sufrido grandes pérdidas y nunca logró el nivel de poder y prosperidad que alcanzara en el siglo v, pero se adaptó mejor a la derrota que Esparta a la victoria. Sobrevivió a los años posteriores al 404, fue capaz de enfrentarse nuevamente a Esparta y trató de reconstruir su antiguo imperio durante la Guerra de Corinto. A partir del 378 organizó en torno suyo la Segunda Liga que la colocó durante años en una situación de poder dominante, aunque compartido con Beocia. Los atenienses organizaron la liga primordialmente en su propio interés para recuperar su *status* de liderazgo en la Hélade, ninguno de los aliados cuestionó la legitimidad de este motivo, pero la liga ateniense del siglo IV estuvo muy alejada del imperio del siglo V: aunque hubo conductas imperialistas, la Segunda Liga estuvo más cerca de una liga hegemónica o de una hegemonía simmáquica que de un imperio. Aunque Atenas estaba agotada financieramente por la guerra incesante y debilitada por la derrota en la Guerra social, era todavía en tiempos de Demóstenes el estado más importante y estable del mundo griego y lideró la oposición a Filipo.

Una de las grandes características del siglo fue la emergencia del estado beocio, bajo la férrea hegemonía de Tebas, que es producto no tanto del debilitamiento de otros poderes como de un prolongado fortalecimiento que vive Beocia al menos desde mediados del siglo V. La llamada hegemonía tebana introdujo importantes novedades: el triunfo del federalismo, la culminación del ejército de ciudadanos soldados o el rechazo a ciertas prácticas imperialistas como la imposición de tributos. Ciertamente, la política desplegada en la década prodigiosa de la hegemonía disminuyó los recursos humanos y tensó dramáticamente las posibilidades financieras de Beocia, a lo que hay que unir la *stasis* interna, pero buena parte de la debilidad beocia viene de la imposibilidad de hacer frente a la riqueza enorme acumulada en Delfos durante siglos: frente a los focidios, que usaron los ingentes recursos delfios para contratar grandes contingentes mercenarios, los beocios podían sostenerse pero no vencer. A pesar de todo, todavía mantienen una potencia considerable en el momento de Queronea.

Inmersa en la Guerra social y después obstaculizada por el predominio político de los moderados en su seno, Atenas dejó escapar la posibilidad de frenar a Filipo en los comienzos de su carrera, luego fue tarde: Macedonia era sencillamente demasiado poderosa. Hubo debilidad, agotamiento, desinterés –nadie pensaba que Macedonia podría llegar a ser tan poderosa– y falta de unidad, las *poleis* son incapaces de unirse largo tiempo en una empresa común, y muchos griegos, baste el propio ejemplo ateniense, colaboraron con Filipo. Al final, sólo Atenas creó los medios políticos, financieros y militares para limitar el poder de Macedonia. El ascenso de la Macedonia de Filipo significó un cambio substancial en el mundo griego y supuso la privación

de la soberanía y de la autonomía política de la polis pero no su final: la ciudad pervivió como forma fundamental de organización de la vida griega.

Otro de los aspectos que no debemos olvidar para comprender la figura de Filipo es no sólo el frente griego de su política, sino su preocupación por Tracia, Iliria y el Épiro. Filipo es también un soberano balcánico que busca someter a los reinos vecinos.

Como dijimos al principio (*cf.* Introducción), el siglo IV ha sido definido como un período de crisis y decadencia en todos los órdenes, pero conviene, por encima de cualquier otra consideración, no exagerar ni generalizar: el desarrollo histórico del siglo IV es infinitamente más complejo y rico.

Hubo ciertamente debilidades y problemas. El principal de todos, la guerra incesante que agotó los recursos humanos y sobre todo financieros de los principales poderes griegos, sin conseguir la imposición de una clara hegemonía.

Indiscutiblemente, la tiranía reaparece también con fuerza en este período como fruto de las dificultades sociales y económicas que atraviesan determinadas ciudades y del desarrollo del mercenariado pero, con todo, la tiranía es más rara en las viejas ciudades de Grecia continental, nunca se dio en los grandes estados, y es más habitual en el mundo colonial.

Uno de los rasgos fundamentales de la centuria fue también el auge del mercenariado, del que se suele afirmar que refleja la crisis política y socioeconómica de la polis. Tal aseveración debe ser cuando menos matizada. Parte de los mercenarios son, efectivamente, griegos empobrecidos que buscan una salida empleándose como mercenarios pero parte no. Los mercenarios son hoplitas y peltastas, podemos pensar que los hoplitas eran abrumadoramente griegos pero al menos buena parte de los peltastas eran bárbaros y en Sicilia la inmensa mayoría de los mercenarios eran bárbaros. Conviene traer aquí a colación que, al menos en la primera parte del siglo IV (*cf. La Anábasis*), la mayor parte de los mercenarios griegos proceden de la Arcadia y la Acaya, zonas donde difícilmente podemos hablar de crisis de la polis.

No está claro tampoco hasta qué punto las *poleis* dependieron de ellos y, con todo, los soldados ciudadanos sirvieron hasta el final. Es cierto que la polis recurrió con más frecuencia que antes a los mercenarios, siempre junto a tropas ciudadanas, pero la mayor parte de las *poleis* eran incapaces de contratar mercenarios durante largo tiempo: en el siglo IV los soldados profesionales están muy lejos de reemplazar a los ejércitos ciudadanos. Esparta empleó mercenarios para la armada y el ejército terrestre de manera intermitente, en Asia Menor desde el 399 (unos diez mil de forma continua) y durante la Guerra de Corinto después del 394 (Jen.*Hel.*4.4.14) pero ocupan una posición subsidiaria en relación con el ejército lacedemonio. La Confederación beocia hizo poco uso de ellos. Atenas parece haberlos empleado

pero poco en la flota que dependía prioritariamente de sus propios remeros atenienses de la clase de los *thetes* –y la flota era la base de su fuerza–. En tierra el uso era más frecuente como los peltastas que combatieron bajo Ificrates durante la Guerra de Corinto. En el 358, Atenas envió tres mil hoplitas a Macedonia para apoyar al pretendiente Argeo contra Filipo. Eran mercenarios y es la primera vez que sepamos que Atenas recluta un número tan alto de mercenarios del tipo de hoplitas. Pero la impresión que dieron Demóstenes, recordemos que él pretendía arengar y mover a los atenienses, e Isócrates de que los atenienses habían llegado a depender exclusivamente de los mercenarios es equivocada: cuando era necesario, los atenienses podían luchar y luchaban. Las grandes batallas del siglo fueron luchadas y ganadas por ejércitos de ciudadanos (Nemea y Coronea en el 394, Leuctra en el 371, Mantinea en el 362). En Queronea (338) tres mil muertos, dos mil beocios y mil atenienses, pueden testificar la importancia de los soldados ciudadanos. En realidad, para que un ejército mercenario fuera efectivo se precisaban recursos de los que solamente disponían los reyes persas o los sátrapas u otros dirigentes de Oriente (como en Chipre y Egipto), y, dentro del mundo griego, tiranos como Dionisio de Siracusa, Jasón de Feras o Clearco de Heraclea, etc., o los focidios cuando, a partir del 356, emplearon el tesoro de Delfos en contratar un enorme contingente de mercenarios gracias a lo cual fueron durante un breve tiempo la mayor potencia militar de toda Grecia.

No es del todo cierto que los mercenarios y sus jefes se alistaran bajo cualquier bandera y que fueran indiferentes a las consideraciones nacionales o a la división entre griegos y bárbaros. Los grandes generales atenienses jamás combatieron contra Atenas y muchos mercenarios eran sensibles a la propaganda panhelénica como demostraron los espartanos en Asia Menor. Salvo en casos excepcionales y nunca en las grandes *poleis* –algunos se convirtieron en tiranos–, ni los mercenarios ni sus comandantes profesionales jugaron un papel importante en la política interna.

Como en el caso del trabajo esclavo, es probable que las ciudades vieran en los contingentes mercenarios un complemento al ejército ciudadano. Precisamente en este siglo la falange ciudadana conserva no sólo todo su prestigio sino que alcanza su culminación, baste pensar en la falange beocia y sus innovaciones: el orden oblicuo, la concentración de tropas en el ala izquierda para lanzarla contra la derecha adversaria, el apoyo de la caballería y de la infantería ligera. Se suele afirmar que, con las transformaciones del siglo IV, la formación militar se hace más compleja y en ella se puede identificar cada vez menos a la ciudad pero, quizá, el apego a la falange de hoplitas ciudadanos, consubstancial a la polis, situó a las ciudades griegas en inferioridad frente a la falange macedonia y fue una de las causas de la derrota.

El siglo IV destaca por el vigor de los desarrollos políticos, los sinecismos, la proxenía, las ligas de guerra, el auge de las confederaciones y los estados étnicos que enriquecen la vida griega. La democracia ateniense se reforma y permanece estable y es difícil encontrar en ella los rasgos de degeneración radical que criticaron los conservadores. Es incontestable que el pueblo ateniense cometió a lo largo del siglo IV un cierto número de errores y dio pruebas a veces de lentitud y de negligencia, pero la impresión general de la historia ateniense del siglo IV es que el pueblo tuvo una apreciación bastante exacta de sus intereses vitales y de los peligros que les amenazaban y utilizó juiciosamente los medios militares y financieros limitados de que disponía, los millares de campesinos, artesanos y marinos que componían el demo ateniense posiblemente gobernaron con más lucidez y competencia que las elites en el poder en otros tiempos y en otros lugares. El estado siguió a menudo y durante períodos bastante largos una política de líneas definidas y consecuentes, identificada también en cada momento con las ideas de una determinada facción política. Aunque ciertas transformaciones internas anuncian la época helenística: separación de poderes militares y civiles, especialización en las magistraturas, las instituciones atenienses del siglo IV son sensiblemente las mismas que el siglo precedente y algunas innovaciones no modificaron realmente la naturaleza del régimen; la democracia no sucumbió por ninguna revuelta interna sino por una imposición de Antípatro en el 322.

Se ha hecho también un excesivo hincapié en la separación de lo civil y militar, la concentración de liderazgo político en la voz de los oradores, muchas veces sin cargo alguno, mientras que los generales tienden a ser exclusivamente jefes militares pero es una evolución que sólo podemos ver a Atenas y a la que permanece ajena toda o una gran parte del mundo griego.

Se suele afirmar que la *stasis* es numerosa en el siglo IV y llegó a ser una amenaza constante. Es cierto que la *stasis* constituye un aspecto importante de la vida política de las ciudades griegas pero no se puede explicar por la crisis de la polis, o la explicación es insatisfactoria. En primer lugar, la *stasis* no es un fenómeno nuevo del siglo IV. Gehrke ha anotado 123 ejemplos en el siglo V y 87 entre 432 y 404 y 139 *staseis* a lo largo de todo el siglo IV. En relación con la Guerra del Peloponeso parecería que el siglo IV está marcado por una ralentización de las discordias civiles. Como en el siglo V, la *stasis* no fue general ni permanente y muchas ciudades que conocen la *stasis* disfrutan también de grandes períodos de calma.

La *stasis* es un fenómeno complejo que obedece a causas diversas: la oposición entre ricos y pobres, el endeudamiento de numerosos ciudadanos y los problemas agrarios, en particular los pequeños propietarios desposeídos de sus tierras o amenazados de serlo, pero también y en muchos casos los principales problemas que provocan la *stasis* son constitucionales (oligarquía o democracia) o de política exterior.

La reflexión política es ejemplo de dificultades pero también es fruto de la complejidad creciente de la vida política y expresión de la crítica antidemocrática.

En el terreno económico y social, algunos autores afirman que el siglo IV se caracteriza por la polaridad creciente en la distribución de riqueza, el declive del pequeño y mediano campesinado, el crecimiento del proletariado rural y urbano y la concentración de la propiedad. Una crisis social que da lugar a la tiranía y a revueltas que plantean la anulación de deudas y el reparto de la tierra. Sin embargo, nada de esto se puede observar, por ejemplo, en Atenas. Las fuentes no dicen nada sobre la venta de la tierra de labradores empobrecidos, mencionan a ricos que no venden siempre por motivos económicos y la venta parece más común entre los estratos más altos. La extensión de la concentración de tierra era muy limitada, y falta en la literatura ateniense la imagen del gran propietario que oprime a sus pobres vecinos. Aquí la conclusión final es clara: Atenas mantuvo un ancho grupo intermedio que le dio un sorprendente grado de estabilidad interna durante el siglo IV (Andreyev, 1974, 20-23) y no podemos polarizar la sociedad ateniense en ricos y pobres: no se componía únicamente de indigentes y de opulentos. Otras *poleis* atraviesan por dificultades y problemas sociales y económicos como deudas y empobrecimiento campesino, en otras la crisis es muy aguda como Esparta, pero otras se caracterizan, como Beocia, por un alto grado de estabilidad.

Se dice que la actividad económica provocó en Atenas un conflicto con la estructura tradicional de la polis al promover el afán de lucro, la búsqueda de rentabilidad y la especulación, pero no parece que esta nueva mentalidad económica calara muy hondo en el cuerpo ciudadano y, en todo caso, parece muy marginal en la sociedad ateniense y en la sociedad griega en general.

En la vida religiosa y artística hay avances notables, problemas e inquietudes pero también fuertes pervivencias y en modo alguno podemos hablar de decadencia en estos ámbitos. En el terreno de la cultura, a pesar del obscuro hecho de la condena de Sócrates en la primavera del 399, hay claros signos de optimismo. La Guerra de Corinto vio el triunfo de la reacción socrática frente a la Sofística y hacia el 387 Platón fundó la Academia. Por las mismas fechas, Isócrates abrió su escuela de retórica inaugurando así, junto a la filosofía, el otro componente, y la otra alternativa, a la cultura ateniense del siglo IV. En el 335, Aristóteles fundó el Liceo.

Por todo el mundo griego, el avance en el campo de la cultura se multiplica y proliferan las escuelas de filosofía y de retórica que apenas podemos intuir. En Beocia, el siglo IV es igualmente un período de inusitado esplendor. Aunque se hubieran apagado ya los últimos versos de Píndaro, los flautistas (auletas) beocios triunfaron doquiera que hubiera griegos y dominaron la flauta griega durante siglos. Junto a ellos, grandes músicos enseñan también

en Tebas como Dionisio o Califronte, maestros de Epaminondas. Lisis está creando en torno suyo un círculo de filosofía pitagórica en la que se educan los grandes estadistas del siglo IV, como Epaminondas o Pelópidas y del que surgen los grandes filósofos tebanos del siglo IV como son Simias y Cebes. La filosofía tebana se apagará sólo después de Queronea con la muerte de Crates a finales del siglo IV.

El debilitamiento del sentimiento ciudadano y el progreso de las tendencias individualistas no debe ser tampoco exagerado. La influencia creciente de los jefes militares conduce a muchos individuos a celebrar sus méritos y a algunas ciudades a conceder honores cada vez más extraordinarios que prefiguran el mundo helenístico, sin embargo, la mayor parte de los honores divinos concedidos a los hombres del siglo IV suscitaron sarcasmo e indignación. El estado ateniense, es decir, el demo, conservó el control sobre los generales profesionales. No hay más que releer la *Constitución de los Atenienses* de Aristóteles para darse de cuenta de que una considerable proporción de la población adulta masculina participaba en las instituciones, tenía algún tipo de experiencia directa y estaba familiarizada con los asuntos públicos, y no se puede afirmar que el pueblo se desentendiera de la política. Los estatutos jurídicos permanecieron iguales y las mentalidades evolucionaron lentamente. Ni la educación cívica decrece ni hubo un declive en la preparación física necesaria para el servicio militar a la ciudad, precisamente en un siglo en el que, desde el punto de vista de la educación cívica y físico-militar, se pone en práctica la efebía. En todas partes se asiste a una lenta evolución en las instituciones cívicas y en ningún caso a una ruptura.

En conclusión, las ciudades griegas conocieron, durante el siglo IV, debilidades políticas, problemas económicos y conflictos sociales pero resulta excesivo hablar de una crisis generalizada y prolongada (Carlier, 1995, 275) y aún más difícil pensar en una crisis de la polis en su totalidad. Un análisis más detallado nos revela la complejidad de las permanencias y las evoluciones, las dificultades encontradas y las soluciones propuestas y sobre todo permite entrever esa extraordinaria riqueza que es la verdadera característica del siglo.

No es preciso exagerar y culpar de todos los problemas a la crisis. Atenas llevó la polis casi a la perfección y el final de la autonomía de las ciudades griegas se debió a las debilidades y problemas internos pero también a que Macedonia tenía demasiado poder. Es ésta, pues, una visión más mesurada de un siglo, que parece haber vivido en la historiografía moderna en un permanente estado de excepción y en el que una de las tareas principales reside precisamente en *normalizar* su historia, en dotarle de un mayor equilibrio y realismo.

En muchos autores el siglo IV queda aprisionado entre el esplendor del siglo V y la batalla de Queronea, en un esquema en el que la historia se convierte en fatal, en lo que fatalmente habría de suceder. Así, en comparación

con el siglo v y partiendo de Queronea, hemos organizado la narración de toda la historia del siglo IV en función del punto de llegada, que era desconocido para los propios actores, como una crisis y decadencia que preparan desde el principio del siglo IV el hecho fatal y decisivo de Queronea. En este sentido, la crisis del IV es una hija ilegítima de Queronea.

Sin embargo, si logramos desprendernos de la imagen idealizada de la Atenas de Pericles y del poso amargo de Queronea, habremos dado un paso adelante: comprender el siglo IV como un período autónomo, propio, peculiar y marcadamente diferente de la historia griega. Devuelto a su propia naturaleza, a sus propias características, el siglo IV es una época de debilidades y problemas pero, sobre todo, de riqueza e innovaciones; innovaciones políticas como la paz general, las alianzas multilaterales o el avance del federalismo; innovaciones militares como los progresos de la infantería ligera o el evolucionado ejército beocio; innovaciones económicas con el desarrollo de la banca y de los préstamos marítimos, la reflexión económica o el sistema de tasación ateniense y, por encima de cualquier otra consideración, una era de esplendor cultural. Es posible que la imagen de Grecia en el siglo v refleje la Acrópolis y el Partenón, la Atenas dorada de Pericles, pero es igualmente posible también que la Hélade del siglo IV, la de Agesilao, Epaminondas y Filipo, la de Isócrates y Demóstenes, la de Platón y Aristóteles, haya sido, al menos, tan importante como las épocas anteriores para la formación de nuestra civilización.

Apéndice: Selección de textos

Texto 1. La Confederación beocia anterior a la Paz del Rey

"En este verano (395) los beocios y los focidios fueron a la guerra. Este enfrentamiento estuvo provocado principalmente por algunos tebanos, pues desde no muchos años antes los beocios se encontraban en un estado de lucha interna. La organización de Beocia era entonces así: estaban establecidos cuatro Consejos en cada una de las ciudades, en los que no a todos los ciudadanos les estaba permitido formar parte sino a los que poseían cierta cantidad de renta. De estos Consejos cada uno por turno ejercía la reunión y la deliberación preliminares y hacía propuestas a los otros tres y la resolución adoptada por todos juntos llegaba a ser válida. Y así continuaban gobernándose las ciudades y la Confederación estaba organizada por los beocios del modo [siguiente]: toda la población del país estaba distribuida en once distritos, cada uno de los cuales proporcionaba un beotarco. Los tebanos reunían cuatro, dos por la ciudad y dos por los plateos, Escolo, Eritras y Escafas y otras localidades que antes eran ciudadanos de un mismo Estado y ahora dependían de Tebas. Dos beotarcos proporcionaban los orcomenios y los de Hisias; dos Tespias con Eutresis y Tisbe; uno los tanagreos y otro más los haliartios y Lebadea y Coronea, que cada una de las ciudades enviaba por turno, y de la misma manera se remitía el de Acraifia, Copas y Queronea. Así

era el modo en que se aportaban, por parte de los distritos, los magistrados, además proporcionaban sesenta consejeros por cada beotarco y éstos cubrían sus gastos diarios por sí mismos. Asimismo se obligaba a cada distrito a [enviar] alrededor de mil hoplitas y cien jinetes al ejército. Para decirlo de una manera sencilla, participaban en los magistrados ¿y los asuntos? federales, pagaban las contribuciones, enviaban jueces y del mismo modo tomaban parte en todas las cosas buenas y malas. Así se gobernaba el *ethnos* como un todo y los consejos ¿y los asuntos comunes? de los beocios tenían su sede en la Cadmea." *(Papiro Oxirrinco,* nº 842, col. XI; traducción de José Pascual).

Orientaciones

- La oligarquía beocia.
- Los distritos beocios y su distribución entre las *poleis.*
- Derechos, cargas e instituciones federales.

Texto 2. La Segunda Liga ateniense (el decreto de Aristóteles)

(Inscrito en la cara frontal y en el lado izquierdo del epígrafe.)

(CARA FRONTAL)

"En el arcontado de Nausínico (378/7). Calibio (hijo) de Cefisofonte (del demo) de Peania era secretario. En la séptima pritanía (febrero/marzo del 377) (de la tribu) Hipotóntide. Fue resuelto por el Consejo y la Asamblea. Carino de Atmone ejercía la presidencia. Aristóteles propuso: (tengan) suerte propicia los atenienses y sus aliados para que los lacedemonios permitan a los griegos vivir en paz y que sean libres y autónomos poseyendo su propio territorio con seguridad [*borrado intencionalmente*]. Fue votado por la Asamblea: si alguno de los griegos o de los bárbaros que habita en el continente o en las islas, cualquiera que no pertenezca al Rey, desea ser aliado de los atenienses y de sus aliados, podrá hacerlo, siendo libres y autónomos, gobernándose por el régimen político que prefieran sin tener que admitir guarnición o recibir un gobernador ni pagar tributo, precisamente en los mismos términos que los quiotas, tebanos y otros aliados. A los que concluyan una alianza con los atenienses y sus aliados, la Asamblea restituirá los bienes raíces que posean los atenienses, sean de naturaleza pública o privada, en el territorio de los firmantes de la alianza y sobre esto se otorgará garantía. Si sucede que en Atenas existen estelas desfavorables para los estados firmantes de una alianza con los atenienses, el Consejo que celebre sesión en ese momento estará autorizado a destruirlas. A partir del arcontado de Nausínico no se permitirá a ningún ateniense poseer bienes inmuebles, ni privados ni públicos, en el territorio

de los aliados, ni casas ni terrenos, ni por compra ni como prenda de una hipoteca ni por cualquier otro modo. Si alguien compra o adquiere bienes raíces o los toma como prenda o de cualquiera otra manera, cualquiera de los aliados podrá presentar una reclamación ante el Consejo de los aliados. Los delegados (de los aliados), después de haber vendido la propiedad, darán la mitad al denunciante y el resto pasará al fondo común de los aliados. Si alguien, magistrado o particular, propone o somete a votación un decreto contrario a éste en el que conste la necesidad de derogar algo de lo que se establece en este decreto, se le privará de sus derechos cívicos, su fortuna será confiscada y el diezmo de ella entregado a la diosa y será llevado a juicio ante los atenienses y sus aliados acusado de tratar de destruir la alianza. Será castigado con la muerte o con el exilio de todos los territorios controlados por los atenienses y sus aliados. Si es condenado a muerte, no será enterrado en el Ática ni en los territorios de los aliados. Que el secretario del Consejo inscriba este decreto en una estela de piedra y la sitúe junto a la estatua de Zeus eleuterio; los tesoreros de la diosa entregarán sesenta dracmas de plata para la inscripción de esta estela procedentes de los Diez Talentos. En esta estela se inscribirán los nombres de los estados aliados y de cuantos otros lleguen a ser aliados. Se inscribirán todos estos acuerdos. La Asamblea elegirá de modo inmediato tres embajadores para ir a Tebas que persuadirán a los tebanos sobre lo mejor que se puede hacer. Fueron elegidos: Aristóteles de Maratón, Pirrandro de Anaflisto, Trasibulo de Colito.

Estados aliados de los atenienses: quiotas, tenedios, tebanos, mitilenios, calcidios, metimneos, eretrios, rodios, poyesios, aretusios, bizantinos, caristios, perintios, icios, peparetios, pal (...), esciatios, maronitas, dioneos, parios, atenitas (y unos seis nombres perdidos).

(Enmienda) Aristóteles propuso: ... tan pronto como... los que se unirán voluntariamente a alianza ... votados por la Asamblea y el... de las islas en la alianza... los asuntos que han sido votados...

(LADO IZQUIERDO)

El pueblo de los (...) reos, abderitas, (tasi)os, calcidios de Tracia, eneos, samotracios, diceopolitanos, acarnanios, los pronios de Cefalenia, Alcetas, Neoptólemo, [c.6, *borrado intencionalmente*], andrios, tenios, histieos, miconios, antiseos, eresios, astreusios, los yulietas de Ceos, carteos, coresios, eleuntios, amorgios, selimbrios, sifnios, sicinitas, dioneos de Tracia, neopolitanos, el pueblo de los zacintios en Nelo" (IG.II^2 43; traducción de José Pascual).

Orientaciones

- El procedimiento de la toma de decisiones políticas en Atenas.
- Las garantías y protecciones para los aliados.
- Los aliados de Atenas miembros de la Segunda Liga.

Texto 3. Un decreto de la Confederación beocia de la época de la hegemonía (378-372 o 368)

"[Dios. Fortuna. (*ca*.8) era arconte. Fue votado por la asamblea *(damos)* que sea proxeno y benefactor de los beocios] Ataneo, hijo de Damónico, macedonio y que reciba el derecho a adquirir y vender tierra y casa y el derecho de asilo en tiempo de guerra y de paz, por tierra y por mar para sí mismo y para su familia. Eran beotarcos Pelópidas, Timolao, Damófilo, Patrón, Asopoteles, Esquilo, Pantacles" (P Roesch *REG*.97.1984; traducción de José Pascual).

Orientaciones

– Las instituciones de la Confederación.
– La institución de la proxenía.

Texto 4. Una rica hacienda ateniense

"¡Qué dulce es, oh hombres, ser feliz, sobre todo cuando nada cuesta! ¡Una gran cantidad de bienes han entrado en nuestra casa sin que a nadie hayamos hecho mal! ¡De este modo es agradable hacerse rico! La artesa está llena de blanca harina, las ánforas de rojo y aromático vino. Todo nuestro oro y plata, ¡parece increíble!, llenan completamente los cofres; la cisterna rebosa de aceite; los lécitos, de perfumes, y el piso superior, de higos secos. Las vinagreras, los platos y las ollas son todas de bronce; de plata, las fuentes podridas en que antes servíamos el pescado; hasta la lámpara se ha hecho de marfil, repentinamente. Los esclavos jugamos a pares o nones con monedas de oro, y, ¡qué refinamiento! usamos para limpiarnos tallos de ajos en vez de piedras. En este instante mi amo, con su corona, está sacrificando un cabrito, un carnero y un cerdo; el humo me ha obligado a salir: no podía estar dentro de casa. ¡Tanto me picaban los ojos!" (Aristófanes.*Pluto*.802-822; trad. José Pascual).

Orientaciones

– La diversidad de las haciendas agrícolas.
– Los productos.
– La vida dentro de la casa, el mobiliario.
– Los esclavos.

Texto 5. La obra de Filipo de Macedonia

"Nosotros intentaremos, en relación con los hechos de Filipo, hijo de Amintas, recoger en este libro las hazañas de aquel soberano. Pues fue monarca de los

macedonios durante veinticuatro años, y desde los más ínfimos recursos convirtió su reino en el mayor poder de Europa: habiendo recibido una Macedonia esclavizada por los ilirios la hizo dueña de muchos grandes pueblos y ciudades. Gracias a su propio valor personal recibió la hegemonía de toda Grecia de manos de las ciudades que reconocían gustosamente su jefatura. Derrotó a los que saquearon el santuario de Delfos y prestó ayuda al oráculo, por lo que entró a formar parte del consejo de los Anfictiones, y considerando su piedad hacia los dioses, obtuvo los votos de los focidios vencidos. Después de someter a los ilirios, peonios, tracios, escitas y demás pueblos limítrofes de aquéllos emprendió la destrucción del reino de los persas; y cuando pasó con un ejército a Asia para liberar a las ciudades griegas fue sorprendido por el destino, pero dejó un poder tan importante que su hijo Alejandro no tuvo necesidad de recurrir a los aliados para arruinar la hegemonía persa. Y tales sucesos no se debieron a la fortuna, sino a su propio valor, pues el rey se distinguió por su talento en la estrategia militar, por su bravura y por el brillo de su personalidad" (Diodoro.16.1.3-6; trad. José Pascual).

Orientaciones

- La propaganda favorable a Filipo.
- Sus frentes de expansión.

Bibliografía

Alonso Troncoso, V. (1987): "El ultimatum de guerra en la antigua Grecia", *Melanges de la Casa de Velázquez*, 23, 57-64.

Alonso Troncoso, V. (1989): "Algunas consideraciones sobre la evolución y naturaleza de la symmachia en época clásica", en J. M. Blázquez, J. Martínez-Pinna (ed.), *Estudios sobre la antigüedad en homenaje al Prof. Santiago Montero Díaz*, Madrid, 165-179.

Anderson, J. K. (1970): *Military theory and practice in the age of Xenophon*. Berkeley and Los Angeles.

Andrewes, A. (1971): "Two Notes on Lysander", *Phoenix* 25, 206-26.

Andreyev, V. N. (1974): "Some Aspects of Agrarian Conditions in Attica in the Fifth to Third Centuries B.C.", *Eirene* 12, 5-46.

Andronikos, M. (1978): *The Royal Graves at Vergina*, Atenas.

Asheri, D. (1961): "Sulla legge di Epitadeo", *Athenaeum* 49, 45-68.

Audring, G. (1974): "Grenzen der Konzentration von Grundeigentum in Attika während des 4. Jh. v.u.Z.", *Klio* 56, 445-456.

Barber, G. R. (1935): *The historian Ephorus*, Cambridge.

Bearzot, C. (1985): *Focione tra storia e trasfigurazione ideale*. Milán.

Beister, H. (1970): *Untersuchungen zu der thebanischen Hegemonie*, Munich.

Bengtson, H. (1962): *Die Verträge der griechisch-römischen Welt von 700 bis 338 v.Chr.*, Munich y Berlín.

Bequignon, Y. (1937): *La Vallée du Spercheios des origines au IVe siècle*, París.
Bersanetti, G. M. (1949): "Pelopida", *Athenaeum* 37, 43-89.
Bertrand, J.-M. (1992): *Inscriptions historiques grecques*, París.
Berve, H. (1957): *Dion*, Wiesbaden.
Bockisch, G. (1966): "Harmostaí", *Klio* 46, 129-239.
Bogaert, R. (1968): *Banques et banquiers dans les Cités grecques*, Leiden.
Bogaert, R. (1986): "La banque à Athènes au IVe siècle avant J.-C. Etat de la question", *MH* 43, 19-49.
Bommelaer, J.-F. (1981): *Lysandre de Sparte. Histoire et traditions*. París.
Bommelje, S.; Doorn, P.K. *et al.* (1987): *Aetolia and the Aetolians. Towards the interdisciplinary study of a Greek region*, Utrecht.
Borza, E. N. (1990): *In the Shadow of Olympus. The Emergence of Macedon*, Princeton.
Braccesi, L. (1971): *Grecità adriatica. Un capitolo della colonizzazione greca in Occidente*, Bolonia.
Brun, P. (1983): *Eisphora-Syntaxis-Stratioka. Recherches sur les finances militaires d'Athènes au IVe siècle av. J.C.* París.
Buck, R. J. (1994): *Boiotia and the Boiotian League 432-371*, Edmonton.
Buckler, J. (1980): *The Theban Hegemony (371-362 B.C)*. Cambridge, Massachusetts y Boston.
Buckler, J. (1982): "Alliance an Hegemony in Fourth-Century Greece: The Case of the Theban Hegemony", *AncW* 5, 79-89.
Buckler, J. (1989): *Philip II and the Sacred War*. Supl.109 Mnemosyne, Leiden, Nueva York, Kobenhavn, Colonia.
Burke, E. F. (1990): "Athens after the Peloponnnesian War: Restoration Efforts and the Role of Maritime Commerce", *Classical Antiquity* 9, 1-13.
Burke, E. M. (1985): "Lycurgan Finances", *GRBS* 26, 251-64.
Cabanes, P. (1979): "Frontière et rencontre de civilisations dans la Grèce du Nord-Ouest", *Ktema* 4, 183-199.
Cabanes, P. (1980): "Société et institutions dans les monarchies de Grèce septentrionale au IVe siècle", *REG* 93, 324-351.
Cabanes, P. (1988): *Les Illyriens de Bardylis à Genthios (IVe-IIe siècle av. J.-C.)*: París.
Cargill, J. (1981): *The Second Athenian League. Empire or Free Alliance?*, Berkeley, Los Angeles y Londres.
Cargill, J. (1995): *Athenian Settlement of the Fourth century B.C.*, Leiden, Nueva York, Colonia.
Carlier, P. (1990): *Démosthène*, París.
Carlier, P. (1995): *Le IV siècle jusqu´à la mort d´Alexandre*, Nouvelle Histoire de l´Antiquité, París.
Carrata Thomes, F. (1952): *Egemonia beotica e potenza marittima nella Politica di Epaminonda*, Turín.

Cartledge, P. (1979): *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B.C.* Londres, Boston y Henley.
Cartledge, P. (1987): *Agesilaos and the Crisis of Sparta*, Baltimore.
Cataldi, S. (1983): *Symbolai e relazioni tra le città greche nel V secolo a.C. Introduzione, edizione critica, traduzione, commento e indici*, Pisa.
Caven, B. (1990): *Dionysius I, War-Lord of Sicily*, New Haven, Londres.
Cawkwell, G. (1978): *Philip of Macedon*, Londres, Boston.
Cawkwell, G. L. (1972): "Epaminondas and Thebes", *CQ* 22, 254-78.
Cawkwell, G. L. (1973): "The Foundation of the Second Athenian Confederacy", *CQ* 23, 47- 60.
Cawkwell, G. L. (1976): "Agesilaus and Sparta", *CQ* 26, 62-84.
Cawkwell, G. L. (1983): "The Decline of Sparta", *CQ* 33, 385-400.
Christien, J. (1974): "La loi d'Epitadeus. Un aspect de l'histoire économique et sociale à Sparte", *Rev.Hist.Dr.fr. et étr.* 52, 197-221.
Cohen, E. E. (1992): *Athenian economy and society. A banking perspective*, Princeton.
Cook, M. L. (1988): "Ancient Political Factions: Boiotia 404 to 395", *TAPhA* 118, 57-85.
Crombie, I. M. (1977): *Análisis de las doctrinas de Platón I-II*, trad. esp., Alianza, Madrid.
Daverio Rocchi, G. (1993): *Città-stato e Stati federali della Grecia classica. Lineamenti di Storia delle Istituzioni* politiche, Roma.
David, E. (1979): "The Conspiracy of Cinadon", *Athenaeum* 57 239-59.
David, E. (1981): *Sparta between Empire and Revolution (404-243 B.C.). Internal Problems and Their Impact on Contemporary Greek Consciousness.* Salem, New Hampshire.
David, E. (1984): *Aristophanes and the Athenian Society of Early Fourth Century B.C.* Leiden.
Dipersia, G. (1974): "La nueva popolazione di Messene al tempo di Epaminonda", en M. Sordi (ed.): *Contributi dell'Istituto di Storia antica.*2, Milán, 54-61.
Domínguez Monedero, A. J. (1991): *La polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*, Síntesis. Madrid.
Domínguez Monedero, A.J. (1996): *Los griegos en la Península Ibérica*, Madrid.
Ducrey, P. (1985): *Guerre et guerriers dans la Grèce antique*, Friburgo.
Ehrenberg, V. (1974): *The Greek state*, Londres.
Ellis, R. (1976): *Philip II and Macedonian Imperialism*, Londres.
Errington, R. M. (1990): *A History of Macedonia*, Berkeley, Los Ángeles.
Fantham, E.; Peet Foley, H.; Boymel Kampen, N.; Pomeroy, S. B. y Shapiro, H. A. (1995): *Women in Classical World. Image and Text*, Oxford, Nueva York.
Fernández Nieto, F. J. (1975), *Los acuerdos bélicos en la Antigua Grecia.* 2 vols. Santiago de Compostela.

Fernández Nieto, F. J. (1989a): *Grecia en la primera mitad del siglo IV*, Akal Historia del Mundo Antiguo, n° 26, Madrid.
Fernández Nieto, F. J. (1989b): *El mundo griego y Filipo de Macedonia*, Akal Historia del Mundo Antiguo, n° 29, Madrid.
Fernández Nieto, F. J. y, Alonso Troncoso, V. (1989): *Las condiciones de la polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos*, Akal Historia del Mundo Antiguo, n° 28, Madrid.
Foresti, L. A.; Barzanò, A.; Bearzot, C. *et al.* (1994): *Federazioni e federalismo nell'Europa antica. Bergamo, 21-25 settembre 1992*, Milán.
Forrest, W. G. (1980): *A History of Sparta 950-192 B.C*, Londres.
Fossey, J. M. (1986): *The Ancient Topography of Eastern Phokis*, Amsterdam.
Fossey, J. M. (1990): *The Ancient Topography of Opountian Lokris*, Amsterdam.
Frolov, E. (1975-76): "Organisation und Charakter der Herrschaft Dionysos' des Älteren", *Klio* 57, 103-122; 58, 377-404.
Funke, P. (1980): *Homónoia und Arche. Athen und die griechische Staatenwelt vom des peloponnesischen Krieges bis zum Königsfrieden (440/3-387/6 v. Chr.)*, Wiesbaden.
Gabrielsen, V. (1981): *Remuneration of State Officials in Fourth Century B.C. Athens*, Odense.
Gabrielsen, V. (1994): *Financing Athenian Fleet. Public Taxation and Social Relations*, Baltimore y Londres.
García Iglesias, L. (1990): "La sucesión real en Esparta. Fallas y paliativos de un sistema", *Polis* 2, 39-51.
Garnsey, P. D. A. y Whittaker, C. R. (eds.) (1978): *Imperialism in the Ancient World.* Cambridge University Press (especialmente C. A. Andrewes y G. T. Griffith).
Garnsey, P. (1988): *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World: Responses to Risk and Crisis,* Cambridge.
Gauthier, Ph. (1972): *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques*, Nancy.
Gauthier, Ph. (1976): *Un commentaire historique des Poroi de Xénophon*, Ginebra, París.
Gehrke, H-J. (1976): *Phokion. Studien zur Erfassung seiner historischen Gestalt*, Munich.
Gehrke, H-J. (1985): *Stasis. Untersuchungen zu den Inneren Kriegen in den Griechischen Staaten des 5. und 4. Jahrhundert v. Chr*, Munich.
Gehrke, H-J. (1986): *Jenseits von Athen und Sparta. Das Dritte Griechenland und seine Staatenwelt*, Munich.
Giovannini, A. (1971): *Untersuchungen über der Natur und die Aufänge der bundesstaatlichen Sympolitie in Griechenland*, Gotinga.
Greco, E. (1992): *Archaeologia della Magna Grecia*, Roma, Bari.
Guthrie, W. K. C. (1993): *Historia de la Filosofía griega. VI. Introducción a Aristóteles*, Gredos, Madrid.

Hack, H. M. (1978): "Thebes and the Spartan Hegemony", *AJPh* 99, 210-27.

Hamilton, C. D. (1979): *Sparta's Bitter Victories. Politics and Diplomacy in the Corinthian War*, Cornell University Press, Itaca y Londres.

Hamilton, C. D. (1991): *Agesilaus and the Failure of Spartan Hegemony*, Itaca y Londres.

Hammond, N. G. L. (1967): *Epirus. The geography, the ancient remains, the history and the topography of Epirus and adjacent areas*, Oxford.

Hammond, N. G. L. (1972): *A History of Macedonia. Vol I. Historical Geography and Prehistory*, Oxford.

Hammond, N. G. L. (1980): "Training in the use of the sarissa and its effect in battle 359-333 B.C.", *Antichthon* 14, 53-63.

Hammond, N. G. L. (1992): *The Macedonian state. Origins, institutions and history*, Oxford.

Hammond, N. G. L.; Griffith, G. T. (1979): *A History of Macedonia. Vol II: 550-336 B.C.*, Oxford.

Hansen, M. H. (1986): *Demography and democracy: the number of Athenian citizens in the fourth century B.C.*, Gjellerup, Herning.

Hansen, M. H. (1991): *The Athenian Assembly in the age of Demosthenes. Structures, principles and ideology*, Oxford.

Harding, Ph. (1993): *From the End of the Peloponnesian War to the Battle of Ipsus*, 2ª reimpr., Cambridge.

Harrison A. R. W. (1968-1971): *The Law at Athens*, 2 vols. Oxford.

Hatzopoulos, M. B. y Loukopoulos, L. D. (eds.) (1980): *Philip of Macedon*, Atenas.

Hodkinson, S. H. (1986): "Land Tenure and Inheritance in Classical Sparta", *CQ* 36, 378-406.

Hopper, R. J. (1953): "The Attic Silver Mines in the Fourth Century", *ABSA* 48, 200-54.

Hornblower, S. (1990): "When was Megalopolis founded?", *ABSA* 85, 71-78.

Humphreys, S. C. (1970): "Economy and Society in Classical Athens," *ASNP* 39, 1-26.

Isager, S. y Hansen, M. H. (1975): *Aspects of Athenian Society in the Fourth Century B.C.*, Odense.

Jaeger, W. (1983): *Aristóteles*, Madrid.

Jaeger, W. (1986): *Demóstenes: la agonía de Grecia*, Méjico.

Jehne, M. (1994): *Koine Eirene. Untersuchungen zu den Befriedungs- und Stabilisierungbemühungen in der griechischen Poliswelt des 4. Jahrhunderts v.Chr.*, Stuttgart.

Kase, E. W.; Szemler, G. J.; Wilkie, N. C. y Wallace, P. W. (eds.) (1991): *The Great isthmus corridor route. Explorations of the Phokis-Doris expedition*, vol. I, Dubuque, Iowa.

Kraay, C. M. (1976): *Archaic and Classical Greek Coins*, Londres.

Larsen, J. A. O. (1955): "The Boeotian Confederacy and Fifth- century Oligarchic Theory", *TAPhA* 86, 40-50.
Larsen, J. A. O. (1968): *Greek Federal States. Their Institutions and History*, Oxford.
Legon, R. P. (1981): *Megara, the political history of a Greek city-state to 336 B.C.*, Itaca y Londres.
Lerat, L. (1952): *Les Locriens de L'Ouest. Vol. I: Topographie et ruines. Vol. II: Histoire, Institutions, Prosopographie*, París.
Lesky, A. (1989): *Historia de la literatura griega*, 4ª reimpr. Gredos, Madrid.
Lewis, D. M.; Boardman, J. *et al.* (1994, 2ª ed.): *The Fourth century B.C. Vol.VI. The Cambridge ancient history*, Cambridge.
Lozano Velilla, A. (1992): *El mundo helenístico*, Síntesis, Madrid.
MacDowell, D. M. (1986a): *Spartan Law*, Edimburgo.
MacDowell, D. M. (1986b): *The law in classical Athens*, reimpr. Itaca y Nueva York.
Marasco, G. (1980): "La Retra di Epitadeo e la situazione sociale di Sparta nel IV secolo", *L'Ant. Class.*49.131-45.
March, D. A. (1995): "The Kings of Makedon: 399-369 B.C.", *Historia* 44, 257-282.
McKechnie, P. (1989): *Outsiders in the Greek City in the Fourth Century B.C.*, Londres y Nueva York.
McKechnie, P. R. y Kern, S. J. (1988): *Hellenica Oxyrhynchia. Edited with translation and commentary*, Warminster.
McKendrick, P. (1969): *The Athenian Aristocracy 399 to 31 B.C.*, Cambridge, Mass.
Momigliano, A. (1987): *Filippo il Macedone. Saggio sulla storia greca del IV secolo a.C.*, Milán (reed. de Florencia 1934).
Montgomery, H. (1983): *The way to Chaeronea- Foreign policy, decision making and political Influence in Demosthenes Speeches*, Oslo.
Ober, J. (1985): *Fortress Attica. Defense of the Athenian Land Frontier 404-322 B.C.*, Leiden.
Oliva, P. (1983): *Esparta y sus problemas sociales*, Akal, Madrid.
Ollier, F. (1933): *Le Mirage Spartiate. Etude sur l'idélisation de Sparte dans l'Antiquité grecque de l'origine jusqu'aux cyniques*, París.
Parke, H. W. (1930): "The Development of the Second Spartan Empire", *JHS* 50, 37-79.
Pascual González, J. (1991a): "Las facciones políticas tebanas en el período de formación de la hegemonía (379-371 a.C.). I: La conspiración democrática del 379", *Polis* 3, 121-135.
Pascual González, J. (1991b): "Innovación y adaptación militar en el siglo IV a.C.: el ejército tebano-beocio", *Actas del IX Simposio de la sección catalana de Estudios clásicos*, Barcelona, 1991, 877-882.

Pascual González, J. (1992): "Las facciones políticas tebanas en el período de formación de la hegemonía (379-371 a.C.). II: Liderazgo y democracia 378-371 a.C.", *Polis* 4, 187-208.
Pascual González, J. (1996): "Corinto y las causas de la Guerra de Corinto", *Polis* 8. 188- 217.
Pearson, L. (1987): *The Greek Historians of the West: Timaeus and his Predecessors*, Atlanta.
Pecirka, J. (1973): "Homestead Farms in classical and hellenistic Hellas" en *Problemes de la terre en Grèce ancienne* (M. I. Finley ed.), París, 113-147.
Pecirka, J. (1976): "The Crisis of the Athenian Polis in the Fourth Century B.C.", *Eirene* 14, 5-29.
Plácido, D. (1980): "La ley ática de 375/4 a.C. y la política ateniense", *MHA*, 4. 27-41.
Poralla, P. (1913): *Prosopographie der Lakeidamonier bis auf die Zeit Alexanders des Grossen*, Breslau.
Powell, A. (ed.) (1989): *Classical Sparta: techniques behind her success*, Londres (especialmente trabajos de S. H. Hodkinkon, J. T. Hooker y R. A. Parker).
Rawson, E. (1969): *The Spartan tradition in european Thought*, Oxford.
Rhodes, P. J. (1981): *A commentary on the Aristotelian Athenaion Politeia*, Oxford.
Roesch, P. (1965): *Thespies et la Confédération béotienne*, París.
Roesch, P. (ed.) (1985): *La Béotie Antique. Colloques internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique* (Lyon- Saint-Étienne, 16-20 de mayo de 1983), París.
Rousset, D. (1989): "Les doriens de la métropole. Étude de Topographie et de Géographie historique", *REG* 113, 199-239.
Roux, G. (1979): *L´amphictionie, Delphes et le temple d'Apollon au IVe siècle*, Lyon, París.
Roy, J. (1971): "Arcadia and Boeotia in Peloponnesian Affairs, 370-362 B.C.", *Historia* 20, 569-99.
Ryder, T. T. B. (1965): *KOINE EIRENE. General Peace and Local Independence in Ancient Greece*, Oxford.
Salmon, J. B. (1984): *Wealthy Corinth. A History of the City to 338 B.C.*, Oxford.
Salmon, P. (1953): "L'Armée fédérale des Béotiens", *L'Ant. Class.* 22, 347-60.
Salmon, P. (1956): "Les Districts béotiens", *REA* 58, 51-70.
Salmon, P (1978): *Etude sur la Confédération béotienne (447/6-386). Son organisation et son administration*, Bruselas.
Sanders, L. J. (1987): *Dionysius I of Syracuse and Greek Tyranny*, Londres.
Seager, R. (1974): "The King's Peace and the balance of power in Greece, 386-362 B.C.", *Athenaeum* 54, 34-63.
Sealey, R. (1993): *Demosthenes. A Study of Defeat*, Londres, Nueva York.
Shrimpton, G. S. (1971): "The Theban Supremacy in fourth century literature", *Phoenix* 25, 310-18.

Shrimpton, G. S. (1991): *Theopompus the Historian*, Montreal.
Smith, R. E. (1948): "Lysander and the Spartan Empire", *CPh* 43, 145-56.
Smith, R. E. (1953/54): "The Opposition to Agesilaus' Foreign Policy 394-371 B.C.", *Historia* 2, 274-88.
Sordi, M. (1958): *La Lega tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma.
Sordi, M. (1961): *Timoleonte*. Palermo.
Sordi, M. (1993): *Storia politica del mondo greco*, Milán.
Strauss, B. S. (1986): *Athens after the Peloponnesian War. Class, Faction and Policy, 403-386 B.C.* Londres y Sydney.
Stroheker, K. F. (1958): *Dionysios I. Gestalt und Geschichte der Tyrannen von Syrakus*, Wiesbaden.
Symeonoglou, S. (1985): *The Topography of Thebes from the Bronze age to modern times*. Princeton, Nueva Jersey.
Talbert, R. J. A. (1974): *Timoleon and the Revival of Greek Sicily 344-317 B.C.* Cambridge.
Thompson, W. E. (1970): "The Politics of Phlius", *Eranos* 68, 224-30.
Thompson, W. E. (1983): "Arcadia factionalism in the 360's", *Historia* 52, 1983, 149-60.
Thomsen, R. (1964): *EISPHORA. A Study of direct taxation in Ancient Athens*. Kobenhavn.
Tigerstedt, E. N. (1965): *The Legend of Sparta in Classical Antiquity*, Lund.
Tod, M. N. (1948): *A Selection of Greek historical inscriptions, vol.II: From 403 to 323 B.C.* Oxford.
Tritle, L. A. (1978): *Phocion the Good. A Study in Athenian Politics in the Fourth Century B.C.*, Chicago.
Tuplin C. J. (1986): "The Fate of Thespiae during the Theban Hegemony", *Athenaeum* 64, 321-341.
Vélissaropoulos, J. (1980): *Les nauclères grecs. Recherches sur les institutions maritimes en Grèce et dans l'Orient hellénisé*. Ginebra, París.
Wallace, R. W. (1989): "The Athenian Proeispherontes", *Hesperia* 58, 473-90.
Westlake, H. D. (1952): *Timoleon and his relations with Tyrants*. Manchester.
Westlake, H. D. (1969), *Thessaly in the Fourth Century B.C.* Groningen.
Wickersham, J. M. y Verbrugghe, G.P. (eds.) (1973): *Greek Historical Documents: The Fourth Century B.C.*, Toronto.
Wiedemann, Th. (1981): *Greek and Roman Slavery*, Londres.
Will, E.; Mossé, C. y Goukowsky, P. (1975): *Le Monde Grec et l'Orient. Vol. 2: Le IVe siècle et l'époque hellénistique*, París.
Zahrnt, M. (1971): *Olynth und die Chalkidier*, Munich.

HISTORIA UNIVERSAL

Títulos publicados

PREHISTORIA

1. *Teoría y método de la arqueología*
   Fernández Martínez, Victor Manuel

2. *De los primeros seres humanos*
   Querol Fernández, M.ª Ángeles

3. *La expansión de los cazadores*
   Moure Romanillo, Alfonso / González Morales, Manuel R.

4. *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa Mediterránea*
   Bernabéu, J. / Aura, J. Emili / Badal, Ernestina

5. *Los orígenes de la civilización. El Calcolítico en el Viejo Mundo*
   Delibes, G. / Fernández-Miranda, Manuel

6. *Arqueología de Europa. 2250-1200 A. C.*
   González, Paloma / Lull, Vicente / Risch, Robert

7. *El Bronce Final*
   Blasco, M.ª Concepción

8. *En el principio de la Humanidad*
   Domínguez-Rodrigo, Manuel

9. *Arqueología prehistórica de África*
   Fernández Martínez, Victor Manuel

10. *Arqueología americana*
    Rivera, Miguel / Vidal, M.ª Cristina

11. *La Edad del Hierro*
    Belén Deamos, M.ª / Chapa Brunet, Teresa

Historia antigua

1. *Introducción al Mundo Antiguo. Problemas teóricos y metodológicos*
   Plácido, Domingo

2. *El Próximo Oriente Antiguo* (Vol. I)
   González-Wagner, Carlos

3. *El Próximo Oriente Antiguo* (Vol. II)
   González-Wagner, Carlos

5. *Los orígenes del pueblo griego*
   García Iglesias, Luis

6. *La polis y la expansión colonial griega*
   Domínguez Monedero, Adolfo

8. *Grecia en el siglo IV a. C. Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia*
   Pascual González, José

9. *El Mundo helenístico*
   Lozano Velilla, Arminda

10. *La formación de los estados en el Mediterráneo occidental*
    Plácido, Domingo / Alvar, Jaime
    González Wagner, Carlos

11. *El imperialismo romano. Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-133 a. C.)*
    Roldán Hervás, José Manuel

15. *El fin del Imperio romano*
    Prieto Arciniega, Alberto

16. *El nacimiento del cristianismo*
    Blázquez Martínez, José M.ª

Historia medieval

2. *Las migraciones bárbaras y la creación de los primeros reinos de Occidente*
   Sanz Serrano, Rosa

3. *La Europa de los carolingios*
   Isla Frez, Amancio

5. *La formación del campesinado en el Occidente antiguo y medieval*
Salrach Mares, José M.ª

6. *Las ciudades europeas del medievo*
Monsalvo Antón, José M.ª

9. *Instituciones medievales*
Pérez-Prendes, José Manuel

11. *Historia de las sociedades musulmanas en la Edad Media*
Manzano Moreno, Eduardo

12. *Introducción al mundo bizantino*
Faci Lacasta, Javier

13. *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*
Aznar Vallejo, Eduardo


Acceso
Abierto